Romy Hausmann

MI DULCE NIÑA

AdN Alianza de Novelas

Romy
Hausmann

MI DULCE NIÑA

Traducción de Laura Manero Jiménez

AdN Alianza de Novelas

Índice

La noche del accidente
Dos semanas después
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

Para Caterina, por supuesto

«Nada es más triste que la muerte de una ilusión».

ARTHUR KOESTLER

Estudiante (23) desaparecida en Múnich

Múnich. La policía busca pistas sobre el paradero de Lena Beck (23), de Múnich-Haidhausen. Según declaraciones de testigos, la universitaria asistió a una fiesta en el barrio de Maxvorstadt aproximadamente hasta las cinco de la madrugada la noche del miércoles al jueves. De regreso a casa habló por teléfono con una amiga. Desde entonces, su móvil está apagado. El viernes, la búsqueda policial en el término municipal de Múnich resultó infructífera. Lena Beck mide 1,65 m de estatura, es delgada, tiene el pelo rubio y largo hasta los hombros. La última vez que fue vista llevaba un top plateado, vaqueros negros, botas negras y un abrigo azul oscuro.

El primer día pierdo la noción del tiempo, la dignidad y una muela. A cambio, ahora tengo dos hijos y una gata. No recuerdo cómo se llaman, salvo la gata, la Señorita Tinky. También tengo un marido. Es alto, con el pelo corto y oscuro, ojos grises. Lo miro de soslayo mientras estoy sentada a su lado en el sofá raído. Atrapada en su abrazo, siento latir las heridas que me bajan desde la parte alta de la espalda. Es como si cada una de ellas tuviera su propio pulso. El corte de la frente me escuece. De vez en cuando lo veo todo negro, o aparecen relámpagos blancos ante mis ojos. Entonces intento solamente respirar.

Es difícil saber si de verdad ha anochecido o si él lo ha decidido así. Las ventanas están tapadas con placas aislantes. Él gobierna el día y la noche. Igual que Dios. Intento convencerme de que ya ha pasado lo peor, pero sospecho que pronto nos iremos juntos a la cama. Los niños ya se han puesto el pijama. Al niño le queda algo pequeño, mientras que a la niña las mangas todavía le cuelgan mucho más allá de las muñecas. Los dos están arrodillados a unos pasos del sofá, en el suelo, y alargan las manos con las palmas extendidas hacia el calor residual de la estufa de leña. El fuego se ha consumido hasta convertirse en un montón negro en el que solo destacan algunas venas rojas y candentes entre las brasas. Las claras vocecillas infantiles y su alegre palabrería se entremezclan en la absoluta perversidad de la situación. No acabo de entender lo que dicen. Los oigo como a través de algodones mientras pienso en cómo mataré a su padre.

La noche del accidente

Hannah

Al principio es fácil. Enderezo la espalda y respiro hondo. Me subo a la ambulancia y me llevan. Les digo a los hombres de las chaquetas color naranja cómo se llama mamá y que su grupo sanguíneo es AB negativo. AB negativo es el grupo menos frecuente y se caracteriza por no contener anticuerpos contra los grupos A y B. Eso quiere decir que mamá puede recibir sangre de todos los demás grupos sanguíneos. Lo sé porque en las horas de estudio ya hemos aprendido lo de los grupos sanguíneos. Y porque está en el libro gordo. Creo que lo he hecho todo bien. Solo empieza a temblarme la rodilla, la derecha, cuando sin querer me pongo a pensar en mi hermano. Seguro que Jonathan tendrá miedo sin mí.

«Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

No, hoy soy pequeña y tonta. Hace frío, hay demasiada claridad, se oyen pitidos. Pregunto de dónde vienen y uno de los hombres de las chaquetas naranja dice:

—Eso es el corazón de tu madre.

Pues el corazón de mi madre nunca había pitado antes.

«Concéntrate, Hannah.»

En el trayecto hay muchos baches, cierro los ojos. El corazón de mi madre emite pitidos.

Ha gritado y se ha oído un estrépito. Si ahora el corazón de mi madre dejara de pitar, eso sería lo último que habría oído de ella: un grito y un estrépito. Y ni siquiera me habría dado las buenas noches.

La ambulancia da un pequeño saltito y luego se para.

—Ya hemos llegado —informa el hombre. Al hospital, quiere decir.

Un hospital es un edificio en el que se tratan enfermedades o heridas mediante cuidados médicos.

—Venga, vamos, bonita —dice ahora.

Mis piernas se ponen en marcha como si fueran automáticas, y tan deprisa que ni siquiera me acuerdo de contar los pasos. Sigo a los hombres que empujan la camilla traqueteante y entran por una gran puerta de cristal que hay bajo un cartel iluminado y chillón donde se lee URGENCIAS. Luego continúan por un pasillo largo. Como si estuvieran sincronizados, varios auxiliares aparecen a derecha e

izquierda y muchas voces exaltadas hablan a la vez.

—Tú no puedes entrar aquí —dice un hombre gordo con bata verde, y me aparta un poco hacia un lado cuando llegamos a otra puerta grande que hay al final del pasillo largo—. Enviaremos a alguien para que se ocupe de ti. —Su dedo índice vuela en dirección a una hilera de sillas que hay junto a la pared—. Siéntate ahí de momento.

Quiero decir algo, pero no me salen las palabras, y de todos modos el hombre ya ha dado media vuelta y ha desaparecido por la puerta con los demás auxiliares. Cuento las sillas de la pared: siete. No me ha dicho en cuál de ellas debo sentarme, ese gordo de la bata verde. Sin darme cuenta he empezado a morderme la uña del pulgar. «Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

Me siento en la silla del medio con las rodillas encogidas y arranco agujas de abeto y trocitos de corteza marrón de la falda de mi vestido. Me he ensuciado bastante esta noche. Vuelvo a pensar en Jonathan. El pobre pequeño Jonathan, que se ha quedado en casa y tiene que limpiar. Me imagino que llorará porque no sabrá cómo quitar esas manchas de la alfombra del salón. Estoy segura de que tenemos el producto adecuado en el almacén, solo que papá ha cerrado la puerta con dos candados. Una medida de seguridad, como muchas otras que debemos tener. Siempre hay que ser precavido.

—¿Hola? —pregunta una voz de mujer.

Doy un respingo en mi silla.

—Soy la enfermera Ruth —dice la mujer sonriendo, y me da la mano para presentarse.

Le digo que yo me llamo Hannah y que Hannah es un palíndromo. Un palíndromo es una palabra que se lee igual del derecho y del revés. Para demostrarlo, le deletreo mi nombre, primero desde el principio y luego desde el final. La enfermera Ruth sigue sonriendo.

—Ya entiendo —dice.

Es mayor que mamá, tiene canas y está un poco regordeta. Encima de la bata amarillo claro lleva una chaqueta de punto de muchos colores que parece bastante calentita y en la que se ha puesto un alfiler con la cara de un oso panda. «Be happy», se lee en él. Eso en inglés quiere decir «Sé feliz». Me tiemblan las comisuras de los labios.

—Pero si no llevas zapatos, cielo —comenta la enfermera Ruth, y yo meneo el dedo gordo del pie izquierdo a través del agujero de los leotardos.

Mamá ya los remendó, en uno de sus días buenos. Seguro que me reñiría si supiera que he vuelto a romperlos.

La enfermera Ruth saca un pañuelo del bolsillo de la bata porque cree que estoy llorando. Por el agujero de los leotardos o por mamá.

Yo no le digo que en realidad solo es porque la luz de esas lámparas de tubo del techo es tan fuerte que me ciega, sino:

—Gracias, es usted muy amable.

Siempre hay que ser educada. Siempre hay que pedir las cosas por favor y decir gracias. Mi hermano y yo siempre decimos gracias cuando mamá nos da una barrita energética, aunque odiamos esas barritas. No nos gusta el sabor que tienen, pero son importantes por las vitaminas. Calcio y potasio y magnesio y vitamina B para el metabolismo y la producción de sangre. Todos los días nos comemos tres, a menos que se nos hayan acabado las provisiones. Entonces deseamos que papá llegue pronto a casa y que de camino haya hecho la compra.

Acepto el pañuelo, me seco los ojos y me sueno la nariz haciendo mucho ruido, luego se lo devuelvo a la enfermera Ruth. Nunca hay que quedarse con algo que no es tuyo. Eso es robar. La enfermera ríe y se guarda el pañuelo otra vez en la bata. También le pregunto por mamá, claro, pero la enfermera Ruth solo dice:

—Está en las mejores manos.

Sé que en realidad eso no es ninguna respuesta, porque no soy tonta.

—¿Cuándo podré verla? —pregunto, pero tampoco me contesta.

En lugar de eso, la enfermera Ruth dice que quiere llevarme a la sala de descanso para ver si allí hay un par de chancletas que pueda ponerme. Las chancletas son algo así como zapatillas. Jonathan y yo solemos ponernos zapatillas cuando estamos en casa porque al suelo le cuesta mucho calentarse, pero a veces se nos olvida y nos manchamos los calcetines. Entonces mamá nos riñe porque todavía no es el día de la colada, y papá riñe a mamá porque no ha limpiado bien el suelo. La limpieza es importante.

La sala de descanso es una habitación grande, tiene por lo menos cincuenta pasos desde la puerta hasta el lado contrario. En el centro hay tres mesas, cada una con cuatro sillas a su alrededor. Tres por cuatro son doce. Una de las sillas está descolocada. Seguramente alguien se ha sentado en ella y luego no la ha devuelto a su sitio al marcharse. Espero que le haya caído una bronca. El orden es fundamental. La pared izquierda de la sala está ocupada por un armario metálico con muchos compartimentos individuales que se pueden cerrar con llave, aunque casi todos tienen la llave puesta, y hay una cama alta, también de metal. Al fondo se abren dos ventanas grandes por las que se puede ver la noche. Negra y sin estrellas. A la derecha hay una unidad de cocina. Tiene hasta un hervidor de agua sobre la encimera. Y eso que el agua caliente puede ser muy peligrosa. A partir de una temperatura de 45 grados, abrasa la piel. A partir de

60 grados, la proteína de las células epiteliales se degrada, de modo que necrosan. En el hervidor, el agua se calienta hasta cien grados. En casa también tenemos uno, pero lo guardamos bajo llave.

—Siéntate donde quieras —dice la enfermera Ruth.

Tres por cuatro son doce. Doce sillas, tengo que pensarlo bien. La negrura sin estrellas tras el cristal de las ventanas me distrae.

«Concéntrate, Hannah.»

La enfermera Ruth va al armario y abre un compartimento tras otro, luego los vuelve a cerrar. Un par de veces suelta un «Hmmm» largo, y entremedias se oye el golpe metálico de las portezuelas. La enfermera Ruth mira hacia mí por encima del hombro.

—Sí, donde quieras, cielo —vuelve a decir.

Al principio pienso que tal vez debería escoger la silla que ya está descolocada, pero eso no estaría bien. Cada uno debe ordenar lo que toca. Hacerse responsable. «Eres una niña mayor, Hannah.» Asiento con la cabeza hacia el vacío y cuento por dentro: pito, pito, gorgorito... Le toca a una silla desde la que puedo ver bien la puerta y que después, por supuesto, volveré a dejar bien colocada bajo la mesa cuando la enfermera Ruth diga que se ha acabado el rato de estar sentada.

—Bueno —dice sonriendo cuando se vuelve hacia mí con un par de chancletas de goma de color rosa en la mano—. La verdad es que te irán un poco grandes, pero son mejor que nada.

Las deja delante de mis pies y espera a que me las ponga.

—Escucha, Hannah —añade entonces, y al mismo tiempo se quita la chaqueta de punto—. Tu mamá no llevaba bolso cuando habéis tenido el accidente. Eso quiere decir que no hemos encontrado su documento de identidad ni ningún otro papel. —Me agarra del brazo, lo sostiene estirado y mete mi mano por el agujero de la manga de su chaqueta—. No tenemos ni su nombre ni una dirección. Y, por desgracia, tampoco ningún contacto al que avisar en caso de emergencia.

—Se llama Lena —digo para ayudar, igual que antes, en la ambulancia.

Siempre hay que estar dispuesto a ayudar. Mi hermano y yo ayudamos a mamá cada vez que le tiemblan los dedos. O cuando vuelve a olvidarse de cosas, como de nuestros nombres o de a qué hora toca ir al lavabo. La acompañamos al cuarto de baño para que no se caiga del retrete ni haga otras tonterías.

La enfermera Ruth ya está con la segunda manga. La chaqueta conserva un calor agradable que se extiende por mi espalda.

—Sí —dice—. Lena, estupendo. Una Lena sin apellido. Eso ha apuntado también el auxiliar médico de la ambulancia.

Cuando suspira, puedo olerle el aliento. Huele a pasta de dientes.

Arrastra mi silla, que rechina sobre el suelo, hasta que me tiene sentada de tal manera que puede acuclillarse delante de mí sin darse un golpe en la cabeza con el canto de la mesa. El canto de una mesa puede ser muy peligroso. Mamá a menudo se da golpes en la cabeza con la mesa, cada vez que tiene un ataque.

La enfermera Ruth empieza a abotonarme la chaqueta. Con el índice imito sobre mi muslo la línea en zigzag que le hace la raya del pelo. Punta a la derecha, recto, punta a la izquierda, recto, punta a la izquierda otra vez, igual que un rayo torcido. Como si hubiese sentido mi mirada sobre el cráneo, de pronto la enfermera Ruth levanta los ojos.

—¿Hay alguien a quien podamos llamar, Hannah? ¿A tu papá, tal vez? ¿Te sabes el número de memoria?

Digo que no con la cabeza.

—Pero ¿tienes papá?

Digo que sí.

—¿Y vive también con vosotras? ¿Con tu mamá y contigo?

Vuelvo a asentir.

—¿No quieres que lo llamemos? Tendrá que saber que tu mamá y tú habéis tenido un accidente y que estáis en el hospital. Seguro que estará preocupado porque no habéis vuelto a casa.

Punta a la derecha, recto, punta a la izquierda, recto, punta a la izquierda otra vez, igual que un rayo torcido.

—Dime, Hannah, ¿ya habías estado alguna vez en un hospital? ¿O tu mamá? ¿Puede que incluso en este mismo? Así, podríamos buscar el número de teléfono en nuestro ordenador superlisto.

Niego con la cabeza.

—En caso de emergencia, las heridas abiertas también pueden esterilizarse con orina. Tiene un efecto desinfectante, cicatrizante y calmante, fin.

La enfermera Ruth me toma de las manos.

—Muy bien. ¿Sabes qué, Hannah? Voy a preparar una infusión y luego charlaremos un poco tú y yo. ¿Qué te parece?

—¿Sobre qué charlaremos?

Hannah

Tengo que hablarle de mi mamá, ajá, solo que al principio no se me ocurre nada que decir. No hago más que pensar en ese gran estrépito de cuando el coche la ha pillado, y cómo en un abrir y cerrar de ojos estaba ahí tirada, ante la luz de los faros, sobre el suelo duro y frío, con los brazos y las piernas todos torcidos. Tenía la piel demasiado blanca, y la sangre que le salía de un montón de cortecitos de la cara

era demasiado roja. Rojo carmín. Un faro se ha roto con el impacto y mamá tenía la cara llena de esquirlas de cristal. Me he sentado en el borde de la carretera con los ojos cerrados y solo los he abierto un poquito de vez en cuando, hasta que han aparecido los destellos azules de la ambulancia en la oscuridad.

Pero, en realidad, a la enfermera Ruth no tengo que contarle todo eso. Hace rato que sabe que mi mamá ha tenido un accidente. Si no, no estaría aquí. La enfermera Ruth no me quita los ojos de encima. Me encojo de hombros y, al soplar, formo una hondonada temblorosa en la infusión. Es de escaramujo, ha dicho la enfermera Ruth, y también que la infusión de escaramujo era la preferida de su hija cuando era pequeña.

—Y siempre con una buena cucharada de miel. Era una auténtica golosona.

«Golosona.» No creo que esa palabra exista de verdad, pero me gusta.

—Mi hija se llama Nina —dice la enfermera Ruth—. Como Nina Simone, una cantante de *jazz* muy famosa. *My baby don't care for shows...* —empieza a cantar, no demasiado bien—. *My baby don't care for clothes. My baby just cares for me...* ¿La has oído alguna vez?

Digo que no con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. —Ríe—. Me parece que a tu edad todavía no se escucha esa música. O a lo mejor es que yo canto muy mal. Bueno, el caso es que cuando mi Nina era tan pequeña como tú, casi todos los días íbamos al parque infantil, si el tiempo lo permitía. Y si no, nos quedábamos en casa haciendo puzles o preparando galletas. Ay, madre mía, lo que más le gustaba era comerse la masa directamente del cuenco, y casi siempre se zampaba tanta que luego nos quedaba lo justo para llenar media bandeja de galletas nada más.

La enfermera Ruth sigue riendo. Creo que quiere mucho a su hija.

—Nosotros también hacemos puzles —digo—, pero galletas no. Es que a veces mi mamá es una negada, y por eso es mejor que no se acerque a los fogones. —Enseguida me tapo la boca con la mano, sobresaltada. No debería llamar negada a mamá.

—¿Hannah?

Siempre hay que mostrar respeto hacia tus mayores.

—Me parece que es muy urgente que hablemos con tu padre —dice la enfermera Ruth—. Piensa a ver, puede que al final recuerdes el número de teléfono de tu casa.

—No tenemos teléfono.

—Bueno, entonces por lo menos la dirección. ¿El nombre de la calle donde vivís? Así podríamos enviar a alguien para que vaya a buscar a tu padre.

Sacudo la cabeza muy despacio. La enfermera Ruth no se entera.

—Es que no tienen que encontrarnos —susurro.

Lena

El aire justo después de que haya llovido. El primer trozo y el último de una tableta de chocolate, que siempre son los mejores. El olor de las fresias. El álbum Low *de David Bowie. Salchicha al curry después de una noche larga. Una noche larga. El zumbido de un abejorro gordo. Todo lo que hace el sol, ya sea salir o ponerse, o simplemente brillar. Un cielo azul. Un cielo gris. Un cielo negro. Cualquier cielo. La forma en que mi madre pone los ojos en blanco cuando viene a verme sin avisar y los platos no están fregados. El viejo columpio de Hollywood del jardín de mis abuelos y cómo chirría, que suena como si cantara una canción estrambótica cuando te columpias en él hacia atrás y hacia delante. Esos ridículos pesos para manteles que parecen fresas y limones. El viento del verano, en la cara y en el pelo. El mar, su rumor. La arena blanca y fina entre los dedos de los pies...*

—Te quiero —gime él, y separa su cuerpo pegajoso del mío.

—Yo también te quiero —digo en voz baja, y me hago un ovillo, como un corzo agonizante.

—... serie de fracturas costales izquierdas con implicación de las costillas segunda a cuarta. Hematoma subperióstico...

Hannah

—¿Quieres decir que no vas a contarme dónde vivís? —La enfermera Ruth sonríe, pero no es una sonrisa de verdad, más bien media, solo con un lado de los labios, el derecho—. A mi hija también le gustaban mucho esos jueguecitos cuando era pequeña.

—Nina —digo, para que la enfermera Ruth se dé cuenta de que he prestado atención. Siempre hay que prestar mucha atención—. La golosona.

—Eso es, la golosona —confirma. Aparta la taza de la infusión y se inclina un poco más sobre la mesa—. Y esos juegos son divertidos, claro. Pero, verás, Hannah, por desgracia a veces no es buen momento para jugar. Porque hay cosas que son graves. Cuando una persona ha tenido un accidente y la traen al hospital, tenemos que avisar a su familia. Es nuestro deber.

Intento no parpadear ahora que me mira de esa forma tan especial. Quiero que parpadee ella antes. Así habrá perdido.

—A veces, cuando alguien está muy malherido, como tu mamá, hay que tomar decisiones importantes.

El que parpadea antes pierde, así es el juego.

—Decisiones que la persona herida no puede tomar por sí misma en ese momento. ¿Lo entiendes, Hannah?

La enfermera Ruth ha perdido.

—En fin... —suspira.

Me tapo la boca con la mano y me tiro del labio inferior para que no se dé cuenta de que estoy sonriendo. No hay que reírse de la gente, ni siquiera cuando han perdido en el duelo de no parpadear.

—Había pensado que podríamos hablar un poco, antes de que llegue la policía.

La policía es un órgano ejecutivo del Estado. Su cometido es investigar actos punibles o ilegales, y a veces actúa para quitarles los hijos a sus padres. O los padres a sus hijos.

—¿Va a venir la policía?

—Es lo normal. De alguna forma hay que descubrir cómo se produjo el accidente en el que ha resultado herida tu madre. ¿Sabes lo que significa la expresión «conductor a la fuga», Hannah?

—La expresión «conductor a la fuga» describe el alejamiento indebido de un usuario de la vía pública donde ha tenido lugar un accidente de tráfico provocado por él, fin.

La enfermera Ruth asiente.

—Es un delito que la policía debe investigar.

—Entonces, ¿le caerá una bronca al hombre que ha estado allí?

La enfermera Ruth entorna los ojos.

—O sea que era un hombre el que conducía el coche. ¿Por qué lo preguntas, Hannah?

—Porque era simpático. Se ha ocupado de nosotras y ha llamado a la ambulancia. Ha dicho que todo iría bien y me ha dejado una chaqueta, porque mientras esperábamos me ha entrado frío. La verdad es que no se ha marchado hasta poco antes de que llegara la ambulancia. Creo que se ha asustado tanto como mamá y yo.

Ya no quiero mirar más a la enfermera Ruth.

—Y de todas formas lo del accidente no ha sido culpa suya —digo con mi voz de ratoncillo.

Papá se inventó la voz de ratoncillo para los días malos de mamá, porque pensaba que la molestaríamos si hablábamos demasiado alto. «Mamá necesita estar tranquila —decía entonces—. Mamá no se encuentra muy bien hoy.»

—¿Qué quieres decir con eso, Hannah? —La enfermera Ruth también parece conocer la voz de ratoncillo, porque habla igual—. ¿De quién ha sido la culpa?

Tengo que pensar bien cómo decirlo.

«Concéntrate, Hannah. Que ya eres una niña mayor.»

—Mi mamá ha hecho cosas tontas sin querer.

La enfermera Ruth parece sorprendida. Sorprenderse es cuando oyes o experimentas algo inesperado. Puede ser algo bonito, como un regalo que te dan aunque no sea tu cumpleaños. Mi gata, la Señorita Tinky, fue una sorpresa así. Cuando papá llegó a casa ese día y dijo que me había traído algo, pensé que sería un libro nuevo o un juego de mesa al que podría jugar con Jonathan. Pero entonces me enseñó a la Señorita Tinky, que desde entonces es mía y de nadie más, para siempre.

Sin embargo, una sorpresa también puede ser algo malo. Mamá, que sale corriendo de casa en plena noche; eso es muy malo. Prefiero pensar enseguida en algo bonito. En la Señorita Tinky y su pelaje atigrado, rojizo y suave, que siempre está tan calentito cuando nos sentamos juntas en el suelo, delante de la estufa de leña, ella en mi regazo, mis manos acariciando su pelaje, mi nariz fría hundida en su cuello cálido, sus preciosas patitas.

—¿Hannah?

No quiero. Prefiero seguir pensando en la Señorita Tinky.

—¿Tienes problemas en casa, Hannah?

A mamá no le hace mucha gracia la Señorita Tinky. Incluso le dio una patada una vez.

—¿Puede ser que tengas problemas con tu mamá?

Y sí que es una negada, da igual lo que diga papá. Si él no la ayuda, ni siquiera es capaz de encender la estufa.

—¿Hannah?

Una vez, incluso estuvimos más de una semana entera sin calefacción en casa y nos helamos tanto de frío que ya solo sentíamos cansancio. Pero al fin y al cabo es mi mamá, y cuando pienso en ella sé que la quiero. El amor es muy parecido a la suerte. Un sentimiento cálido y que te hace reír porque sí, aunque nadie haya contado ningún chiste. Igual que ríe la enfermera Ruth cuando habla de Nina. La golosona.

—¡Cielo, cuéntamelo, por favor!

—¡No quiero que venga la policía y se lleve a mi mamá! —Eso ha sido con mi voz de león.

Hannah

A veces mi hermano y yo jugamos a un juego. Se llama «¿Qué se siente con...?». Hace mucho que lo conocemos. No me acuerdo del todo, pero creo que jugamos desde la primera vez que mamá nos habló de la suerte.

—La suerte es una coincidencia especialmente propicia, un giro favorable del destino, fin —leí en voz alta del libro gordo que siempre lo sabe todo.

Al principio Jonathan asintió, como cada vez que leo el párrafo correspondiente, pero luego entornó los ojos y preguntó qué significaba eso en realidad. Primero le dije que era un idiota y que seguro que no había prestado atención. Siempre hay que prestar mucha atención. No escuchar es de mala educación. Aun así, volví a leerle las líneas otra vez, porque al fin y al cabo Jonathan es mi hermano, y da igual que sea idiota o no.

—La suerte es una coincidencia especialmente propicia, un giro favorable del destino. —Y luego dije «Fin» muy despacio y muy claro, para que supiera que el párrafo había terminado ya.

Sin embargo, Jonathan seguía con los ojos entornados.

—Idiota tú —replicó—, ya lo había entendido. Me refería a qué se siente, en el cuerpo, quiero decir.

—¿Qué se siente con la suerte? —le preguntamos entonces a mamá.

Ella nos estrechó a los dos entre sus brazos y dijo:

—Esto.

—Calor —constató Jonathan, y pensó que a mamá le había subido un poco la temperatura corporal.

Yo apreté la nariz en el hoyo que hay entre el cuello y el hombro. Olía a prados. La suerte es cálida, casi como unas décimas de fiebre, tiene olor y un latido que avanza como el segundero del reloj de la cocina.

Jonathan y yo también hablamos sobre qué se siente con un susto.

—Un susto es como una bofetada —propuso él.

—Que llega por sorpresa —añadí yo.

Teníamos razón. Justo así es un susto. Y justo así puede identificarse en la cara de alguien: los ojos muy abiertos por la sorpresa y las mejillas enrojecidas de repente, como si una mano invisible y firme las hubiera abofeteado.

Así es como está ahora la enfermera Ruth. Le he gritado con mi voz de león. «¡No quiero que venga la policía y se lleve a mi mamá!», he gritado.

—Hannah.

La voz de la enfermera Ruth se ha vuelto un poco chillona. Seguro que del susto. Tengo que explicárselo a Jonathan, pienso en primer lugar, tenemos que apuntárnoslo: susto = bofetada + sorpresa + voz chillona. En segundo lugar vuelvo a recordar que ahora mismo está deslomándose con la alfombra, y en tercero, que la enfermera Ruth ha dicho que va a venir la policía. Entonces me pongo triste y lloro.

La tristeza no es un sentimiento bonito. Me la imagino como un animalillo con muchos dientecitos puntiagudos que todos escondemos

dentro de nuestro cuerpo. La mayor parte del tiempo está dormido, pero en ocasiones despierta y tiene hambre. Se puede notar incluso cómo empieza a roerte el corazón. No hace un daño espantoso, o no tan espantoso para tener que gritar, pero sí te quedas un poco débil y con ganas de descansar. Seguramente la enfermera Ruth se ha dado cuenta de que ahora mismo estoy algo débil, y por eso se olvida de su susto. Su silla rechina en el suelo cuando se levanta, luego rodea la mesa y me aprieta la cabeza contra su pecho grande y blando.

—Sé que todo esto es demasiado para una niña tan pequeña, pero no debes tener ningún miedo, Hannah. Nadie quiere haceros nada malo, ni a tu madre ni a ti. A veces sucede que una familia necesita ayuda y ellos mismos no lo ven.

Su mano cálida está ahuecada sobre mi oreja, oigo el rumor del mar y cierro los ojos.

—Dicen que hay que acercarse una concha al oído para oír el mar —nos contó mamá hace mucho tiempo—, pero en realidad funciona también con otros objetos huecos si te los pones en la oreja. Con una lata de conservas o con la mano y ya está.

—¿Y cómo entra el mar ahí? —quise saber.

—Bueno, siendo exactos, en realidad lo que oyes es el rumor de tu propia sangre. Pero es mucho más bonito imaginarse que es el mar, ¿a que sí?

Asentí con la cabeza y pregunté qué era una lata de conservas. Yo todavía era muy pequeña y no sabía que una lata de conservas puede ser muy peligrosa. Que está hecha de metal y que la tapa redonda, cuando se corta con un abrelatas, es tan afilada que te puedes hacer mucho daño, a ti mismo o a los demás.

La enfermera Ruth aparta la mano de mi oreja y el mar desaparece.

—¿Puede ser, crees tú, que en casa necesitéis ayuda, Hannah? —Se acuclilla junto a mi silla y me sostiene las manos, que están en mi regazo.

—No —contesto—. Sabemos cómo funciona todo, en realidad. Tenemos nuestras reglas. Solo que a veces a mamá se le olvidan, pero por suerte estamos nosotros, que se las recordamos.

—Aun así, ¿hace tonterías? Eso es lo que has dicho antes, ¿no? Que a veces hace cosas tontas sin querer.

Me inclino hacia delante y formo un embudo de secretos con las manos. Eso del embudo de secretos nos lo hemos inventado Jonathan y yo, pero no debemos utilizarlo cuando papá está en casa. La enfermera Ruth vuelve la cabeza para que pueda ponerle el embudo en la oreja.

—Iba a matar a nuestro papá sin querer —susurro.

La cabeza de la enfermera Ruth gira al instante. Susto, se lo noto enseguida. Sacudo la cabeza, le sostengo la cara y se la vuelvo a poner

otra vez en la posición buena para el embudo de secretos.

—No tiene por qué contárselo a la policía. Jonathan ya se está ocupando de las manchas de la alfombra.

Lena

Que quiere tres, dice mientras pela una cebolla. Retira con toda tranquilidad la capa exterior, que suena como cuando te arrancas un esparadrapo de la piel. Ese sonido me duele. Estoy justo a su lado, en la cocina, y me quedo mirando fijamente el cuchillo que tiene en la mano. Un cuchillo de tallar; de cuchilla fina y sierra pequeña, lo bastante afilado.

—¿Me oyes, Lena?

—Claro —responde la mujer a la que empiezo a odiar con todo mi ser. Él lo consigue todo de ella, alarga la mano con audacia y se sirve a voluntad. De su cuerpo, de su orgullo, de su dignidad. Y aun así, ella le sonríe a la cara. Esa mujer me pone enferma—. Quieres tres.

—Desde siempre. ¿Y tú?

La mujer siempre ha querido tres también. Yo nunca he querido ninguno, pero mi opinión no cuenta. Algunos días desearía poder acostumbrarme a esto. Otros, sé que eso no debe ocurrir jamás. Saco mis últimas reservas, añicos minúsculos de una voluntad quebrada, recuerdos y motivos, y los guardo en un lugar seguro. Como una ardilla que entierra provisiones para el invierno. Solo puedo esperar que nadie, ni él ni la mujer débil, descubran mi escondite. Ese lugar secreto en el que hay cielo y pesos para mantel horteras.

—¿Quieres una copa de vino?

Deja junto a la tabla de madera el cuchillo con el que acaba de cortar la cebolla en cuartos y se vuelve hacia mí. El cuchillo, y cómo queda ahí. A medio brazo, a mi alcance. Tengo que obligarme a apartar los ojos. A mirarlo de nuevo a él a la cara con la sonrisa boba de la mujer débil en los labios.

—Sí, por favor.

—Maravilloso. —Sonríe también, luego da un paso hacia la mesa del comedor, en la que todavía están por recoger las dos bolsas de papel marrón con la compra—. ¿Tinto o blanco? Al final he traído de los dos porque no sabía qué preferirías con los espaguetis.

Cómo está ahí de pie, ligeramente inclinado sobre las bolsas, medio dándome la espalda, la mano derecha metida ya en una de ellas. Y el cuchillo junto a la tabla de madera, a medio brazo nada más, solo tendría que alcanzarlo. «¡Ahora!», gritan las voces.

—¿Lena?

La bolsa de papel cruje cuando saca la primera botella. «¡Ahora!»

—Prefiero el tinto, si puedo elegir.

—Sí, yo también lo prefiero.

Contento y con la botella en la mano, se vuelve. La mujer débil se apoya en la encimera. Un dedo se le va miserablemente hacia el cuchillo. Entre ambos solo hay unos centímetros y, aun así, una imposibilidad. Él cocina para mí. Cenamos juntos y brindamos con vino tinto por que pronto me quede embarazada. Quiere tres niños. Seremos una familia muy feliz.

—¡Fibrilación auricular!

Hannah

La enfermera Ruth ha salido de la sala tan deprisa que incluso se ha tropezado un poco. Ha dicho que me quede bien sentadita y la espere, así que no me muevo. Siempre hay que hacer lo que dicen los adultos, aunque seas muy lista, como yo. Tengo ganas de medir la sala, pero debo quedarme aquí sentada, o sea que empiezo a contar. Me gusta contar cuando no debo moverme y no se me ocurre nada más sobre lo que pensar. Así el tiempo pasa más deprisa. Mi hermano siempre tararea una canción cuando se aburre, pero eso sí que es aburrido, creo yo, porque siempre escoge la misma canción. Lo divertido de contar es que nunca sabes hasta qué número llegarás antes de que se acabe el tiempo.

Cuando regresa la enfermera Ruth ya he contado hasta 1128 y casi se me olvida levantarme. Siempre hay que levantarse cuando se abre la puerta, y enseñar las manos. Las uñas tienen que estar limpias y no hay que esconder nada con lo que puedas hacer daño, a ti mismo o a los demás. La enfermera Ruth, sin embargo, no se ha fijado en eso, solo ha dicho que me siente otra vez. Ha traído un cuaderno de dibujo y lápices de colores.

—He tenido una buena idea, Hannah —anuncia.

Que dibuje algo. Ajá. No estoy muy segura de que la idea sea tan buena. Los lápices son de colores bonitos, eso sí. Rojo y amarillo y azul y negro y lila y naranja y rosa y marrón y verde. Pero las minas están muy afiladas. Cojo el lápiz rojo y paso el dedo con cuidado por la mina; sí, tiene muchísima punta. En casa también dibujamos, pero con ceras. Y escribimos con ceras también.

—¿Por qué tengo que dibujar algo?

La enfermera se encoge de hombros.

—Bueno, para empezar, así nos entretendremos hasta que puedas ir a ver a tu madre, y además podremos decir que estamos muy ocupadas cuando venga la policía y quiera hacerte preguntas bobas. ¿Qué te parece?

—¿Y qué tengo que dibujar?

La enfermera Ruth vuelve a hacer un gesto de indiferencia.

—Hmmm... Podrías dibujar simplemente lo que te ha ocurrido hoy antes de que tu mamá llegara aquí.

Sin darme cuenta, he empezado a morder el final del lápiz. Se han soltado astillas de madera diminutas que se me pegan en la lengua. Me lamo el dorso de la mano para quitármelas.

—No —digo entonces—. Se me ocurre algo mejor. Le haré un dibujo a mi mamá. Así luego podré regalárselo.

—Vale, muy bien. ¿Y ya tienes alguna idea de lo que quieres dibujarle?

—Sí, creo que sí —digo, pensativa—. Algo que sé que la pondrá contenta.

La enfermera Ruth tiene mucha curiosidad. Eso me dice, y se le nota. Tiene los ojos muy abiertos y ha levantado las cejas tan alto que le han salido arrugas en la frente. Dejo el lápiz rojo y cojo el azul. Empiezo, con cuidado. Las minas afiladas pueden ser muy peligrosas. Primero dibujo la cara de mi mamá. La enfermera Ruth pregunta por qué es azul. Yo chasqueo la lengua con un gesto de exasperación. A veces la enfermera Ruth también es un poco idiota, igual que mi hermano.

—Porque no tengo lápiz blanco, ¿no? Y porque de todas formas el lápiz blanco no se vería en el papel blanco —explico.

Después dibujo el cuerpo de mamá, que lleva un vestido largo y bonito, también en azul, aunque en realidad debería ser blanco. Luego su precioso pelo largo en amarillo, y al final los árboles negros con unas ramas que son como retorcidos dedos de monstruos que intentan atrapar a mamá.

—Eso parece peligroso, Hannah —comenta la enfermera Ruth—. Cuéntame algo sobre el dibujo.

—Bueno, es la historia de mi mamá y mi papá y de cómo se enamoraron. Mi mamá estaba paseando por el bosque muy tarde una noche. ¿Ve qué bonito es el brillo de la luna en su pelo?

—Sí, está muy guapa, Hannah. ¿Iba sola por el bosque?

—Sí, y tenía un miedo horrible, por eso su boca no se ríe, ¿ve?

—¿Y por qué tenía tanto miedo?

—Se había perdido. Pero entonces... —Ahora dibujo a mi papá, que sale de detrás de un árbol—. Entonces llega mi papá y la encuentra. Es el mejor momento de la historia. Él está ahí, como salido de la nada, y la rescata. —Corrijo la boca de mi mamá para que ahora ría. La sonrisa me queda muy gruesa, como un gran plátano rojo—. Y se enamoran a primera vista.

Satisfecha, dejo el lápiz rojo junto al papel, en el que acabo de dibujar varios corazoncitos. Un corazón rojo es un símbolo habitual del amor. He dibujado seis corazones rojos, para que haya más amor

todavía.

—Caray —se asombra la enfermera Ruth—. Suena casi como en un cuento.

—No. No es ningún cuento, es una historia real. Tal como la explica siempre mi mamá. Si fuera un cuento, primero tendría que decir «Érase una vez». «Érase una vez» es la introducción tradicional para cuentos, mitos y leyendas. Muchas veces le pido que me cuente la historia, sobre todo cuando veo que está triste. Cuando me cuenta esta historia, siempre sonríe y está muy guapa. —Para demostrarlo, señalo la gruesa boca roja de plátano de mamá con el dedo índice.

La enfermera Ruth se inclina un poco más sobre la mesa.

—¿Y qué tiene tu padre en la mano?

—Es un pañuelo con el que enseguida le tapa los ojos porque quiere sorprenderla. No puede saber adónde se la llevará.

—¿Y adónde se la lleva, Hannah?

—Pues a casa —contesto—. A la cabaña.

Lena

«Da gracias.

»Dios te ha bendecido.

»Tienes una casa bonita.

»Tienes una familia.

»Tienes todo lo que siempre habías deseado.»

La voz de mi cabeza solo raspa la superficie. Siento que me arde el estómago, un vacío. El vacío no puede arder. Pero cómo arde este vacío... La mandíbula se me tensa del esfuerzo al intentar abrir la tapa de la lata de cacao con dedos temblorosos. Está atascada. Maldita sea, ha vuelto a atascarse. Siento que el sudor se me acumula bajo la línea de nacimiento del pelo y hace que me escueza la cicatriz de la frente. Sobre la encimera, junto al brik de leche, hay dos tazas preparadas, una roja y una azul, ambas con topos blancos, ambas de melamina irrompible. Los niños tienen que desayunar, y ya. Desayuno a las siete y media. No es tan difícil de entender, ¿no? Los niños necesitan que su día a día siga un horario. Los niños necesitan un desayuno equilibrado.

«¿Qué clase de madre eres, Lena? ¿Qué clase de monstruo?»

Los oigo alborotar a mi espalda, desatados —«¡Niños, por favor, no gritéis tanto!»—. La cocina, la zona de comedor y el salón están completamente comunicados. Sus chillidos rebotan de una esquina a otra como una pelota de goma descontrolada mientras se persiguen por todo el espacio —«¡Que paréis ya de una vez, por favor!»—. Cada tanto, uno salta sobre los reposabrazos del sofá y se deja caer de golpe en el asiento haciendo un ruido que suena como un enorme y pesado suspiro, una y otra

vez —«¡Quiero que paréis!»—. Siento la cabeza a punto de estallar, la presión de mi cráneo se hace insoportable. La tapa sigue atascada. La maldita tapa está atascada.

—¿Mamá?

Me estremezco. De repente mi hija está a mi lado y apoya la barbilla con interés en el borde de la encimera. Qué pequeña es. Una niñita minúscula y delicada con finos rizos rubios y la piel muy blanca. Como un angelito. Pero no como los pulcros querubines de porcelana con las mejillas rosadas que mi madre colecciona en el aparador del comedor. Más bien un ángel al que le pasa algo raro. El modelo de prueba que casi ha salido bien, pero no del todo.

—Hannah —digo. El tono es aseverativo, sin una pizca de cariño.

—¿Quieres que te ayude, mamá?

Sus redondísimos ojos azul claro demuestran que no se ha tomado a mal la frialdad de mi tono, o que no quiere hacerlo y punto. Asiento, cansada, y empujo la lata de cacao hacia ella. Mi hija la abre en cuestión de segundos con un gesto hábil. Se le ilumina la cara.

—¡Tachán!

—Gracias —me obligo a decir.

Hannah da media vuelta para volver al juego, pero la agarro del brazo, sin duda con demasiada fuerza, porque todavía es muy pequeña y frágil. Un instante después vuelvo a soltarla.

—Lo siento. ¿Te he hecho daño?

Arruga la frente y tuerce la boca como si acabara de decirle algo muy tonto.

—No, claro que no. Tú nunca me harías daño, mamá.

Una sensación diferente cubre un momento mi vacío interior como una manta gruesa y cálida. Intento sonreír.

—A lo mejor podrías ayudarme un poco más.

Levanto mis manos temblorosas como para explicarme, pero de todas formas Hannah ya ha asentido con la cabeza, se ha puesto de puntillas y alcanza la cucharilla de plástico verde neón que también está preparada en la encimera. Mide dos cucharadas de cacao para cada taza, vierte el polvo con cuidado en la leche y le da vueltas mientras va contando con atención y voz monótona la cantidad de veces que la cucharilla gira en la taza.

—Una, dos, tres...

Los números, el golpeteo. La voz de mi cabeza, que sigue raspando la superficie sin pausa hasta que deja marcada la primera muesca. Esa voz que dice: «Es tu hija y tienes que quererla. Te guste o no».

—... siete, ocho...

Cada vez me cuesta más respirar. Se me doblan las rodillas. Intento agarrarme al borde de la encimera para sostenerme, no encuentro nada.

—... trece, catorce...

El techo de la sala cae a cámara lenta, el suelo se encrespa, me hundo

en mi debilidad, resbalo casi con parsimonia hacia la negrura liberadora. Gracias.

—¡Papá! —oigo gritar a Hannah como desde debajo del agua—. ¡Mamá ha vuelto a tener un ataque!

—¡Hay que estabilizar el pulso!

Hannah

La enfermera Ruth me pregunta qué quiero decir con «cabaña».

Primero tengo ganas de darle unos golpes en la cabeza para que lo piense mejor ella sola, pero después me digo que más vale ayudarla. Siempre hay que estar dispuesto a ayudar.

—Una cabaña es una casa pequeña de madera. En el bosque.

La enfermera Ruth asiente con la cabeza como si lo hubiera entendido, pero tiene las cejas levantadas y la mandíbula le cuelga un poco más que antes, como si de alguna forma se le hubiese desencajado. Se pueden notar muchas cosas en una cara si eres observador.

—¿Quieres decir que vivís en el bosque? ¿En una cabaña?

Asiento muy despacio.

—Muy bien —digo.

A mí también me gusta que mamá me alabe cuando me pregunta durante las horas de estudio y me he sabido algo. Siempre dice: «Muy bien, Hannah», y así resulta mucho más divertido haber reflexionado. Tal vez a la enfermera Ruth le pase lo mismo.

—¿Alguna vez has vivido en otro sitio, Hannah? ¿En una casa de verdad?

—¡Una cabaña es una casa de verdad! Mi papá la construyó aposta para nosotros. Tenemos aire bueno. El aparato de circulación solo ha sufrido una pequeña avería dos o tres veces. Debe oírse un zumbido muy suave; si no, es que algo no funciona. Por suerte, yo tengo muy buen oído y enseguida me doy cuenta de cuando le pasa algo al aparato, mucho antes de que nos entre dolor de cabeza. Mi papá lo arregló muy deprisa, dijo que solo era algo que se había aflojado en la instalación, nada grave. Es bastante manitas.

La enfermera Ruth parpadea muchas veces.

—¿Qué…? —dice, pero luego ya no sigue.

Yo tampoco digo nada porque creo que por fin ha comprendido que debe esforzarse un poco en pensar. Mamá siempre espera un rato cuando no me vienen enseguida las respuestas correctas durante el estudio. «No sirve de nada que te diga la solución —opina—. Tienes que acostumbrarte a utilizar la cabeza. Piensa, Hannah. Concéntrate,

que tú eres capaz.»

—¿Qué...? —repite la enfermera Ruth—. ¿Qué es un aparato de..., un aparato de circu...?

—Aparato de circulación. Es raro, ¿verdad? ¿Sabe lo que hago yo cuando me cuesta mucho entender algo?

La enfermera Ruth vuelve a callar.

—Repito mentalmente los conceptos difíciles una y otra vez hasta que los he memorizado. Así también aprendo las palabras mucho mejor que Jonathan. En ocasiones me basta con decir dos veces un vocablo para mí, pero otras necesito unas diez.

La enfermera Ruth sigue sin contestar nada. Quizá está probando ese truco ahora mismo y practica los conceptos difíciles en silencio.

Por fin vuelve a pasar algo, su boca se mueve.

—¿Y me dirás también qué es eso de un...? —toma aire adrede para las palabras difíciles— ¿... aparato de circulación?

—Muy bien —la elogio de nuevo y me alegro, por sus progresos y por mí. Soy buena profesora. Eso lo he heredado de mamá—. El aparato de circulación nos proporciona aire —explico, y me esfuerzo por hablar lo más despacio posible para no atosigarla—. Sin oxígeno, el ser humano no puede vivir. Todos los días tiene que inhalar y exhalar entre diez y veinte mil litros de aire. Esa cantidad es aproximadamente entre diez y veinte mil veces lo que cabe en un brik de leche. El aire que se inhala contiene aproximadamente un veintiuno por ciento de oxígeno y un cero coma cero tres por ciento de dióxido de carbono. El aire que se exhala contiene aproximadamente un diecisiete por ciento de oxígeno y un cuatro por ciento de dióxido de carbono, fin. El aparato de circulación se encarga de que en la cabaña entre aire bueno para que respiremos, y de que el malo salga. Si no, nos asfixiaríamos.

La enfermera Ruth se lleva la mano a la boca. Veo que tiembla un poco. No solo su mano, sino toda la enfermera Ruth.

—Y por qué no abrís la ventana cuando necesitáis aire, Hannah.

Creo que es una pregunta, pero no suena así. En realidad, cuando se quiere preguntar algo, hay que subir la entonación de la voz al final de la frase. Empiezo a ordenar los lápices que tengo delante en una hilera larga y muy recta, desde los más claros hasta los más oscuros, empezando por el amarillo. El último es el negro.

—¿Hannah? —La enfermera Ruth ha acabado subiendo la entonación. Ajá.

Alzo la vista de mi hilera de lápices y la miro a la cara.

—¿Quieres decirme por lo menos quién es Jonathan?

—Pues mi hermano.

—¿Y Jonathan también vive en la cabaña? ¿Contigo y con vuestros padres?

—Sí, claro. No ha hecho nada malo. ¿Por qué íbamos a echarlo?

—Háblame de las manchas de la alfombra.

Ahora la enfermera Ruth me mira muy seria e incluso me gana en el duelo de no parpadear, pero solo porque vuelven a llorarme los ojos. La culpa es de la luz y del cansancio.

—¿Hannah? Antes has dicho que Jonathan se está encargando de las manchas del suelo. ¿Qué manchas, Hannah?

Niego con la cabeza.

—Estoy cansada —digo—. Quiero ver a mi mamá.

La enfermera Ruth alarga el brazo sobre la mesa para asirme la mano. Su gesto hace que dos lápices se muevan de la hilera, el azul y el verde.

—Ya lo sé, pero los médicos nos avisarán en cuanto puedas ir con ella, créeme. ¿Quieres hacer otro dibujo mientras tanto? Mira cuántas hojas. —Me suelta la mano y toca el cuaderno de dibujo con el dedo —. Todavía te quedan muchas en blanco.

Me encojo de hombros. La verdad es que ya no me apetece dibujar más.

La enfermera Ruth pone cara de reflexionar, con los ojos entornados y los labios fruncidos.

—¿Qué te parecería hacerme un dibujo de toda vuestra familia? Uno en el que salga también tu hermano. Jonathan —añade con una sonrisa. Ha prestado atención y se acuerda de su nombre—. ¿Os lleváis bien Jonathan y tú? ¿O a veces os peleáis?

—Solo nos peleamos cuando se porta como un idiota.

La enfermera Ruth suelta una risa corta.

—Te entiendo. Y dime, ¿tu hermano es mayor o menor que tú?

Arranco del cuaderno el dibujo de mamá y papá en el bosque y lo dejo a un lado. Después busco el lápiz azul y me pongo a dibujar la cara de Jonathan en una hoja nueva.

—Menor —digo—. Dos años menor.

—Vale, no me lo digas, déjame adivinar. Tiene... —empieza la enfermera Ruth, y parece pensarlo mucho—. Uf, qué difícil. Calculo que tendrá... ¿seis años?

Levanto la vista del papel. Pobre enfermera Ruth, qué tonta, está visto que no sabe restar.

—Trece menos dos... —digo para ayudarla, aunque ella solo me mira como embobada—. Tiene once, claro —añado, dándole la solución.

A la enfermera Ruth todavía le falta mucho que aprender en la vida, la verdad.

Hannah

Aprender es importante. No hay que ser tonto. A mí, aprender me resulta más fácil que a Jonathan. Siempre ha sido así. Él no aprendió a leer seguido hasta los cuatro años. Por supuesto, sabemos lo que es un colegio. Un colegio es una institución que ofrece educación a niños y jóvenes, pero por suerte nosotros no tenemos que ir allí. El camino es muy peligroso. Podríamos perdernos o ser víctimas de un atraco. Además, solo los niños tontos de verdad, los que no saben aprender solos, tienen que ir al colegio. Yo creo que la enfermera Ruth también tuvo que ir al colegio de pequeña, aunque seguramente allí pasa lo que pienso desde hace tiempo: que en el colegio solo hacen como si enseñaran cosas importantes a los niños, pero en realidad siguen siendo tontos. Eso se nota en la enfermera Ruth. Una resta tan sencilla, trece menos dos... También creo que a la enfermera Ruth ahora le da vergüenza no haber sido capaz de resolver un problema tan fácil. Incluso pregunta si todo lo que le he contado es verdad. Así que dejo de pintar los pantalones de Jonathan, le doy la vuelta a la página y dibujo trece palitos por la otra cara. Tacho dos de ellos y luego cuento los palitos que quedan, despacio y con claridad, para que me oiga. Por supuesto, sale que quedan once palitos. Trece menos dos son once. No me parece bonito que crea que miento solo porque ella sea un poco tonta. Yo no mentiría jamás. No hay que mentir. También le digo eso, porque por lo visto no lo sabe, la pobre y tonta enfermera Ruth.

—Hannah. —Ahora suena como si fuese a echarse a llorar—. La cabaña. Y el aparato... ese...

—¡Aparato de circulación! —digo con mi voz de león.

La enfermera Ruth se estremece. Susto, otra vez. Ojos muy abiertos y mejillas encendidas, pero en esta ocasión no me da pena. Es que no quiere esforzarse.

—¡Eso no lo tolero! —sigue gritando mi voz de león, y doy un golpe con la mano plana en la mesa.

Los lápices saltan, el verde incluso rueda por el borde y cae al suelo. No hay que hacerse el tonto a propósito. Me agacho bajo la mesa para buscar el lápiz verde y, cuando vuelvo arriba, se disculpa. Bueno, algo es algo. Siempre hay que disculparse cuando has hecho algo malo.

—No quería enfadarte, Hannah —dice—. Seguro que esta situación es angustiosa para ti. Lo comprendo. Pero, verás, también quiero entender todo lo demás. Me gustaría mucho saber cómo son las cosas en vuestra casa. No conozco a nadie más que viva en una cabaña en el bosque.

Vuelvo a girar la página y sigo pintando los pantalones de Jonathan. Son sus preferidos, los azules, los que solo puede ponerse los domingos.

—¿Hannah?

Levanto la mirada.

—Me perdonas, ¿verdad?

Asiento con la cabeza, luego sigo ocupándome de mi dibujo. Jonathan heredó de mí su camiseta roja preferida. Cuando todavía era nueva, casi brillaba. Creo que se alegraría si supiera que en mi dibujo lleva su ropa preferida. Para terminar, le hago también el pelo rizado. Lo tiene casi negro, igual que el de papá. Justo a su lado, a la altura del hombro, empiezo con mi cara. También me pondré mi vestido preferido, el blanco de florecitas. En mi dibujo saldremos todos muy guapos.

—En casa no podéis abrir ninguna ventana, ¿verdad, Hannah? Por eso necesitáis ese aparato.

—Aparato de circulación —murmuro.

—¿Es que la cabaña no tiene ventanas?

—Sí, claro.

Para mis rizos necesito el lápiz amarillo.

—Pero ¿no las abrís? ¿Por qué no, Hannah?

—Es demasiado peligroso. Por eso también las hemos tapado con planchas atornilladas.

Me pregunto si sería una mentira dibujarme una cinta roja en el pelo. No tengo ninguna cinta roja, solo una azul oscuro, pero roja quedaría mucho mejor con las florecitas del vestido.

—¿Eso lo hizo tu padre, Hannah? Antes has dicho que es un manitas.

—Sí.

Mi mano se acerca al lápiz rojo con mucho, mucho cuidado. Mientras, miro a la enfermera Ruth a la cara. Ella no puede saber que no tengo ninguna cinta para el pelo de color rojo, pero me preocupa un poco que se note que quiero hacer trampa. Preocupar no es del todo asustar, pero tampoco es muy bueno. La preocupación es más bien como cuando tienes náuseas, como cuando te duele la tripa y no sabes si vas a vomitar o no.

Papá se preocupó muchísimo cuando mamá se fue. Nos dijo que no estaba seguro de si algún día volvería, y entonces se puso a llorar. Papá no había llorado nunca. Alargué la mano hacia su cara y toqué los ríos húmedos que formaban sus lágrimas. Él no lo dijo, pero enseguida supe que, si mamá se había ido, en parte era culpa mía, por lo del asunto con Sara. Jonathan también lo sabía. Se me quedó mirando mucho rato y luego no me habló durante varios días, hasta que le recordé que él tampoco podía soportar a Sara precisamente.

—¿Sabes, Hannah? Estoy pensando que... Te has esforzado mucho en dibujar a tu hermano. Se nota que lo quieres mucho. ¿No deberíamos enviar a alguien a vuestra casa, quizá, para ver cómo va

con la alfombra? ¿O para ayudarle a limpiar?

Atrapo el lápiz rojo deprisa, sin dejar de mirar a la enfermera Ruth a los ojos, pero a ella no parece importarle que quiera hacer trampa con el color.

—O... —sigue sin esperar mi respuesta— podríamos ir a buscarlo para que esté contigo. Así podríais esperar juntos a vuestra madre. Algunas cosas parecen mucho menos malas cuando estás con alguien que es importante para ti.

—No estoy segura de que a Jonathan le gustara esto —digo. Mi cinta roja inventada queda preciosa con el vestido de florecitas—. Creo que se pondría a temblar si tuviera que estar aquí.

—Pero tú estás siendo valiente y no tiemblas.

—Sí, eso es verdad —reconozco—. Pero a lo mejor es que soy más valiente que Jonathan. Porque soy mayor, o un poco más lista, o las dos cosas. Él también se ha asustado mucho más que yo con la sangre. Y con el ruido.

—¿Qué ruido?

—Bueno, ¿de dónde cree que han salido esas horribles manchas de la alfombra?

La enfermera Ruth pone cara como de pensar, pero ahora ya sé que no se le da demasiado bien.

—Como cuando tiras una sandía al suelo —explico, para así evitar que se ponga en ridículo otra vez—. Así es como suena cuando le tiras algo a la cabeza a alguien. ¡Plaf! —grito con mi voz de león, y luego sigo con voz normal—: Y después todo se queda muy en silencio.

Matthias

4825 días.

He contado y maldecido cada uno de ellos. Mi pelo es más gris, mis latidos más irregulares. El primer año recorrí el último trayecto de mi hija todos los días. Imprimí octavillas y no dejé ni un poste de farola sin cubrir con ellas. Interrogué por mi cuenta a supuestos amigos y enderecé un par de opiniones. Llamaba varias veces al día a mi viejo amigo Gerd, Gerd Brühling, que la buscaba en calidad de comisario jefe de la policía y responsable del grupo de investigación. Al ver que no conseguía encontrarla, le retiré al señor Brühling mi amistad. En algún momento, cuando empecé a sentirme inútil, quise encargarme de que por lo menos se terminaran las mentiras, así que concedí numerosas entrevistas, cincuenta o más.

Lena lleva desaparecida 4825 días. Con sus noches. Eso son casi catorce años. Catorce años en los que todas y cada una de las llamadas de teléfono podrían haber supuesto la única noticia capaz de

cambiarlo todo. Que habían secuestrado a nuestra hija y nos exigían un rescate. Que habían encontrado a nuestra hija en las aguas del Isar, tan azul e hinchada que resultaba irreconocible. Que la habían localizado, violada, asesinada y tirada como si fuera basura, tal vez en el extranjero, en algún lugar del Bloque del Este.

—¿Matthias? ¿Sigues ahí? —La voz de Gerd crepita de agitación.

No respondo, solo intento respirar. El auricular del teléfono tiembla en mi mano derecha, empapada de sudor. Con la izquierda busco apoyo en la cómoda del pasillo. El espacio, el vestíbulo de nuestra casa, pierde solidez; la escalera, la alfombra, el armario de la entrada parecen abalanzarse sobre mí como arrastrados por una ola. El suelo que piso es blando. A mi lado está Karin, que ha bajado medio dormida la escalera desde el piso de arriba al ver que no regresaba al dormitorio. Toquetea nerviosa el cinturón de su albornoz color crema.

—¿Qué ocurre, Matthias? ¿Qué ocurre? —musita.

Trago saliva con esfuerzo a causa del nudo que me cierra la garganta, de esa llamada y su significado, de casi catorce malditos años. Karin y yo hemos hecho morir a Lena de formas espantosas cientos de veces en nuestra imaginación, nos hemos torturado con miles de posibilidades. Solo hubo una cosa que en algún momento dejamos de lado en nuestras disquisiciones: ¿y si sonaba el teléfono y nos decían que la habían encontrado viva?

—Lena —gimo.

Mi mujer cierra los ojos y da un par de pasos inseguros hacia atrás, hasta que su espalda topa con la pared y se deja resbalar contra ella. Se lleva las manos a la cara y empieza a sollozar, pero no con fuerza y teatralidad. Así no. Seguramente ha pasado demasiado tiempo; 4825 días que nos han vaciado de esperanza. Lo que suelta son más bien pequeños hipidos, como tristes inspiraciones breves y desinfladas.

—No, no... —Por fin consigo formar unas palabras y alargo la mano hacia ella.

—¿Matthias? —Gerd, al teléfono.

—¿Cómo que no, no? —Karin, contra la pared.

—Creen que la secuestraron, pero la tienen. Está viva —digo con una voz que apenas llega a mis oídos. Y repito—: Está viva.

—¿Qué? —Karin se incorpora con torpeza.

La sostengo del brazo cuando amenaza con volver a perder el equilibrio porque le tiemblan las piernas.

—Sí —dice la voz crepitante de Gerd al otro lado de la línea.

La información que acaba de darme es vaga. No sé si es que no puede decir más o es que no quiere. Solo que la comparación con la base de datos de desaparecidos ha encontrado semejanzas. Gerd saldrá a primera hora de la mañana hacia un hospital de Cham, en la frontera checa, para corroborar la identidad de Lena. Cham, a solo dos

horas y media de Múnich, qué cerca... Lena está muy cerca, quizá lo haya estado todo este tiempo, y yo no la he encontrado.

—Voy contigo —suelto—. Vamos los dos, pero no mañana temprano, ahora mismo.

—No, Matthias, eso no puede ser —dice Gerd con el tono de un adulto que intenta disuadir a un niño tozudo—. No es así como suele hacerse...

—Me da igual —interrumpe el niño—. ¡Me importa una mierda! Me visto y pasas a buscarme.

Oigo que Gerd suspira al otro lado de la línea.

—Me lo debes —añado, antes de que empiece a explicarme el procedimiento habitual con un nivel innecesario de detalle—. Vamos los dos.

Gerd suspira otra vez, yo cuelgo. Me propongo darle media hora para que venga a recogerme. Si no se presenta, saldré sin él y punto. Hacia Cham, hacia Lena. Abrazo a Karin. Sus cálidas lágrimas mojan la tela de mi pijama.

—Está viva —susurro en su pelo. Qué bien suena eso: «Está viva».

Solo un cuarto de hora después ya nos hemos vestido y Karin incluso se ha peinado. No hacemos más que movernos de aquí para allá en el vestíbulo, los dos juntos, ambos con la cara vuelta hacia la puerta de entrada, por cuyo cristal esmerilado enseguida veremos los faros del coche de Gerd cuando llegue. Yo solo lo pienso, Karin lo dice en voz alta:

—No esperemos más.

Asiento con vehemencia y alcanzo la llave del coche del llavero de pared.

Hacia Cham, hacia Lena. Está viva.

No es hasta que nos incorporamos a la autopista con nuestro viejo Volvo cuando explota la burbuja que me ha tragado desde la llamada de Gerd. De repente me pregunto si no deberíamos haberlo esperado. Si ha estado bien traer a Karin. Las palabras de Gerd al teléfono vuelven a reproducirse en mi cabeza. «Escúchame, Matthias, no es seguro, pero he recibido una llamada de mis compañeros de Cham. Una joven se ha cruzado corriendo delante de un coche en una zona boscosa cerca de la frontera checa. Por lo visto se llama Lena. Han sospechado que el accidente podía estar relacionado con un caso de secuestro, así que han comprobado la base de datos de desaparecidos. Hay algunas coincidencias, como la cicatriz de la frente, por ejemplo. De todas formas, ha quedado gravemente herida en el atropello. Está en cirugía traumatológica y en este momento no se puede hablar con ella. ¿Sigues ahí? ¿Matthias?

—Lena —he susurrado mirando a Karin.

—Sí —ha dicho Gerd—. Mañana temprano saldré hacia Cham. Hasta que no podamos corroborar de manera fehaciente la identidad de la mujer...

Y yo:

—Voy contigo.

—Karin, creo que debo advertirte —digo cuando comprendo que los reparos de Gerd pueden no estar motivados solo por el incumplimiento del protocolo habitual. Tendría que habérselo contado a mi mujer antes, cuando nos estábamos vistiendo, pero apenas era capaz de articular nada más que «Está viva» una y otra vez, asombrado, perplejo, reverente—. Gerd ha dicho que está en urgencias por un accidente. Tal vez esté muy grave. ¿Soportarás verla así?

—¿Estás loco? ¡Es nuestra hija!

Tiene razón. Lena nos necesita a su lado, sobre todo en su estado. Piso a fondo el pedal y acelero todo lo que aún da de sí nuestro viejo Volvo. Casi catorce años después, solo ciento ochenta kilómetros nos separan de nuestra hija.

«¡Adiós, papá! ¡Hasta otro día! ¡Y gracias, de verdad!», la oigo decir con su voz alegre, y en mi recuerdo la veo bajar saltando los escalones de la entrada hacia el jardín delantero. La tarde antes de su desaparición vino a vernos para tomar un café después de que le robaran la bicicleta en el campus. Nos habíamos asegurado de que la entrega del dinero tuviera lugar a espaldas de su madre. Karin opinaba que la niña debía ser independiente y, como muchos otros estudiantes, buscarse un trabajo a tiempo parcial. Yo consideraba que eso estaba descartado. La niña debía concentrarse en los estudios. Y como la niña necesitaba una bicicleta nueva, decidí darle trescientos euros.

«¡Adiós, papá! ¡Hasta otro día!»

Adiós, corazón, hasta dentro de 4825 días...

—¿Matthias? —Karin agita mi móvil.

Entonces me doy cuenta de que está sonando y de que el interior del vehículo, oscuro hace un instante, está iluminado por la luz azulada de la pantalla.

—Gerd —supongo, e imagino que en ese momento está delante de nuestra casa y ha llamado al timbre un par de veces antes de comprobar que hemos salido sin él.

Miro un momento mi reloj de pulsera. Ha sido puntual.

—Contesta tú, tranquila.

Gerd protesta a tal volumen al oído de Karin que incluso yo lo oigo.

—Es que no podíamos esperar, tienes que entenderlo —nos disculpa Karin.

Que me diga que sigo siendo un idiota, oigo también, y no puedo

evitar sonreír porque siento una chispa fugaz, una ligera melancolía. Gerd era mi mejor amigo, antes, en otra vida.

—Sí, sí, no te preocupes —contesta Karin antes de despedirse y volver a dejar a oscuras el interior del vehículo al apretar el botón—. Dice que nos encontremos en el hospital. Que actuemos con tranquilidad hasta que llegue él, también por sus compañeros de allí.

Resoplo, la melancolía se ha esfumado.

—Como si me interesaran los compañeros del señor Brühling. Queremos saber qué ha pasado con nuestra hija, y punto.

Oigo a Karin revolviendo en su bolso; para guardar mi móvil, pienso. Sin embargo, entonces percibo el conocido sonido de un paquete de pañuelos de papel cuando se abre el cierre adhesivo. Con el rabillo del ojo veo que se está secando las mejillas.

—Secuestrada —solloza—. Si de verdad fue un secuestro, como parece, ¿por qué nunca nos llamó nadie para pedir un rescate?

Me encojo de hombros.

—No sería la primera vez que algún cerdo pervertido secuestra a una chica para retenerla.

Enseguida pienso en Mark Sutthoff, no puedo evitarlo. ¿Y si al final sí tuvo algo que ver en la desaparición de Lena? Dios santo, y pensar que lo tuve en mis manos...

—«Retener» es una palabra terrible.

La voz de mi mujer se mezcla con las imágenes de mi cabeza. Mis manos en el cuello de Mark Sutthoff, su espalda contra la pared, su cara congestionada.

«¿Dónde está, cerdo?»

—Lo sé —digo.

Karin levanta la barbilla.

—¿Crees que se recuperará? No me refiero a las heridas del accidente.

—Es fuerte, siempre lo ha sido —contesto con una sonrisa para animar a mi mujer y le acaricio la rodilla.

El resto del trayecto guardamos silencio, solo de vez en cuando se oye un seco carraspeo de alguno de los dos. Aun así, sé lo que siente Karin por dentro. Se pregunta si la persona que nos devolverán hoy puede ser todavía nuestra hija después de todos estos años y de lo que tal vez haya tenido que soportar. En el pasado, Karin a menudo ha dicho cosas como: «Espero que al menos fuera rápido» o «Rezo por que lo haya conseguido». Con «conseguirlo», se refería a que Lena hubiese tenido una muerte rápida, sin tortura, ni física ni psicológica, sin sufrimiento. Muchas veces me costaba no saltarle al cuello por eso, aunque en secreto yo también pensaba algo parecido. Siento que los dos, sentados en el mismo coche y a solo medio brazo de distancia, estamos en realidad a kilómetros el uno del otro. Karin tiene miedo,

Karin duda. Yo, por el contrario, solo pienso que hay médicos para todo, para el cuerpo y para el alma. Que ahora todo irá bien. ¿Por qué habría sobrevivido Lena, si no? ¿Si no hubiera sido capaz de enfrentarse al destino? ¿Si no se hubiera aferrado a la vida? Tal vez yo sea demasiado confiado y Karin lo vea todo negro, o quizá la verdad quede en algún punto intermedio, en ese medio brazo de distancia, y sea manejable y muy sencilla.

—Es fuerte —insisto una vez más.

Ella carraspea.

Lena

Alguien grita.

—¡No! —Y—: ¡Dios mío!

Tiran de mi cuerpo entumecido. Lo zarandean. Calidez, un abrazo firme.

—¡Lena! ¡Dios mío, Lena!

Parpadeo. Sonrío sin fuerza. Al final sí que ha vuelto, en el último momento. Los niños están vivos, se aferran a su cuello. Me estrecha entre sus brazos. Tiene la cara blanca del susto. Alargo una mano fría. Toco una lágrima.

—Lo siento mucho —dice él.

Y yo:

—Nos has salvado.

—Paciente estable.

Hannah

Creo que he hecho algo malo. Lo sé porque ya he contado hasta 2676 y la enfermera Ruth no vuelto todavía. He imitado el ruido de una sandía al caer, «¡plaf!», y justo después ha dicho que tenía que ir enseguida a preguntar si ya podíamos ver a mamá y que yo siguiera con el dibujo de mi familia mientras ella estaba fuera. Le he dibujado a papá una mancha roja a un lado de la cabeza, pero ahora no sé qué más hacer.

Estoy cansada. La noche al otro lado de las ventanas ya se ha vuelto un poco gris. Casi nunca he estado despierta hasta tan tarde, como mucho aquella noche que Sara todavía estaba con nosotros y no nos dejaba dormir con sus berridos. Siempre hay que dormir lo suficiente para que el cuerpo pueda regenerarse. Apoyo la cabeza en la mesa y

cierro los ojos. Mamá siempre dice que uno puede decidir lo que soñará pensando con muchas ganas en algo en concreto antes de conciliar el sueño. Quiero soñar algo muy bonito. Mamá y yo, y que las dos hacemos por fin otra excursión, nosotras solas porque soy su hija preferida.

Así que pienso con todas mis ganas en la primera vez que salimos juntas. Al principio estaba un poco preocupada, pero mamá dijo:

—Es un lugar precioso, Hannah, te encantará.

Y también dijo que no podíamos contarle a nadie que nos marchábamos.

—Chsss... —hizo, y se puso el dedo índice sobre los labios fruncidos —. Nuestras excursiones son un secreto.

—¡Pero no hay que mentir, mamá!

—No estamos mintiendo, Hannah, solo que no lo contaremos.

—¿Y qué pasa con Jonathan? Seguro que tendrá miedo si se despierta y no hay nadie en casa.

—No te preocupes. Dormirá mucho rato y cuando despierte ya habremos vuelto, te lo prometo.

Nos pusimos guapas. Yo incluso pude ir con mi vestido preferido, el blanco de florecitas. Después salimos de casa con pasos de ratoncillo, hacia el coche, y me senté delante, al lado de mamá. La carretera que tomamos era lisa como el papel y reflejaba el sol. En algunos puntos se veían ondulaciones del calor, como pequeños fuegos incoloros. Pegué la nariz contra el frío cristal de la ventanilla. El cielo era igual que un cuadro, con nubecillas blancas como la nieve sobre un fondo azul. Dibujé el contorno de una nube con forma de vaca en el cristal, y mamá se rio. En la radio sonaba una canción que conocíamos, y la risa de mamá salpicó la melodía antes de que empezara a cantarla. Dejamos la carretera y entramos en una urbanización. Mamá aparcó el coche en la sombra de un gran árbol. Era un arce. Se distinguen por sus hojas de cinco ramificaciones, que parecen una gran mano verde.

En un jardín se celebraba una fiesta a la que estábamos invitadas. Mamá tenía razón, era un sitio precioso. Ya nos estaban esperando; la gente que había allí reía, nos hicieron gestos para que nos acercáramos y dijeron: «¡Por fin habéis llegado!». Mamá quería presentarme, pero yo no podía estarme quieta de la emoción. Me quité las sandalias y corrí descalza por el jardín, olí las hortensias, que eran grandes como coles, y al final me estiré boca abajo sobre la hierba. Olía como el jabón de la ropa que usamos siempre. Arranqué algunas briznas y también margaritas silvestres y dejé que una mariquita me corriera por el dorso de la mano. Un hombre con los ojos de un azul muy claro y el pelo gris se sentó a mi lado en la hierba.

—Cómo me alegro de que hayas venido, Hannah —dijo.

Le enseñé el insecto de mi mano y él me explicó que las mariquitas

eran muy útiles porque se comían el pulgón y los ácaros. Me quedé boquiabierta; un animal tan pequeñito...

—También dicen —me explicó el hombre— que las mariquitas dan buena suerte.

Eso me gustó.

Alguien nos llamó para comer. En la parte de atrás del jardín habían colocado una mesa larga. Puse el talón del pie derecho delante de los dedos del izquierdo y fui cambiando de pie, el derecho delante del izquierdo, el izquierdo delante del derecho, hasta que medí la longitud de la mesa en treinta pasos. Había pastel de chocolate, tarta de fresas y natillas de vainilla con unas frambuesas grandes como la uña del dedo gordo, también galletas, palitos salados y salchichitas a la parrilla. Me habría gustado mucho probarlo todo, pero mamá dijo que teníamos que volver ya porque seguro que Jonathan se despertaría pronto. El somnífero nunca duraba tanto como nos gustaría.

—¿Puedo comer al menos un trozo de pastel de chocolate, mamá? ¿Solo uno pequeño, por favor? Me lo terminaré enseguida.

Mamá dijo que no con la cabeza. Sacó una barrita del bolso, abrió el envoltorio y me la dio.

—De todas formas no es sano comer demasiados dulces, Hannah. En casa consultaremos lo que puede hacerle al cuerpo un exceso de azúcar. Y ahora, ve a por tus sandalias, que tenemos que marcharnos ya.

Después de decir eso, se fue corriendo hacia la puerta del jardín sin despedirse de los demás invitados. Cuando la atrapé, poco antes de llegar al coche, me volví una última vez. En la valla estaba el hombre que me había explicado lo de las mariquitas y me decía adiós con la mano. Yo levanté la mía solo un momento para que mamá no me viera. Entonces volvimos a casa.

—El consumo excesivo de azúcar y alimentos dulces puede desencadenar los siguientes síntomas —empezó a leer mamá en voz alta del libro gordo que siempre lo sabe todo. Lo había bajado de la estantería del salón nada más llegar—. Cansancio, apatía, estados de ansiedad, problemas estomacales e intestinales, gases, diarrea o estreñimiento, nerviosismo, trastornos del sueño y la concentración, así como daños dentales. ¿Lo ves? —Cerró el libro gordo con un golpe muy fuerte—. Alégrate de no haber tenido que comer pastel.

Asentí. Mi mamá me cuida muy bien. Siempre quiere lo mejor para mí.

Un momento después, Jonathan estaba de pie en la puerta del salón. Debía de haberse acabado de despertar.

—¿Qué hacéis ahí? —preguntó mientras se restregaba el sueño de los ojos.

—Nada, Jonathan —dijo mamá sonriendo, y me hizo un guiño.

Mi mamá y yo teníamos un secreto. Mi mamá y yo estaríamos siempre juntas...

—¿Hannah?

Parpadeo.

—¿Hannah?

Levanto la cabeza de la mesa.

Tengo delante a dos desconocidos. Un hombre vestido con traje gris y una mujer alta y delgada con el pelo castaño y corto. Mi cuerpo se estremece del susto y entonces me yergo y enderezo mucho la espalda, como cuando hay que sentarse a la mesa para comer. La mujer me tiende una mano. Yo enseguida alargo las mías y las vuelvo despacio, para que pueda verme primero las uñas y luego las palmas. Todavía no he terminado de enseñárselas bien, pero ella toma mi mano derecha y la agita. La mujer y el hombre dicen «Hola, Hannah», y que la enfermera Ruth no ha venido porque necesitaba hacer una pausa.

—Ha sido muy amable de ocuparse de ti todo este rato —dice la mujer, sonriendo.

Luego explica que es la doctora Hamstedt, pero a mí no me parece que sea médica. No lleva bata. Quiero decírselo, porque tal vez se le ha olvidado la bata y eso podría traerle problemas, pero no me da tiempo porque de pronto le toca el turno al hombre. Él tampoco quiere verme las manos, y eso que es policía. Incluso me enseña su identificación y se ríe, porque en la foto está muy diferente a como es en realidad.

—Verás, entonces todavía era joven y guapo.

Creo que eso pretende ser un chiste, pero justo cuando mi boca quiere sonreír, el policía vuelve a ponerse serio.

—Hannah, tengo que ir urgentemente a tu casa a asegurarme de que todo está bien —dice mientras toma asiento en la silla donde antes se había sentado la enfermera Ruth.

Entonces alarga el cuello hacia el dibujo que he hecho y da unos golpecitos con el dedo justo donde papá tiene una mancha roja en la cabeza.

—Después de lo que nos ha contado la enfermera Ruth, estoy convencido de que esta noche ha pasado allí algo muy malo. Seguro que tu madre y tú os habéis asustado tanto que habéis salido corriendo y habéis tenido el accidente en el que ha resultado herida.

Ahora alcanza mi primer dibujo, el de mamá y papá en el bosque, y señala el pañuelo que papá lleva en la mano.

—No debes tener miedo, Hannah. Dime dónde está la cabaña. Yo me encargaré de todo y a ti no te pasará nada malo, te lo prometo.

—Haz caso al comisario Giesner, Hannah. Puedes confiar en

nosotros —dice la mujer.

—¿Dónde está la cabaña, Hannah? ¿Puedes describirme el camino? —Ese es el policía otra vez.

Y luego la mujer:

—No tengas miedo, estás a salvo.

No me parecen unas personas antipáticas, sobre todo el policía, que es mucho más agradable de lo que yo habría imaginado, pero de todas formas no me apetece hablar con ellos. Quiero que vuelva la enfermera Ruth, o por lo menos dormir un rato. Eso lo entienden, creo yo, porque cuando vuelvo a apoyar la cabeza en la mesa y cierro los ojos me dejan tranquila. Al principio tengo intención de volver a pensar en algo bonito, pero no lo consigo porque estoy demasiado pendiente de escuchar a esas personas y oír algo que me indique que se levantan y se van de la sala de descanso. Sin embargo, ya he contado hasta 148 y ellos siguen ahí sentados. Entonces, por fin, oigo que las sillas se arrastran sobre el suelo y, poco después, la puerta.

Matthias

Entramos en el aparcamiento que hay frente al hospital. Son casi las cuatro.

Karin busca mi mano. La suya está fría y húmeda. Dice algo. Yo no oigo nada, solo el latir de mi corazón en los oídos. No corremos, no irrumpimos en ese lugar, nuestros pasos son cuidadosos y cortos. Todo funciona como en automático. Cruzamos una puerta. Un breve recorrido por un vestíbulo de entrada, hasta la recepción, donde hay una mujer. Mi boca se mueve. Quiero decirle que somos los padres de Lena Beck, que ha ingresado como víctima de un accidente. Que debemos ir a cirugía traumatológica. No sé cómo sueno, si las frases salen tal como las he pensado. Ahora también la recepcionista mueve la boca y levanta el auricular del teléfono. Karin me tira del brazo y me aparta unos pasos de la cabina de cristal donde la mujer se está comunicando con alguien. Karin tiene la cara blanca, los ojos le tiemblan en las cuencas al mirarme. Cuando me doy cuenta de lo nerviosa que está y veo que se apoya en una pierna y luego en la otra, le paso un brazo por los hombros. Quiero decirle que se tranquilice, y por lo visto lo hago, porque poco después asiente con la cabeza. Llega un médico, o un enfermero, no sé, en todo caso lleva bata. Lo acompaña un hombre de traje gris. Sus nombres vuelan a mi alrededor, me estrechan la mano. Los seguimos a ambos hasta un ascensor. Montamos, no sé si subimos o bajamos. El tiempo mueve los hilos. El ascensor se detiene y uno de los hombres me toca en el hombro, sin duda para indicarme que debemos salir ya. Karin ha

vuelto a cogerme de la mano y aprieta con fuerza. Nuestra procesión avanza hasta la mitad de un pasillo y allí se detiene. Mi mujer me suelta con brusquedad. Como eso me ha molestado, de pronto vuelvo a prestar atención.

—Será mejor que entre solo uno de ustedes —dice el médico—. Ha recibido atención médica, pero sigue inconsciente. Preferimos dejar que despierte con calma, sobre todo porque no podemos descartar que se encuentre en *shock*.

—Eso quiere decir que no podré hablar con ella —afirmo como un tonto.

El hombre del traje gris, que ha resultado ser comisario de la policía, dice:

—Primero necesitamos su ayuda para poder identificarla fehacientemente. Todo lo demás lo discutiremos después.

—Entraré yo —decido volviéndome hacia Karin, que asiente.

Así es como lo habíamos planeado, hace años ya. Yo me encargaría de identificar el cadáver de nuestra hija, que estaría cubierto por una manta fina sobre la mesa de autopsias. Le estrecharía la mano una vez más y le daría un último beso en la frente fría. Le diría que la queremos.

Solo que de pronto no estamos en un sótano de Medicina Forense, sino en un hospital, y nuestra hija vive. El médico me lleva del brazo en dirección a otra puerta que divide el pasillo en dos. A mi espalda, Karin le pregunta al comisario qué ocurrirá después. No llego a oír su respuesta porque la puerta se ha cerrado detrás del médico y de mí. De repente me siento inseguro, me pregunto qué aspecto tendrá nuestra hija con las heridas del accidente de tráfico, con todo lo que habrá vivido. Cuando desapareció, estaba en el segundo año de sus estudios de Magisterio, era una joven que acababa de abrir las alas para echar a volar. Ahora tiene treinta y siete años y es toda una mujer que, si no le hubieran arrebatado la vida aquella noche, tal vez estaría casada y tendría sus propios hijos.

—No se asuste, por favor —dice el médico cuando estamos ante la puerta de la habitación. Ya tiene la mano en el tirador, pero todavía duda—. Presenta algunas heridas en la cara, sobre todo cortes, pero tienen peor aspecto de lo que son en realidad.

Suelto algo así como un gruñido. El aire no me da para más, tengo el tórax agarrotado. El médico acciona el tirador. El resquicio de la puerta se va agrandando.

Cierro los ojos, las imágenes me inundan. Mi Lenita, esa cosita menuda en los brazos de Karin. Cincuenta centímetros, 3 kilos 430 gramos, una mano diminuta que aferra mi pulgar. «Bienvenida al mundo, corazón —le digo—. Tu papá siempre cuidará de ti.» Mi Lenita, con sus dientes separados y la gigantesca mochila del colegio.

Lenita, que insiste en que la llamemos Lena desde ya, porque todo lo demás suena demasiado infantil. Lena, que se ha teñido de negro la melena rubia, que se sienta con las piernas dobladas en el sofá de la sala y se abre agujeros en los vaqueros con unos imperdibles. Lena, que vuelve a ser rubia y todo mi orgullo. Que está deslumbrante con su vestido la noche del baile de graduación, con una buena selectividad en el bolsillo y miles de planes en la cabeza. Lena, que ya ha entrado en la universidad, y Lena, la última vez que la vi antes de su desaparición. Bajó saltando los escalones hasta el jardín delantero, se volvió un momento y se despidió de mí con la mano, contenta. «¡Adiós, papá! ¡Hasta otro día! ¡Y gracias, de verdad!»

Entonces entro en la habitación.

Su cama está en el centro. Oigo aparatos que pitan. Tiene los ojos cerrados. Es cierto, le veo heridas en la cara. Está repleta de cortes que parecen pequeños triángulos. Tiene la sien izquierda azulada e hinchada. El labio abierto. Parece que le han dado puntos por encima de las cejas. A pesar de todo, la pequeña cicatriz que tiene justo debajo del nacimiento del pelo, a la derecha, se distingue perfectamente. Y aun así...

Con el primer vistazo me ha bastado, pero el significado de lo que veo tiene que calar, necesita tiempo, pesa, se hunde sin encontrar fondo. De repente me llevo la mano a la boca y me tambaleo alejándome de la cama.

—No es Lena —jadeo en la palma de mi mano—. No es mi hija.

El médico me agarra del codo, me ayuda a tenerme en pie y me saca de la habitación, puede que todo a la vez.

—No es ella —insisto.

—Lo siento mucho —dice el hombre.

«Lo siento mucho», como si con eso estuviera todo dicho.

Hannah

Si pudiera escoger, ahora preferiría estar en el mar. Con mamá, solas las dos porque soy su hija preferida, en el lugar más bonito del mundo. En realidad todavía me debe una excursión al mar, porque la última nos salió mal. Siempre hay que estar de buen humor cuando vas de viaje. Yo aproveché todas las olas, me lancé con la tripa sobre ellas, con todas mis fuerzas, como si ya sospechase que podía ser la última vez que saldríamos juntas. Mamá había cambiado. Estaba tumbada en la arena boca arriba, mirando el cielo todo el rato. Pensé que era por papá. Cada vez que él no estaba, ella tenía miedo de que no fuese a volver. La verdad es que no lo decía, pero yo se lo notaba. Estaba nerviosa e inquieta, contaba las barritas y no dejaba de

preguntarme si el aparato de circulación funcionaba bien. Tengo muy buen oído, mejor que nadie.

Sentí muchas ganas de animarla, así que avancé entre las olas para volver a la playa, pero me giré una vez más hacia el mar por si acaso teníamos que irnos ya corriendo, por Jonathan, porque el somnífero nunca duraba tanto como a nosotras nos gustaría. Vi brillar el sol sobre el mar como si hubiesen volcado un enorme cargamento de diamantes en él. El cielo y el agua eran lo mismo, todo azul, solo azul, de arriba abajo, «acuérdate de esto, Hannah, que no se te olvide, este azul tan bonito e interminable». Cerré los ojos e inhalé el aire salado, que se enganchó pegajoso a mis pulmones. «No lo olvides Hannah, por nada del mundo.» El mar, *the sea, la mer,* cubre casi tres cuartas partes de la superficie terrestre. La flora marina produce alrededor de un setenta por ciento del oxígeno presente en la atmósfera de la Tierra. Cuando estuve segura de haberlo grabado todo en mi mente, fui dando zancadas por la arena caliente hasta donde estaba mamá.

—¿Mamá?

No dijo nada. Me sacudí el pelo encima de ella como hacen los perros con el pelaje mojado, y me habría gustado que saltase para perseguirme por la playa, como siempre. Pero ese día se quedó tumbada, muy tiesa, mirando al cielo sin parar, como si no estuviera del todo ahí.

—Tú también querías bañarte —dije de mal humor, y me dejé caer en la arena, a su lado.

—Ay, Hannah —repuso, y se volvió de lado hacia mí—. Lo siento mucho, por todo.

—¿Qué quieres decir, mamá?

—Tenéis una vida dura, y todo por mi culpa.

Lo decía por el ojo morado.

—Solo ha sido un descuido tonto. No pasa nada.

—Eres muy lista, Hannah, y te haces mayor. Un día te parecerá que sí pasa. —Me agarró de la mano y apretó demasiado—. Cuando alguien te pregunte por mí, tú di la verdad, ¿me oyes?

—Ya sabes que nunca miento. Papá siempre dice que las mentiras...

—Ya lo sé —me interrumpió. En realidad no hay que interrumpir nunca. Es de mala educación. Soltó una risa—. Ay, olvida lo que he dicho, Hannah. Seguro que solo son las hormonas.

Las hormonas son mensajeros bioquímicos que desencadenan determinados procesos biológicos. Que en ese momento llorara un poquito, por ejemplo, y que le salieran unos pequeños sonidos agudos de la boca. Nunca había llorado con ruido, aunque el ruido que hacía era muy bajo, pero yo tengo muy buen oído.

Mamá me tiró de los brazos para conseguir que me sentara bien y poder abrazarme.

—Te quiero mucho, Hannah.

—¿Para siempre?

—Para siempre y siempre jamás...

Oigo la puerta y levanto la vista. Esta vez es la enfermera Ruth, que por fin ha vuelto.

—Bueno, Hannah, ¿cómo estás? —pregunta con media sonrisa.

Es la sonrisa boba que pone cuando se avergüenza un poco. Seguro que por haberme dejado sola y, en lugar de regresar, haber enviado a dos desconocidos.

—Me alegro de que haya vuelto.

—Sí, yo también —dice sonriendo.

Salto de la silla, aunque no he pedido permiso para levantarme de la mesa, y me abrazo a ella. La enfermera Ruth me acaricia la cabeza. Su mano queda otra vez sobre mi oreja y oigo el mar. El mar, *the sea, la mer,* el sitio más bonito del mundo.

—Te traigo una buena noticia —me dice a través del rumor de las olas—. Ya podemos ir a ver a tu madre si quieres. En realidad todavía no se ha despertado, pero los médicos ya han terminado con ella.

Asiento con la cabeza contra su barriga blanda. Quiero ver a mi mamá, pero también quiero que la enfermera Ruth me abrace un rato más.

—¿Oyes eso? —pregunta.

Entonces sí que aparto la cabeza. Se refiere a un ruido, como un aleteo extraño en algún lugar, lejos, pero que aun así se oye claramente. La enfermera Ruth señala la ventana. Se ven unas luces intermitentes, blancas y rojas, en la noche gris. Blanco, rojo, blanco, rojo, plin, plin, plin, plin...

—¿Qué es?

—Un helicóptero. La policía va a sobrevolar la zona cercana al lugar donde tu madre tuvo el accidente. —La enfermera Ruth se acuclilla y me rodea la cara con sus manos cálidas—. Encontrarán la cabaña, Hannah. Sacarán de ahí a tu hermano.

Ahora la enfermera Ruth sonríe de verdad, y como no se me ocurre nada mejor, yo también sonrío.

—¿Qué me dices? ¿Quieres que vayamos a ver a tu madre?

Asiento con la cabeza. La enfermera Ruth me toma de la mano y nos vamos de la sala de descanso.

Matthias

Compasión. Palabras de consuelo. Desde hace casi catorce años sé lo poco que significa todo eso. La gente dice cosas solo por ser amable.

Karin aún se toma la molestia de asentir entre lágrimas mientras el comisario nos obsequia con sus frases vacías.

—Lo siento mucho, de verdad, señor y señora Beck.

También Gerd ha llegado ya y forma con nosotros un semicírculo desdichado en el pasillo de cirugía traumatológica. Miro la camisa que lleva bajo la gastada cazadora de cuero abierta y que, con las prisas de esta noche, se ha abotonado mal.

—Por eso quería venir sin vosotros —se atreve a decir.

Me trago unas palabras crueles.

—Ahora, la decepción es aún mayor.

Vuelvo a tragar.

—Entonces, ¿quién es esa mujer? —pregunta Karin entre sollozos.

Solo ha tenido que mirarme cuando volvía con el médico de la zona separada para saberlo. «No es ella, ¿verdad?», me ha preguntado. He querido negar con la cabeza, pero ni siquiera eso he conseguido.

—Señora Beck —dice el compañero de Gerd—. Esto es una investigación abierta. Espero que entienda que no podemos darles ninguna información.

—Porque ahora, de repente, ya no es asunto nuestro, Karin —traduzco—. No es nuestra hija, así que no pueden decirnos nada.

—Lo que mi compañero Giesner quiere decir... —interviene Gerd. Su tono es esforzadamente tranquilo, pero llega a mis oídos con una frecuencia del todo equivocada.

—¡Nos sacas de la cama en plena noche y nos dices que han encontrado a nuestra hija! —siseo.

—Te he dicho que había similitudes que debíamos comprobar —replica Gerd, susurrando también.

El otro comisario se aleja unos pasos. La situación parece resultarle desagradable.

—Desde el principio te he dicho que no era seguro que se tratara de Lena. —Gerd se frota la frente y suspira, luego se vuelve hacia mi mujer—. Lo siento muchísimo, Karin. He dejado que os hicierais ilusiones. Ha sido poco profesional. Sabes que para mí es algo personal...

—Hace catorce años que eres poco profesional —disparo, aunque nadie me hace caso.

—Pero ¿qué significa esto ahora para nosotros? —solloza Karin.

Gerd vuelve a suspirar.

—Significa que...

—Que podemos esperarla otros catorce años, Karin —interrumpo con brusquedad. No me apetece estar aquí de cháchara, la buena educación, las palabras de aliento—. Que no volverá a casa con nosotros.

Siento que la ira empieza a arder en mi cara, las mejillas se me

encienden como si me hubiera subido la fiebre.

—Matthias... —Karin me agarra del brazo, pero yo no quiero controlarme.

Gerd tiene que enterarse de lo que nos ha hecho.

—¡Significa que ya no tenemos hija! ¡Que está muerta! ¡Seguro que lleva catorce años muerta! ¡Solo que el genial señor Brühling ni siquiera ha conseguido traernos a casa su cadáver para que podamos enterrarla como es debido!

—Matthias... —Las uñas de Karin se hunden en la tela de mi chaqueta. De repente su rostro está más pálido aún, tiene los ojos muy abiertos y miran fijamente—. Ahí... —susurra.

No la entiendo.

—Es ella.

Sigo la mirada de mi mujer por el pasillo y me quedo sin respiración, el corazón se me detiene.

—Es... Lena...

Karin tiene razón: está ahí. En el pasillo, de la mano de una enfermera, y viene hacia nosotros. Nuestra niña, nuestra pequeña Lena, mi Lenita.

Lena

Recuerdo con vaguedad el sonido chirriante de los frenos, mi propia voz, que gritó y quedó ahogada al instante, el impacto y lo mucho que me sorprendió no sentir ningún dolor, por lo menos en un primer momento. Después sí llegó, el dolor, y me arrastró con tal brutalidad que me dejó inconsciente. No sé cuánto tardé en volver en mí de repente; ¿diez minutos?, ¿una hora? Fue como si hubiese estado metida en una habitación del todo oscura y de pronto alguien encendiera la luz. Estaba despierta y absolutamente despejada.

Enseguida supe que había sufrido un accidente. Supe que iba en una ambulancia. Oía unos pitidos que trasladaban mis latidos al mundo exterior. Oía sirenas. Supe que íbamos muy deprisa, percibía las irregularidades de la carretera y cómo el vehículo se ladeaba en las curvas. Sentía mi cuerpo, y no hay palabras para describir el dolor. Aun así, intenté moverme para comprobar si notaba las extremidades. Donde hay sensación —aunque sea dolor—, la vida todavía tiene arreglo, me dije. Si me esforzaba y lograba mover un poco los dedos de los pies y doblar los de las manos, sería buena señal. Lo que no podía mover era la cabeza, tenía el cuello estirado e inmovilizado. Me habían puesto un collarín y no podía ver lo que ocurría a ambos lados. Derecha e izquierda no existían, solo un arriba fijo, el techo amarillento de la ambulancia. Justo por encima de mí había un trozo

de cinta aislante gris plata que debía de tapar alguna pequeña grieta, o un agujerito, o una desalentadora mancha de sangre que no se podía limpiar. Sentía una ligera presión en el pecho y en las espinillas, pero seguramente no eran más que correas bien apretadas. No debía caerme de la camilla durante el viaje, hacerme algo aún peor. Qué absurdo, ¿no?

—Creo que ha vuelto en sí. —Una voz de hombre.

Un momento después, un auxiliar médico se inclinó sobre mi limitado campo de visión y me enfocó los ojos con una pequeña linterna. Debía seguir el punto de luz. Me esforcé, pero la luz me cegaba y el punto de luz se convirtió en una superficie clara y deshilachada. El dolor se hizo líquido y se vertió hacia fuera.

El auxiliar médico dejó la linterna.

—No tenga miedo —dijo—. La llevamos al hospital.

Sentí que su pulgar, protegido por un guante de látex, me quitaba una lágrima de la mejilla. El pitido que traducía mis latidos se hizo más rápido, irregular.

—Tranquila. —El hombre se esforzaba por mantener las distancias, pero dijo que lo sentía.

Empecé a moverme bajo las correas, que de pronto me resultaban demasiado apretadas.

—Cálmese. Todo va bien, ¿me oye? La ha atropellado un coche, pero enseguida estaremos en el hospital. Ya falta muy poco.

Me sujetó las piernas con fuerza. Yo quería gritar, pero solo conseguí moverme más bajo las correas.

—Le administraré algo para que se tranquilice.

Un instante después, los pitidos de mi corazón volvían a ser lentos y regulares. Cosa que me pareció muy mal.

—¿Puede decirme cómo se llama? —preguntó el auxiliar médico—. ¿Recuerda su nombre?

Los párpados empezaron a temblarme.

—No creo que sea nada —oí que decía, pero como desde lejos—. Seguramente se encuentra en *shock*.

—Lena —dijo entonces una segunda voz. Una voz que no era real, que no podía serlo, que debía de proceder del tranquilizante, del *shock* —. Se llama Lena —repitió la voz, como para corroborar su existencia.

Intenté mover la cabeza, pero la tenía fijada con fuerza hacia arriba, mirando al techo amarillento. Y estaba cansada, esa boba cabeza. Muy cansada. Se me cerraron los párpados. «Hannah», fue el último pensamiento que se formó en la niebla que precedió a la negrura. La que acababa de oír era la voz de Hannah. Hannah iba conmigo en la ambulancia...

Reprimo un gemido. No deben darse cuenta de que me he despertado.

Ha pasado el tiempo, eso lo sé. Me falta un fragmento de película entre el último pensamiento de la ambulancia y este momento. Estoy en un hospital, tumbada en una cama. Noto la cabeza muy ligera, sin duda voy hasta arriba de medicación. Siento un pellizco en la parte interior del codo derecho. Me han puesto un gota a gota. Huelo el desinfectante y oigo el familiar pitido de una máquina de electrocardiograma. A mi alrededor percibo voces y gentío.

—¿Me oye? ¿Puede hacerme una señal, mover un dedo?

No hago nada de nada. Me concentro en respirar y mantengo los ojos cerrados como una niña tozuda. Ni siquiera parpadeo cuando el loco de tu padre se acerca a mi cama y pierde los papeles.

—¡No es ella! ¡No es mi hija!

Creo que tienen que ayudarlo a caminar para salir de la habitación.

Yo, por el contrario, sigo aquí tumbada como un trozo de carne muerta, igual que me quedaba tumbada muchas noches mientras tu marido abusaba de mí. Los ojos bien cerrados. Sé que, en cuanto los abra, se abrirán también las puertas del infierno. Tengo miedo, Lena. Un miedo terrible.

Matthias

La mirada de Karin. Su rostro blanco y sus ojos completamente abiertos y fijos.

Lena, que viene hacia nosotros por el pasillo de la mano de una enfermera.

Nuestra hija, nuestra pequeña Lena, mi Lenita, como a los seis o siete años de edad. Demasiado pequeña para esa mochila tan grande, recuerda mi memoria desconcertada cuando las imágenes del pasado vuelven a surgir y se mezclan con la realidad del presente. Los rizos rubios, la barbilla en punta, los ojos, Dios mío, esos ojos.

Busco apoyo con la mano y lo encuentro nada menos que en el brazo de Gerd.

—Lena...

—Ay, Dios —oigo decir a Karin antes de que Gerd aparte el brazo.

Vuelvo la mirada hacia su brusco movimiento y compruebo que ha llegado justo a tiempo de sostener a mi mujer de las axilas, porque le han fallado las piernas.

—¿Qué...? —se le escapa antes de volver la cabeza a la izquierda, en dirección a esa niña—. ¿Cómo es posible?

También su compañero Giesner, el de Cham, que hasta ahora se ha mantenido a cierta distancia, se nos acerca enseguida.

—¡Lena! —exclama Karin.

La enfermera que la lleva de la mano se detiene de repente. Lenita

da un paso inseguro para esconderse a su espalda. El alboroto parece haberla asustado.

—¡Chsss! ¡Silencio! ¡Callaos! —grito yo.

Pero Karin está totalmente fuera de sí.

—¿Qué significa esto? —jadea, y luego—: ¡Lena! —Un chillido penetrante.

La enfermera hace retroceder a la niña por el pasillo.

—¡No, no, no! ¡Espere! —vocifero, y voy tras ella hasta que alguien me retiene.

Unos brazos desconocidos me sostienen desde atrás.

—¡Lenita! —consigo exclamar aún antes de que Giesner me inmovilice en el suelo como a un animal descontrolado.

Mientras todavía me estremezco bajo él con unos últimos estertores, Lenita desaparece y el pasillo se queda vacío salvo por nosotros. Silencio.

—Venga conmigo, señor Beck —dice Giesner al cabo de un momento, y me ayuda a levantarme.

Gerd y él, guiados por un enfermero, nos llevan a la primera habitación vacía. Gerd acompaña a Karin hasta la cama, donde se desploma como si acabaran de desconectarla. El enfermero pregunta si necesitamos a un médico para que le dé algún tranquilizante.

—No, gracias —decido yo sin preocuparme realmente por su estado —. Estamos bien.

—Explíquenmelo —pide Giesner cuando el enfermero sale de la habitación.

—Lena —decimos Karin y yo al unísono—. Esa niña del pasillo es igual que nuestra hija —prosigo—. De pequeña —añado enseguida, cuando comprendo lo locos que debemos de parecerle.

Unos padres en estado de enajenación mental que acosan a una pequeña desconocida, esa es la imagen que debemos de haber dado. Solo que la niña no puede ser una desconocida si es como una copia de nuestra hija. ¿Verdad?

—Es cierto —dice Gerd, que sale en nuestra ayuda de manera inesperada—. Como un clon.

Ahora Giesner lo mira con ojos dudosos también a él.

—Soy amigo de la familia. Conozco a Lena desde que nació.

«Amigo», mastico la palabra en silencio, pero me controlo. Esto no va de Gerd y de mí, sino de Lena. No, de esa niña.

—Un momento. —Se me ocurre una cosa. Me llevo la mano a la chaqueta y busco mi billetero. Cada vez que lo abro, mi Lenita me sonríe en colores algo desgastados desde detrás de un plástico transparente, con su separación entre los dientes y su mochila gigantesca. Consigo sacar la foto y se la entrego a Giesner—. Tenga, véalo usted mismo.

El hombre alcanza la fotografía y la estudia con atención.

—Hmmm... —hace un par de veces seguidas sin decir nada más—. Hmmm...

—¿Quién es esa niña? —pregunta Karin desde el fondo con la voz quebrada.

Giesner levanta la vista de la foto.

—La niña, según todos los indicios, es la hija de la víctima del accidente.

Niego con la cabeza.

—Pero eso no tiene sentido. Esa mujer de ahí —hago una vaga señal con la cabeza sobre mi hombro en dirección a la puerta— no es Lena.

—Matthias, ¿estás seguro? —pregunta Karin—. Tal vez no la has reconocido después de tantos años. ¿Tiene la cicatriz? —Se toca justo por debajo del nacimiento del pelo, a la derecha, con pequeños movimientos toscos del dedo índice—. ¿Podría ver yo a la mujer?

—Tiene una cicatriz, sí, pero aun así no es ella. Creo que reconocería a mi propia hija. —Sueno más brusco de lo que pretendía —. Lo siento, cielo. De verdad que no es Lena.

—¿Y si voy a verla yo? ¿Para asegurarnos?

—¡Que no es ella, Karin!

—Vamos a tranquilizarnos un poco —interviene Gerd—. Karin, tú no vas a entrar en esa habitación, lo haré yo. Reconocería a Lena.

—¿No estaréis diciendo en serio que soy incapaz de identificar a mi propia hija? —No me lo puedo creer.

—Claro que eres capaz, Matthias —murmura Gerd—. Sin embargo, el hecho es que aquí hay algo que se nos escapa. Debemos descubrir quién es esa mujer y por qué hay una niña idéntica a Lena que dice ser su hija.

—Hmmm... —hace Giesner otra vez, y me devuelve la foto. Luego se dirige a Gerd—: ¿Sabe si existe un perfil de ADN de Lena Beck?

Gerd asiente con la cabeza, como un alumno ejemplar.

—Lo mandamos preparar entonces, con una muestra de su cepillo de dientes.

—Bueno —dice Giesner, volviéndose de nuevo hacia Karin y hacia mí—, eso quiere decir que solo necesitamos una muestra de la niña. Es algo rápido, no hace falta más que una simple prueba de saliva. Con eso realizaremos un perfil de ADN y, por último, compararemos ambos perfiles para ver si hay coincidencias. Así, al menos tendremos claro si la niña está emparentada con su hija, pero quedará aún la pregunta de cuál es la relación de la niña con la víctima del accidente...

—Interroguemos a la pequeña —propone Gerd con una decisión que no le había visto desde hace catorce años.

«Encontraremos a tu hija, Matthias —dijo entonces, y puso los pies encima de su escritorio con fanfarronería, el cigarrillo en la comisura de los labios como el matón de una película americana de las malas—. Aunque sea lo último que haga, traeré a nuestra Lena de vuelta casa.»

Giesner suspira.

—Ya he hablado con ella, incluso con la ayuda de una especialista, pero no hemos sacado mucho en claro.

—¿Ha hablado con ella? —gimo—. ¿Qué quiere decir con que no han sacado mucho en claro?

—La doctora Hamstedt, nuestra especialista, aún no ha podido realizar un diagnóstico en firme. Hasta ahora solo tenemos piezas del puzle, pero esperamos saber más pronto, cuando encontremos la cabaña de la que nos ha hablado Hannah. He enviado un helicóptero para que sobrevuele esa zona del bosque, y también hay un equipo de camino al lugar del accidente.

—Hannah... —repito para mí.

O sea que así se llama: Hannah. Busco los ojos de Karin, pero su mirada pasa de largo, está fija en Giesner.

—¿Qué cabaña? —pregunta—. ¿Está Lena ahí, en esa cabaña?

Giesner carraspea.

—El comisario Brühling tiene razón. Primero deberían descansar un poco.

Le indica a Gerd que lo siga hacia la puerta, Gerd asiente.

Cuando salen de la habitación, Karin pregunta:

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Lena

Pienso brevemente en huir, pero ¿cómo voy a hacerlo? Apenas puedo moverme aún, estoy conectada a aparatos que sin duda darán la alarma si toqueteo los electrodos, y además no dejan de entrar personas en la habitación. Es como si quisieran obligarme a despertar con tanta actividad. Al principio era personal sanitario, cambiaban la bolsa del gotero o comprobaban el electro en visitas relámpago; soportable, solo tenía que cerrar los ojos y respirar.

Sin embargo, después han aparecido estos dos policías que han decidido montar campamento junto a mi cama. Uno, según he conseguido entender por sus conversaciones susurradas, ha venido exprofeso desde Múnich, el otro pertenece a la jurisdicción de Cham. No dejan de hablar de «la niña».

Hannah. No me lo he imaginado, estaba ahí, ha venido conmigo en la ambulancia. Hasta aquí, hasta el hospital. Hannah está aquí.

Pillo al vuelo palabras como «secuestro» y «cabaña». El electro al

que estoy conectada indica mi repentina agitación con una serie de tonos nerviosos. Justo al lado de mi cabeza, uno de los dos policías, creo que el de Cham, aprieta el botón de llamada. Los oigo a ambos dando pequeños pasos a derecha e izquierda de mi cama mientras es evidente que esperan que aparezca alguien de enfermería.

Llega un hombre que primero comprueba la pinza del electro en mi dedo corazón y después me aprieta un frío estetoscopio contra el pecho.

—Todo bien —les comunica a «Cham» y a «Múnich»—. Puede que solo haya sido una pesadilla.

Uno de los agentes gruñe en respuesta.

Oigo la puerta, el enfermero ha vuelto a marcharse, luego arrastran una silla por el suelo hasta mi cama, y poco después otra. Parece que van a quedarse aquí sentados hasta que por fin recupere la consciencia y responda a sus preguntas.

Justo en eso pensaba algunas noches, cuando su cercanía, su aliento cálido en mi nuca y su piel pegajosa contra la mía me mantenían despierta. ¿Qué contaré si algún día salgo de este agujero?

Y entonces escogía los detalles. Algunos los apilé desde el principio en un montón de cosas inconfesables, perversidades que no se podían expresar con palabras y que lo convertirían a él en un monstruo, pero sobre todo a mí en su víctima. No quería ser la pobre mujer de la cabaña durante el resto de mi vida. Sería fuerte, explicaría justo lo necesario, con la espalda recta y la mirada clara. Cuento tres respiraciones en silencio, un último y breve plazo de gracia antes de abrir los ojos. Ya ha llegado la hora, Lena.

Uno de los dos hombres, el de traje gris, se inclina sobre mi campo de visión al instante. También el otro se levanta de su silla. Los tengo a ambos encima, las preguntas asoman ya en sus rostros, el electrocardiograma va a toda velocidad.

—Hola —dice el del traje—. Esté tranquila, por favor. Todo va bien. Soy Frank Giesner, de la policía de Cham, y este es mi compañero Gerd Brühling, de Múnich. Lo ha entendido, ¿verdad? Somos de la policía.

Intento asentir, pero no lo consigo.

—¿Puede oírme?

—Será mejor avisar otra vez al enfermero —dice Múnich, y señala hacia el botón de llamada.

Cham sigue su consejo.

—La han traído al hospital después de que la atropellara un coche. ¿Puede decirme cómo se llama?

Hago girar los globos oculares y gimo de dolor.

—Oiga, sabemos lo de la cabaña, ya la estamos buscando. No le pasará a usted nada. Aquí está a salvo.

La puerta se abre; el enfermero, que ha vuelto a la habitación. Cham y Múnich se apartan de la cama al mismo tiempo.

—Ya ha despertado —explica Múnich.

El enfermero me toma el pulso.

—Enviaré al doctor Schwindt para que le inyecte algo —dice—. Pero puede tardar un rato, porque ahora hay cambio de turno. Esto es un caos.

Abro la boca para protestar, pero solo me sale un ruido, un sonido extraño que está entre un jadeo de agotamiento y una risilla histérica. Cuando consigo calmarme hasta cierto punto, el enfermero ya se ha marchado. Debo mantenerme lúcida, eso es todo lo que puedo pensar.

—¿La han encontrado? —pregunto con dificultad.

Cham hace un gesto vago con la cabeza mientras Múnich no deja de mirarme la cicatriz de la frente.

—Como le he dicho, todavía estamos buscando la cabaña. Pero no se preocupe, aquí está segura. ¿Nos dice su nombre?

Me repito que su petición es sencilla y del todo lógica. Que no tiene nada de malo ni de amenazador, al contrario. Si la policía sabe quién soy, podrá avisar a mi familia. Decirle a mi madre que estoy viva, que venga a buscarme, que se me lleve de aquí, que me lleve bien lejos. Y quiero contestar, ya he tomado aire y he abierto la boca. Solo que, de nuevo, no consigo más que un par de sonidos histéricos. Me he tragado mi identidad y me río de ello.

Tardo un buen rato, los agentes aguardan con paciencia. Junto al desconcierto, sus rostros delatan también otro sentimiento: lástima. Para ellos ya soy eso, la pobre mujer de la cabaña. Al comprenderlo se me pasa la risa. No enseguida y de repente, sino a trompicones. Durante unos momentos sueno todavía como un motor renqueante. Luego, por fin, silencio. Y entonces, mi respuesta:

—Lena. Me llamo Lena.

Hannah

La verdad es que lo he reconocido enseguida, de aquella otra vez en la fiesta del jardín, la primera excursión que hice con mamá. Él me explicó lo de las mariquitas y que dan buena suerte. Enseguida he recordado su pelo gris y sus ojos azul muy claro, del mismo color que uno de los vestidos de domingo de mamá. Solo que ese vestido también tiene rayas blancas. Pero entonces, de pronto, ya no he estado tan segura, porque la gente con la que esperaba en el pasillo del hospital se ha puesto a hablar en voz tan alta que han asustado a la enfermera Ruth. Ha vuelto a traerme a la sala de descanso. Hemos corrido tan deprisa que he tenido que apretar los dedos de los pies

hacia arriba para no perder las chancletas de goma de color rosa, porque me van grandes.

En realidad me había prometido que iríamos a ver a mamá, pero ahora cierra la puerta de la sala de descanso y dice:

—Creo que tendremos que esperar un poco más para ir a verla, Hannah.

Miro al suelo y encuentro una pelusa. Es lila, seguramente de la colorida chaqueta de punto de la enfermera Ruth que sigo llevando puesta.

—No estés triste, cielo —dice, y me levanta la barbilla—. Iremos con ella enseguida, te lo prometo. Pero antes quiero aclarar lo que acaba de pasar ahí fuera. —Baja la mano y me empuja hacia el interior de la sala, de vuelta a nuestra mesa—. Esa gente debe de estar chiflada.

Me parece que eso no me lo dice a mí, sino a sí misma, porque ahora masculla de una forma muy rara y sin mirarme. Siempre hay que mirar a las personas cuando hablas con ellas.

—Montar todo ese jaleo y asustar así a una niña. Como si no hubieses pasado ya por suficientes cosas hoy. ¿Qué clase de personas son esas? —Sacude la cabeza un par de veces—. Siéntate, venga, Hannah. Te prepararé otra infusión y luego iré un momento a enterarme de qué ha sido esa escenita.

Digo que sí con la cabeza y me siento. La enfermera Ruth se acerca a la unidad de cocina. Oigo cómo abre el grifo a mi espalda y luego usa el hervidor de agua.

—Creo que yo lo sé —digo.

—¿Hmmm? —La enfermera Ruth no me ha oído bien porque el agua corre.

—¡Que creo que yo lo sé! —grito, pero todavía tiene el grifo abierto.

—¿A qué te refieres, Hannah?

Chas, hace la tapa del hervidor de agua, y clic, el botón para ponerlo en marcha.

—Qué clase de personas son —digo.

Ahora hay silencio detrás de mí. Seguro que la enfermera Ruth vuelve a no entender nada.

—Creo que el que gritaba tanto es mi abuelo.

—¿Tu...?

—Un abuelo es el padre de tu padre o de tu madre, o en lenguaje coloquial un hombre viejo, fin.

Me vuelvo hacia la enfermera Ruth para poder mirarla a la cara y ver si me ha entendido. Por supuesto que no. Vuelve a observarme con esos ojos tan abiertos. Suspiro.

—Es que han gritado «Lena» —le explico a la pobre y boba de la

enfermera Ruth—. Así es como se llama mi mamá, ¿ya se le ha olvidado? Y, además, lo he reconocido.

No espero a que la enfermera Ruth intente entenderlo ella sola, sino que le cuento enseguida lo de nuestra primera excursión. Que mamá y yo fuimos en coche por esa carretera centelleante hasta un jardín donde la hierba olía igual que nuestro jabón de la ropa y las flores de las hortensias eran grandes como coles, y estuvimos en una fiesta en la que había cosas poco sanas para comer. También le hablo de mi abuelo, que se sentó conmigo en la hierba y me explicó cosas sobre las mariquitas.

—Las mariquitas son muy útiles porque se comen el pulgón y los ácaros —digo, repitiendo sus palabras—. Y además dicen que dan buena suerte.

La enfermera Ruth ha vuelto a sentarse a nuestra mesa. Ha venido desde la unidad de cocina hasta aquí con pasos de ratoncillo y luego se ha dejado caer en su silla despacio. Hace tiempo que el agua ha hervido y seguro que volverá a quedarse fría sin que me haya preparado la infusión.

—¿De verdad lo habías visto ya otra vez? —es lo primero que pregunta cuando acabo mi explicación.

Asiento con la cabeza.

—Mi mamá y yo hemos hecho muchas excursiones. Estuvimos en el mar y en París. La torre Eiffel fue construida en el centenario de la Revolución Francesa y mide 324 metros de altura. —Me inclino sobre la mesa y susurro—: Pero no puede contárselo a nadie.

—No lo entiendo... —La enfermera Ruth vuelve a balbucear.

—Bueno, que fuimos de excursión. Es un secreto. Si no, mi mamá y yo nos meteremos en un lío.

—¿Con tu padre?

—Sí —respondo—. Es que mi mamá es una negada. Ni siquiera sabe encender los fogones ella sola. Seguro que papá diría que es demasiado peligroso que conduzca un coche, y encima conmigo, y tan lejos. Además, seguro que Jonathan también se enfadaría.

En realidad no quería volver a pensar en Jonathan, porque me da mucha pena todo ese estúpido trabajo con las manchas de la alfombra. Para distraerme, me aliso la falda del vestido. Tiene bolsillos en los dos lados. La costura inferior del bolsillo derecho se está abriendo, por eso solo se pueden guardar cosas en el izquierdo.

—¿Por qué iba a enfadarse con vosotras? ¿Es que no lo lleváis a él en vuestras excursiones?

—Qué va, de todas formas no se habría divertido.

La enfermera Ruth ladea la cabeza.

Al principio no quiero decirlo porque me da un poco de vergüenza, pero después pienso que no puedo hacer nada por evitarlo, porque soy

la hija preferida de mamá y a ella le gusta ir de viaje solo conmigo.

—Aunque es más bien porque... creo que se enfadaría si supiera que le damos somníferos —explico, pero prefiero seguir mirando mi falda, y no a la cara de la enfermera Ruth.

Mamá tiene que arreglarme la costura del bolsillo en cuanto pueda, cuando volvamos a casa.

Lena

Fue un jueves de mayo cuando desaparecí del mundo. Alicia se coló por la madriguera del conejo, cayó cabeza abajo y se quedó KO al estrellarse. A mí, creo que él me inyectó algún narcótico antes de arrastrarme a la cabaña. Lo primero que recuerdo es la peste a sudor, orina y aire enrarecido. Después, como desde muy lejos, el sonido de una llave que giraba en una cerradura y el chasquido de un interruptor. No me estremecí hasta que me empujó varias veces la pierna con su pie.

—¿Cómo estás, Lena? —preguntó el hombre que se erguía de pie ante mí y me sonreía desde las alturas.

Mi mirada recorrió la habitación y vio una estantería que ocupaba la mayor parte de la pared contraria, vio provisiones, botes de conservas, sacos de patatas, algo oscuro que reconocí como mi bolsa de viaje por los brillantes cierres plateados; más allá, varios bidones y un montón de leña en el rincón. Arriba, la bombilla del techo; abajo, mis pies descalzos atados con cinta de embalar marrón por los tobillos. Subiendo, mis vaqueros manchados y el top sudado, luego mis brazos y mis muñecas, que estaban sujetas a la cañería de desagüe de un viejo lavamanos con una especie de cadena de bridas para cables. Y por último, de nuevo el hombre, que seguía sonriendo y repitió su pregunta con voz paciente:

—¿Cómo estás, Lena?

Lena. Esa no era yo, no me llamaba así.

Los engranajes de mi cerebro empezaron a girar a toda máquina. Era un malentendido, debía de haberme confundido con otra. Gemí contra mi mordaza como un perro apaleado, intenté aclarar el error que sin duda había cometido. Para ello, tiré de las bridas con tal desesperación que se me abrió la piel de las muñecas.

Él sacudió la cabeza con compasión, se volvió y se dirigió a la puerta. Clic, la luz. Luego la puerta, el metal introduciéndose en la cerradura, la llave girando dos veces.

Yo, sola en una negrura absoluta. Empecé a gritar y seguí tirando de las bridas, ambas cosas para nada. A través de la mordaza, mis gritos sonaban como un gruñido ahogado, las bridas seguían firmes.

Me habían secuestrado y encadenado a una cañería. Era un terrible malentendido. Y además de eso, la oscuridad, que hacía aún peor todo lo que ya estaba ocurriendo. La habitación se había desvanecido, o eso me parecía a mí. Creía estar flotando en una esfera negra indefinida, mis pensamientos no encontraban ningún tipo de anclaje. Evoqué la cara del hombre. Sus ojos grises, su nariz algo torcida, su sonrisa, su pelo oscuro y ondulado. Solo lo había visto un momento y, aun así, la imagen había quedado marcada a fuego en mi mente, igual que su voz.

«¿Cómo estás, Lena?»

Lena, Lena, Lena... Conocía a una Lena. Una estudiante en prácticas de la agencia de publicidad donde había trabajado, una chiquilla malcriada, respondona. Padres ricos, padres muy ricos. Entonces lo entendí. ¡Era a ella a quien quería! La Lena de padres ricos. El dinero del rescate, de eso iba todo. ¿Qué me pasaría? ¿Me mataría al darse cuenta de su error? ¿Me soltaría? ¿Pediría un rescate por mí, en lugar de por ella? Me imaginé a mi padre metiendo ordenados fajos de billetes en un maletín. Un maletín que ya no tenía y un dinero del que nunca había dispuesto. Vi a mi madre vestida de luto y con un sombrero negro, mordiéndose el labio inferior mientras pensaba qué más podía decirse de mí, aparte de que había sido una decepción para ella durante la mayor parte de mi vida. Y a Kirsten, que por primera vez estaría de acuerdo con ella. Hasta pensé en la vieja señora Bar-Lev, la de la segunda planta. La vi alineada junto al grupo de personas que sacudían la cabeza, quejándose de lo mal que funcionaba el servicio de limpieza de la escalera en el edificio. El demonio se lleva a las chicas malas. Mis pensamientos giraban en círculo, rugían, se atropellaban, en la esfera negra no había anclajes, solo ese hedor a sudor, orina y aire enrarecido que me arrastraba y se me llevaba lejos... Hasta que desaparecí.

Desperté. De nuevo allí. Todavía allí.

Parpadeé con lágrimas en los ojos al mirar la bombilla que colgaba de un corto cable provisional en el techo.

—¿Cómo estás, Lena?

Él había vuelto, estaba de pie junto a mí, como antes, y sonreía.

Calculé que debía de llevar algo más de medio día secuestrada, si bien las sensaciones y el cálculo diferían mucho en ese sentido. En la oscuridad, el tiempo se detenía. A pesar de eso, casi me encontraba demasiado bien como para haber estado allí más que unas horas. Sí que estaba cansada, y me dolía la cabeza, lo cual tomé como los primeros síntomas de deshidratación, pero la cabeza todavía me regía. Aunque lo único que tuviera para ofrecerme fuera: «Después de dos o tres días sin agua te mueres».

—¿Ya te has tranquilizado un poco?

Reprimí el impulso de gritar y asentí en silencio.

—Muy bien —dijo, giró sobre los talones y fue hacia la puerta.

Esperaba oír el chasquido del interruptor de la luz cuando la apagara, pero no llegó. La bombilla siguió encendida. Y más aún, él dejó la puerta entreabierta al salir.

Olvidé respirar, me quedé mirando la puerta, abierta. Tiré abruptamente de mis ataduras sin apartar los ojos de ahí, de esa puerta abierta, a solo cuatro o cinco o seis zancadas. Inalcanzable.

Parpadeé para librarme de un par de lágrimas. De todas formas no llegaría muy lejos. Él regresaría enseguida, cualquier otra cosa no tenía sentido, había dejado la luz encendida y la puerta abierta. Solo podía aguardar. Hice un gran esfuerzo para cambiar la posición en que estaba sentada todo lo que me permitía el limitado juego de las ataduras. Sentía el cuerpo incómodo. La tosca pared de madera se me clavaba en la espalda. Notaba las piernas hinchadas y el cuello rígido, los hombros me ardían a causa de horas y horas de torsión con los brazos estirados hacia un lado. El lavamanos a cuyo desagüe me había encadenado quedaba a mi derecha, así que la posición de mis brazos se correspondía más o menos con la de un jugador de béisbol que espera la bola para batear. Y espera. Y sigue esperando. El corazón me iba a toda velocidad. ¿Dónde se había metido?

Había ido a por el cuchillo.

O sea que los locos sí hacían esas cosas. Los psicópatas. Cogían un cuchillo, un hacha, una sierra mecánica, y sonreían. Tenían sus propios códigos chalados, y esa pregunta de «¿Cómo estás, Lena?» había sido otra muy diferente en realidad.

En su realidad, me había preguntado si estaba preparada para morir, y yo me había mostrado dispuesta con mi mudo asentimiento. Le había dado permiso. Seguro que en esos instantes estaba admirando la larga y ancha hoja de su cuchillo preferido. Giraba el mango en su mano hasta dejarlo en el ángulo adecuado para ver reflejado su rostro en el metal. Se imaginaba lo fácil que sería hundirlo en mi piel, el poco esfuerzo que le costaría cercenar mis tercos músculos, mis nervios y venas.

Hiperventilé en mi mordaza. En cualquier momento cruzaría la puerta con un cuchillo en la mano. Estaría muerta antes de que hubieran empezado a buscarme. «Típico», pensaría mi madre al ver que otra vez no me presentaba a tomar el café el fin de semana, como había prometido. Solo «típico», no: «Aquí pasa algo raro». ¿Y Kirsten? Kirsten tal vez imaginaría incluso que tenía alguna intención retorcida. «Siempre le ha gustado dramatizar...», oí decir a su voz en mi cabeza.

En cualquier momento.

Ahora. La puerta. Había regresado.

Mis párpados empezaron a agitarse. El corazón y la respiración me iban tan deprisa que empecé a marearme. Doblé las piernas y retrocedí todo lo que pude contra la pared. Como a través de un grueso cristal esmerilado, lo vi acercarse —mucho, muy cerca— hasta que estuvo justo delante de mí con algo en la mano. El cuchillo.

—¿Tienes sed, Lena?

Tardé unos segundos en comprender el significado de esas palabras y reconocer el objeto que en realidad sostenía con la mano derecha como una botella de agua, y no un cuchillo.

—¿Tienes sed, Lena? —Otra vez.

Asentí al ritmo de los enérgicos golpes de mi pecho mientras él me alargaba la botella, y gruñí como un animal ansioso con la esperanza de que me quitara la mordaza. Solo que no hizo nada de eso. Se mantuvo erguido delante de mí y balanceó la botella a la altura de mis ojos, despacio, de aquí para allá. Sonriendo.

Sacudí la cabeza, desconcertada. Bajó la mano derecha y me alargó esta vez la izquierda, en la que tenía un paquete de tinte para el pelo. La mujer de la fotografía parecía muy contenta con su nueva melena rubio claro. Su imagen desencadenó algo en mí, una sensación desagradable que empez*ó* en el estómago y luego se extendió por todo mi cuerpo.

Él asintió, circunspecto.

—Primero te teñiremos el pelo. Después podrás beber.

Hice un cálculo de probabilidades. «Después de dos o tres días sin agua te mueres.»

—Tómate tu tiempo para pensarlo, tranquila.

Se encogió de hombros y fue a salir, pero yo vociferé contra la mordaza y golpeé el suelo con los pies atados.

Él giró con parsimonia.

—La decisión correcta. Y, como siempre hay que recompensar las decisiones correctas, ahora mismo podrás beber un trago.

Colocó el paquete de tinte en el borde del lavamanos, se acuclilló delante de mí, dejó la botella de agua a mi lado y me quitó la mordaza. Después cogió la botella y desenroscó el tapón. Me la puso en la boca con una mano mientras con la otra me sujetaba la nuca. Un trago era solo un trago, tal como comprobé. Aun así, le di las gracias y lamí una gota perdida en mi labio inferior.

—Y ahora te pondremos guapa.

Cuando se levantó le crujieron las rodillas, luego se acercó a la estantería que había a su espalda. Al volverse, tenía unas tijeras en la mano.

—Creo que todo esto ha sido un enorme malentendido —empecé a

decir con la voz ronca mientras él cortaba las bridas de mis muñecas —. Debe de confundirme con otra. Yo no soy Lena.

Se detuvo entre la tercera y la cuarta brida.

—Me llamo...

—¡Calla! —Un grito tan fuerte que me sobresalté.

La última brida liberó mis manos con un chasquido.

—¿Cuántas veces te he dicho que no debes mentirme?

—Pero si no miento...

—¡Que te estés callada!

Su rostro se congestionó de golpe, en su sien izquierda apareció una vena que latía con furia por debajo de la piel. Mi mirada recayó en las tijeras que todavía estaban en su mano.

—Lo siento —dije en voz baja.

Él gruñó, yo miraba las tijeras.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté con cautela.

Alargó el brazo hacia el lavamanos y cambió las tijeras por el paquete de tinte.

—Quiero ponerte guapa, Lena.

Su frase estalló en mi cabeza y paralizó cualquier pensamiento, me cortocircuitó. Di un grito agudo y un golpe firme contra su pecho. Su cabeza golpeó la cerámica del lavamanos.

—¡Me cago en la puta!

De alguna forma mi cuerpo consiguió lanzarse en plancha hacia delante y levantarse, con la puerta a solo unos metros de mí. Me tambaleé sobre mis piernas, que hacía mucho que no soportaban mi peso, la circulación, «contrólate», un movimiento detrás de mí, el tirador tan cerca... Alargué la mano hacia él, casi lo toqué, pero de pronto me tiraron hacia atrás. Su mano me había agarrado del pelo, mi cabeza se inclinó mucho, aterricé de espaldas, el cuero cabelludo me ardía como un fuego. Agarré su antebrazo, busqué apoyo con los pies, él gritaba, yo también.

—¡Eres una puta desagradecida!

—¿Qué quieres de mí, hijoputa tarado?

Me arrastró de vuelta al lavamanos y me tiró al suelo con fuerza. Me hice un ovillo y sollocé tan fuerte que empecé a ahogarme.

—Este mundo no tiene remedio, Lena —empezó a decir, agotado, sí, pero por lo demás muy tranquilo—. Las personas se han vuelto desagradecidas. Desagradecidas e irrespetuosas. Las promesas han perdido su valor, la gente lo quiere todo sin ningún compromiso. ¿Y quién recuerda todavía la importancia de las reglas cuando por todas partes nos insinúan que no hay que cumplir ninguna? No te reprocho nada, Lena. Estás confundida. Aun así, debo recordarte las consecuencias de tu mal comportamiento.

Se quedó callado, dejó que sus palabras calaran. Lo oí respirar

hondo una vez y enseguida hice lo mismo, como siguiendo una corazonada. Después cerré los ojos. La primera patada me dio en el vientre.

Verás, Lena, en aquel momento todavía no tenía ni idea de qué quería decir con esas «reglas», pero seguramente ya había comprendido una de ellas. Yo era tú... o estaba muerta. Llámalo condicionamiento instantáneo, si quieres. Llámame cobarde o loca, me da igual. Pero, por favor, no creas que es extraño que, cuando el policía ha preguntado por mi nombre, en un primer momento solo me haya salido una respuesta: «Lena. Me llamo Lena».

—¿Apellido?

El agente de Cham saca una pequeña libreta y un boli del bolsillo interior de su americana. No se me escapado el tono que resuena en su breve repregunta.

Sacudo la cabeza. Lena no tiene apellido.

—Bueno, por lo menos sabemos que no es Lena Beck —afirma Múnich, y se desliza en la silla hasta quedar sentado en el canto.

Me llevo una mano a la frente, donde ha empezado a escocerme la cicatriz. No sabría decir si por su mirada incesante o por el sudor que transpiran todos mis poros.

—¿Quién es usted? —pregunta Cham otra vez, con calma, enfatizando cada palabra.

En cuestión de segundos, mi respuesta parece haberme convertido en una farsante, es imposible no notarlo. Y tal vez Cham incluso tenga razón al cargar su pregunta de recelo. Puede que sea una farsante. Es posible que no lo sea solo por tu marido, sino en igual medida por mí. Sigue siendo más fácil convencerme de que todas esas cosas horribles le han pasado a Lena, y no a Jasmin.

Jasmin vive una vida feliz en algún rincón del mundo. Huele el aire justo después de que haya llovido. Se pelea por el primer trozo y el último de una tableta de chocolate. Disfruta del aroma de las fresias. Baila y vocifera canciones de David Bowie. Deshecha tras una larga noche, se toma una cerveza y una salchicha al curry con algún enorme error al que toma por amor. Jasmin, libre y sin inmutarse, hace todas las cosas buenas y bobas que constituyen la vida. Esas cosas que intentaba recordar cuando tu marido se tumbaba sobre mí y yo en realidad quería morirme.

Me seco las lágrimas de la barbilla y levanto la cara.

Múnich carraspea.

—Deje que le explique una cosa, «Lena»...

Matthias

En el horizonte, el alba va devorando franjas de cielo gris claro. Prácticamente puede verse cómo el nuevo día se traga la noche. Son casi las cinco. Estoy en la ventana de la habitación de hospital en la que esperamos a Gerd y a Giesner. Karin sigue sentada en la cama. La veo balancear las piernas en el reflejo del cristal de la ventana. Tiene la cabeza gacha, no deja de frotarse las manos en el regazo. De vez en cuando suelta un pequeño suspiro. Repaso mentalmente la última hora una vez más e intento comprender. La mujer que habíamos tomado por nuestra Lena desaparecida es una extraña. Mis pensamientos vuelven a centrarse un instante en Gerd. Gerd, el fracasado a quien tenemos que agradecer toda esta agitación. Ha barrido nuestro último y lamentable resto de esperanza, ha hecho un montoncito con él y le ha prendido fuego con toda su mala intención. Ahora ya solo quedan cenizas.

Contemplo el cielo en un arrebato de fe cristiana. Hace tiempo que estás ahí arriba, Lena. ¿Tengo razón?

No me percato de que he empezado a sollozar hasta que el rostro de Karin aparece junto al mío en el reflejo de la ventana. Siento su mano en mi espalda. Apoya la cabeza en mi hombro y cierra los ojos. Los dos lo sabemos. Si Lena no ha aparecido esta noche, tenemos que hacernos definitivamente a la idea de que ya no volverá a casa, nunca. Solo que ahora, en la realidad aséptica del hospital, de pronto esa perspectiva resulta muy diferente a otros momentos anteriores, cuando estábamos sentados en el sofá del salón, o cuando por las noches, en la cama, evocábamos todas las posibilidades de lo que podía haberle sucedido a nuestra hija. Hasta ahora solo han sido teorías con cierto margen de maniobra, y comprendo que ese margen ha sido nuestro espacio vital durante los últimos catorce años, el minúsculo y único lugar en el que podíamos existir, donde teníamos aire para respirar. Ahora ya no tenemos espacio. Flotamos en el vacío, ahí arriba, en el cielo, como dos astronautas tristes a los que les han cortado el tubo del aire. Aprieto la mano de mi mujer. No quiero perderme yo solo ahí fuera, en la negrura del vacío. Karin asiente como si pudiera leerme el pensamiento. La estrecho en un abrazo y aprieto todo lo que puedo. Su corazón late junto al mío. En el cielo, un nuevo día. Hannah, o sea que así se llama. Le has puesto el nombre de mi madre. Eso es bonito, Lena. Es muy bonito.

Lena

—Era una universitaria de Múnich, de veintitrés años, una de esas jóvenes despreocupadas. Estudiaba el segundo año de Magisterio. Su padre siempre dice que ya de pequeña quería ser profesora. Yo, por el contrario, habría apostado a que sería algo relacionado con el arte. Escritora, tal vez. Tenía muchísima imaginación y era capaz de inventar las historias más disparatadas. O actriz, eso también le habría pegado. En cualquier caso, era de esas niñas alrededor de las cuales gira todo. De las que entran en una habitación y solo tienen que sonreír para dejar sin palabras a los presentes. Melena larga y rubia, ojos azules, una figura estupenda. Desapareció cuando regresaba a casa de una fiesta de la universidad. Sin dejar rastro, ni un pista; de pronto ya no estaba. Sin testigos, nada. Los últimos que la vieron fueron los demás invitados de esa fiesta, y declararon que había consumido algo de alcohol, y puede que también otras sustancias, ya sabe. Surgieron muchas teorías. El camino a casa debió de llevarla por la orilla del Isar y hacerle cruzar el puente de Reichenbach. Tal vez había caído al río y se había ahogado, así que hicimos que los buzos la buscaran varias veces, pero no encontramos nada. Investigamos a su novio, pero él no pudo tener nada que ver con su desaparición, aunque el padre de Lena se negara a admitirlo durante mucho tiempo. También era concebible que se tratara de un secuestro, solo que nunca recibieron una petición de rescate. Quizá tampoco fuera obra de un único criminal. Pudo haber caído en manos de una banda de trata de blancas. Secuestrada y vendida en el extranjero, obligada a prostituirse, seguro que ha oído hablar de esos casos. Bueno, como verá, las posibilidades son innumerables. El hecho es que no sabemos lo que ocurrió con Lena Beck hace catorce años, y punto. Hasta el día de hoy. En aquel momento le prometí a su padre que la encontraría. ¿Sabe lo que le enseñan a un policía nada más empezar su formación? ¿No? Que nunca hay que hacer promesas vacías. La gente se queda destrozada cuando no se cumplen las promesas. Y ese padre está destrozado, créame. Echa muchísimo de menos a su hija. Todavía, todos los días. Yo también la añoro, igual que los demás. Es la cicatriz que nos ha quedado. Lena tenía su propia cicatriz porque con cuatro o cinco años se cayó y se golpeó la cabeza con el canto de una librería, y justamente en mi salón, ¿puede creerlo? Su padre estaba fuera de sí. ¿Cómo se hizo usted la suya?

Creo que es la primera vez que respiro desde que Múnich ha empezado a hablarme de ti. Cham parece sentirse igual, oigo cómo inspira con brusquedad.

—Me la hizo él —respondo, y me toco con cuidado el lugar que sin duda seguirá marcándome cuando las heridas de los cortes que me he hecho en el accidente ya estén curadas.

—¿Podría decirme quién es «él»?

Asiento.

—El hombre que me secuestró...

El hombre que me llamó Lena y me dio una paliza.

Tras su ataque quedé hecha un ovillo en mi sitio de siempre, en el suelo, a la derecha del lavamanos. La muela que había escupido de la boca mientras me pegaba patadas la tenía bien aferrada en el puño. Seis patadas y tres puñetazos, había contado. Aunque después me dejó tranquila, todavía veía explotar lucecitas azules ante mis ojos, tanto si los abría como si los cerraba; unos fuegos artificiales disparados por el dolor. Sentía el cuerpo como un enorme moratón bajo una presión constante.

Él estaba de pie a mi lado, masajeándose los nudillos.

—¿Podemos seguir ya, Lena?

Sin esperar mi respuesta, se agachó, me agarró de las muñecas como si sus manos fueran un tornillo de banco y me puso en pie. Gemí. Las piernas no me sostenían. Me desplomé al instante.

—Tienes que esforzarte un poco, Lena.

Esta vez me sujetó por debajo de las axilas y me impulsó hacia arriba. Después me arrastró hasta el lavamanos, sobre el que había un espejo. Era viejo y estaba desgastado, apenas reflejaba más que mi rostro desdibujado. Aun así, vi el reguero marrón de sangre seca que me bajaba de la nariz hasta la barbilla. Me aferré al borde del lavamanos en busca de apoyo y miré hacia el desagüe.

—Ay, Lena —dijo en mi nuca—. Hemos tenido un inicio muy feo. —Me agarró de las caderas y empezó a desabrocharme los vaqueros—. Será mejor que primero te lavemos un poco. Ya verás que después te sientes como nueva.

Ese, por cierto, es uno de los pasajes que han acabado en el montón de cosas inconfesables, por si te interesa. Un pasaje que me provoca una vergüenza terrible porque no me resistí. Habría tenido que clavarle el codo en el costado, apartarlo de mí o por lo menos gritar.

Jasmin jamás habría dejado que le hicieran eso. No habría aguardado inmóvil a que él llenara el lavamanos con agua de un bidón. No se habría quedado ante él con los brazos estirado a los lados y las piernas abiertas, ni habría dejado que la lavara. No habría permitido que le frotara todo el cuerpo con una manopla rasposa hasta que la piel le quedó roja y escocida. No habría soportado en silencio que la tiñera de rubio mientras lloraba sin decir nada por su muela, que había acabado en el borde del lavamanos, dentro de un pequeño charco de sangre marronosa y salpicaduras de agua. Cuando me desvistió, vio que en algún momento del día me lo había hecho en los pantalones.

—Vaya, tendrás que aprender a controlarte —dijo entonces,

levantando las cejas y arrugando la nariz—. Que ya eres una mujer adulta, Lena.

Jasmin no se habría disculpado a media voz. Ella le habría escupido en la cara y le habría gritado un «¡Vete a la mierda!».

Yo, por el contrario, asentí con obediencia mientras él escurría la manopla por última vez.

—Mucho mejor, ¿o no? —preguntó.

Dejé que me secara, dejé que me aclarara el tinte, que me frotara la cabeza y me peinara el pelo húmedo y recién teñido. Incluso le di las gracias cuando, después, me puso la botella de agua en la mano. Como recompensa, según dijo.

—Y ahora te vestiremos, Lena. Debes de estar muerta de frío.

En la estantería había ropa preparada para mí. No sé si estaba ahí desde el principio o si la trajo él en algún momento. Ropa interior blanca, unas medias finas con brillo satinado, una blusa blanca, una falda oscura hasta las rodillas, unos zapatos con correas que me iban un número pequeños. Volví los ojos hacia mis propias cosas, que estaban en un montón desordenado bajo el lavamanos, y luego otra vez hacia la estantería, hacia uno de los compartimentos superiores, donde había guardado mi bolsa de viaje, inalcanzable. Parecía hundida, como un cascarón vacío. Debía de haberla vaciado.

—Dicen que nunca hay que juzgar el interior por el exterior —comentó.

Intenté no mirar mientras se agachaba con las bragas blancas en las manos y metía mis piernas, una tras otra, por las aberturas de la tela. Eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el techo.

—Pero la verdad es que una vestimenta chabacana hace a una mujer chabacana.

Entre las vigas de madera encontré una grata telaraña que podría distraerme de sus manos mientras me ponía el sujetador. «Incy Wincy araña trepó la canaleta...», tarareé mentalmente. Mi madre me cantaba esa canción cuando yo era pequeña y ella todavía era mi madre. Se sentaba entonces en mi cama y hacía unos gestos divertidos con los dedos, que se suponía que imitaban los movimientos de la pequeña araña. «Vino la lluvia y se la llevó...»

—Tendrás que seguir mis reglas, Lena. Orden, limpieza, disciplina, respeto, sinceridad, fidelidad, lealtad. Cuando entre en una habitación, tú te colocas de forma que enseguida pueda verte y extiendes las manos. ¿Entendido? Quiero comprobar que tienes las uñas limpias y asegurarme de que no escondes nada con lo que pudieras hacer daño, ni a mí, ni en última instancia a ti misma. Tienes el uso del cuarto de baño programado para las siete de la mañana, las doce y media, las cinco y las ocho de la tarde. Yo te ayudaré con la

higiene personal. Por desgracia, aquí no tenemos agua corriente, solo este bidón. —Señaló con la cabeza a un lado, hacia el bidón que había visto antes—. Pero nos funciona, siempre y cuando no seamos demasiado derrochadores con el agua. En cambio, tenemos un generador de electricidad y, por lo demás, estamos bastante bien provistos. Esto te gustará.

Cerró la cremallera de mi falda con un ruido seco y tiró hacia atrás de las costuras de los hombros de la blusa antes de ponerse frente a mí y pasarme los dedos abiertos por el pelo.

—No pienses que no podemos hablar, Lena. Por supuesto que podemos. Quiero que seas feliz y haré todo lo posible para conseguirlo, te lo prometo. Pero a cambio debo tener la seguridad de que has entendido las reglas y, sobre todo, de que te atienes a ellas. Si no, nuestra convivencia no funcionará. —Me miró—. Casi perfecta.

«Convivencia», resonó en mi cabeza, «convivencia», mientras él alcanzaba el pintalabios que también estaba en la estantería, «convivencia». Me repasó los labios con movimientos toscos.

—Ya solo falta una cosa.

Su mano izquierda me agarró del cuello mientras la derecha volvía a dejar el pintalabios en la estantería y lo cambiaba por las tijeras con las que antes había cortado las bridas de mis muñecas. Empecé a respirar a golpes. Me apretó más del cuello. Las tijeras se hundieron en la piel de mi frente. La sangre se coló en mi oreja y se me metió en el ojo derecho.

Tú tienes una cicatriz, Lena.

Yo también tendría una pronto.

—Ya veremos si con eso basta —dijo mientras me pasaba la manopla por el nacimiento del pelo—. Si no, tendremos que darle un retoque. Será mejor que te aguantes un rato la manopla ahí o te ensuciarás la blusa. —Dirigió mi mano a mi propia frente—. Sujétala con fuerza, Lena. Sería una lástima lo de la blusa.

Apreté la manopla contra mi cabeza y solté un gimoteo.

—Tendríamos que haberlo hecho antes de vestirte. No sé cómo no lo he pensado. Esta es tu blusa preferida.

No vi nada más, tenía sangre en el ojo y los párpados me temblaban, se me desplomó la tensión, la habitación se inclinó, lo de arriba pasó abajo, caí al suelo como a cámara lenta, me di un golpe, perdí el conocimiento.

Lo siguiente, ahora vuelvo a recordarlo, fue que abrí los ojos de repente e intenté tomar aire como si hubiese estado mucho rato bajo el agua. Estaba tumbada boca arriba sobre algo blando y sentía que la frente me latía a causa de un dolor punzante. Veía unas bandas marrones difusas por encima de mí, y al cabo de un momento reconocí

las vigas de madera de un techo. Intenté sentarme, pero no lo conseguí. Lo que percibía a retazos me hizo concluir que estaba en un salón. Una alfombra gruesa, una anticuada estufa de leña hecha de hierro fundido en la que ardía un fuego, una pared de libros. El material cedió bajo mi cuerpo. Un sofá, comprendí, estaba tumbada en un sofá, envuelta en una manta de lana y con un cojín bajo las pantorrillas, seguramente para estabilizarme la tensión. Alguien se había sentado a mi lado. Una mano tocó la mía. Una mano pequeña.

—¿Estás despierta? —oí susurrar a una voz infantil, y un instante después la cara de un niño apareció en mi campo de visión.

Tenía la piel muy blanca, una carita delgada y bonita con ojos azul claro y finos rizos negros. Lo miré como si fuera una obra de arte que me parecía al mismo tiempo bella y perversa.

—¡Jonathan! —exclamó otra voz.

Cerré los ojos y volví a sentir un movimiento bajo mi cuerpo cuando el niño se levantó sobresaltado.

—¡No quería despertarla, papá! Solo ver si ya había terminado de descansar.

«Papá.» Era su hijo. El monstruo tenía un hijo.

—Puedes preparar otra partida de ajedrez, Jonathan —oí, y luego —: Lena...

El acolchado del sofá volvió a ceder bajo un nuevo peso.

—Abre los ojos, Lena. Sé que estás despierta.

Parpadeé.

—Estás preciosa —dijo, y me apartó un mechón de pelo de la cara. Su mirada se fijaba en un punto muy concreto de mi frente—. Creo que ha quedado bien. He vuelto a trabajarla un poco con el cuchillo y luego la he cosido enseguida.

De mi garganta salió un sonido seco.

—Ay, venga ya, Lena. De todas formas estabas inconsciente, no te has enterado de nada. —Sonrió—. No habría podido irte mejor, ¿no crees?

Levanté una mano temblorosa para tocarme la frente. Palpé los puntos y el cabo duro de un hilo que se clavó en la yema de mi dedo.

Él tomó mi mano y volvió a bajarla.

—No te lo toques, Lena. Si no, la herida se infectará. Dentro de unos días podremos retirar los puntos.

Empecé a sollozar.

—Por favor, tienes que dejarme ir. Quiero volver a casa.

Se inclinó hacia delante, tan cerca que las puntas de nuestras narices casi se tocaron. Al hacerlo, su peso recayó dolorosamente sobre mi torso magullado por los golpes y las patadas que me había dado antes.

—Ya estás en casa, Lena —repuso en un susurro, y me besó la

frente.

Aparté la cabeza y presioné la cara contra el tapizado del respaldo, cuyo leve olor a humedad me recordó los muebles de la casa de mis abuelos. Su mano se metió con brusquedad entre el tapizado y mi mejilla y me obligó a volver la cara de manera que tuve que mirarlo a los ojos.

—Hazme un favor y reflexiona, Lena. Pregúntate si esto es una broma. Si solo quiero darte un susto. O si sería más que capaz de matarte.

—No es ninguna broma —me obligué a decir.

Cada vez me costaba más trabajo respirar bajo su peso. Sin embargo, por lo menos mi mente parecía haber vuelto a funcionar en parte. Fue un pensamiento muy claro el que se formó entonces. Uno que tal vez estuviera ahí desde hacía rato, pero que se había enredado con otras ideas: la ropa que llevaba puesta.

—Solo te lo explicaré una vez, Lena. Así que presta mucha atención.

La ropa interior, las medias, la falda, la blusa y sobre todo los zapatos, que me iban pequeños. Era evidente que habían pertenecido a otra persona.

—A partir de ahora serás una buena madre y esposa, y te atendrás a mis reglas. ¿Lo has entendido?

—¿Dónde está la madre de tu hijo?

Por un momento me miró sorprendido, de hecho.

—¿Dónde está su madre? —volví a preguntar con más vehemencia.

El corazón saltó en mi pecho y de pronto sentí que me latía en la garganta.

—Tú eres su madre.

Se enderezó. Involuntariamente suspiré de alivio al poder respirar por fin con libertad, sin su peso aplastándome el torso.

—Y ahora, arriba. Ya has descansado bastante.

Allí había alguien más, una niña. No me di cuenta hasta que él me ayudó a sentarme. Estaba en el vano de una puerta desquiciada, rígida como una vara, con un pijama que le venía grande y la cara seria y pálida, no habría sabido decir desde cuándo. La niña parecía apretar contra su pecho algo que tenía un pelaje de manchas rojizas. Y orejas. Un animalillo.

—Hannah —dijo él—, mamá se ha despertado ya.

La niña no se inmutó. Me pareció algo más pequeña que el niño. Era más bajita y más frágil aún que él, tenía la barbilla puntiaguda y sus mismos rizos finos, solo que rubios. El monstruo tenía un hijo y una hija.

—Venga, acércate, Hannah —le indicó con impaciencia—.

Atrévete, y trae a la Señorita Tinky si quieres. Mamá vuelve a estar por fin en casa.

La niña entornó los ojos hasta convertirlos en dos ranuras. Sin duda se daba cuenta de que había algo que no encajaba. En el sofá del salón se acurrucaba una desconocida. Veía que yo no era su madre. Mis labios formaron un mudo «Ayúdame».

La pequeña me miró sin mover las ranuras de sus ojos, sin parpadear. Después dio un salto hacia atrás y desapareció en el pasillo o en la sala contigua.

Abatida, me llevé la mano a la boca y sollocé tapándome con ella mientras mi cuerpo quedaba inundado por un pánico frío. Los oídos me rugían. Oí su voz como desde lejos:

—Los niños te han echado mucho de menos. Tenéis bastante de lo que poneros al día.

—Eso... no puede ser —oí decir a mi propia voz, que sonaba extraña y desfigurada.

—Son tus hijos, y yo soy tu marido. Somos una familia feliz.

—No son mis hijos —lloriqueó la voz desfigurada.

—Somos una familia feliz. Yo soy tu marido. —Otra vez—. Soy tu marido, esos son tus hijos. No tienes a nadie más, solo a nosotros. Te irá mejor si entiendes eso.

Moví la cabeza sin coordinación. En realidad quería negar, solo que de pronto parecía haber olvidado cómo se hacía. Entonces su mano salió disparada hacia delante, me rodeó la boca y me aplastó las mejillas. Sus pupilas centelleaban, le rechinaban los dientes. Un depredador, un cazador, un monstruo; mi marido a partir de entonces. Mi marido, que no bromeaba, cosa que parecía querer recordarme en ese momento, porque dijo:

—¿Sabes cómo suena el cráneo de alguien cuando se lo partes, Lena? Como cuando tiras una sandía al suelo. ¡Plaf!

Me sobresalté.

—Así suena: ¡plaf! Un ruido interesante.

Los policías no dicen nada. Solo están ahí sentados en silencio, con los rostros vacíos de repente, sin ninguna expresión que pueda interpretar. Me invade el miedo irracional a haber hecho algo mal. Y de pronto hay algo más, algo frío y desgarrador: culpa. Me siento culpable porque llevo una cicatriz que te pertenece a ti.

—Me secuestró para darles una nueva madre a sus hijos —digo resumiendo mucho y, agotada, hundo la cabeza en la almohada. Quizá también por escapar de sus miradas. Vuelvo los ojos hacia el techo—. ¿Qué día es hoy? —pregunto.

Hannah

La enfermera Ruth me ha hecho otra infusión y ahora unta pan con mantequilla. Usa un cuchillo del cajón de los cubiertos que alguien debe de haberse olvidado de cerrar con llave. Le he dicho que no es la hora de comer, pero a lo mejor se ha asustado porque el estómago me ha sonado muy fuerte. En realidad, como enfermera debería saber que solo es aire que tengo en la tripa, nada peligroso que pueda hacerme enfermar. Pero probablemente no me ha escuchado con atención cuando he intentado explicarle cómo se producen esos rugidos de estómago y qué son. En lugar de eso, ha empezado a disculparse porque hasta ahora, aunque hace muchas horas que estoy aquí, no se le había ocurrido ofrecerme nada de comer.

—Bueno, cielo... —dice, y me pone un plato delante, en la mesa, encima del dibujo que he hecho de mi familia.

Por debajo solo se ve sobresalir la cabeza de papá con la mancha roja a un lado, porque es el más alto de todos. Los demás hemos desaparecido bajo el plato.

—La cafetería abre a las siete, entonces podremos ir a buscarte algo más. Los miércoles siempre tienen unos pasteles de manzana sensacionales. Tienes que probarlos.

Le doy las gracias. Siempre hay que ser educado.

—Bueno, ataca, Hannah —dice la enfermera Ruth.

Cojo con la mano las dos rebanadas de pan unidas y doy un mordisco de ratoncillo. Papá también nos trae pan siempre que va a comprar, pero solo uno, porque el pan se enmohece enseguida y el moho no es bueno para la salud.

La enfermera Ruth está de pie junto a la mesa y me mira mientras como.

—Cuando acabes, deberías echarte un rato. —Señala con la cabeza la cama que hay ahí, en la pared de la izquierda, junto al gran armario metálico—. Ha sido una noche muy larga para ti. Te vendrá bien dormir un poco.

—Pero pensaba que iríamos a ver a mi mamá —digo, y dejo el bocadillo en el plato.

—Sí, eso también lo haremos, claro. Pero primero quiero hablar con los policías.

—¿Por el abuelo?

La enfermera Ruth alcanza el bocadillo de mi plato y vuelve a ponérmelo en la mano.

—Entre otras cosas. Intenta comer algo, por favor, Hannah. Ya sé que seguramente no consigues tragar nada con toda esta agitación, pero un par de mordiscos por lo menos, ¿sí?

Doy cinco porque me parece que el cinco es un buen número. Uno

por cada persona de mi familia. Uno por mamá, uno por papá, uno por la Señorita Tinky, uno por mí misma, y por Jonathan uno extragrande, porque tiene que limpiar la alfombra.

—¿No te entra más? —pregunta la enfermera Ruth.

Digo que no con la cabeza. Mi bocadillo mordido tiene ahora el contorno de África. África es, después de Asia, el segundo continente más grande de la Tierra. Allí viven leones y cebras y chacales de lomo negro.

—Está bien. Pues vamos —dice la enfermera Ruth, y arrastra mi silla hacia atrás por el respaldo para que me levante.

La cama de la sala de descanso es buena y dura, y no tiene mantas, solo una sábana. La enfermera Ruth saca una almohada y una manta enrollada del armario metálico y me arropa. Los ojos se me cierran al instante, y eso que en realidad no quiero dormir, para que no se me pase el momento de poder ir a ver a mamá por fin. La enfermera Ruth se sienta a mi lado en el borde de la cama. Noto que me acaricia el pelo y me imagino que es mi mamá.

—¿Quieres que te cuente un cuento para dormir? —pregunta su voz.

Asiento.

—¿Tienes alguno preferido?

—Me gusta cuando mi mamá me habla de las estrellas —susurro. No es ningún secreto que tenga que susurrar, pero de pronto noto la voz muy cansada.

—Las estrellas. Muy bien —dice la enfermera Ruth—. Déjame que piense un poco... Sí, ya sé. Es un cuento que mi hija trajo de la guardería, y muchas veces me pedía que se lo contara también en casa antes de dormir. Sobre todo cuando estaba triste y necesitaba un poco de ánimo.

—Nina, la golosona —susurro con mi voz cansada.

—Sí —ríe la enfermera Ruth—. Nina, la golosona. Bueno: había una vez dos estrellas. Una mayor, que desprendía un brillo rojo, y otra más pequeña cuya luz todavía era algo apagada. Y eran muy muy amigas. De día dormían y así descansaban para la noche, y en cuanto anochecía saltaban juntas por el cielo. La pequeña estrella admiraba a su gran amiga reluciente y roja, y se esforzaba mucho por brillar también con una luz, a ser posible, igual de bonita. Un atardecer, mientras el día se volvía gris pero la noche aún se tomaba su tiempo en llegar, un potente estallido despertó a la pequeña estrella de su sueño. Sobresaltada, miró alrededor, pero no consiguió encontrar la causa de ese ruido ensordecedor. Junto a ella oyó a su gran amiga roja decir con voz tranquila: «Todo va bien, estrellita. No tengas miedo y duerme un poco más. Te prometo que esta noche brillaré con una claridad especial solo para ti».

»Y justo así fue: esa noche, su gran amiga brilló con más intensidad que nunca, más incluso que todas las demás estrellas de la galaxia, y la pequeña estrellita la admiró y la quiso aún más por ello. También las noches siguientes brilló su amiga de una forma magistral en el cielo oscuro, hasta que la pequeña estrella despertó una noche y su amiga había desaparecido. Miró a su alrededor presa del pánico, pero no encontró a su amiga por ninguna parte. La estrellita tuvo miedo, y más aún al comprobar que estaba rodeada por una niebla misteriosa, densa y gris. Empezó a llamar a su amiga, pero no obtuvo respuesta. Entonces se puso a llorar a mares porque añoraba a su compañera y se sentía muy sola. Las demás estrellas estaban demasiado lejos para poder encontrar una nueva amiga entre ellas y, además, ninguna podría reemplazar jamás a su querida y gran amiga roja. Desesperada, la estrellita llamó a Dios, el mayor poder que conocía. Y en efecto, Dios acudió y escuchó sus lamentos. Que su amiga había desaparecido y ella se había quedado sola, que esa densa niebla le daba mucho miedo...

—¡Eso no es lo que yo decía! —Me he esforzado mucho por escuchar el rato más largo posible, pero ahora tengo que interrumpir a la enfermera Ruth. Es de mala educación, ya lo sé, pero cuando alguien hace algo mal hay que decirlo—. Yo me refería a que me explicara algo de las estrellas de verdad, no un cuento.

—Ah —dice la enfermera Ruth, y se rasca la cabeza—. ¿Te refieres a las constelaciones y esas cosas?

Asiento.

—Vaya, perdona, Hannah. La verdad es que no entiendo mucho de esas cosas, pero ¿no querrías darle una oportunidad a mi cuento? Es muy bonito, espera y verás.

Digo que no con la cabeza y me vuelvo hacia el otro lado para apartarme de la enfermera Ruth.

—No quiero que Dios se entrometa en el cuento. Mi mamá dice que Dios es un monstruo.

Lena

Cham contesta a mi pregunta de la fecha diciendo que estamos a 16 de septiembre.

O sea que cuatro meses.

Tu marido me ha tenido cuatro meses encerrada, Lena. Tal vez pienses que eso no es nada. Tú tuviste que aguantar años con él. Le diste hijos y jugaste a las familias.

Todavía me recuerdo sentada en el sofá la primera noche, a su lado, paralizada por la perplejidad. Mirándolo de soslayo sin poder

hacer más que admirar su camuflaje. Un hombre guapo que se había cambiado de ropa a propósito para «nuestra primera noche especial». Ya no llevaba vaqueros y una camiseta descolorida, sino que iba bien arreglado, con unos pantalones oscuros y una camisa azul claro. Parecía que acabara de llegar de la oficina o que tuviera que salir a una cita. No era un monstruo descuidado y apestoso con la cara picada de viruela y unos ojos negros y vacíos, como en una película de terror. Todavía me recuerdo mirando a tus hijos, que también parecían normales, completamente normales y al mismo tiempo no. ¿Cómo podían cotorrear con alegría vestidos en pijama, sentarse ante la estufa de leña y calentarse allí las manos? Incluso la niña, que antes me había mirado con desconfianza y entornando los ojos desde el vano de la puerta, de pronto reía la mar de contenta al dejar a su gato sobre los dedos de los pies descalzos de su hermano.

—¡Muérdele, Señorita Tinky! —exclamaba.

Y yo no hacía más que pensar: «Esto no puede ser cierto. No es posible. No es real».

Todavía me recuerdo llorándote esa noche, Lena. Llorando a la mujer cuyos zapatos llevaba puestos. La pobre mujer de la cabaña que tuvo que estar allí antes que yo. Que, por lo que había entendido, estaba muerta, ¡plaf!, con la cabeza abierta. Tus zapatos eran una advertencia muy insistente. Y aun así, enseguida supe que yo no le seguiría la corriente en ese juego demencial y enfermizo. Supe que me centraría y reuniría fuerzas, que me recuperaría de sus ataques, sus golpes y sus patadas, y que encontraría la forma de salir de allí. O él o yo. Uno de los dos; creo que desde la primera noche tuve claro el inevitable final.

Ya había identificado la salida. La puerta en cuestión era de madera y estaba asegurada con dos cerraduras. A él le sonaba algo metálico en el bolsillo del pantalón cuando se movía, así que di por hecho que siempre llevaba las llaves encima. La puerta quedaba a mi izquierda, a solo unos metros del sofá en el que estaba sentada con él. No había ningún vestíbulo ni una zona de entrada separada. Junto a la puerta estaba ya la sala, una mezcla de salón y cocina. Al otro lado, más hacia el interior de la cabaña, tras un umbral se adivinaba un pequeño pasillo que conducía a los dormitorios y el almacén en el que había despertado después del secuestro. Sin duda habría también un cuarto de baño, o por lo menos un retrete. Por una parte, apenas podía esperar a que me enseñara el resto de las habitaciones para orientarme mejor y estudiar las posibilidades de huida. Por otra, imaginaba lo que conllevaría el final de la noche, cuando fuéramos juntos a acostarnos. Durante unos instantes me permití la boba y nimia esperanza de que se limitara a llevarme otra vez al almacén y me atara al lavamanos durante la noche.

Enseguida tuve que descartar como posibilidad de huida las ventanas, por lo menos las del salón. Estaban tapiadas con placas aislantes. Él gobernaba el día y la noche. Igual que Dios. Esa idea sabía a bilis. Había contado los tornillos mirando con disimulo; cada ventana tenía más de cuarenta, y seguro que jamás conseguiría desatornillarlos sin una herramienta adecuada. La puerta de mi izquierda; de momento no veía ninguna otra opción. Por ella se salía al exterior, a donde fuese que estuviéramos, pero en todo caso al aire libre. Tenía que conseguir la llave. O matarlo. Sin embargo, para eso, de nuevo, necesitaba algún tipo de arma. Mi mirada salió disparada hacia el extremo contrario de la sala, el rincón del comedor. Las cuatro sillas que estaban bien colocadas alrededor de la mesa parecían de madera maciza, pero también las había atornillado a los tablones del suelo con escuadras de metal. La pared de detrás la ocupaba una unidad de cocina. Me fijé en la encimera vacía y en los cerrojos. Cerrojos en todos los malditos armarios. Especulé un poco con los cajones, me imaginé sacando de allí un cuchillo, a poder ser uno de esos tan afilados que lo cortan todo, hasta la carne. Pero hacía ya rato que sospechaba que estaban vacíos.

Me oí suspirar.

—¿Estás cansada, Lena? ¿Prefieres acostarte ya?

Me estremecí.

—No, no. Estoy bien, gracias.

Levantó el pesado brazo de mis hombros y miró su reloj. Vi la esfera de reojo. Poco más de las siete y media.

—Niños, mamá tiene razón. Ya es tarde. Es hora de acostarse.

Sus hijos empezaron a protestar.

—¡Nada de replicar! ¡Tenéis que hacer caso cuando mamá os dice algo!

La niña volvió la cabeza hacia mí y me dirigió una mirada oscura.

—Pueden quedarse despiertos un poco más —comenté con cautela.

—No, ya es tarde. —Se levantó del sofá con actitud de ir a espantarlos—. ¡Venga, a lavaros los dientes los dos!

Los niños se pusieron de pie, obedientes.

—¿Puede dormir hoy con nosotros la Señorita Tinky, papá? —preguntó la niña.

—No, se queda en el salón, que si no volveréis a no dormir en toda la noche —respondió él, y luego, mirándome a mí—: ¿Vienes, por favor?

De algún modo conseguí levantar esa herida sobredimensionada que era mi cuerpo y ponerlo en vertical. Tu marido me agarró del brazo para sostenerme. Me arrastré tras los niños con pasos cuidadosos, salí del salón y crucé un pasillo estrecho.

A mano derecha, los niños se detuvieron ante una puerta cerrada.

Él pasó a mi lado, alargó el brazo hacia lo alto del marco de la puerta, buscó la llave que había allí y abrió la cerradura. Los niños entraron enseguida. Él se volvió hacia mí, guardó la llave en un bolsillo con una sonrisa y luego me hizo una indicación con la cabeza.

El baño era alargado y estrecho, y en él apenas había espacio para los cuatro. A la izquierda estaba instalado el lavamanos, bajo el cual había preparado un bidón de agua; al fondo, el retrete, que más bien parecía un pequeño barril blanco; a la derecha, una vieja bañera de cinc sin grifería. Por encima de la bañera, a solo unos centímetros del techo, vi que en la pared había un agujero como de un puño por el que podía verse un trozo de tubo cortado. Supuse que sería una especie de salida de aire, aunque en todo caso parecía funcionar solo a medias porque la atmósfera tenía algo de viscoso y mohoso. No había ninguna ventana, del techo colgaba una bombilla desnuda, igual que en el almacén.

Los niños cogieron sus cepillos de dientes, que estaban en sendos vasos de plástico con dibujos de colores sobre la repisa del lavamanos. La imagen de esos dos vasitos me pareció absurdamente incongruente. Mientras me palpaba el agujero reciente de la encía inferior con la lengua, imaginé a ese hombre, tu marido, igual que un millar de clientes más en la droguería, deteniéndose ante la estantería de utensilios de higiene bucal y escogiendo con cariño unos dibujos que fuesen a gustarles a vuestros hijos. En el vasito azul del niño había un caballero montado en su caballo; en el rosa, el de la niña, una princesa bailaba por un prado de flores. Ese hombre de pie en la caja, pagando los vasitos para los cepillos de dientes... Nadie podría sospechar que no encontrarían su lugar en un hogar normal, sino allí, en ese agujero donde encerraban a las personas.

—Limpiar el baño es tarea del ama de casa, por supuesto. Pero no temas, del retrete me encargo yo.

No entendí lo que quería decir con eso hasta más adelante. Como en la cabaña no había agua corriente, utilizábamos un inodoro de compostaje en el que los excrementos iban directos a un contenedor lleno de mantillo de corteza que había que vaciar de vez en cuando... en el exterior. Eso, evidentemente, era algo que no podía encargarle al ama de casa, pues para ella ya no existía «el exterior».

—Bien —decidió tras echar un vistazo a su reloj de pulsera—. Ya han pasado tres minutos.

Como obedeciendo a una orden, los niños escupieron la espuma en el lavamanos a la vez. Después se lavaron la cara con agua del bidón, primero uno y luego el otro.

—Hoy os acostará mamá —anunció su padre con una sonrisa generosa.

—¡Por fin! —se alegró el niño, que se secó las mejillas con una

toalla.

Tu marido me sacó al pasillo, la niña salió detrás de nosotros y cerró la puerta del baño tras de sí. No entendí a qué parecíamos estar esperando hasta que el niño salió y la niña ocupó su lugar. De manera que les permitía ir al retrete sin vigilancia, deduje, y ahí intuí el inicio de una posibilidad, aunque en un primer momento no se me ocurrió pensar en nada más que en los vasitos con dibujos infantiles. Si consiguiera romperlos de alguna manera... El plástico roto podía ser muy afilado, como un arma.

Los niños compartían una habitación diminuta en la que apenas cabían unas literas. Las paredes de madera estaban llenas de cuadros hechos por ellos mismos con dibujos deprimentes. Intenté comprender lo que mostraban, pero la luz, que una vez más procedía de una única bombilla, era escasa. Había una ventana, clausurada, por supuesto. El niño trepó a la cama de arriba por la escalerilla, la niña se metió en la de abajo.

—Tienes que sentarte aquí —me indicó ella, más mecánica que cariñosamente, y dio unos golpecitos a su lado—. Así es como lo haces siempre.

Volví la mirada hacia tu marido, que estaba apoyado en el marco de la puerta, sonriendo y con los brazos cruzados. Titubeante, me acerqué y me senté con la cabeza gacha y la espalda encorvada para no darme con la cama superior.

—Y ahora nos cuentas un cuento. Como siempre.

—Es que...

—¡Mira, mamá! —La cara del niño apareció de repente junto a mí. Se había asomado sin manos por encima de la tabla de madera que debía protegerlo de posibles caídas durante la noche—. ¡Puedo volar!

—Para, Jonathan —siseó la niña—. Eso es peligroso. Y, además, ahora íbamos a oír un cuento.

—Vale —rezongó él, y regresó arriba.

Por encima de mí, el colchón se abombó a través del somier mientras el pequeño buscaba una posición buena para dormir.

—¡Quiero uno de aviones!

La niña chasqueó la lengua.

—Pues no lo vas a conseguir. Yo soy la mayor y elijo.

—¡Siempre quieres elegir tú!

—Sí, y con razón...

—¡Basta!

Los tres nos sobresaltamos. Tu marido.

—Se cancela el cuento. Levántate, Lena.

—Pero, papá... —oí al niño por encima.

—No. Ninguno de los dos sabéis comportaros. Levántate ya, Lena.

No sé por qué me quedé sentada, si fue porque su repentino cambio de ánimo me había paralizado, o por toda la situación, la perversa normalidad de un par de hermanos peleándose en esas circunstancias diferentes y abominables. Pero lo hice, me quedé sentada, mirándolo.

Los ojos de tu marido se afinaron.

—Arriba. Ahora. Mismo. Lena.

Me quedé sin respiración. Cada palabra, y la vehemencia con que las enfatizó, fue como una cuchillada que me llegaba a los pulmones y los dejaba sin aire. Empecé a respirar superficialmente, casi a jadear. Entonces noté un contacto sigiloso en la rodilla. La mano de tu hija. La miré.

—Tienes que levantarte —susurró casi sin voz.

Por una fracción de segundo nos miramos a los ojos, luego se volvió de golpe hacia el otro lado, de manera que ya solo le veía la espalda delgada, y se echó la manta por encima del hombro. Me levanté como si soñara, como hipnotizada por su voz.

—Dales las buenas noches a los niños, Lena —dijo tu marido, sonriendo otra vez.

—Buenas noches, niños.

—¡Buenas noches! —respondieron al unísono mientras él cerraba la puerta.

Igual que antes, en el baño, alcanzó una llave de lo alto del marco y cerró. Los encerraba para dormir. Me tapé la boca con la mano para ahogar un sonido.

—Bueno —dijo con una sonrisa después de volver a dejar la llave en su sitio—. Y ahora, a lo nuestro...

Me estremezco. Un timbre suena durante unos segundos, fuerte e imperturbable, hasta que Cham, que parece ausente, también se estremece un poco y la libreta y el boli se le caen del regazo al suelo. Los deja ahí. En lugar de recogerlos, se da unos golpecitos nerviosos en la americana, rebusca en su interior y saca un móvil del bolsillo.

—Giesner —contesta gimiendo su nombre.

Intento enterarme de lo que llega fragmentariamente desde el otro lado de la línea, pero los molestos pitidos del electro me lo impiden.

—Muy bien, un momento —dice, se aparta el teléfono de la oreja y me mira con insistencia—. Nuestra gente ha encontrado la cabaña. ¿Deben estar preparados para algo cuando entren?

Digo que no con la cabeza.

—Le he golpeado con una bola de nieve de cristal. Le he dado muy fuerte... —Me llevo una mano a un lado de la nuca y me interrumpo.

—¿Lo ha derribado?

Asiento con la cabeza.

—Entren —ordena Giesner al teléfono.

Me hundo en la almohada y cierro los ojos. Entre mis pensamientos oigo una voz. «¿Ves lo bien que vivimos?», dice.

«Sí, cielo, vivimos muy bien», respondo en silencio y sonrío.

Lena

—¿Lena?

—¿Hmmm...?

—¿Cree que puede seguir contándonos más?

Abro los ojos e intento volver a incorporarme un poco. Múnich se levanta al instante de su silla para colocarme un cojín en la espalda y que esté más cómoda.

—Denme un momento, por favor, ¿quieren?

El hombre asiente, comprensivo.

—Tómese todo el tiempo que necesite —dice Cham.

Pienso por dónde podría volver a empezar. Son todo cosas inconfesables, Lena. Paréntesis puestos con astucia alrededor de detalles que los policías no tienen por qué llegar a saber. Pero tú, Lena, tú sí deberías saber lo que hizo conmigo.

Desplazo la mirada de Múnich a Cham. Múnich se retuerce las manos, turbado. Cham se inclina hacia delante en su silla con un suspiro y recoge la libreta y el boli que se le han caído del regazo cuando ha sonado el móvil. Supongo que ahora esperan una violación, algo duro, crudo. Sería del todo comprensible que tuviera que prepararme mentalmente antes de poder contar algo así. Ellos no imaginan que también hay otras cosas.

Esto de aquí es solo para ti, Lena:

—Bueno —dijo sonriendo, después de volver a dejar la llave en su sitio—. Y ahora, a lo nuestro...

Tensé los hombros, erguí la espalda y cerré las manos en puños. Esperaba exactamente lo mismo que los policías que han seguido mi historia hasta aquí.

Pensé en Kirsten, en cómo llegó a casa el año pasado, a esa hora indeterminada y gris entre la noche y la mañana, cuando el mundo sigue aún en la cama y nadie oye tus gritos ahogados ni se cruza contigo por casualidad para ayudarte y quitarte de encima a ese animal. Pensé en cómo se derrumbó deslizándose contra la pared de nuestro recibidor, con la cara arañada y pálida como un cadáver, el vestido rasgado, y en cómo me agaché junto a ella sin atreverme a abrazarla.

—¿Por qué no te has resistido? —pregunté, porque era tonta o estaba cansada y punto, todavía no me había despejado, porque había

despertado sobresaltada al oírla irrumpir en el piso. Porque había estado dormida, como el mundo entero, mientras agredían a Kirsten en el patio de atrás.

Ella volvió su rostro blanco y extraño hacia mí y dijo:

—Porque en ese momento estaba muerta. Ya no tenía cuerpo. Ni brazos que pudieran golpear. Ni piernas que pudieran darle patadas. Y mi mente estaba en otro lugar.

Contaba con eso, Lena. Con quedar muerta enseguida debajo de él. Solo esperaba que no durara demasiado, pero al mismo tiempo también me crecí, cerré los puños con fuerza y erguí la espalda, aunque todavía me dolía a consecuencia de los golpes y las patadas que tu marido me había propinado ese día. Alcé la barbilla y lo miré a los ojos. Pensé en Kirsten, que había sobrevivido a su propia muerte. Que había sido tan fuerte. Yo también lo sería. Que se quedara con mi cuerpo; mi mente no la tendría.

—Venga —grité en un arrebato de obstinación y arrogancia—. Acabemos cuanto antes.

Vi cómo se le descomponía la cara, Lena. Cómo torcía el gesto y perdía toda su fachada. Tardó unos segundos en recomponerse de nuevo. Lo había pillado desprevenido. El ojo izquierdo se le estremecía y la sonrisa que puso parecía insegura, pero seguía siendo más fuerte que yo. Él era el hombre que no bromeaba, él era Dios y yo un gusano, y tenía que demostrármelo. Me agarró del brazo y me arrastró por el pasillo de vuelta al baño.

—Tienes programado el uso del cuarto de baño para las siete de la mañana, las doce y media, las cinco y las ocho de la tarde —escupió mientras rebuscaba la llave del baño en el bolsillo del pantalón—. Ya son las ocho.

Vi cómo le temblaban los dedos; apenas se notaba, pero le temblaban. Fue un momento milagroso, Lena.

Abrió, yo entré y me volví hacia él esperando que cerrara la puerta otra vez. No se me ocurrió pensar que pudiera ser de otra manera, después de haber visto que dejaba a los niños ir solos.

—Venga —dijo, y señaló con la cabeza hacia el interior del baño.

Me di la vuelta siguiendo su mirada hacia el retrete. Tenía que ser una prueba, una forma de medir fuerzas para desquitarse de ese momento milagroso que acababa de concederme.

—Haz.

Volví a girarme. Tu marido estaba en la puerta, asquerosamente desenvuelto, el brazo izquierdo estirado y la mano apoyada en el marco, la cabeza ladeada y una sonrisa de la que había desaparecido todo rastro de inseguridad.

—No —dije.

—Ve al baño, Lena.

Apreté los labios y negué despacio con la cabeza.

—He dicho que tienes que ir al baño.

—Pues sal. No haré pis delante de ti.

—Sí, sí que lo harás, Lena. Porque haces todo lo que te digo.

Fue a dar un paso hacia mí. Lancé las manos al aire y jadeé:

—Espera. Lo siento, lo siento.

Quería luchar, ser fuerte, claro que sí. Pero no podía arriesgarme a que volviera a darme una paliza ese mismo día. Detuvo su gesto y me miró con desconfianza.

—Es que... no tengo ganas.

Ningún movimiento, nada... Solo su mirada, que intenté sostener.

—He dicho que tienes programado el uso del cuarto de baño para las siete de la mañana, las doce y media, las cinco y las ocho de la tarde.

Bajé las manos y asentí con insistencia.

—Ya lo sé. Me acuerdo. A las siete de la mañana, a las doce y media, a las cinco y a las ocho de la tarde, pero no tengo ganas. —Sentí que una sonrisa pasable se acomodaba en mis labios—. No tengo ganas —repetí—. Podemos irnos a la cama ya.

Fue tan rápido que ni siquiera retrocedí un paso, no levanté los brazos, no habría podido ni respirar ni parpadear entre el antes y el después.

¿Quieres saberlo, Lena? ¿Quieres saber lo que hace tu marido cuando alguien se niega a ir al baño delante de él? ¿Lo experimentaste tal vez en carne propia?

Entonces sabrás cómo es que te lancen al suelo. Tú misma te habrás encogido y te habrás llevado las manos a la cara para proteger los puntos aún sensibles de tu frente. Habrás intentado respirar hondo una vez más, porque será la última antes de que sus patadas te alcancen en el estómago. Habrás cerrado los ojos con fuerza esperando ese enorme dolor. Que, sin embargo, no llega. Habrás vuelto a respirar hondo porque crees que llegará ya, ahora mismo... Pero no, ni patadas ni dolor, solo un extraño sonido seco. Entonces te habrás atrevido a mirar por entre los dedos extendidos. Lo habrás visto, a tu marido, de pie sobre ti con las piernas abiertas, la mano en la bragueta de los pantalones. Del susto habrás olvidado respirar una tercera vez, y ahora sí que habría sido necesario, porque un instante después tienes que contener el aliento mientras mea sobre ti, y sientes el calor de la orina y cómo quema sobre tu piel, cómo cala la tela y la deja empapada, tu ropa, tu pelo. Sabrás lo que es retorcerse y no encontrar dónde meterte. Lo que se siente cuando el último chorro te da en toda la cara y sientes una gota en los labios apretados, oyes de nuevo la cremallera, ras, y luego a él, a tu marido, que dice tranquilamente:

—Espero que ahora entiendas por qué es tan importante seguir los

horarios de uso del baño, Lena. Nunca se sabe cuándo algo puede torcerse.

Seguro que después vomitaste, Lena, y tu marido te hizo limpiar el baño, impasible, viéndote temblar muchísimo y resollar de repugnancia. Limpiaste el baño de rodillas, con el pelo mojado y la ropa empapada, mientras él estaba sentado en el borde de la bañera de cinc con las piernas separadas en una pose relajada, mirándote. Tal vez tardó horas en quedar satisfecho contigo, y después tuviste que desnudarte y meterte en la bañera. Él te lavó, porque estabas sucia, claro, «ay, Lena, cómo vuelves a estar tan sucia», te secó y te llevó al dormitorio.

Si también viviste todo eso, Lena, entonces sabes que no se puede explicar sin más, porque hace contigo algo muy diferente que esas otras cosas duras y crudas, que son malas, sí, pero no nuevas. Los policías ya saben de esas otras cosas. Las han oído muchas veces, las suficientes para estar ahora sentados ante mí retorciéndose las manos con la mirada gacha. Esas otras cosas quizá los dejen compungidos, pero en última instancia forman parte del trabajo y quedan despachadas en cuanto escriben la palabra «violación». No exigen detalles. Se trata de un hombre encima de una mujer que con toda probabilidad siente dolor, punto. Seré una mujer así, Lena. Seré esa mujer en cuanto la científica recorra la cabaña e inspeccione las sábanas. No puedo hacer nada por evitarlo.

Pero te aseguro que no seré la mujer que se arrastró de rodillas por un charco de orina y vómito en el cuarto de baño, llorando. Ahí he puesto mis paréntesis. Firmes e inamovibles.

Los policías siguen esperando con paciencia la parte inevitable. Asiento para señalar que estoy preparada para continuar explicando.

—Después de encerrar a los niños para dormir, me llevó al dormitorio. Del poste derecho de la cama colgaban unas esposas. No debía escaparme.

Me levanto la manga del camisón de hospital y les enseño el brazo derecho primero a Cham y luego a Múnich. Alrededor de la muñeca sigue viéndose una franja enrojecida con la piel desollada.

—Me esposaba al poste de la cama, siempre. También de noche, cuando dormíamos. Supongo que lo hacía para que no me levantara en secreto a buscar las llaves. O para que no intentara asfixiarlo con una almohada.

Cham escribe algo en su libreta.

—Entonces... —empieza, vacilante—, ¿él la...?

—Sí —respondo.

Solo «Sí». Con eso basta para confirmar las cosas duras y crudas, Lena. Así de fácil es. Tal vez en algún momento, más adelante, una

agente haga un intento por saber exactamente cómo sucedió. También con Kirsten fue así después de su agresión en el patio trasero. Envían a una mujer porque creen que entre mujeres será más fácil hablar de ello, pero al final lo único que consiguen es preguntar de qué orificio corporal se trató y si comunicaste con claridad que no consentías la «relación».

«¿Le dijo que no?», le preguntó la agente de policía a Kirsten, pero bastó con que ella preguntara a su vez: «¿Lo dice en serio?».

Por lo menos me dejan tranquila durante un rato.

Hasta que vuelve a sonar el móvil de Cham. De todos modos no entiendo lo que le dicen, así que me remuevo en la almohada y me coloco de lado. Esta noche no hay esposas... Sonrío, no hay esposas.

Cham carraspea. Ha bajado la mano con que sujeta el teléfono hasta el regazo. La conversación ha terminado. O bien ha ido muy rápido o me he quedado traspuesta un momento.

—¿Qué ocurre? —pregunto, e intento sentarme.

Esta vez Múnich no me ayuda con las almohadas. Tal vez crea que prefiero esforzarme yo sola a tener que soportar la cercanía física de un hombre precisamente ahora.

Cham espera a que encuentre la posición.

—Tienen al hombre. También al niño —dice entonces.

—¿Ha ido todo bien?

—Los tienen —dice Cham otra vez, como si eso fuera una respuesta.

Aun así, asiento.

—Menos mal —digo, y entonces, porque se ha acabado, porque al fin se ha terminado de verdad, añado—: Jasmin Grass. Me llamo Jasmin Grass. Fecha de nacimiento: 28 del 3 de 1982, domiciliada en Regensburg. Mi madre se llama Susanne, también Grass. Vive en Straubing. ¿Pueden llamarla?

Cham parece sorprendido, pero solo un instante.

—Desde luego, ningún problema.

—Gracias —digo sonriendo.

—Pero hay algo más, «Jasmin».

Mi sonrisa se hiela. La forma en que ha enfatizado mi nombre. Su rostro.

Los pitidos de la máquina del electrocardiograma adquieren un nuevo ritmo.

—¿Qué pasa? —pregunto con cautela.

—Antes nos ha dicho que derribó a su secuestrador. —Lanza una mirada rauda a su libreta—. Con una bola de nieve.

—Sí. —Asiento con insistencia—. ¿Por qué?

Cham no dice nada. Mira a Múnich, luego a mí, vuelve a mirar a

Múnich y entonces le pasa el móvil. Múnich lo acepta y observa unos instantes la pantalla, después levanta la vista y me mira a mí.

—¿Qué ocurre? —pregunto siguiendo el ritmo de milisegundos del electro—. ¿Qué ha pasado?

Matthias

Por un momento ha habido paz, una aceptación desconocida; solo Karin y yo, y el cielo en el que se levantaba el nuevo día. Ese momento en que nos hemos aferrado el uno al otro ha sido como una isla, una pequeña y bienvenida escapada. Era evidente que no podríamos quedarnos para siempre donde estábamos, que alguien abriría enseguida la puerta y entraría, Gerd o Giesner, o alguno de sus hombres, y nos llevarían de vuelta a la realidad. Eso lo tenía claro, pero intentaba tanto no pensar en ello que, por supuesto, solo pensaba en ello. Y entonces ha sido precisamente Karin quien ha estropeado el momento por completo.

—Creo que deberíamos avisar a Mark —ha dicho contra mi pecho.

Y yo:

—Por encima de mi cadáver.

Se acabó, el fin de la paz, el cielo ya no estaba lleno de esperanza, sino que era gris y triste, y pesaba sobre la silueta negra de las casas, recortadas como a tijera a lo lejos. En algunas ventanas se había encendido una luz. Los madrugadores que empiezan el día y con sus luces envían la señal ineludible de que la Tierra sigue girando sin parar, de que nadie puede detenerla ni huir de ella. No existe ninguna isla, no de verdad.

—¿Y qué vas a decirle? —he preguntado para intentar eludir la discusión de principios que seguiría sin remedio.

A Karin siempre le ha gustado Mark. «Él jamás le habría hecho nada a Lena», y de ahí no había quien la moviera, mientras que yo enseguida di su nombre cuando fuimos a denunciar su desaparición a la comisaría.

—¿Tenía su hija problemas con alguien? —nos preguntaron.

—Con Mark Sutthoff —escupí.

—¡Matthias! —espetó Karin al oírme, y me dio un codazo en el costado.

Mark Sutthoff: en su mundo, modelo barra actor barra cantante; en la realidad, vendedor de coches de segunda mano fanfarrón al que le compramos el Polo de Lena en su momento. Por entonces mi hija debía de acabar de cumplir los veinte, o al menos vivía todavía con nosotros y no se había instalado aún en el apartamento de Haidhausen. No me di cuenta de que ya en el concesionario, por lo

visto, él no había dejado de rondarla y le había sacado su número de teléfono a mis espaldas, hasta que una tarde se presentó en la puerta de casa para recogerla y ella, resplandeciente, dijo:

—Papá, seguro que te acuerdas de Mark. Nos vendió el Polo.

Eso era lo que debería haber hecho, y nada más. Eso era todo lo que queríamos de él, ese maldito pequeño Polo azul. Nadie dijo nada de que la transacción incluiría un drama que duraría años. Lena y Mark Sutthoff juntos, Lena y Mark Sutthoff separados...

—¡Mark ha estado coqueteando con otra! ¿Te lo puedes creer?

—¡A Mark que le den por saco!

—¡Pero, papá, es que lo quiero tanto!...

Lena no veía lo que veía yo. Que no era bueno para ella, no era lo bastante bueno.

«Es que no quieres darle una oportunidad», era la forma de Karin de minimizar mis reparos, y lo hacía suspirando y sacudiendo un poco la cabeza, además.

Nadie veía lo que veía yo.

Y ahora, en el hospital, por lo visto íbamos directos a tener otra vez esa lamentable discusión. Karin quería llamar a Mark Sutthoff e informarle de lo que había ocurrido esa noche.

—Si todavía no sabemos nada —he aducido apretando los dientes con la esperanza de que Karin lo dejara correr.

—Tampoco digo justo ahora, y menos aún a estas horas intempestivas. Pero luego, más tarde...

—Qué tontería —la he interrumpido con brusquedad, pero he reflexionado enseguida, cuando ella se ha deshecho de mi abrazo y ha vuelto a la cama—. Lo siento —he murmurado por encima del hombro —. Es que no entiendo para qué. Él ya no tiene nada que ver con Lena.

—Ha sufrido tanto como nosotros.

—¿Por qué? ¿Por la incertidumbre? —He soltado aire, indignado. Apenas un año después de la desaparición de Lena, Mark Sutthoff se trasladó a París con su nueva novia—. No tardó mucho en superar lo suyo, por si no te acuerdas. Ella no lo querría... —Me he interrumpido, y Karin lo ha notado.

—De todas formas, ahora mismo tenemos que esperar, pero en cuanto sepamos algo concreto sí deberíamos llamarlo, de verdad, Matthias. Debemos hacerlo, es lo justo.

Prácticamente he podido ver cómo se me descomponía el rostro en el reflejo de la ventana.

—He dicho que no —le he gruñido a la mueca del cristal.

—Está bien —ha zanjado Karin con un suspiro—. No te alteres. No pretendía...

Su frase ha quedado pendiendo en el aire sin terminar, lo ha vuelto seco y pesado.

Desde entonces no hemos vuelto a decir una palabra al respecto. El aire sigue siendo pesado, el silencio nos presiona el cráneo. Dentro se despliegan escenarios que son peores mientras no se compartan.

«Hasta ahora solo tenemos piezas del puzle», ha dicho Giesner. Un secuestro, una cabaña, una mujer que se parece a Lena, la pequeña Hannah. Intento ordenar los fragmentos, pero fracaso al querer encontrarles sentido, así que empiezo a recorrer la habitación como una fiera enjaulada. Karin ha puesto los pies en alto y está tumbada en la cama con la mirada fija en el techo y las manos cruzadas sobre el vientre. Le digo que debería intentar dormir un rato.

—No puedo —replica en un susurro.

Es como si esperásemos el resultado de una operación grave. Ya no aguanto más.

—Voy a preguntar.

Karin se apoya en los codos.

—Seguro que todavía están en pleno interrogatorio. Si no, hace ya tiempo que habrían venido a decirnos algo.

—Tal vez pueda ayudarles.

—¿Cómo? ¿Con el interrogatorio? —Karin ríe en voz baja—. Anda, Matthias...

—No, en serio. ¿Por qué están tardando tanto? Tal vez haya que ponerle la pistola en el pecho a esa mujer. Seguro que sabe muy bien qué ha sido de Lena.

Karin abre mucho los ojos.

—¿Quieres decir...?

—¡Seguro que sí! ¿Cómo es que se hace pasar por ella? ¿Cómo es que le hace creer a la niña que es su madre? —Señalo vagamente en dirección a la puerta—. Esa niña de ahí fuera es hija de Lena, ¡hasta un ciego lo vería! ¡Nadie necesita una prueba de ADN para eso!

Los pies de Karin cuelgan del borde de la cama.

—¿Crees que esa mujer está involucrada de alguna forma?

—Bueno, seguro que tú también te has dado cuenta de que aquí hay algo que no encaja, ¿o no?

Llaman a la puerta.

Karin se levanta de un salto y alarga una mano hacia la mía. Sus dedos se menean en el aire con tal insistencia como si tocaran una enrevesada pieza de piano. Le sostengo la mano y tiro de ella para acercarla a mí. Así estamos, dados de la mano, hombro con hombro, cuando Giesner entra en la habitación un segundo después para ponernos al corriente del estado de la investigación.

Hannah

Fuera está muy oscuro. Los árboles son negros y tienen ramas que son como dedos de monstruos fosilizados.

—¡No me atraparéis! —grita mamá.

Corro, y bajo mis pies se oyen crujidos, pero también bajo los de mamá, por eso sé en qué dirección debo correr aunque ya casi no puedo verla por culpa de la oscuridad. Solo a veces, cuando los árboles están más separados, distingo una punta de su bonito vestido blanco, que brilla como la plata en el resplandor de la luna.

De repente hay mucha luz, una luz muy amarilla, como una riada luminosa. Veo los troncos negros de los árboles y entre ellos la silueta de mamá, también negra. Extiende los brazos hacia los lados como un ángel que va a volar. Entonces suena un estrépito muy fuerte y me quedo quieta. Eso es lo que se siente con los sustos. Ya no veo a mamá, solo la riada de luz amarilla. Ahora doy pasos de ratoncillo, la luz es cada vez más fuerte, tengo que taparme los ojos con la mano porque me han empezado a llorar. Aparto ramas hasta que el bosque se acaba y de repente se convierte en una carretera. Mamá está tumbada delante de un coche. Reconozco su cara a la luz de los faros. Tiene los ojos cerrados.

De repente vuelven a oírse crujidos detrás de mí. Me vuelvo y veo a papá. Pasa a mi lado tropezando hacia la carretera, hacia mamá, que está ahí tirada.

—¡Has perdido! —grita, y—: ¡Ja, ja!

Mamá abre los ojos de golpe y se ríe.

—¡Habéis hecho trampa, los dos!

Estira las manos en dirección a papá. Él la ayuda a levantarse y le limpia eso rojo de la cara.

—Ahora te toca a ti, Hannah —me dice papá—. Esfuérzate.

Suelto un chillido y doy media vuelta para volver corriendo por el bosque. Después de correr unos cuantos pasos, algo me tira de la manga. Es la enfermera Ruth, que me lleva detrás del tronco grueso de un árbol y me dice:

—Este es un buen escondite, Hannah...

—... ¿Hannah?

El bosque se desvanece, solo la cara de la enfermera Ruth sigue ahí, muy cerca de la mía.

—Hannah —dice—. Despierta, Hannah.

Bostezo y parpadeo.

No estoy en el bosque, qué va, sino en la sala de descanso, metida en la cama.

—Despierta, Hannah —dice otra vez la enfermera Ruth.

—¿Ya podemos ir a ver a mamá? —pregunto. Mi voz suena todavía muy cansada y ronca.

La enfermera Ruth dice que de momento no, pero que pronto, y me pregunta si he dormido bien.

—Sí, y también he soñado.

—¿Algo bonito?

Asiento con la cabeza.

La enfermera Ruth pone esa media sonrisa boba. Por eso sé que algo va mal.

—¿Mi mamá no está bien?

Ahora la enfermera Ruth mira al suelo.

—Tengo que llevarte con la doctora Hamstedt.

Al principio no sé quién es esa, pero luego me acuerdo. La mujer alta y delgada con el pelo castaño y corto que ha venido antes con el policía a la sala de descanso. La médica que se había olvidado la bata.

Quiero preguntar por qué tengo que ir a verla, solo que la enfermera Ruth es más rápida.

—Pero sí puedes despedirte de ella antes —me dice.

Jasmin

Ha venido el doctor Schwindt, a pesar del caos del cambio de turno. Era necesario, incluso yo he tenido que admitirlo.

«¡No he sido yo! ¡No he sido yo!», he gritado una y otra vez mientras gesticulaba con los brazos y me he arrancado la vía del gotero sin querer, lo cual no debía suceder pero ha sucedido, igual que todas esas otras cosas han sucedido aunque no deberían haberlo hecho. Y menos aún...

—Intente respirar muy despacio, señora Grass —dice el doctor Schwindt, y enfatiza mi nombre como si fuera algo muy valioso.

El electro se ha colgado, el doctor Schwindt tiene que reiniciarlo.

—La tecnología... —comenta, lacónico, mientras aprieta los botones correspondientes.

Supongo que el aparato se ha hartado de mí y de mi corazón irregular, que está acompasado con mi estado anímico.

—Enseguida sentirá un poco de cansancio —explica el doctor Schwindt cuando el pitido vuelve a sonar con normalidad.

He decidido que me caiga bien, solo por el hecho de que en este momento me siento muy sola y necesito aliados. Es un señor mayor con una barba muy arreglada y gafas con cristales de media luna. Ojalá mi padre estuviera aquí. O alguien.

—También es posible que note una sensación de entumecimiento en brazos y piernas. Pero eso es del todo normal, así que no hay motivo para preocuparse, ¿de acuerdo?

—Doctor Schwindt —digo con la voz ya algo débil—, ¿podría

hacerme otro favor?

—¿Qué favor, señora Grass?

—¿Podría mirar algo en mi expediente médico?

El doctor Schwindt hace como si girara sobre su propio eje, como si buscara algo.

—Hmmm... Me parece que la policía se lo ha llevado para estudiarlo. ¿Qué quiere saber?

Trago saliva, noto la boca seca.

—Tengo que saber si estoy embarazada.

El doctor Schwindt se toca la nariz y se sube las gafas, que se le han resbalado un poco mientras estaba ocupado con la máquina del electrocardiograma.

—Bueno, si lo que le preocupa es el tranquilizante, no es nada perjudicial...

—Más bien estoy preocupada en general —interrumpo.

—No hay problema, señora Grass. Lo consultaré —dice.

Asiente y me cae aún mejor porque no ha seguido preguntando.

—Gracias.

—Y ahora duerma un poco, ¿de acuerdo?

Me desea también una buena recuperación y, antes de salir de la habitación, deja el pequeño llamador con el botón de emergencia donde yo pueda alcanzarlo.

Ahora estoy aquí tumbada, y una sensación de entumecimiento empieza a hormiguearme en los dedos de las manos y de los pies. El efecto no llega a mi mente, que está del todo despierta, seguro que todavía por la adrenalina.

—Pero hay algo más, Jasmin —ha dicho Cham después de la llamada telefónica y de darle el móvil a Múnich.

—¿Qué ocurre? —he preguntado—. ¿Qué ha pasado?

Mi corazón latía con pánico.

«Tienen al hombre», esas habían sido las palabras de Cham. ¿De qué se trataba, pues? ¿Se había resistido tu marido a su detención? ¿Se les había escapado? ¿Venía de camino al hospital? Eso no era posible, no podía ser, era del todo imposible. Yo le había dado con la bola de nieve, muy fuerte. Había caído al suelo. Se había desplomado y había quedado tirado e inmóvil.

Múnich ha suspirado y ha levantado la mirada de la pantalla del móvil para dirigirla de nuevo a Cham.

Yo ya no aguantaba más.

—¡Díganme de una vez qué ha ocurrido!

Han debatido si enseñarme o no la foto que los agentes de la cabaña habían enviado al móvil de Cham.

—No es adecuada para una identificación —ha dicho Múnich.

Yo he agitado la mano en el aire con impaciencia.

Cham me ha mirado con los ojos entornados.

—Enséñesela, Brühling. Lo soportará.

He asentido, dándole la razón.

Solo que lo que he visto cuando Múnich me ha pasado el móvil de Cham... La foto, tu marido...

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo! —he empezado a gritar, y he dejado caer el móvil, que ha quedado ahí, en la hondonada que las mantas formaban entre mis piernas, con la pantalla encendida, brillando en rojo, todo era rojo.

He apartado la cabeza. La de él ya no estaba ahí, por lo menos no como debería. Su rostro, jirones, rojo, todo rojo.

Múnich ha saltado de la silla, se ha hecho con el móvil, ha apretado el botón de arriba a la derecha para apagar la pantalla y luego se lo ha devuelto a Cham, que por su parte ha vuelto a abrir la fotografía.

—Todavía tenemos que comprobar si de verdad esas heridas las provocó una bola de nieve —ha dicho con profesionalidad—. A primera vista es un poco, bueno...

—¡No, no, no! —seguía gritando—. ¡No he sido yo! Yo solo le he... La bola de nieve... Le he dado una sola vez...

La voz se me ha atascado en la garganta en mitad de los gritos. De pronto me he quedado callada y he empezado a entender, despacio.

Le he abierto el cráneo a tu marido.

Le he roto todos los huesos de la cara.

Le he destrozado la piel.

Debo de haberle golpeado con la bola de nieve en la cabeza un sinfín de veces, como una posesa. ¡Plaf!, ha hecho, tal como él decía.

¡Plaf! Como cuando tiras una sandía al suelo.

—Respire muy despacio —ha dicho el doctor Schwindt.

«Respira muy despacio», repito para mí, y siento los párpados pesados. Siento que me hundo, que me hundo cada vez más en un cansancio romo, que tengo cada vez más y más frío, y el frío de mis extremidades se extiende y me entumece. También ha dicho eso el doctor Schwindt, un entumecimiento en brazos y piernas, del todo normal, no hay motivo para alarmarse, solo que tengo un frío espantoso.

«¿Tienes frío, mamá?», dice una voz salida de mis alucinaciones, y asiento débilmente.

Sí, Jonathan, tengo frío, mucho.

Algo ha salido muy mal. Lo he matado, Lena. He matado a tu marido. Lo he destrozado hasta dejarlo irreconocible. ¡Plaf!, ha hecho una y otra vez, ¡plaf!

La cabeza me pesa y se me cae hacia un lado. ¿Acaban de llamar a la puerta de mi habitación? Los párpados cansados se me cierran.

La puerta se abre, aparece una mujer, en sueños o en la realidad,

estoy demasiado lejos para poder distinguirlo.

—Hola —creo que dice la mujer—. Aquí hay alguien que quería venir a verla.

Un movimiento tras su espalda. Parpadeo, sueño o realidad. Hannah sale de ahí detrás y se acerca a mi cama, todo como a cámara lenta, mete la mano en el bolsillo derecho de su vestido. Noto que empiezo a girar los globos oculares. Siento que mi mano se cierra en un puño sin fuerza bajo la de Hannah. Que Hannah estira con cuidado mis dedos, uno tras otro, deshaciendo el puño. Que me pone algo en la mano y luego vuelve a cerrarla otra vez con cuidado. Que mis párpados caen de nuevo, y el delicado beso de Hannah en mi frente, justo sobre mi cicatriz, y su voz, en susurros:

—Me acuerdo perfectamente de todo.

Me desplomo y caigo en un sueño profundo.

Una mujer escapa de una cabaña tras cuatro meses de secuestro

Cham/Múnich. Es casi un milagro: tras cuatro meses de secuestro, la publicista Jasmin G. (35), de Regensburg, desaparecida desde mediados de mayo, ha escapado de una cabaña en un bosque de las inmediaciones de la frontera entre Baviera y Chequia. Los detalles que van saliendo a la luz sobre su secuestro superan todo lo imaginable. Parece que la mujer, de 35 años, tuvo que vivir junto a su secuestrador, sobre cuya identidad la policía no ha querido dar ningún dato todavía, y los dos hijos menores de este en una estructura familiar forzosa. Las primeras informaciones hablan también de formas perversas de maltrato psicológico y sexual. Según estas informaciones, la mujer estuvo supuestamente encadenada durante semanas y tuvo que alimentarse de un comedero para perros. El martes, Jasmin G. pudo escapar por fin de su torturador. Para ello tuvo que matar al hombre, por el momento desconocido, según declaró el miércoles a primera hora uno de los investigadores responsables del caso, el comisario jefe Gerd Brühling. Además, el secuestro tiene directa relación con el caso de Lena Beck (entonces 23), una joven que desapareció en enero de 2004, cuando regresaba de una fiesta.

Al igual que los dos hijos menores del supuesto secuestrador (una niña de 13 y un niño de 11), Jasmin G. se encuentra en estos momentos bajo tratamiento psicológico. Uno de los dos niños parece tener secuelas físicas, además de psicológicas, y es probable que padezca una deficiencia. Todavía no se ha podido comprobar si los abusos sexuales sufridos por Jasmin G. afectaron también a los pequeños.

Dos semanas después

Jasmin

La secuencia es la siguiente: tres veces corto, dos veces largo.

Toc-toc-toc... Toc... Toc.

Arrastro los pies por el pasillo, pero espero aún un momento más, por si acaso. Ante la puerta de mi piso se oye crujir un tablón del suelo. «Venga, vete ya», gruño en silencio al pensar que la señora Bar-Lev podría tener la oreja pegada al otro lado de la puerta para ver si oye algún ruido en mi apartamento. «Hoy no, vieja bruja.»

Ayer tenía tanta hambre que abrí la puerta demasiado deprisa y permití que le echara un vistazo a la trágica sensación del momento. Desde entonces me la imagino sirviéndole café a un reportero en su salón. «La pobre chica está en un estado terrible. Delgadísima, demasiado. Ya no se lava el pelo, lleva una camiseta manchada y unos pantalones de chándal dados de sí. Se le nota.» Se le nota lo que ha vivido, quiere decir, y da un mordisquito a una galleta con su dentadura postiza. El periodista escribe con empeño. Escribe sobre besos y caricias que no puedo lavarme de la cara ni del cuerpo, sobre que ya no me ducho ni me froto la piel hasta dejarla escocida porque me he quedado sin fuerzas y de todas formas no puedo borrar el sudor frío que me ha calado. Un último resto de cordura en mi boba cabeza me dice que la señora Bar-Lev nunca haría eso, pero las imágenes son insistentes y en color. Solo percibe una pequeña renta, así que un dinerillo extra no le vendría nada mal. «Para.» Lean hoy mismo una entrevista en exclusiva con la vecina de la víctima del secuestro. «¡Que pares!»

Me ruge el estómago. El olor de la comida recién hecha se cuela por debajo de la puerta, seguro que es un cocido. El tablón del suelo cruje otra vez, entonces oigo pasos en la escalera. La señora Bar-Lev camina despacio; la cadera. Al instante me siento mal. Todos los días, desde que vuelvo a estar en casa, esa anciana maravillosa sube la escalera hasta mi puerta, que para ella debe de ser como escalar el Kilimanjaro. Hace tiempo que podría haber hablado con los periodistas. En lugar de eso, se planta ante los fogones con su cadera fastidiada y cocina para mí. «Debería darte vergüenza.»

Espero aún hasta oír el chasquido de su puerta al cerrarse dos

plantas por debajo, aguardo un momento más para asegurarme de que todo está de verdad en silencio en el descansillo. Giro la llave, acciono el tirador, levanto la cazuela del felpudo, vuelvo a cerrar la puerta de golpe y giro la llave otra vez; tiempo récord, ni tres segundos. Con la cazuela en la mano, apoyo un momento la espalda contra la puerta cerrada y respiro como si acabase de correr un maratón. «Todo va bien, tranquila, cálmate», me digo intentando conjurar la salva de palpitaciones de mi pecho. Después levanto la tapa. Gulasch. Habría jurado que olía a estofado.

Habría jurado que solo golpeé a tu marido una vez.

Llevo la pequeña cazuela a la cocina y la dejo en los fogones.

Lo maltraté tanto que a primera vista no se distinguía si de verdad el «arma del crimen», como la llaman, podía tratarse de una bola de nieve. Por lo visto, los agentes de la cabaña buscaron otras posibles armas, pero allí no había ningún martillo que hubiera explicado la contundencia del ataque, ningún cuchillo que pudiera ser responsable de los profundos cortes. Bueno, sí, sí que había cuchillos y otras herramientas, cuchillos muy afilados incluso, como los que se utilizan para destripar animales. Pero estaban guardados bajo llave, y por lo tanto quedaban a todas luces fuera de mi alcance. No fue hasta que tuvieron el informe forense completo cuando pudieron determinar sin lugar a dudas que el arma homicida había sido la bola de nieve. Por lo visto, incluso la reconstruyeron casi del todo. Solo falta un trozo que no han podido encontrar.

Tu marido está muerto, Lena.

Tus hijos están en el manicomio.

Debería sentirme mejor, como una superviviente, una ganadora, agradecida y con el anhelo de recuperar la vida por la que tan obstinadamente luché durante cuatro meses. La realidad es otra. Mi apartamento está oscurecido. El cielo con el que tanto soñé, el sol, los cantos de los pájaros, nada de eso puedo soportarlo. He desconectado el timbre, funciono con diferentes golpes en la puerta. También he desenchufado la clavija del teléfono fijo. Solo dejo encendido el móvil para estar localizable para la policía y mi terapeuta. A la policía le voy contestando algunas dudas muy poco a poco, cosas que parece que no quieren dejar correr, y a mi terapeuta le digo que me encuentro bien. Que ya he conseguido ir hasta el supermercado que hay a la vuelta de la esquina, yo sola, sin que me acompañen, un aplauso para mí. Que justo ahora me estoy cocinando algo delicioso y luego veré los episodios que me faltan de la última temporada de *Las chicas Gilmore*. Que por desgracia no puedo acudir a la próxima sesión porque mi madre o unos amigos muy queridos han venido a verme. Ya tengo la boca seca de tanto mentir.

¿Quieres saber cómo es mi día a día en realidad? Todavía me

despierto puntualmente a las siete menos diez y con el brazo derecho estirado por encima de la cabeza, la única posición en la que podía dormir en la cabaña, atada al poste de la cama. A veces intento rebelarme y vuelvo a cerrar los ojos enseguida. Cambio de postura, pretendo darme la vuelta y seguir durmiendo sin más, pero no lo consigo. Tengo que levantarme y hacer el desayuno para los niños. Debe estar en la mesa a las siete y media en punto; si no, se ponen nerviosos. Se persiguen uno a otro por el salón como pelotas de goma descontroladas, chillan hasta que la cabeza amenaza con estallarme... «¡Por favor, niños, no gritéis tanto!»

Debe estar en la mesa a las siete y media en punto; si no, él me grita. «¿Qué clase de madre eres, Lena? ¿Qué clase de monstruo?»

Él no está aquí, eso lo sé muy bien. Está muerto, yo lo maté. Lo sé. La policía encontró su cadáver, pero todavía no puedo sentirlo así. Una vez se lo conté a mi terapeuta y no se le ocurrió decirme nada mejor que: «Es muy normal. Requiere tiempo». Te digo una cosa: esa mujer no escucha como es debido. El tiempo ya no tiene ningún papel en mi vida. Lo perdí el primer día en la cabaña. Solo existe el tiempo de él. Él gobierna el día y la noche. Igual que Dios. Todavía.

Por supuesto que no preparo ningún desayuno. A fin de cuentas aquí no hay ningún niño, solo estoy yo, en mi piso, en —ja, ja— libertad. A pesar de eso, todas las mañanas me levanto a las siete y media y voy a la cocina. Aunque allí solo me agarro a la encimera e intento respirar para desvanecer la voz que rabia en mi cabeza.

«Eres unas desagradecida, Lena. Desagradecida y fea.»

«Soy buena», le replico a la voz, lamentable. Se me da bien ir de la cama al sofá, o a mi maltrecho sillón de lectura. Se me da bien leer libros que no entiendo. «El río estaba ahí. Era un día caluroso», escribe Hemingway. Hasta ahí soy capaz de seguirlo, luego las letras empiezan a bailar ante mis ojos, el río del que habla tuerce en un meandro y se vuelve una corriente salvaje e incontrolable que me arrastra consigo mientras el calor del día se convierte en un ardor insoportable y abrasador que hace que me suden todos los poros y se me salten las lágrimas. Se me da bien cerrar libros y lanzarlos lejos. Se me da bien engullir la comida que me deja en la puerta la vieja señora Bar-Lev y vomitar luego como una fuente. Se me da bien hacer mis necesidades según su horario, todavía, todavía, todavía... «Tienes programado el uso del cuarto de baño para las siete de la mañana, las doce y media, las cinco y las ocho de la tarde.»

¿Qué queda de una persona cuando se aguanta las ganas de cagar solo porque aún son las cuatro y media? ¿Qué ha quedado de mí?

A menudo me detengo ante el taco de cuchillos de la cocina y a veces mi mano se posa ella sola sobre uno de los mangos. No es el cuchillo más grande del taco, pero sí el más afilado. Mi madre me lo

regaló unas navidades. «Lo corta todo —dijo—. Verdura, pan, carne.» Carne, Lena.

Estoy vacía salvo por esta única sensación, muy nítida. Ha arraigado en mí y ya no tengo manera de deshacerme de ella. Me arde en el estómago, me presiona las sienes como un tornillo de banco que se va apretando día tras día. También eso le parece normal a mi terapeuta. Dice que superar las vivencias requiere tiempo; primero, conseguir ordenarlas, luego comprender que todo ha acabado de verdad.

Creo que se equivoca, pero no me atrevo a insistir delante de ella. Tampoco la policía sabe nada de esto. Me ha costado ya tanta fuerza y tanto arte interpretativo salir del hospital... Tengo miedo de que me tomen por loca y vuelvan a encerrarme.

Debes saber que después de las dos primeras noches me trasladaron de urgencias a la unidad de seguridad. Es una unidad para pacientes que representan un peligro para sí mismos o para los demás. Son habitaciones en las que el tirador de la puerta puede extraerse con una sencilla maniobra. No sé si temían en serio que pudiera hacerle daño a alguien o a mí misma. Y en ese caso, me pregunto por qué a nadie se le ocurrió echar un vistazo en la bolsa de viaje que mi madre me llevó al hospital. Habría podido hacerlo, Lena. Gracias a tu hija, habría tenido todo lo necesario. Sin embargo, prefiero pensar que mi internamiento en esa habitación solo estaba pensado para —tal como decía parte del personal hospitalario— ofrecerme seguridad e impedir las visitas no deseadas. Tipos ansiosos de la prensa, por ejemplo. Seguro que no tengo que explicarte qué efecto tuvo, en cambio, ese supuesto espacio de protección en mí. Cómo en los pasos de los vigilantes que durante la primera semana montaban guardia ante mi habitación creía oír otros pasos. Los de alguien que venía a por mí, para castigarme. Cómo volvía a sentirme presa en esa habitación cerrada mientras a mi alrededor todo hablaba de «libertad», del fin del martirio; una paradoja. La libertad no había cambiado el hecho de que estaba encerrada. Mi terapeuta cree que sería importante que me reuniera con tus hijos, pero no puedo hacerlo. No puedo mirarlos a los ojos después de haber matado a su padre.

Así que ¿es eso, Lena? ¿Es ese el sentimiento que me aprieta como un tornillo de banco? ¿Es la culpa?

Me han dado analgésicos para las tres costillas rotas que me causó el accidente de tráfico. Siempre me tomo media pastilla más de las necesarias con la esperanza de que mitiguen también el otro dolor. Estoy muy sola, Lena. Y aun así, no hay forma de que consiga coger el móvil para buscar compañía. Pienso en mi padre y en Kirsten, y en lo bonito que sería que alguno de los dos se presentara ante mi puerta y llamara. Tres veces corto, dos veces largo. Pero eso no ocurrirá. Se

fueron, los dos, irremediablemente. Mi padre murió en un accidente de tráfico cuando yo tenía siete años. A mi madre se la llevó consigo a la muerte, aunque de una forma un tanto compleja. Vive en Straubing, ni a cincuenta kilómetros de aquí, y goza de una salud estupenda. Pero tras la muerte de mi padre nunca volvió a sentarse en el borde de mi cama para cantarme bonitas canciones sobre arañas. La semana pasada, cuando fue a buscarme al hospital, me saludó dándome la mano.

Y Kirsten, algo antes de mi secuestro, ya no pudo más conmigo. Como verás, Lena, tu marido no habría podido elegir a nadie menos apropiado que yo para su perverso teatrillo familiar. Debía de ser la peor candidata imaginable para representar tu papel. Aunque estos últimos días no hago más que preguntarme si de verdad tu papel estaba tan claro. Con eso no me refiero a lo que tu marido me obligó a hacer. Me refiero a ti, Lena. He empezado a leer en internet artículos relacionados con tu desaparición. Todavía no aguanto demasiado, las letras me bailan, la pantalla resulta demasiado brillante y hace que me lloren los ojos, y siempre fotos tuyas, ese parecido entre nosotras que me sabe a bilis. ¿Quién eres en realidad? ¿Quién eres, Lena Beck?

Matthias

Señor Rogner:

Ya le he llamado varias veces a la redacción, donde me han dicho que está usted enfermo. Sin embargo, según yo lo veo, eso no le exime de la responsabilidad en cuanto al contenido, que, como jefe de redacción, también debería, debe, asumir pese a estar de baja. ¿Cómo ha podido permitir que sus colaboradores publiquen semejante artículo? ¿Cómo ha podido dejar que se imprima semejante bazofia por enésima vez? ¡Me ha decepcionado usted sobremanera, señor Rogner! ¿Precisamente usted, que debería saber mejor que nadie lo que es sufrir una gran pérdida, se atreve a arrastrar por el fango a mi hija y ahora también a mi nieta? A raíz de mi malestar, quisiera exponer una vez más y con toda claridad lo siguiente, y puede usted citarme si le apetece: Hannah está sana, tanto física como mentalmente, tan sana como se puede estar en estas circunstancias. Por desgracia, a causa de los años de carencia de vitamina D solo es algo más pequeña de lo habitual en niños de su edad. Lo crea o no, ¡Hannah es una niña del todo normal! Es capaz de sostener la cuchara de la sopa sin salpicar. No babea. Sabe ir al baño sola y hasta se lava las manos después. Tampoco presenta señal alguna de maltrato físico. Sus dientes están impecables. El dentista que la trata incluso le regaló una pegatina de estrellita. ¿Sabe usted quizá lo que significa una

pegatina de estrellita? Una pegatina de estrellita solo, repito, solo se la dan a los niños que se lavan muy bien los dientes. Hannah no se comunica con sonidos de animales; al contrario, cuenta incluso con un vocabulario más que considerable, que supera sin lugar a dudas al de su tabloide. Además, por si le interesa, habla cuatro lenguas extranjeras: inglés, francés, español e italiano. ¡Hasta podría elegir en cuál de ellas decirles a sus colaboradores y a usted que dejen de escribir barbaridades de una maldita vez! Aunque mi decepción personal en cuanto a las publicaciones de los últimos días ya no puede compensarse de ninguna forma, le apremio a que llame al orden al reportero o reportera correspondiente, y me reservo el derecho, en caso de que se produzcan más afirmaciones inmorales y sencillamente falsas, de tomar medidas legales contra su periódico.

Se lo ruego encarecidamente,

Matthias Beck

Dudo un momento antes de hacer clic en «Enviar». Por Karin, quizá. Me ha dicho que ni se me ocurra intentar discutir con los medios, que por experiencia sé cómo son esos buitres. Que mejor cuide mi corazón, ha dicho también. Que tengo cosas mejores que hacer que atrincherarme en mi despacho a redactar furiosos correos electrónicos; «inútiles», citando a Karin.

Pero ¿cómo no voy a hacerlo? «Niña zombi» y «pequeña fantasma», así llaman a Hannah en la prensa. Solo hay una fotografía de ella, una única fotografía, pero en internet se encuentra hasta con pies de foto en chino y en cirílico. Me alegro de no poder leer cómo la califican también en ellos. Con «niña zombi» me basta. ¡Cerdos asquerosos! ¿Es que no hemos sufrido suficiente?

—Ya estamos otra vez... —ha dicho Karin cuando me ha visto la intención de desaparecer en el despacho justo después del desayuno para encender el ordenador.

Entre los dos platos de tostadas con mermelada mordidas estaba el periódico que nos ha quitado el apetito con su titular. «Aparece la primera foto: ¡así es la niña zombi de la cabaña de los horrores!»

—Es que justo de eso se trata: ya hemos sufrido demasiado.

El tono de mi mujer era benigno, solo su mirada me ha hecho comprender al instante lo que quería decir en realidad: que cavo en lugar equivocado. Que tenemos una hija a la que deberíamos llorar. Porque es lo propio o porque, después de todo este tiempo de incertidumbre y de espera, nos lo hemos ganado y punto. Que primero deberíamos asimilar lo que sucedió esa noche de hace dos semanas. La montaña rusa, el implacable tiovivo emocional de cuando por unos momentos recuperamos a nuestra Lena, solo para volver a perderla justo después.

—Lena lo querría así. —Eso le he contestado a Karin, y cada vez que lo digo es como un golpe dado con el canto de la mano contra su garganta.

Contra eso no puede argumentar nada, esa frase la calla al instante. Lena nos ha dejado un regalo, el más valioso. Y precisamente por eso hago clic ahora mismo en «Enviar» y le mando mi diatriba al redactor jefe del periódico.

Qué terrible milagro es la vida.

Un milagro que obró Lena.

Hannah. Hannita...

—¡Matthias! —exclama Karin desde abajo, en el vestíbulo, como si de verdad existiese el peligro de que no hubiera oído el timbre de la puerta.

Gerd ha llamado para anunciar que vendría y que traería novedades. No ha dejado que Karin le sonsacara nada al teléfono. Debe de haber aprendido del caos que provocó la susodicha noche.

—¡Matthias! —resuena otra vez la voz de Karin desde abajo, y yo me hundo un poco más en mi silla de escritorio.

Todavía no han encontrado el cadáver de Lena.

—¡Gerd está aquí!

Pongo las manos sobre la superficie de la mesa y me impulso pesadamente hacia arriba.

Para Karin es importante. Le bastarían un par de huesos con un análisis irrefutable. Tiene muchas ganas de poder enterrar algo, de contar con un lugar en el que poder llorar y plantar flores. Yo, por el contrario, no sé cómo reaccionaría si alguien me enseñara un hueso y me dijera: «Esta es tu Lena».

Gerd y sus compañeros dan por hecho que el secuestrador la enterró en algún lugar del bosque, cerca de la cabaña, pero ya no esperan encontrarla de una sola pieza. Por lo visto en la región hay una gran población de jabalíes. No es bonito que te comenten, en relación con tu propia hija, que los jabalíes son omnívoros y que arrastran sus botines durante kilómetros. «Menos el cráneo —explicó Gerd—. Eso lo dejan. Porque es demasiado grande, claro.»

Casi no puedo empezar a bajar la escalera al recordarlo. Me tiemblan las rodillas y se me encoge el corazón. Abajo, Karin acaba de poner un pie en el primer escalón, seguro que para subir a ver dónde me he metido.

—Ya voy —digo sonriendo con debilidad.

Mi mujer asiente con insistencia. Le veo manchas rojizas de agitación en el rostro y el cuello.

Gerd ya está sentado en el salón, en uno de los dos sofás de dos plazas. Ante él, en la pequeña mesita de centro, hay una taza de café. Karin

ha sacado la vajilla buena, la blanca con ribete dorado.

—No te levantes —digo cuando hace amago de ponerse de pie. Tomo asiento frente a él en el segundo sofá, y Karin se sienta a mi lado, en el reposabrazos—. ¿Y bien? ¿Hay alguna novedad?

Gerd coge aire con fanfarronería.

—Ya podemos demostrar sin lugar a dudas que Lena estuvo retenida en la cabaña.

Espero el bombazo... en vano.

—Sí, ¿y? Eso lo sabíamos desde hace tiempo.

—No, Matthias, lo suponíamos. Es diferente. La certeza se basa en hechos y pruebas. Hemos conseguido encontrar dos cabellos que conservaban la raíz y hemos realizado un perfil genético con ellos. Coincide con la muestra de referencia que sacamos en su día del cepillo de dientes de Lena.

Suspiro y miro a Karin, que se ha llevado una mano al esternón y parece impresionada de verdad.

—¿Al menos habéis podido averiguar también la identidad del secuestrador con vuestros cachivaches para el ADN?

—No —dice Gerd, cuya mandíbula se tensa—. Por desgracia, no tenemos nada con qué comparar. Parece que hasta ahora no se ha introducido ningún perfil que coincida con él en la base de datos. Eso quiere decir que nunca ha llamado la atención del sistema judicial, al menos no por asuntos graves. En los delitos menores, como por ejemplo un simple hurto, no se registra el material genético.

—O que ha sido lo bastante listo para no dejarse pillar por vosotros y punto.

Karin me pone una mano en el brazo para tranquilizarme.

—Matthias...

Gesticulo en dirección a Gerd.

—¡Ya tenéis a ese tipo! O por lo menos lo que ha quedado de él. Sabéis que vivió con Lena y con los niños en esa cabaña, ¡seguramente durante años! ¿Y, aun así, no podéis averiguar quién es? ¡Tal vez deberíais dejar de usar vuestros tubitos de ensayo y, en lugar de eso, registrar de una vez esa choza como es debido!

—Créeme, Matthias, ya lo hemos hecho. Muy a fondo, incluso.

—¿Y no hay nada? ¿De verdad? ¿Un carné en el que aparezca su nombre? ¿Un recibo de tarjeta de crédito? ¡Qué sé yo!

—Ayer llegó el resultado de su análisis genético y ahora trabajaremos con eso —replica Gerd.

Me inclino hacia delante y al hacerlo atrapo la mano de Karin sin querer en el ángulo de mi codo.

—Tú mismo acabas de decirlo, Gerd: no tenéis nada.

Sobre eso sí que tendría que escribir el tal Rogner del periódico, sobre la incompetencia de la policía, que lleva ya dos semanas girando

en círculos, como una horda de cachorros tontos que persiguen su propia cola. Karin libera la mano de mi brazo y la pone sobre mi hombro.

—Cariño...

—Ahora tenemos su ADN —repite Gerd—. No debes olvidar que todo esto requiere procedimientos muy caros. En la realidad no es como sale en *CSI* o esas series policíacas, donde en cuestión de una hora reciben resultados espectaculares.

—En cuestión de una hora —suelto riendo—. ¿De verdad tengo que recordarte cuánto tiempo hace que Lena está desaparecida?

—¿Y ahora qué pasará? —pregunta Karin, seguramente para cambiar el rumbo de la conversación.

Pero ya puede olvidarse de eso. «Te traeré a Lena a casa», me prometió Gerd hace catorce años. Mi premio de consolación podría ser un hueso roído por un jabalí, eso ya lo he entendido. O quizá se quede en dos cabellos con raíz incluida; gracias por nada. En cambio, a su secuestrador lo tienen de una pieza, ¿y aun así no averiguan quién es ese tipo? Noto que se me calienta la cara mientras Gerd le cuenta a Karin algo de no sé qué producto químico que vuelve a hacer visibles las marcas de sangre que se han limpiado. De la de Lena no han encontrado una cantidad suficiente como para sospechar de una hemorragia mortal, de todos modos.

—¿Y qué pasa con la cabaña? —me entrometo de mala manera—. ¡Tiene que pertenecer a alguien! Algo así estará inscrito en el registro de la propiedad.

Gerd suspira con esfuerzo al apartar la mirada de Karin para dirigirla a mí.

—No está claro que el terreno que ocupa pertenezca a Baviera, tal vez se encuentre en territorio checo. En cualquier caso, es una zona fronteriza. Tierra de nadie. Oficialmente, allí nadie ha construido ninguna cabaña. Y tampoco parece que llamara la atención de los lugareños. La vegetación de las inmediaciones está tan crecida que casi ningún coche se adentra en esa zona.

—¡Dios santo, Gerd! —vocifero, y me levanto de golpe—. ¡Pues despierta otra vez a esa tal Grass, maldita sea! Dice que se ha pasado cuatro meses en la cabaña con ese tipo, ¿y ni siquiera sabe cómo se llamaba? ¡Os está tomando el pelo a todos!

Gerd también se pone de pie. Ahora estamos uno frente a otro, solo nos separan la mesita de centro y los lamentables intentos de Karin por imponer la paz.

—Matthias, están haciendo todo lo...

—La señora Grass ya ha prestado declaración —dice Gerd sin hacerle caso, pero se esfuerza por hablarme con un tono tranquilo—. Dice que el secuestrador nunca mencionó su nombre. No tenemos

motivo para dudar de su palabra. Y para los niños solo era «papá».

—¡Déjame hablar con ella! ¡Ya verás lo deprisa que recuerda su nombre!

—Tú mismo sabes que eso es una imbecilidad, Matthias.

—¿Una imbecilidad, eh?

—Por supuesto que no vamos a permitir que acoses a una testigo.

—Menuda testigo...

—La verdad es que tú mismo deberías saber cómo acaban esas cosas —dice Gerd con una mirada muy elocuente.

Abro la boca para replicar, pero luego lo dejo correr.

—Escucha, Matthias. Estoy convencido de que pronto averiguaremos la identidad del secuestrador, pero eso no quiere decir que automáticamente podamos aclarar cuál ha sido el destino de Lena. Tienes que ser consciente de ello. —Se vuelve otra vez hacia Karin y se atreve a sonreírle, a ofrecerle una sonrisa estúpida y altanera—. Pero hacemos todo lo que está en nuestra mano.

De pronto me aferro el pecho, el dolor contiene mi tono:

—«Te traeré a Lena a casa.» Eso dijiste, Gerd. Eso dijiste.

Mis pasos son cortos y meditados mientras cruzo el salón en dirección al recibidor. No debo derrumbarme, ahora no, aquí no, no delante de Gerd.

—Tráenos por lo menos un motivo para que entendamos por qué nos quitó a nuestra hija —digo volviendo la cabeza por encima del hombro cuando llego al recibidor—. Y un maldito hueso para mi mujer, para que por fin pueda plantar unas flores.

—¡Matthias! —exclama Gerd cuando he conseguido alcanzar la escalera—. Las pruebas de ADN también han corroborado sin lugar a dudas que Hannah y Jonathan son hijos biológicos de Lena. Ya eres oficialmente su abuelo. Felicidades.

—Idiota —mascullo, y subo con cuidado los escalones para encerrarme en mi despacho.

Hannah

Por las noches, a veces me tumbo en la cama y pienso que ojalá tuviera aún mi cielo estrellado. Estiro el brazo todo lo que puedo en dirección al techo y deseo poder tocar las estrellas. Como hacía antes. Me imagino que mamá pone la mano sobre la mía y lleva mi dedo índice de una estrella a otra hasta que todas las líneas invisibles quedan unidas entre sí. «Esta es una constelación muy famosa, Hannah: el Carro», dice, y me sonríe. Yo le sonrío también, aunque en el libro gordo que siempre lo sabe todo leí hace tiempo que en realidad el Carro no es una constelación en sí, sino que está

compuesto por las siete estrellas más brillantes de la Osa Mayor. Cuando pienso en eso, en mamá y en las estrellas, me duele el corazón de la tristeza que lo corroe.

El hospital infantil no me gusta. Añoro a mi familia y a la pequeña Señorita Tinky con sus patitas torpes y tiernas y su pelaje suave.

Mi habitación no me gusta. El techo es demasiado alto, no llego a tocarlo por mucho que estire el brazo. Ahí arriba no hay estrellas. Y por la primera ventana de verdad que tengo tampoco veo nada, porque las persianas siempre han de estar bajadas. Tiré una silla contra el cristal, pero solo conseguí hacer ruido. Y llevarme una bronca. La señora Hamstedt sigue diciendo que es doctora, aunque hasta hoy todavía no la he visto llevar bata. Es la jefa de aquí. Le he dicho que no estoy enferma y que, por lo tanto, tampoco tengo que estar en el hospital infantil, pero de todas formas no me dejan volver a casa. Ni siquiera puedo ir al baño cuando me toca, y lo único que quiere es que le hable siempre de lo que me da miedo. Pero yo no tengo miedo, solo es que no me gusta estar aquí, y por eso tampoco quiero esperar más, quiero volver a casa ya mismo. Cuando le digo eso, solo me contesta: «Hannah», en un tono muy raro, como si yo fuera un poco tonta. ¡Pero no soy tonta! Y tampoco tengo miedo. Aquí hay un niño que a veces tiene auténticos ataques de pánico. Está sentado tan tranquilo, comiendo, y un minuto después aparta los platos de su sitio y se golpea la cabeza contra la mesa. Yo cuento los golpes en silencio. Su récord está en doce veces hasta que alguien lo sujeta. Le pregunté a la señora Hamstedt por qué el niño hace eso, y ella me dijo que se llama «trastorno de estrés postraumático». Se tiene cuando has vivido algo horrible, me explicó. Como una herida invisible que cuesta curar.

Sin embargo, no creo que estén ayudando mucho a ese niño. Simplemente le pegan una tirita en la frente, le dan unas pastillas azules y lo envían a dibujar. Pero él siempre pinta garabatos negros y nada más, aunque yo ya le he dicho mil veces: «Jonathan, no puedes pintarrajear cosas tan feas todo el rato, tienes que esforzarte un poco más con tus dibujos». Siempre hay que esforzarse, con todo, pero él solo me mira con esos ojos raros que se le ponen con las pastillas azules, y entonces pienso: «Este ya no es Jonathan. En realidad ya no es mi hermano». La señora Hamstedt y sus ayudantes lo han estropeado.

Tengo que salir de aquí. Esto no es un hospital infantil ni mucho menos. Dicen que sí, pero no es verdad. Nada de lo que dicen es verdad. Son unos mentirosos, gente mala. Este sitio es muy malo.

A mi abuelo también se lo parece. Viene a verme todos los días y también me acompaña a las citas médicas. Ya hemos ido juntos al dentista, que me regaló una pegatina de estrellita porque tengo los

dientes muy bien, y a otros médicos que han dicho que necesito mucha vitamina D. La vitamina D es importante; si no, no creces. La vitamina D se obtiene de la luz del sol. Aun así, no me dejan levantar las persianas de mi habitación. He preguntado por qué, pero lo único que me dicen es que «es muy complicado, cielo». Y eso que no es nada complicado. El abuelo fue capaz de explicármelo muy fácilmente: «Primero tus ojos tienen que ir acostumbrándose a la luz poco a poco, Hannah. Si no, se te podría desprender la retina». La retina es el tejido nervioso que recubre la parte interior del ojo. Cuando la retina se desprende, el ojo ya no está bien protegido y puede quedarse ciego. Por eso tengo que llevar gafas de sol siempre que vamos a las citas médicas. Aunque las gafas oscuras tampoco me gustan. Vuelven el mundo marrón. Los árboles, marrones; el cielo, todo marrón. En realidad, el cielo debería ser como un cuadro, con nubecillas blancas como la nieve sobre un fondo azul. La ciudad también es muy diferente desde detrás de las gafas marrones, y huele mal. Las casas son unas cajas grandes y marrones. Si quieres verlas enteras, te acaba doliendo el cuello. Cuando vamos a las citas médicas, mi abuelo a veces me pregunta si quiero que conduzca más despacio para poder contemplar la ciudad con tranquilidad, pero yo le digo que mejor vaya deprisa. París era más bonito, aquí no me pierdo nada.

Últimamente me duele el corazón a menudo. Cada día y cada segundo, en realidad. Estoy triste, pero creo que el abuelo es el único que lo entiende de verdad. Ayer me prometió que me llevará a casa. También dice que debo contestar a las preguntas que me hacen para que la señora Hamstedt, sus ayudantes y los policías se den por satisfechos de una vez y me saquen antes de aquí. Jonathan ya no puede contestar a ninguna pregunta. Las pastillas azules lo han dejado tan tonto que se le ha olvidado cómo hablar. No dice ninguna palabra, ni siquiera conmigo. «Ahora todo depende de ti, Hannita», insiste mi abuelo. Yo les contestaría a sus preguntas, pero es que solo quieren saber qué ocurrió con mamá y dónde está, y para eso no se me ocurre ninguna respuesta. La última vez que la vi fue aquella noche en el hospital. Aun así, cuando se lo digo, sacuden la cabeza y hacen como si les estuviera mintiendo. De todas formas piensan que digo muchas mentiras. Un día, la señora Hamstedt casi se enfadó conmigo. No me gritó, pero se lo noté en la cara. Dijo que para mí hay dos mundos. Uno que está en mi cabeza, y luego el de verdad. También dijo que eso no es malo, pero en su frente aparecieron arrugas y sus cejas quedaron juntas y tan raras que parecía que tuviera una gran V marrón justo encima de los ojos. No habría tenido que contarle nada de nuestras excursiones. Al contrario que la enfermera Ruth, ella enseguida fue a explicárselo a la policía, y el hombre del traje gris volvió y me preguntó por ello. También él tenía la frente arrugada y

una gran V encima de los ojos. Es porque no se cree la cantidad de cosas bonitas que he vivido con mamá. Piensa que vivíamos siempre encerrados, como los animales del zoo.

—Eres una niña lista, Hannah —dijo—. Puede que la más lista que he conocido nunca. Por eso también creo que sabes muy bien lo que ocurría en vuestra casa. Y seguro que también sabes que la mujer del hospital no puede ser tu mamá de verdad, ¿no? Se llama Jasmin, por cierto. Es un nombre bonito, ¿no te parece? ¿Me cuentas cómo conociste a Jasmin? ¿Eh?

—Lena me gusta más —dije yo, y ya está.

No hablo con personas que creen que miento.

Jasmin

Es martes, o miércoles, o algún otro día. Lo que sí sé con seguridad es que deben de ser más de las doce y media, porque ya he ido al baño. La señora Bar-Lev no ha venido todavía. Mi estómago hace ruidos como de borboteo.

Lo que también sé enseguida es que los golpes que en este mismo instante me sobresaltan en mi sillón de lectura no son los que deberían. La secuencia no es la correcta, no es tres veces corto, dos veces largo: toc-toc-toc, toc, toc.

Me froto los ojos, anoche apenas dormí. Aguzo el oído. Un grifo gotea en la cocina. Abajo, en la calle, el tráfico ruge y un martillo neumático retumba.

Otra vez. Vuelven a llamar a la puerta de mi piso, demasiado fuerte y con el ritmo equivocado.

Toc-toc-toc-toc.

Cuatro veces corto. Cautelosa, cruzo el salón con mis calcetines gruesos de lana. La escasa luz que emite la lamparilla de la mesita auxiliar que tengo junto al sillón de lectura confiere una longitud absurda a mi sombra.

Toc-toc-toc, tres veces corto, me detengo. ¿Será la señora Bar-Lev?

Sigo arrastrando los pies, no debo hacer ningún ruido, avanzo por el pasillo. Mi sombra me precede como una tétrica avanzadilla que serpentea sobre el laminado desnudo en dirección a la puerta de entrada, y yo detrás.

Toc-toc-toc-toc, cuatro veces corto.

Mi mirada vuela a la puerta del dormitorio para asegurarme de que está cerrada.

Fuera, el tablón de madera cruje varias veces ante mi piso, como si alguien estuviera moviendo los pies con impaciencia. Oigo una voz de mujer que exclama un titubeante «¿Hola?», y luego:

—¿Señora Grass? ¿Está en casa?

No es la señora Bar-Lev.

Llego a la puerta de entrada, una corriente eléctrica atraviesa mi pecho. Por la mirilla veo a una mujer distorsionada. ¿Tal vez una agente de policía a quien han enviado con nuevas preguntas? ¿Una ávida reportera que ha descubierto dónde vivo y quiere hacerme una oferta a cambio de mis historias inconfesables? Ambas posibilidades solo hacen aumentar más aún la corriente de mi pecho. Estoy a punto de no hacer caso de los golpes, ya me he vuelto y le he dado la espalda a la puerta cuando oigo otra vez la voz:

—Señora Grass, si está ahí, abra, por favor. Me envía la señora Bar-Lev.

La sensación de que algo está mal —peor aún que la secuencia errónea de golpes— invade todo mi cuerpo. Alargo una mano hacia atrás, hacia la cómoda de la pared izquierda del pasillo, y sin apartar los ojos de la puerta cerrada palpo su superficie en busca de un arma. Un marco de fotos suena al caer. Sobresaltada, aparto la mano.

—¿Señora Grass? ¿Está en casa? —pregunta la mujer ante la puerta, desde donde habrá oído el ruido delator.

Respiro hondo, giro la llave en la cerradura y abro con vacilación, pero solo un resquicio. La mujer, que es más o menos de mi edad, lleva el pelo corto y teñido de un rojo tomate. El flequillo le cae hacia un lado y se alarga tapándole parte de la cara. Sonríe con timidez.

—Ah, qué bien. Ya pensaba que no estaba.

La repaso con la mirada y me encuentro con unos vaqueros y una camiseta, además de una cazuela que sostiene a la altura de la barriga.

—Le traigo la comida, señora Grass.

—¿Quién es usted?

La mujer hace un gesto vago con la cabeza por encima del hombro en dirección a la escalera.

—Ah, sí, claro, hola. Soy Maja, la vecina de la señora Bar-Lev, puerta con puerta. También vivo abajo, en la segunda planta. La señora Bar-Lev se ha ido esta mañana a casa de su hijo y me ha pedido que le subiera esto. —Señala con la barbilla la cazuela que tiene en las manos—. Lo ha cocinado especialmente para usted. Ah, y tenga. —Ladea un poco la cabeza sobre el hombro izquierdo. Lleva sujetos bajo el brazo varios sobres, folletos publicitarios y un periódico enrollado —. También le he traído el correo. La señora Bar-Lev me ha explicado que se está recuperando de una grave operación y todavía no está del todo en forma.

—Así es —digo con firmeza, aunque al mismo tiempo me pregunto si de verdad es posible que no sepa quién soy. Si la señora Bar-Lev no le habrá desvelado entre susurros hace días que en la cuarta planta vive la trágica sensación del momento.

La señora Bar-Lev lo supo al instante. Hace justo una semana, la mujer estaba barriendo su felpudo con movimientos pesados y la espalda torcida cuando yo, exhausta y recién salida del hospital, subí la escalera hacia mi apartamento acompañada de mi madre y de un policía. Mi andar era aún algo encorvado, mi respiración superficial. Los médicos opinaban que la recuperación de mis costillas era de libro, pero de todos modos sentía un dolor punzante que me arrancaba una lágrima de vez en cuando, sobre todo si realizaba cualquier esfuerzo físico. Los cortes de la cara iban cicatrizando convertidos en pequeños triángulos marrones con costra, mi piel seguía teniendo un tinte amarillento en algunos lugares a causa de los restos de los hematomas.

Al verme, la señora Bar-Lev dejó caer la escoba y exclamó un «Ay, Dios mío». Además de mi aspecto, seguro que la presencia de los agentes que debían de haber ido a mi apartamento varias veces para investigar mi desaparición, y que sin duda habían interrogado a los vecinos, la había llevado especular desde hacía tiempo. Como también la cobertura informativa de los medios. Yo era la mujer de la cabaña, era evidente. Aunque tras mi huida la prensa solo había publicado mi rostro pixelado o con una barra negra ante los ojos por motivos de protección de víctimas, no le habría resultado muy difícil atar cabos.

—Bueno, seguro que sabe lo mucho que le cuesta subir la escalera a la pobre señora Bar-Lev, por su cadera —explica la mujer mientras yo sigo barruntando si de verdad el mundo habrá girado esos últimos meses sin que ella se enterara de nada, o si sencillamente tiene la prudencia suficiente para contenerse y no decir y hacer todo eso que, por lo visto, se dice y se hace cuando estás delante de la trágica sensación del momento. El «Ay, Dios mío», el «Todo pasará», las miradas compasivas y sobre todo curiosas y casi radiológicas que atraviesan mi ropa y quieren diseccionarme en busca de secuelas de terribles abusos.

Asiento otra vez.

—Sí, la cadera —digo—. Hace tiempo que le da problemas.

Por eso la señora Bar-Lev solo me sube el correo los días que se ve obligada a salir de casa para ir a comprar o al médico. Si no, no se somete al esfuerzo de bajar todos los escalones que tiene hasta el vestíbulo de entrada de nuestro edificio, donde están los buzones. O, mejor dicho, no se somete a un esfuerzo aún mayor solo por mí.

—Me he fijado en que su buzón estaba casi a reventar, así que he pensado...

—Nunca la había visto por aquí —afirmo.

—¿A mí? No... Bueno, yo tampoco la había visto aún, pero es que vine hace solo unas semanas.

—¿Al lado de la señora Bar-Lev?

—Sí —asiente, y vuelve a sonreír.

—Pero ahí vive una familia.

—Los Hildner, sí. Se mudaron.

—No lo sabía.

—Sí. —La mujer se encoge de hombros. Al mover el brazo, mi correo acaba en el suelo—. Ay, mierda —dice riendo, y me acerca la cazuela.

La sujeto y veo cómo se arrodilla para recoger las cartas.

—No soy el mejor ejemplo de *multitasking,* ¿verdad? —comenta con una risilla.

—Espere —digo, y desaparezco tras la puerta para dejar la cazuela en la cómoda y ayudarla.

—Tranquila, ya lo tengo. —Me pasa la pila de correo por el resquicio de la puerta—. Ah, sí, la señora Bar-Lev me ha pedido que me dé usted los cacharros de los últimos días, por favor.

Pienso en la cazuela de ayer, la del gulasch. También en la pequeña fuente refractaria con patatas gratinadas y en el cuenco con ensalada de pasta que me encontré ante la puerta, encima de ese felpudo cuyo mensaje de bienvenida, «Everybody's welcome», ha perdido toda validez. Vuelvo a asomarme al resquicio. Maja sigue sonriendo.

—Lo siento —respondo con una sonrisa algo forzada—. Todavía no he tenido tiempo de fregarlos.

—Ah, eso puedo hacerlo yo. Démelo todo y listo.

Mi imaginación ya me ve en la cocina, tirando avergonzada a la basura un par de restos de comida resecos, mientras la puerta de entrada se abre del todo y en el vano aparece la desconocida a quien supuestamente ha enviado la señora Bar-Lev, y quien de pronto tendría acceso a mi piso. Noto cómo nace un leve pánico, un pánico tonto, sin duda, pero no consigo contenerlo con lógica y razonamiento. Esa mujer solo tenía que traerme la comida y llevarse unos cacharros. ¿Qué se le ha perdido en mi piso? ¿Qué podría querer hacerme?

Busco a la desesperada, pero no se me ocurre ninguna excusa para cerrarle la puerta en las narices mientras la dejo esperando. No hay ninguna que no me haga quedar como una completa idiota.

—No sé, en realidad esos cacharros aún los tendría que...

—A mí no me importa, de verdad que no.

Maja, que sonríe. Maja, a quien la señora Bar-Lev ha enviado para que yo no muera de hambre. No hay excusa que no me deje como aquello que juré no ser: la pobre mujer de la cabaña que, traumatizada de por vida, sospecha de peligros en absolutamente todo. Ya es bastante horrible que no sea capaz de invitar a entrar a mi nueva vecina mientras espera unos cacharros. Antes, cuando Kirsten aún vivía aquí, siempre teníamos en casa a gente a la que apenas

conocíamos. Solo eran personas que venían con otras personas a quienes les gustaba la fiesta tanto como a nosotras. «Con menos de doce no es una fiesta», decía siempre Kirsten, y reía. «Everybody's welcome», entonces, en otra vida.

Asiento con decisión, me vuelvo como activada por un resorte y me apresuro por el pasillo hacia la cocina.

La puerta de mi piso queda abierta.

El corazón me late en la garganta. Apilo con movimientos bruscos la fuente y la pequeña cazuela dentro del cuenco de la ensalada, donde los chorretones de mayonesa reseca forman dibujos acusadores. ¿Cómo he acabado dejando que esa anciana cocine para mí y luego no le lavo ni los platos? «Debería darte vergüenza, Lena. ¿Es que no tienes modales?» En algún lugar debe de haber también una fiambrera. Giro sobre mi propio eje, mis calcetines de lana resbalan en los azulejos, alargo la mano hacia el borde de la encimera en busca de apoyo. Mi piso está abierto. Maja, a quien nunca había visto en el edificio y que se supone que se ha instalado hace poco, alza la voz:

—¿Puede con todo, señora Grass? ¿Quiere que la ayude?

—¡No, no! —exclamo.

La fiambrera, la maldita fiambrera, ¿dónde está esa fiambrera? Abro el lavavajillas. De alguna manera ha llegado ahí, aunque todavía espera sucia junto a un par de tazas y cubiertos a que yo gire la ruedecilla y ponga el programa correspondiente. La rescato de la rejilla y la llevo en equilibrio sobre la pila de cacharros sin fregar, por la cocina y el pasillo, de vuelta a la puerta de entrada. Que sigue abierta. Que deja libre la vista a nuestra escalera. La pila de cacharros tintinea en mis manos temblorosas.

Maja no está. Maja se ha ido.

«Estás loca.»

«Maja nunca ha estado aquí, no existe.»

«Ahora solo quedamos nosotros. Nosotros somos tu familia.»

Lanzo una mirada insegura hacia la cómoda, pero la cazuela y el correo demuestran que sí ha ocurrido. Dejo la pila de cacharros en el suelo con torpeza y me atrevo a asomarme por la puerta. Nada, solo la escalera, que está en silencio. Ni rastro de Maja. Aguzo el oído por si oigo sus pasos; ni uno. Cierro haciendo el menor ruido posible y vuelvo vacilante la cabeza sobre los hombros mientras mi corazón palpita a un ritmo funesto.

¿Para qué querría colarse en mi piso?, preguntan la lógica y la razón. Sí hay un motivo, grita el pánico.

Jasmin

El piso al que vine a vivir hace algo más de tres años se anunciaba como sigue:

Se busca compañero/a de piso para un apartamento de tres habitaciones en Regensburg, casco antiguo. 74 m^2 en un edificio de 12 vecinos, balcón con vistas bastante bonitas. Prefiero que fumes, porque yo también fumo. Sería aconsejable que te gusten los animales, ya que en nuestro piso, además de mí, empleada en el sector de la restauración de 34 años, vive también un gato. Ponemos a tu entera disposición un dormitorio de 12 m^2. La cocina y el baño los compartirás con nosotros. Contamos con lavavajillas, nevera, microondas y lavadora. Participación mensual en el alquiler: 310 euros más gastos.

En las fotografías adjuntas se veía un hogar, eso fue lo primero que pensé. No un hogar en el sentido técnico de construcción de cuatro paredes y un techo sobre la cabeza, sino un lugar en el que era evidente que se vivía. Las habitaciones eran coloridas y parecían un poco fruto del azar, una colección de muebles de mercadillo de segunda mano y pequeños tesoros. El dormitorio tenía un atrapasueños en la ventana y un colchón que hacía de cama, y por encima, en un grueso marco de arabescos dorados, el cuadro *kitsch* de una Virgen María con su Niño Jesús en brazos. Del techo colgaba una araña de cristal con lágrimas de colores. En la cocina había una mesa de madera grande y recia en la que se veían rasguños y marcas toscas incluso desde lejos, y una de esas grandes neveras de diseño americano, de color rosa. Detrás del ajado sillón de lectura del salón asomaban pilas de libros que escalaban metros por la pared, cantidades ingentes de libros dejados en el suelo sin más, a falta de estantería. Solo eso ya habría vuelto loca a mi madre, y también me volvía loca a mí, aunque de una forma completamente diferente. Me quedé como electrizada, tenía que vivir allí. Y más aún después de conocer a Kirsten, que era quien había puesto el anuncio. Kirsten, que me parecía como salida de otro mundo, que habría podido vivir en Ibiza o en alguna otra isla *hippie* con esa larga melena castaña que parecía alborotada por el viento y el agua salada, y sin peinar desde hacía años, con su vestido de flores e incontables collares de colores y unas botas mocasín marrones que llevaba anudadas hasta debajo de las rodillas. Kirsten, tan colorida y llena de vida, siempre riendo. Yo había tardado en marcharme de casa, pero eso había sido culpa de las circunstancias, y quizá también de una especie de responsabilidad mal entendida hacia mi madre. Tras la muerte de mi padre ya solo nos teníamos la una a la otra, aunque tal vez lo que nos unía era más el sentido del deber que el amor o el cariño. Aquí, en este piso, fui feliz, fuerte, alocada. Hasta que Kirsten e Ignaz, un gato negro y gordo, se

marcharon unos dos meses antes de mi secuestro. Yo quise quedarme, tanto como en su momento había querido entrar a vivir, para proteger el piso y los recuerdos ligados a él como un legado, igual que una testigo de la época, una valerosa superviviente que hace frente a los cambios como una plantita que se abre camino por entre el asfalto gris. Que pueden arrancar todas las veces que quieran y con la violencia que quieran, pero cuya raíz nunca se llevan. Como las malas hierbas de la entrada de la casa de mis padres, esas de las que mi madre se quejaba siempre.

Me meto en la cocina y saco un cuchillo del taco. El afilado que lo corta todo, hasta la carne. Registro las habitaciones, cada uno de los 74 metros cuadrados de este antiguo hogar. Compruebo los ángulos muertos de detrás de las puertas y las cortinas largas hasta el suelo, incluso miro detrás de la cortina de la ducha. Aquí no hay nadie, el piso está vacío salvo por mis fantasmas y por mí. Durante unos momentos he estado verdadera y firmemente convencida de que Maja se había colado por la puerta abierta y esperaba agazapada en algún rincón oscuro para abalanzarse sobre mí.

Agotada, me derrumbo en el sillón de lectura y doblo las rodillas contra el pecho, mi mano derecha sigue aferrando el cuchillo. Tal vez sea que me estoy volviendo loca, loca de verdad, en el sentido médico de la palabra. O quizá lo esté desde hace tiempo y en realidad debería regresar al hospital, a una habitación con un tirador que puede extraerse por motivos de seguridad. Apoyo mi cabeza perturbada en las rodillas y empiezo a sollozar. Estoy atrapada, la libertad no ha cambiado eso. Huelo estofado en el gulasch... y sospecho que una persona que quiere ayudarme es un peligro del que estoy dispuesta a protegerme con un cuchillo. E incluso ahora que me siento loca y tonta, mis pensamientos siguen girando en torno a la pregunta de por qué ha desaparecido Maja de repente. Se ha marchado sin despedirse, sin un «Ahora ya no quiero los cacharros sucios», «Lo he pensado mejor, friéguese usted misma los platos», sin un «Lo siento, tengo que irme», sin ninguna clase de explicación.

Dejo el cuchillo en la mesita auxiliar y me arranco del sillón. Quiero comprobar la puerta una vez más para ver si de verdad he cerrado bien. Cuando quise salir del hospital por propia voluntad y me negué a ingresar en una institución especializada, los médicos y mi terapeuta me aconsejaron que no estuviera sola ahora, al principio. Les dije que me iría a vivir con mi madre una temporada, y debí de sonar bastante convincente.

La puerta está bien cerrada, con dos vueltas de llave. Más no se puede. Me vuelvo hacia la cómoda, descuelgo un marco de foto y lo coloco en equilibrio sobre el tirador. Nadie va a entrar aquí sin que me avise el cristal hecho añicos en el suelo. Doy un paso atrás,

contemplo el marco sobre el tirador y la foto que contiene: Kirsten y yo, nuestros hombros tocándose, nuestras cabezas apoyadas la una en la otra. En el centro, entre ambas, se ve la gorda cabeza negra de Ignaz. Kirsten lo sostiene con el brazo para que mire a cámara. Sus patas delanteras cuelgan laxas, sus ojos amarillos están convertidos en ranuras desconfiadas; segundos después de la instantánea intentó arañar a Kirsten. «Nuestro niño gruñón», lo llamábamos a menudo. Suspiro. Mi mirada recae en la pila de correo que hay sobre la cómoda. En lo alto veo un periódico doblado por la mitad, la edición de ayer. La portada lleva una foto de Hannah. En la cabaña, con la débil luz de la bombilla de cuarenta vatios, ya se la veía pálida. Ahí, en esa foto a color del tamaño de la palma de una mano que ha publicado el periódico, casi parece irreal con esa piel tan blanca, los ojos acuosos y el pelo rubio claro. Mi dedo índice repasa el arco de sus labios, casi imperceptiblemente tensados hacia arriba. Esa es la forma que tiene Hannah de sonreír.

¡Así es la niña zombi de la cabaña de los horrores!

Cham/Múnich. Dos semanas después de la espectacular huida de la cabaña de la que ya informamos, a nuestra redacción ha llegado de forma anónima una fotografía de la hija de Lena B., víctima de secuestro. Tanto la niña (13) como su hermano (11) reciben en estos momentos tratamiento psicológico. Lena B. sigue desaparecida desde enero de 2004 y, según declaraciones del comisario jefe Frank Giesner, por el momento no se sabe nada sobre su paradero ni sobre la identidad de su secuestrador. Se espera conseguir nuevos datos y más pistas gracias a una reconstrucción plástica del rostro del hombre, que murió tras ser agredido por Jasmin G. en su huida, y que presuntamente se trataba del secuestrador tanto de Lena B. como de Jasmin G. Esta última estuvo secuestrada desde el pasado mes de mayo hasta su fuga en septiembre; cuatro meses retenida en la cabaña. Tanto de las circunstancias de su cautiverio como del actual estado de salud de los dos niños se han dado a conocer muy pocos detalles, si bien escalofriantes...

Mi concentración disminuye, las letras se difuminan. Solo la fotografía de Hannah sigue enfocada. Me pregunto quién se la haría. A quién sonreía Hannah. Y caigo en la cuenta de que, desde que me

dieron el alta en el hospital, no he vuelto a preguntar por ella. Tampoco por Jonathan. El tornillo de banco de mi cráneo aprieta más.

«¿Qué clase de madre eres, Lena? ¿Qué clase de monstruo?»

El periódico vuela susurrando hasta un rincón. Me masajeo las sienes. Para distraerme, cojo el resto del correo de la cómoda y me voy con él a la cocina. Me siento a la mesa y hojeo los sobres. Me escribe la mutua de salud, seguramente por el pago de los gastos de una terapia que de todas formas no sigo. Una carta de mi operador de telefonía móvil y otra de la compañía del agua. Las dejo todas sin abrir hasta que llego a una que no lleva remitente. Un sobre sencillo, blanco, en el que solo se ve mi nombre, Jasmin Grass, escrito a mano con rotulador negro y en letras mayúsculas, sin dirección. Lo abro y saco de dentro un papel blanco doblado. En él, dos únicas palabras: «PARA LENA».

Matthias

—¡No, Matthias!

Maldita sea, lo sabía.

—No, y punto.

—Cariño...

—¡Que no!

Los cubiertos de Karin resuenan en el borde de su plato. También a mí se me ha quitado el apetito, pero intento que no se me note y corto un trozo de filete demasiado grande. Esto es lo más normal del mundo, me digo, del todo normal, no hay absolutamente ningún motivo para interrumpir la cena.

—Karin, te lo pido...

—He dicho que no.

Toma la servilleta con un gesto exagerado y se limpia la boca, luego se levanta de la silla, recoge su plato con el filete, las patatas y las judías casi sin tocar, y se lo lleva a la cocina. Oigo la tapa del cubo de la basura y cómo empuja la comida para tirarla.

—¡Karin! —exclamo por encima del ruido que hace—. ¡Deja que al menos hablemos de ello!

En respuesta llega otra vez la tapa del cubo, luego la puerta del lavavajillas. Yo intento seguir comiendo. La carne se me hace bola.

—Lo dices en serio, ¿verdad? —pregunta mi mujer cuando aparece un segundo después en la puerta que separa la cocina del comedor.

Trago unas judías y contesto:

—Por supuesto que lo digo en serio. Acogerla en casa, con su familia, sería lo más normal del mundo. Incluso he hablado con la doctora Hamstedt, y no ha puesto ningún impedimento. Al contrario.

Cree que para la terapia de Hannah sería muy beneficioso.

—¿Cuándo?

—Bueno, pues mañana mismo, a poder ser.

—No, quería decir que cuándo has estado conspirando con la doctora.

Ahora también yo levanto mi servilleta y me limpio la comisura de los labios.

—Fue hace un par de días —digo en voz baja—. Lo cual, por cierto, ya sabrías si alguna vez vinieses conmigo a verla.

—Matthias, no.

—Es verdad. Al fin y al cabo eres su abuela.

Karin vuelve a desaparecer en la cocina sin hacer ningún comentario. Esta vez oigo la nevera, luego un cajón y por último el ruido hueco de una botella al descorcharse.

—Sírveme una copa a mí también —le pido.

Traeré a Hannah a casa tanto si Karin está de acuerdo como si no. Se lo he prometido. «Abuelo —dijo la pequeña—, esto no me gusta. Este sitio es malo. Por las noches no puedo dormir porque estoy muy triste. Quiero ir a casa.»

«Abuelo.» Es lo más bonito que he oído en mucho tiempo.

—Salud —dice Karin con la voz crispada cuando regresa al comedor y me pone una copa de tinto en la mano —. Por ti y por tus incursiones en solitario.

—Venga, Karin, déjalo ya, por favor.

Veo cómo rodea la mesa con rigidez y regresa a su sitio con su propia copa.

—Desde luego que no voy a dejarlo, Matthias. Hablas con esa Hamstedt a mis espaldas y luego me presentas los hechos consumados. Es injusto, ya te lo he dicho.

—Solo quería aclarar primero, teóricamente nada más, si sería posible sacar a Hannah de allí, aunque solo fuera unos días. La doctora Hamstedt tenía que valorarlo antes de decirme nada, pero no le ha pasado por alto que la niña ofrece mucha resistencia desde que ingresó en el centro de traumatizados. No avanza ni retrocede en su terapia. ¿Lo entiendes, Karin? ¡No tienen ni idea de qué hacer con ella! ¡No pueden determinar ningún diagnóstico! Al niño sí pueden tratarlo, pero Hannah, Karin, Hannah... —Dejo la copa de vino y levanto las manos en el aire—. ¡Por Dios bendito, es nuestra nieta! ¡Tenemos que ayudarla!

—¿Y cómo vamos a hacerlo?, dime. ¡No somos psicólogos! Si ellos no saben qué hacer con ella, ¿cómo vamos a ayudarla nosotros?

—Hannah añora una familia, un entorno familiar, normalidad y...

—¡Normalidad! —interrumpe Karin—. ¡Ella no sabe lo que es eso: la normalidad!

—Bueno, pues más importante aún será que se lo enseñemos. ¡Mira a tu alrededor! —Hago aspavientos con los brazos en un gesto teatral —. ¡Esto de aquí! ¡Todo esto! ¡Nuestra casa! ¡Aquí creció su madre!

Karin bebe un pequeño trago de vino.

—¿Y cómo se materializará esa decisión? —pregunta cuando vuelve a dejar la copa—. ¿Le hacemos la cama en la antigua habitación de Lena?

Paso por alto el tono sarcástico de su voz y asiento con vehemencia.

—¡Y tenemos que conseguirle libros ya, Karin! Eso también lo echa de menos. En el centro de traumatizados no puede estudiar. Necesita enseguida unos cuantos libros de texto.

—¿Y el año que viene la matriculamos en un colegio o qué? ¿Como a una niña del todo normal?

—Solo quiero decir que seguro que se alegrará si le compramos algunos libros. Tiene una mente muy inquieta, ha aprendido mucho ya. Tendrías que verla, Karin. La de cosas que sabe...

No puedo evitar sonreír al recordar cuando Hannah me explicó cómo se decía *abuelo* en francés.

—Eso no funcionará, piénsalo mejor.

Grand-père, así se dice en francés. *Grand-père*...

—¡Matthias!

—¿Hmmm...?

—Digo que no funcionará. No podemos ponernos a jugar a las familias.

—Te lo pido, Karin, juguemos. ¡Somos una familia! Ella es nuestra nieta, la hija de nuestra hija.

Mi mujer se frota la frente.

—Probemos primero solo un par de días, cariño —intento convencerla—. Así he quedado con la doctora Hamstedt, y de todas formas llevaré a Hannah a las sesiones de terapia en el centro de traumatizados. En realidad, lo único que importa es que la pequeña encuentre un poco de paz.

Silencio. Sé que tengo a Karin casi convencida. Lo sé. No quiere ser una abuela despiadada, y no lo es. Solamente tiene miedo y quiere hacerlo todo bien. Dejar a Hannah en manos de profesionales. «Profesionales», aunque ni siquiera ellos sepan qué hacer con ella.

—Solo puedo decirle una cosa, señor Beck —confesó la doctora Hamstedt en una de nuestras últimas conversaciones.

Estábamos en su despacho, ella detrás del escritorio, yo delante. Tras ella, en la pared, colgaban numerosos diplomas que la identificaban como «profesional», mientras que en el alféizar de la ventana de su izquierda había una maceta con una cinta de hojas mustias y marchitas que ponía de manifiesto que la supuesta «profesional» ni siquiera era capaz de cuidar una sencilla planta de

interior.

—La forma tan diferente en que los niños parecen haber asimilado lo ocurrido llama mucho la atención. Sin embargo, la evolución de Jonathan en realidad no es ninguna sorpresa, sino más bien... —formó unas comillas invisibles con los dedos—, «normal», aunque la palabra pueda parecerle extraña en este contexto. Jonathan tiene pesadillas, grita, se niega a hablar con nosotros. Es habitual que las víctimas de sucesos traumáticos deban asimilarlo en primer lugar consigo mismos, o por lo menos que lo intenten. De todos modos, damos por sentado que con el tiempo se abrirá. Primero tiene que encontrar confianza y, a la larga, convencerse de que aquí todos queremos cuidar de él y de que puede sentirse seguro entre nosotros.

Empecé a balancear un pie. Hannah ya debía de estar esperándome.

—Bueno, eso suena muy bien.

—En cambio, Hannah... —dijo la doctora Hamstedt con vehemencia.

—¿Qué le pasa?

La mujer sonrió como si me hubiera pillado haciendo una maldad.

—En Hannah observamos un patrón por completo diferente.

Mi espalda se tens*ó*, me desplacé al borde de la silla.

—¿Y cuál es?

—Su comportamiento.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, mejor permítame que le explique bien el ejemplo de Jonathan. El niño ha vivido toda su vida en la cabaña. En un espacio reducido y provisional, encerrado, sin ventanas, sin contacto con el mundo exterior. —Hizo una pausa para darse importancia y luego prosiguió al ver que yo consultaba mi reloj—. Este mundo de aquí, todo esto, el ajetreo, la gran cantidad de personas, los ruidos fuertes, todas las cosas que no conocía de su vida en la cabaña, hacen que se retraiga. El ascensor, ¡una catástrofe! Cuando queremos llevarlo a otra planta tenemos que usar las escaleras. E incluso eso resulta un gran desafío cada vez, a causa de sus miedos. Por no mencionar las alteraciones de su desarrollo motriz. ¿Lo entiende, señor Beck? Le estamos enseñando a subir y bajar escaleras como a un niño pequeño. Eso también le resulta frustrante, por supuesto. A veces se esconde durante horas debajo de la mesa, o quita las sábanas de la cama por las noches para dormir en el suelo. Con eso nos está manifestando sin lugar a dudas que en estos momentos se siente terriblemente sobrepasado.

No tenía ni idea de adónde quería ir a parar, pero de todas formas me sentí atacado.

—Hannah tampoco se encuentra muy bien aquí. Duerme mal. Me lo dice cada vez que vengo a verla.

La doctora Hamstedt soltó un largo suspiro.

—Es posible, señor Beck. A pesar de eso, resulta asombroso lo bien que se las arregla en un mundo que para ella es tan extraño. ¿O acaso le da la sensación de que esté muy asustada?

—Es fuerte —declaro, no sin orgullo.

—Señor Beck, existe una particularidad neurológica denominada síndrome de Asperger. Tal vez haya oído hablar de él. Es una forma de autismo e influye en la forma en que los afectados asimilan los estímulos e interactúan con otras personas...

—Hannah no está enferma...

—Yo no diría que es una enfermedad —señaló la doctora Hamstedt, y ladeó la cabeza—. Es más bien un trastorno. Y tampoco estamos seguros aún de que ese trastorno esté presente en Hannah, pero nos gustaría seguir examinándola en ese sentido.

Volví a consultar mi reloj.

—Está bien, señor Beck. En lo referente a su petición de llevarse a Hannah un par de días a casa, estoy dispuesta a hacer la prueba. De todos modos, debo insistir en determinadas condiciones previas.

—Ningún problema —dije asintiendo aplicadamente con la cabeza, y fui a levantarme ya..., por fin.

Hannah me esperaba.

—Un momento, señor Beck. También quisiera hablar un momento con usted sobre su hija. Lena.

Sentí que la rabia me atenazaba el pecho solo por la forma en que enfatizó su nombre. Como si yo pudiera haber olvidado el nombre de mi única hija.

—Doctora Hamstedt, de verdad que ahora tendría que...

—No puedo ni llegar a imaginar lo difícil que debe de ser para usted no haber obtenido aún esas respuestas que tanto anhela.

Me mordí el labio inferior, por si acaso. Tenía razón, claro. Ninguno de los niños había hecho una declaración útil en ese sentido. Era como si ni siquiera se hubiesen dado cuenta de que la señora Grass había ocupado el lugar de Lena en la cabaña.

—Debe de ser muy frustrante. Por eso me alegra tanto la implicación que muestra como abuelo. Y para reforzarla, me gustaría explicarle una vez más el contexto psicológico.

Solté el labio y suspiré. Ya había oído todo eso antes. La doctora empezó a divagar, esforzándose por hacer la misma comparación de siempre. Hannah y el niño, que hasta ahora solo habían podido ver el mundo a través de una cerradura. Su día a día encerrados en la cabaña, donde solo tenían a dos personas de referencia: sus padres. La naturaleza, que obligaba a los niños a querer a sus padres sin condiciones. El aislamiento, que no les permitía comparar con nada. ¿Cómo iban a saber que a su alrededor ocurría algo extraño, muy

malo, si no conocían ninguna otra cosa? ¿Cómo habrían podido aprender a diferenciar el bien del mal? También la dependencia del padre, la sumisión inculcada desde que nacieron. Ellos no lo veían como a un monstruo que los tenía encerrados, sino que le estaban agradecidos de que les trajera comida para que no murieran de hambre, de que encendiera el fuego para que no se congelaran. Por encima de todo ello pendía, todavía ahora, la palabra «normalidad». Para Hannah y el niño, la cabaña había sido la normalidad, su normalidad. Y nadie suele cuestionarse nunca su propia normalidad.

—Sí, ya lo entiendo —dije para intentar frenar las explicaciones de la doctora Hamstedt.

Hacía casi un cuarto de hora que Hannah me estaba esperando.

—Cuando su padre les decía que debían irse a su cuarto, para ellos eso no era diferente a si les decía que de pronto tenían una madre nueva —prosiguió la doctora Hamstedt, impasible—. Su palabra era la ley. Es importante que no olvide eso, señor Beck. Aunque ahora mismo crea poder enfrentarse a no tener aún una respuesta a la pregunta de qué le ocurrió a su hija, cuanto más tiempo pase, seguramente mayor será la frustración que experimentará por ello. Una frustración que tal vez crezca entonces a una velocidad vertiginosa.

—No se lo tome a mal, doctora Hamstedt, pero en estos momentos es más bien mi impaciencia la crece, y a una velocidad más que vertiginosa. Mi nieta me espera desde hace un cuarto de hora ya.

La doctora Hamstedt sonrió con elocuencia.

—Entonces será mejor que no lo entretenga, señor Beck.

—¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar que ya solo hablas de Hannah? —dice Karin rompiendo el largo silencio entre ambos.

Suspiro porque creo intuir por dónde va.

—Ahora no quiero hablar de Lena.

—No me refiero a Lena. Me refiero a Jonathan. Antes lo has llamado «el niño». Has dicho: «Al niño pueden tratarlo». ¿No te das cuenta?

—No sé qué quieres decir con eso.

Karin se yergue en su asiento, ahora tiene la espalda muy recta.

—¿Es porque no tiene el color de pelo adecuado?

—¿Qué?

—¿Porque a tus ojos no se parece lo bastante a Lena?

—¿De qué estás hablando?

—En Hannah no reconoces a ningún padre, solo a Lena.

—Karin, eso sí que es una auténtica tontería.

Quiero ahuyentar su desagradable reproche con un gesto de la mano, pero le doy a mi copa de vino sin querer. Al caer sobre la dura

madera de nuestra mesa de comedor se le rompe el pie. Un charco rojo empapa el claro mantel en cuestión de segundos. Me levanto de un salto; Karin también.

—Lo siento, cariño —digo mientras intento secar torpemente la mancha roja con la servilleta.

Karin recoge el borde del mantel para que el vino no caiga de la mesa a la alfombra color beis.

—Son cosas que pasan. —Alza la vista—. Pero ¿te has parado a pensar todo lo que conllevaría que nos trajésemos a Hannah a casa? ¿Te imaginas cómo volverían a acampar ahí delante esos periodistas y fotógrafos, igual que después de la desaparición de Lena?

—Bah...

—De todas formas ya no hace más que sonar el teléfono. «Señora Beck» —dice imitando una voz meliflua—, «¿todavía tiene esperanzas de que encuentren a su hija? ¿Cómo se encuentran sus nietos, señora Beck? Solo una pequeña entrevista, señora Beck, no la molestaremos mucho.» —Empieza a recoger la mesa sacudiendo la cabeza—. No quiero tener que pasar otra vez por todo eso, Matthias.

—Ya lo sé, Karin, pero no creo que ocurra. ¿Qué van a hacer aquí? ¿Para qué van a perder el tiempo? No conseguirán una entrevista, ni con nosotros ni mucho menos con Hannah. Y ya tienen una fotografía de la pequeña desde hace tiempo. ¿Por qué iba a molestarse nadie en plantarse ahí al acecho con una cámara? ¡La llaman «niña zombi», Karin! ¡Tú misma lo has leído! —Niego con la cabeza sin poder creerlo —. Niña zombi, y eso que en la fotografía estaba guapísima.

Karin se detiene a medio gesto.

—Matthias, no.

Bajo la mirada. Karin me lee el pensamiento. Me conoce desde hace casi cuarenta años. Lo sabe. Su «no» no va dirigido a mi deseo de traer a Hannah a casa. Karin ha comprendido algo más grave, puedo intuirlo.

—Tú le sacaste esa foto a Hannah y la filtraste a la prensa —afirma entonces—. Lo has vuelto a hacer.

Jasmin

Estoy sentada en el sillón de lectura con las piernas dobladas, todo lo encogida que me permiten las costillas rotas. Aferro la carta con los dedos agarrotados, no dejo de temblar.

«¿Tienes frío, mamá?»

¡Cállate, Jonathan!

«Te quiero mucho, mamá.»

¡Que os calléis, los dos! Tenéis que dejarme tranquila, ¿me oís? Hoy

no me encuentro muy bien.

Cierro los ojos y cuento las respiraciones, tal como me aconsejó la terapeuta en caso de ataque de pánico.

—Las voces no son reales, señora Grass. Solo están en su cabeza. Déjelas pasar como si contemplase las nubes del cielo. No intente reprimirlas, como tampoco las imágenes de su recuerdo. Deje que lleguen y pasen, todo va bien, respire. Respire profunda y calmadamente, inhale, exhale...

Respiro.

Las voces... están ahí. El recuerdo nada hacia arriba y sale a la superficie, pero no pasa de largo, sino que me agarra de la nuca y tira de mí hacia abajo, hacia las profundidades, donde hay oscuridad, una penumbra de cuarenta vatios. Vuelvo a verme en la cabaña y hace frío, un frío espantoso. Mi respiración se condensa en nubecillas cuando me siento con Hannah y Jonathan a la mesa del comedor. Hoy toca inglés en el plan de estudio.

—Tienes que concentrarte, mamá. Aprender es importante. No hay que ser tonto.

No puedo concentrarme. Este frío. La condensación de mi aliento me recuerda que el tiempo pasa y yo sigo sin encontrar una posibilidad para escapar de este infierno. Y eso que ni siquiera sé si llevo días, semanas o meses aquí metida. Podría ser un día fresco de verano, o quizá haya llegado el invierno.

—¿Tienes frío, mamá? —pregunta Jonathan con la ingenua naturalidad de un niño que no conoce nada más que esto.

Desde hace poco, tu marido a menudo nos deja solos durante el día. Por lo visto va a trabajar, lo cual es una idea... absurda: un monstruo con un trabajo, un empleo probablemente muy normal y regulado, un monstruo con hojas de salario y derecho a indemnización.

—¿Mamá? Te he preguntado si tienes frío.

No me llames «mamá».

No soy tu mamá.

—Sí, Jonathan, tengo frío, mucho. Hoy hace frío.

De pronto salta de su silla, va corriendo al sofá, en cuyo reposabrazos hay una manta de lana doblada, y me la trae.

—Muy amable, gracias —digo, y me envuelvo con ella.

Hace dos días que, como castigo, solo llevo un fino camisón de satén blanco hasta los tobillos. Durante la colada, bajo la supervisión de «papá», me quedé un momento de más estudiando la botella del detergente líquido; mejor dicho, la información sobre los componentes. Veneno, una posibilidad.

Ninguna posibilidad.

—Podrías bebértelo para desayunar, Lena. Es todo biológico. —Una risa, breve y horrible—. No sabes valorar la cantidad de libertades que

te concedo.

—Sí, las sé valorar muy bien.

No, Dios decide que no lo sé y me castiga. Sin ropa, sin calcetines, sin zapatos, solo con un fino camisón. He acabado sintiendo los pies como si fueran dos tocones, cuerpos extraños que no forman parte de mí, y tengo los dedos entumecidos. El frío me ha calado desde la piel de gallina exterior hasta la médula de los huesos. Toda yo estoy aterida. Me cuesta hasta sentarme.

—¡Siguiente palabra! —exclama Jonathan con una gran sonrisa.

—*Summit* —leo mecánicamente el siguiente vocablo.

Lo que tengo ante mí en la mesa no es un libro de texto, sino un diccionario general, *Vocabulario inglés básico.* Nos limitamos a repasar el abecedario de principio a fin, mecánicamente, todo mecánicamente.

El dedo índice de Jonathan se alza enseguida en el aire; el de Hannah no, lo cual es raro. En lugar de eso, ha echado la cabeza hacia atrás y pasea la mirada por el techo.

—Hannah, ¿qué te ocurre hoy? —pregunto, extrañada.

Me parece que pasa una eternidad hasta que nos mira primero a Jonathan y luego a mí.

—El aparato de circulación se ha estropeado —anuncia.

—No te preocupes. Seguro que papá llegará pronto del trabajo y lo arreglará enseguida —digo.

Pero me equivoco. Aquí no viene nadie.

Las seis y cuarto... Las siete menos cuarto... Las siete y media... Casi las ocho.

Sentiremos cansancio... Nos dormiremos... Nos asfixiaremos. Jonathan bosteza ya.

—No os preocupéis —vuelvo a decir.

El aire parece hacerse más escaso, ya no hay diferencia entre realidad e ilusión. El tictac del reloj de la cocina empieza a sonar como el latido de un corazón, un corazón que late alto, lento y cansado; alto, lento y cansado; cada vez más alto, más lento y más cansado. Ahora bostezan los dos niños, al principio tapándose con la mano y luego con la boca bien abierta. Jonathan ya ha cerrado los ojos. Hannah tiene a la Señorita Tinky en el regazo y cada poco le asegura que no tiene nada que temer.

Planto las manos frías sobre la mesa y me levanto de la silla, voy dando tumbos por el salón, me tambaleo hacia la puerta de la cabaña, doy sonoras sacudidas al pomo hasta que me quedo sin fuerzas y me derrumbo en el suelo.

—Estoy muy cansada, mamá —oigo decir a Hannah en voz baja.

—Ya lo sé —contesto también con un hilo de voz.

Me estiro hacia el pomo de la puerta, lo alcanzo para levantarme del suelo con mis piernas débiles, ateridas, y regreso a la mesa junto a

los niños. Miro el reloj de la cocina, cuyos latidos resuenan en mi cabeza: las ocho pasadas. Toco a Jonathan en el hombro, «despierta, mantente despierto», y me oigo decir con una voz sorprendentemente tranquila:

—Niños, es hora de ir al baño.

Recorremos el pasillo, Hannah delante con la Señorita Tinky en brazos, Jonathan y yo detrás, dados de la mano. Entramos en el baño uno tras otro, nos lavamos los dientes, quizá por última vez. Les propongo a los niños que esta noche duerman conmigo en la cama grande.

—¿Puede venir también la Señorita Tinky? —pregunta Hannah.

Sonrío.

—Sí, por supuesto.

Nos tumbamos muy juntos los tres, ahora no deben estar solos, es lo único que puedo hacer por ellos, estar presente en este momento, es muy poco, lloro en silencio. Cuando Jonathan respira, se oye un sonido siseante en su pecho.

—Seguro que mañana a primera hora nos volvemos a despertar —susurra Hannah—. Morir tampoco es tan rápido, ¿verdad, mamá?

—Verdad, cielo —digo sonriendo, y le beso la frente fría.

Evito preguntarle desde cuándo más o menos no funciona la instalación del aire, cuánto hace que no oye el zumbido. A fin de cuentas estoy demasiado cansada para tantísimas palabras.

—Te quiero mucho, mamá —dice Hannah, ya casi inaudible—. Para siempre y siempre jamás.

—Yo también os quiero mucho. Buenas noches.

Abro los ojos de golpe e inhalo una bocanada de aire. Estoy de nuevo en mi salón, hecha un ovillo en el sillón de lectura. En mi mano tiembla la carta. La hoja blanca con sus letras acusadoras. «Para Lena.»

No es posible.

¿O sí?

Jasmin

He hecho un esfuerzo y he llamado a Kirsten, que no ha tardado ni media hora en presentarse en el piso y golpear en la puerta tal como le he indicado por teléfono: tres veces corto, dos veces largo, toc-toc-toc, toc, toc.

—Quería llamarte —dice después de entrar y cerrar.

Yo solo asiento. Su imagen me cautiva. Qué guapa está, morena. Me pregunto si habrá salido de vacaciones en verano. Si se habrá ido de vacaciones mientras yo estaba encerrada en la cabaña.

—Menuda mierda, Jassy.

Me acaricia el pelo, que la última vez que nos vimos era castaño, como lo había sido siempre, pero ahora es rubio. Rubio claro, con una raíz castaña de un dedo. A veces, en la cabaña, imaginaba nuestro reencuentro. Solo que en mi imaginación ella decía: «Cómo me alegro de que vuelvas a estar aquí».

—Al principio, cuando desapareciste, pensé... —dice cuando ya estamos sentadas en el sofá del salón.

—Me lo puedo imaginar —la interrumpo nada más empezar.

No quiero oír que mi desaparición también habría podido ser un acto de escenificación teatral, solo para llamar su atención. Desaparecer de repente un par de días, apagar el móvil, «venga, preocúpate por mí, búscame, encuéntrame, llévame de vuelta a casa».

—Entonces, ¿todo es cierto? Me refiero a lo que se lee por ahí.

Saca un paquete de tabaco de su bolso y me lo ofrece.

—Gracias, lo he dejado.

—Qué tonta soy. Seguro que en la cabaña no tenías.

—No, allí no teníamos.

Empiezo a morderme la uña del pulgar, un hábito molesto que en realidad había olvidado hace tiempo.

—Bueno, ¿y lo demás? O sea ¿lo que sale en los periódicos?

El mechero chasquea. Kirsten se inclina hacia el cenicero que hay en la repisa inferior de la mesita de centro y lo coloca encima.

—¿Te refieres a si teníamos que alimentarnos de comederos para perros y si íbamos atados con correa? —Niego con la cabeza—. Teníamos cubiertos.

Kirsten tarda unos segundos en decidirse a reaccionar con media sonrisa. Los periódicos han publicado muchas cosas estos días, algunas ajustadas a la realidad, muchas otras pilladas por los pelos. A veces desearía sobreponerme y conceder una entrevista, solo por enmendarles la plana. Pero temo sus preguntas, temo que algún periodista sutil, artero y muy ambicioso hurgue más de la cuenta. He puesto mis paréntesis, aunque eso signifique leer que la pobre mujer de la cabaña se alimentaba de un comedero para perros.

Le enseño la carta a Kirsten.

—Esto ha aparecido hoy en mi buzón.

Ella mira el papel mucho más rato del que se necesita para leer las dos únicas palabras que contiene. Cuando por fin vuelve a mirarme a mí, sus ojos delatan un asomo de duda.

—Seguro que solo ha sido un tarado que ha estado siguiendo la noticia en los medios y quiere asustarte. Dicen que estas cosas pasan. —Ladea la cabeza y me mira con ojo crítico—. ¿O quién crees que puede haberte escrito, si no?

Me muerdo la uña del dedo gordo.

—¿Tu secuestrador? Jassy, está muerto. Lo mataste.

—Lo sé, pero...

Kirsten sacude la cabeza sin entenderlo.

—¿Pero qué? Dilo de una vez.

Respiro hondo.

—Los niños.

—¿Qué?

—Los niños tienen motivos para estar enfadados conmigo.

A Kirsten se le abren mucho los ojos, casi se le salen de las cuencas. Es la cara que pone alguien que está sentado delante de un loco.

—¿Los niños? Jassy, pero ¿qué estás diciendo?

Debería reírme y camuflar mi pequeño y estúpido arrebato; en lugar de eso, me agarro al respaldo del sofá e intento sentarme más erguida, aunque no lo consigo. El dolor.

—Hay algo más —jadeo—. En el dormitorio. En la cómoda de la ropa interior, segundo cajón, dentro de un par de calcetines enrollados.

Kirsten asiente con vehemencia.

—Muy bien, Jassy. Voy a ver, tú quédate aquí.

Se levanta, se inclina hacia mis piernas y me las pone con cuidado sobre el sofá.

—Tú descansa —dice.

Cierro los ojos con gratitud.

Justo después oigo el conocido y maravilloso sonido de sus tacones sobre el laminado del pasillo, y luego un chirrido agudo. El tirador de la puerta del dormitorio. Lo habíamos engrasado cientos de veces, pero no había forma de acabar con ese ruido. No sé cuántas veces me desperté de noche por su culpa cuando Kirsten quería entrar a hurtadillas después de su turno en el club. En algún momento nos acostumbramos simplemente a dejar la puerta siempre abierta... Levanto la mirada con sobresalto, pero entonces oigo ya la voz de Kirsten, que suena chillona del susto:

—¡Jassy! Pero ¿qué...?

Matthias

Estudiante (23) desaparecida en Múnich

Múnich. La policía busca pistas sobre el paradero de Lena Beck (23), de Múnich-Haidhausen. Según declaraciones de testigos, la universitaria asistió a una fiesta en el barrio de Maxvorstadt aproximadamente hasta las cinco de la madrugada la noche del miércoles al jueves. De regreso a casa habló por teléfono con una amiga. Desde entonces, su móvil está apagado. El viernes, la búsqueda policial en el término municipal de Múnich resultó infructífera. Lena Beck mide 1,65 m de estatura, es delgada, tiene el pelo rubio y largo hasta los hombros. La última vez que fue vista llevaba un top plateado, vaqueros negros, botas negras y un abrigo azul oscuro.

Ese fue el primer artículo de —según pensé con ingenuidad— innumerables más que lo seguirían hasta que encontraran a Lena.

Fue el primer artículo de exactamente cuatro: cuatro artículos a lo largo de todos los años que ha estado desaparecida. Cuatro artículos serios, mejor dicho. El segundo informaba sobre la infructífera operación de buzos con que la policía quiso comprobar si Lena se había tirado al Isar y se había ahogado. Los testigos que también estuvieron en la fiesta esa noche declararon que Lena «había consumido una cantidad considerable de alcohol y también estupefacientes no especificados». En el tercer artículo empezaron a irse por derroteros del todo equivocados. El *Bayerisches Tagblatt* había entrevistado a una supuesta amiga con la que Lena habló por teléfono justo antes de desaparecer. Esa supuesta amiga, Jana W. (nombre modificado por la redacción), declaraba: «Lena es una chica con muchos problemas». Por lo visto quería dejar los estudios. Había tomado drogas, no solo en esa fiesta de Maxvorstadt, sino también en muchas otras, por todas partes. Era «una de esas chicas». «Una de esas» que se habría ido con cualquiera. Una chica fácil a quien solo había que invitar a una cerveza. En el quinto artículo, la «estudiante de Múnich (23)» se convirtió en «juerguista de Múnich (23)». En aquella época yo concedía todas las entrevistas que me pedían, aunque pronto empecé a sospechar que el interés de la prensa hacía tiempo que no radicaba en encontrar a Lena, o en conseguir testimonios útiles por lo menos.

Un día que no olvidaré jamás me reuní con un periodista en mi despacho de la asesoría.

—Lena es una estudiante ejemplar —dije, y para demostrárselo le

enseñé las notas del último cuatrimestre—. Ya de pequeña quería ser profesora. Por eso, para ella los estudios de Magisterio eran lo primero, junto con su familia, desde luego. Estábamos muy unidos.

El fotógrafo que acompañaba al periodista hizo fotos de las notas y de mí, sentado muy erguido en la silla de mi despacho. Erguido y digno. Matthias Beck, por entonces de 48 años, asesor fiscal independiente con un negocio próspero, camisa almidonada y traje de milrayas, bien peinado, racional, resuelto.

—No permitiré que mi hija, que como todos saben ha sido víctima de un suceso que por el momento desconocemos, sea ahora víctima también de una caza de brujas mediática. —Me había tomado la molestia de escribir unas notas con antelación: las frases que quería decir sin falta, formuladas ya para no olvidar nada—. La forma en que la describen los medios, a) no se corresponde en modo alguno con su carácter, y b) ese estilo de periodismo, en mi opinión, entorpece las investigaciones policiales.

—¿Y cómo se siente usted con todo esto, señor Beck? —preguntó el periodista Lars Rogner, un tipo empalagoso con el pelo oscuro engominado y el cuello de la camisa levantado.

La respuesta a esa pregunta, por supuesto, no la llevaba escrita.

—Se me parte el corazón —dije en voz baja después de tragar con esfuerzo.

Rogner asintió, conmovido.

—Eso lo entiendo muy bien, señor Beck. Es horrible. —Entonces carraspeó y preguntó—: ¿A qué edad empezó Lena a consumir drogas?

Una pregunta lanzada como un puño, un derechazo duro que me dio de pleno y me derrumbó en mi silla.

Evidentemente, al día siguiente el periódico de Rogner no publicó ni la foto de las notas de Lena ni la de su padre erguido y digno en su silla. Publicó la de un despojo humando desplomado en la silla de su despacho. Como titular: «El padre de la juerguista desaparecida en Múnich: “No sospechaba nada de la doble vida de Lena”».

Cuando lo leyó, Karin me dio una bofetada. Le costó casi una semana y medio paquete de ansiolíticos creer por fin que yo nunca había dicho algo así. Después de eso, me acostumbré a levantarme temprano por las mañanas y sacar el periódico del buzón antes de que ella pudiera hacerlo. Lo revisaba en secreto, en el garaje, sentado en mi silla de pesca por si acaso volvían a fallarme las piernas a causa de los disparates que tenía que leer sobre mi hija. Cuando acababa, esperaba un rato más, hasta que se me normalizaba la tensión. Entonces plegaba la silla de pesca, salía del garaje y tiraba el periódico en el contenedor de la basura del vecino. Me obligaba a poner una sonrisa, entraba en casa y preparaba el desayuno. Karin y yo coincidíamos en que había aprendido algo.

«Por lo menos sigue apareciendo en la prensa», decíamos, intentando convencernos a nosotros mismos. Aunque nos doliera, tenía que darnos igual si la policía y las personas de ahí fuera buscaban a una estudiante modélica o a una juerguista desenfrenada. Lo principal era que siguieran buscándola, que no la olvidaran. A pesar de eso, Karin me hizo prometer que en el futuro me mantendría alejado de los periodistas.

Ahora, sin embargo, acaba de descubrir que he vuelto a involucrarme. Que he sido yo quien ha facilitado la foto de Hannah a la prensa. Es una instantánea que me dejaron hacerle la semana pasada durante una de mis visitas al centro de traumatizados, después de explicarle cómo funcionaba mi cámara de fotos.

—¿Por qué narices lo has hecho?

Karin está junto a la mesa del comedor con los brazos extendidos. Cojo la vajilla que ya había apilado y me la llevo a la cocina sin decir nada. Ella me sigue con pasos cortos.

—¿Has olvidado lo que ocurrió la última vez que te las viste con esos buitres? ¿Cómo despedazaron primero a Lena y luego a nosotros?

—Solo quiero que se mantengan alejados de Hannah —intento explicar de forma lastimera mientras abro el grifo para fregar los platos.

Por encima del rumor del agua se oye el malestar y la incomprensión de Karin. Precisamente yo, que ya debería haber aprendido.

—¡Y precisamente has tenido que enviarle la foto a Lars Rogner!

Sí, precisamente a Lars Rogner. Pues claro que a él, porque al fin y al cabo fue el único que, cuando el mundo siguió adelante sin Lena al cabo de un tiempo, continuó informando sobre el caso de vez en cuando.

—Por lo menos es padre y también ha sufrido lo suyo. Si alguien puede entendernos, tal vez sea él.

Karin sonríe con cansancio.

—¿Te refieres a esa historia que te contó en aquel entonces? ¿Eso de que su hijo, según él, murió con ocho años? Por favor. Seguro que solo fue un truco para ganarse tu confianza. Lars Rogner no ha pensado ni un minuto en Lena ni en nosotros. Tanto entonces como ahora, lo único que le importa es su periódico, igual que a todos esos periodistas de pacotilla. Y tú no te das ni cuenta.

—No solo perdió a su hijo. ¡Su mujer había caído en una fuerte depresión y se mató, a ella y al niño! Y es verdad. Leí la noticia...

—Eso solo lo dices ahora para que no te eche en cara lo ingenuo que puedes llegar a ser. Si esa historia fuera cierta, seguro que no nos habría tratado así.

Suspiro.

—Bueno, ya está bien, Karin. Es posible que lo de la foto no fuera muy buena idea, pero solo quería que la gente viera que Hannah es una niña del todo normal, y no un zombi ni la hija de un monstruo. Es la hija de Lena.

Cierro el grifo, me arremango la camisa y empiezo a frotar la sartén en la que Karin ha frito los filetes de la cena.

—Primero los vasos, los platos y los cubiertos —dice, y me aparta —. La sartén se hace siempre al final. Si no, el agua se ensucia enseguida. Trae. —Mete la mano en el agua para quitarme el estropajo —. Te entiendo, de verdad, Matthias. Quieres protegerla, igual que en su día quisiste proteger a Lena. Pero no de esta forma. Así solo consigues hacer más daño. Además, ¿no has dicho tú mismo que la pequeña necesita tranquilidad? Entonces, ¿cómo es que la expones a la opinión pública? ¿Y a nosotros con ella, de paso?

Descuelgo el trapo de cocina pequeño de la barra del horno y me seco las manos.

—Rogner no sabe que la foto la envié yo, por si eso te tranquiliza. Creé una dirección de correo electrónico nueva para hacerlo.

Karin vuelve a sonreír satisfecha, pero ya no parece divertida.

—Claro que sí. Porque sabías perfectamente que te pasarías el resto de los días de tu vejez durmiendo en el sofá si yo me enteraba de que habías vuelto a relacionarte con esa chusma.

—¿Y tendré que hacerlo?

—Me lo estoy pensando.

Vuelvo a colgar el trapo en la barra y me bajo las mangas hasta las muñecas.

—Todo irá bien. Yo me encargaré, te lo prometo.

—También eso me da miedo —replica Karin con un suspiro—. Pero, por favor, prométeme que en el futuro no volverás a decidir nada tú solo si... —Se interrumpe porque han llamado a la puerta—. ¿Quién será a estas horas? —susurra, luego se lleva una mano a la boca y abre mucho los ojos para darse a sí misma una respuesta—. ¡Gerd! —jadea—. Han encontrado el cadáver de Lena.

Los sentidos me fallan unos segundos, una sensación de irrevocabilidad me aprisiona el pecho, la sangre afluye a mis oídos. Los ojos de mi mujer están abiertos de par en par. Se le humedecen. La mano que sostiene ante la boca empieza a temblarle.

El trayecto desde la cocina hasta la puerta de casa pasando por el vestíbulo transcurre a cámara lenta. Siento a Karin a mi espalda, la oigo respirar con pesadez, el camino es largo y costoso. Intento hacerme a la idea de que son mis últimos pasos como padre de una hija desaparecida. Que mis pasos futuros serán los del padre de una hija muerta. Gerd tenía razón: existe una diferencia entre sospechar y saber.

Me vuelvo una vez más hacia mi mujer y concluyo:

—Es mejor así.

Pongo la mano en el tirador y abro. Sin embargo, no es Gerd el que está ante nuestra puerta.

Jasmin

Aprieto los labios y me quedo mirando el techo de la sala. Vuelvo a oír los tacones de Kirsten, esta vez en intervalos pequeños y nerviosos. No tengo que girar la cabeza para saber que ya está en el vano de la puerta mirándome fijamente, desconcertada. No ha llegado a la cómoda de la ropa interior.

Imagino cómo se ha posado su mano hace apenas unos segundos en el tirador chirriante, el tirador del dormitorio; desde hace poco, la puerta que antes que siempre estaba abierta por un buen motivo, ahora siempre está cerrada, y por motivos mejores. Imagino su cara, cómo debe de haberle estallado el corazón al entrar.

Las paredes blancas están empapeladas contigo, Lena. Con tu rostro.

—Jasmin —dice Kirsten en voz muy baja. Solo «Jasmin».

Las paredes están empapeladas con todos los artículos que he podido encontrar en internet sobre ti. Trescientos doce artículos. Eso es casi un paquete entero de folios, es tener que cambiar el cartucho de la impresora, es toda la noche anterior trabajando.

Parpadeo con debilidad al oír los pasos de Kirsten, que ahora se aproximan, dubitativos, cautos, como si se acercaran a un animal peligroso.

—Jasmin —repite.

¿Cómo va a entenderlo, Lena? ¿Cómo no va a tomarme por loca, por una obsesa? ¿Cómo no va a pensar que me regodeo en mi desgracia, por decirlo de algún modo? Le he cerrado la puerta al sol, a la libertad, al mundo. Debería ducharme. Visitar al dentista por el agujero de la mandíbula inferior, donde me falta una muela. Ir a la peluquería a que me tiñan el pelo. O por lo menos pedirle a Kirsten que me compre un tinte en la droguería. Jasmin tenía el pelo castaño, lo ha tenido así toda la vida. Jasmin debería abrir las ventanas de par en par para ver el cielo, algún cielo. Jasmin debería regresar a la vida tras haber escapado de la cabaña. Eso es lo que todos los periódicos publican al unísono. «La víctima, Jasmin G., ha sobrevivido a un martirio de cuatro meses.»

«Sobrevivido.»

—¿Jassy?

Kirsten se sienta en el borde del sofá. Ni siquiera intento mirarla,

mis ojos siguen obstinadamente fijos en el techo.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Por qué has colgado todos esos artículos de periódico? ¿Qué significa?

Cierro los ojos.

—Jassy... —Su voz suena como si hubiera empezado a llorar. Siento su mano en la mejilla—. No estás bien. Necesitas ayuda.

«Puedes gritar todo lo fuerte que quieras, Lena. Nadie vendrá a ayudarte.»

—Tienes que volver al hospital, Jasmin.

«Se han olvidado de ti, Lena. Ahora ya solo nos tienes a nosotros. Para siempre y siempre jamás.»

Un estertor recorre mi cuerpo cuando Kirsten alarga un brazo y empieza a zarandearme.

—¡Abre los ojos, Jassy! ¡Mírame!

«Abre los ojos, Lena. Sé que estás despierta.»

Obedezco.

—¿No me oyes, Jassy? —Una palidez espantosa se ha tragado el sano tono de piel de Kirsten y solo ha dejado el colorete exuberante que le marca los pómulos como una torpe pintura de guerra—. ¿No me oyes?

Asiento con debilidad. Una única lágrima aprovecha ese pequeño movimiento y se desprende del rabillo del ojo.

—Ha sido culpa mía —susurro.

—Nada de lo que ha pasado es culpa tuya.

Sacudo la cabeza. Otra lágrima aprovecha la ocasión.

—Ha sido culpa mía, quieren recordármelo. Por mi culpa los niños ya no tienen padre. Y tampoco un hogar.

—Sí, es cierto, la carta. —Un segundo después, Kirsten salta del sofá—. La cómoda de la ropa interior —oigo que murmura aún, y luego sus tacones vuelan de nuevo sobre el suelo laminado.

Me paso los puños cerrados por los ojos y levanto la barbilla. Durante un buen rato no se oye nada más, ya no hay pasos ni nada que delate movimiento alguno en el dormitorio, ningún cajón que se abra. Por un instante me pregunto si Kirsten está aquí de verdad o si su presencia podría no ser más que otra jugarreta de mi mente perturbada. Me despego del sofá, respiro para contener el dolor que vuelve a dispararse y arrastro los pies hasta el dormitorio.

No es ninguna jugarreta, está aquí, de verdad. Solo que sigue sin haber llegado a la cómoda. En lugar de eso está sentada en el colchón con la cabeza algo echada hacia atrás, su mirada recorre las paredes. Me siento a su lado poco a poco. De nada sirve mentir en cuanto a cómo me siento. Mi estado anímico empapela las paredes, salta a la vista.

—Nunca me dio ningún motivo —empiezo a explicar con la voz

quebrada después de levantar la barbilla una vez más y secarme los ojos—. Me refiero a por qué me escogió a mí. Aunque puedo imaginarlo. Seguramente estaba en el lugar menos indicado en el momento menos oportuno, y ya está. Tuve la mala suerte de parecerme un poco a ella. —Señalo con la cabeza el sinfín de fotos.

Apenas hay un artículo que no contenga una fotografía tuya, Lena, y casi siempre es la misma, una instantánea. Parece que acababas de volverte un milisegundo antes de que apretaran el disparador. Te apartas un mechón rubio de la cara y ríes; todo en ti es risa, todo ligereza. Anoche, mientras mi impresora zumbaba y trabajaba sin cesar, incluso creí oír esa risa. Al principio en voz baja, como un susurro; después, cada vez que la impresora escupía otra imagen tuya, me parecía más cercana y más fuerte, como si estuvieras aquí, conmigo, en la misma habitación.

—¿Por qué la eligió a ella, Kirsten? ¿Le recordaba también a alguien, igual que yo le recordaba a ella? Pero, entonces, ¿cómo es que ella sí pudo conservar su nombre de verdad y yo no? ¿O fue él quien le puso nombre?

Kirsten suspira.

—Quizá ella fue también una víctima fortuita, igual que tú, que estaba en el momento y el lugar menos indicados. ¿Crees que te encontrarías mejor si conocieras el motivo? —Niega con la cabeza—. Aquella vez, cuando me asaltaron en el patio trasero, también me pregunté mil veces por qué yo. ¿Por qué tuvo que pasarme justamente a mí? Me imaginaba que aquel hombre me había estado observando en el club, que tal vez había estado sentado en la barra, sonriéndome mientras yo le servía una copa. Que quizá incluso le devolví la sonrisa con la esperanza de que me dejara una buena propina. Me obsesioné con esa idea, pero ya sabes que estaba del todo equivocada. El tipo que me violó nunca estuvo en el club. No esperó a que terminara el turno para luego seguirme. Solo era un tipo que me encontró de noche volviendo a casa y que, según averiguó la policía más adelante, había estado de fiesta en un club diferente y se emborrachó allí.

—Sí, lo sé.

—Esa noche podría haberse cruzado con cualquiera o con nadie. Se cruzó conmigo. El destino. —Se encogió de hombros—. A veces no hay ningún motivo, Jassy. A veces los caminos de dos personas tienen la desgracia de encontrarse, y solo podemos aceptarlo y seguir adelante de alguna forma.

—Pero a tu violador lo detuvieron. Tuviste la oportunidad de preguntarle por qué te había hecho eso. Aunque solo fuera para saber que en realidad no hubo motivo.

Estiro las piernas y meneo los dedos de los pies a través de mis gruesos calcetines de lana. Están fríos, como toda yo, que ya solo

siento frío y no consigo entrar nunca en calor.

«¿Tienes frío, mamá?»

—Yo ya no puedo preguntarle nada a mi secuestrador, porque está muerto. Ni siquiera sé cómo se llamaba.

—La policía acabará descubriéndolo.

—¿Sabes cuánto tiempo llevan investigando este caso? Da igual lo que crean descubrir, no serán más que suposiciones. Está muerto. ¿Es que no lo entiendes, Kirsten? Ella era su víctima original, su motivo, su causa.

—Jassy...

—¿Cómo voy a ponerle nunca punto final a esto si ni siquiera conozco el motivo de todo?

Kirsten hace un gesto con la cabeza hacia la pared de enfrente.

—¿Y crees que en los artículos encontrarás esa respuesta?

—No lo sé. Me parece que solo quiero descubrir quién era ella.

Kirsten suelta una carcajada, y eso que ni siquiera le he explicado que siento un extraño consuelo al estar ocupada con tu historia y tus fotografías. Que me hacen soportable la soledad, porque entonces ya no debo estarlo tanto. Sola. Tú viviste lo mismo, somos dos. Te tengo a ti, Lena, tú me entiendes.

—La mitad de todo eso son cuentos. Piénsalo bien, Jassy. Ahora escriben que estabas atada con una correa y te alimentabas de un comedero para perros, ¿de verdad crees que solo con leer un par de artículos sobre Lena Beck vas a saber más que la policía?

—Supongo que no —digo a media voz.

Kirsten gesticula con vaguedad hacia la habitación.

—Podrías colgar también los artículos sobre tu caso, ¡pero no lo haces! Porque sabes perfectamente que son cuentos.

—Sí.

Se levanta sacudiendo la cabeza y se acerca a la pared.

—¡Deja eso! —exclamo al verla quitar la primera chincheta—. Por favor, Kirsten. Me ayuda.

—No, Jassy, no te ayuda. Al contrario. No avanzarás ni un centímetro si lo primero que ves cuando te despiertas por las mañanas es esto.

—Por favor —pido otra vez.

Kirsten suspira y vuelve a clavar la chincheta en la pared.

—¿Vas a ver a la terapeuta con regularidad?

—Mañana la llamo, te lo prometo.

Ella baja la cabeza y se frota la frente mientras suspira, luego alza la mirada como si acabara de recordar algo importante.

—La cómoda de la ropa interior, has dicho. Segundo cajón.

No es Gerd el que está ante nuestra puerta en estos momentos. Es Mark Sutthoff, y todo sucede muy deprisa. Intento volver a cerrar enseguida, pero su pie se cuela en el resquicio de la puerta.

—¡Matthias! —grita Karin de fondo.

Mark Sutthoff en mi casa.

Mark Sutthoff, que abraza a mi mujer. Mi mujer, que abraza a Mark Sutthoff. Estoy inmóvil en el vestíbulo, tambaleándome.

—¿Qué haces aquí?

—Matthias, por favor. —Karin de nuevo.

—Siento mucho presentarme sin avisar, y tan tarde, pero he intentado llamar un par de veces y no contesta nadie.

—Hemos desenchufado el teléfono —explica mi mujer, que le pone una mano en la espalda a Mark Sutthoff y lo hace pasar a mi salón—. Esa gente de la prensa... El teléfono no dejaba de sonar, era insoportable. ¿Desde cuándo vuelves a estar en Alemania, Mark?

Los sigo a ambos como un perro olvidado.

—Acabo de aterrizar. He alquilado un coche en el aeropuerto nada más llegar y he conducido hasta aquí.

Mark Sutthoff, que se quita la chaqueta y la lanza sobre el respaldo de mi sofá como si estuviera en su casa. Que se sienta en mi sofá con el brazo echado sobre el respaldo y cruza las piernas con gesto relajado. Que tras el ofrecimiento de mi mujer pide un agua, o quizá mejor un té, pero por supuesto solo si no es molestia. Mi mandíbula empieza a mascar mientras Karin va airosa a la cocina —«Ay, Mark, no es ninguna molestia»— para poner el agua a hervir.

—¡Hace tiempo que queríamos llamarte! —exclama desde allí.

—Pero después pensamos que en realidad no había ningún motivo para hacerlo —prosigo yo mientras Karin abre el grifo, y cruzo los brazos en el pecho.

—Siéntate, Matthias —dice Mark Sutthoff, que sonríe sin parecer impresionado.

Ahora lleva el pelo más corto, castaño oscuro como siempre, tiene el rostro más relleno, igual que todo su cuerpo, más que la última vez que nos vimos, en la Jefatura Superior de Policía, hace años. Por entonces estaba en los huesos, casi demacrado, lo cual hacía destacar más aún su nariz roja, hinchada y llena de marcas. Que no quería hacerme ningún reproche, dijo entonces en presencia de Gerd, porque comprendía la situación excepcional en la que me encontraba. Me habría gustado escupirle a la cara, igual que a Gerd, que se dejó convencer por esa actuación estelar tan miserable. Al final, Mark Sutthoff se embolsó unos honorarios de siete mil euros por su pequeña representación.

—Gracias, prefiero quedarme de pie —gruño.

—¿Cómo te van las cosas, Mark? —pregunta Karin al regresar al salón con una bandeja.

Tres tazas, mis tazas. Siempre he sospechado que Karin se había mantenido en contacto con él, pero nunca se lo he preguntado. Seguramente ella me habría contestado con un recuento de las veces que, por culpa mía y de mis incursiones en solitario, ella había tenido que ir a la farmacia con recetas de ansiolíticos y demás tranquilizantes.

—Sí, Mark —digo con media sonrisa—. ¿Cómo marcha el negocio de los coches de segunda mano?

Hace tiempo que me enteré por internet de que, después de trasladarse a Francia, había abierto una escuela de actores que, de todos modos, quebró al cabo de solo unos meses.

Mark Sutthoff también sonríe.

—Ya no vivimos en París, nos hemos trasladado al campo. Al valle del Marne, una zona preciosa con una naturaleza de ensueño. Hacemos vino. Te enviaré una caja, Matthias.

—Muy amable.

Karin, que ya se ha sentado a su lado, carraspea y deja la bolsita del té en un platito aparte.

—Toma, Mark —dice, y le indica que coja una taza—. ¿Cómo están tu mujer y tu hija?

Mark Sutthoff tiene una hija. Primero tuvo a la mía, ahora tiene una propia. Empiezo a sentir unos latidos por encima de la ceja derecha.

—Bien, bien —contesta, y bebe un sorbito de té.

—¿Cuántos años tiene ya la pequeña? —pregunta Karin.

—Nueve. El tiempo pasa muy deprisa.

—Sí —dice mi mujer sonriendo—. A veces.

—Entonces, ¿se sabe algo nuevo de Lena?

El latido sobre mi ceja empeora cuando él pronuncia su nombre.

—¿Desde cuándo te interesa eso?

Mark Sutthoff deja su taza haciendo ruido y me mira. Si no lo conociera, casi creería que acabo de tocarle la fibra sensible. Un buen tiro, justo en el blanco. Las comisuras de la boca le caen hacia abajo, incluso creo ver un ligero temblor en la zona de la barbilla.

—Siempre me ha interesado, lo sabes muy bien.

Karin le da unas palmaditas en la rodilla para animarlo, él le toma la mano. Mark Sutthoff y mi mujer haciendo manitas. Imagino lo que esas manos hicieron tal vez con mi hija. Cómo la agarraron, la asfixiaron, la enterraron en una fosa.

—Mark Sutthoff tiene coartada —me anunció Gerd en aquel entonces.

Sacudí la cabeza.

—Coartada, ¿y eso qué quiere decir? La gente miente para tener coartada.

—Matthias, la semana en la que Lena desapareció no estaba en la ciudad. —Gerd lanzó las manos hacia arriba al ver que yo seguía negando con la cabeza—. ¡Por Dios, Matthias, ni siquiera estaba en el país! ¡Se había ido a Francia! ¡Tenemos su billete de avión, la reserva del hotel, declaraciones del personal y de su acompañante!

—¿Qué acompañante?

Gerd me miró fijamente un momento.

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—El señor Sutthoff ha declarado que Lena y él rompieron hace unas semanas. Hemos encontrado mensajes de texto en su móvil que lo corroboran, pero también indican que seguían estando en contacto y tenían previsto quedar tras su regreso. Quizá querían volver a intentarlo.

Aparto la mirada.

—Ya sé que en el pasado tuvimos nuestras diferencias, Matthias —oigo que dice la voz de Mark.

Asiento con debilidad, recuerdos. Mis manos en su cuello, su espalda contra la pared, su rostro congestionado. «¿Dónde está, cerdo?»

—Pero, igual que tú, siempre he deseado que descubrieran cuál fue el destino de Lena. Nunca la he olvidado. —Cuando ríe, su risa casi suena amarga—. Pregúntale a mi mujer, que hace tiempo que no soporta oír más historias de Lena. Pero ¿qué le voy a hacer? El primer amor es para siempre.

Karin suspira, en cierto modo encantada.

—También por eso, claro —prosigue Mark Sutthoff—, me he subido al primer avión en cuanto la policía se ha puesto en contacto conmigo.

El latido de encima de la ceja cesa de inmediato.

—¿La policía?

Mark asiente con diligencia.

—Sí, sí. Ayer me llamó ese tal Bernd Brühling. Por lo visto necesitan mi ayuda.

—Gerd Brühling —corrijo siguiendo un estúpido automatismo mientras mi mente intenta comprender el significado de todo eso—. Tu ayuda... ¿en qué?

—No lo sé con exactitud, pero... —respira, honda y teatralmente— no hace falta decir que haré todo lo necesario para contribuir a encontrar por fin a Lena. —Se vuelve hacia Karin, que asiente conmovida—. Ahora yo también tengo una hija. No sé cómo habría aguantado estos últimos años de haber estado en vuestro lugar. —Esta

vez se vuelve hacia mí—. Seguro que me habría vuelto loco.

Paso por alto su elocuente mirada.

—Pero Gerd Brühling te habrá dicho algo por teléfono.

Mark se encoge de hombros.

—Solo que tal vez podría ayudar ahora que han encontrado a la otra mujer y, gracias a eso, tienen un nuevo enfoque. ¿Cómo están los niños? Un niño y una niña, ¿verdad? Caray... —Sonríe ensimismado— Mi Lena, madre. Increíble.

—«Tu» Lena...

—Los niños están como es de esperar dadas las circunstancias —se apresura a contestar Karin—. No puede decirse que estén bien. Jonathan ha quedado muy traumatizado. Con Hannah, los psicólogos sospechan una ligera manifestación de... Cariño, ¿cómo se llama ese síndrome?

—Asperger —refunfuño.

—Asperger, eso es. Se trata de una forma de autismo que hace que a los afectados les cueste relacionarse con otras personas. En la comunicación, por ejemplo. Tienen tendencia a tomarse las cosas literalmente y, por lo tanto, no comprenden del todo el contexto...

—Sí, pero ¿no es lo más normal si has pasado toda la vida aislado en una cabaña? ¿Cómo va a relacionarse la pequeña con otras personas? No sabe lo que es eso.

—¡Eso mismo digo yo! —exclamo, y levanto el índice en el aire—. ¡Justo lo que digo yo, Mark! ¡No se puede diagnosticar un trastorno así como así! ¡Tendrías que ver lo lista que es Hannah!

—Pero, Matthias, la doctora Hamstedt ya te lo explicó —interviene Karin—. Muchos pacientes de Asperger son incluso más inteligentes que la media. Se trata más bien de la forma en que experimentan el mundo...

Mark sacude la cabeza.

—Es posible que la niña tenga que acostumbrarse antes a todo esto.

—Lo que digo yo —repito una vez más, y doy una palmada.

Karin suspira.

—Ya veremos cómo se desarrolla todo. Por lo menos, en Regensburg están en las mejores manos. La terapeuta que se ocupa de ellos se ha involucrado mucho.

—Cosa que, por cierto, Karin solo puede suponer —digo, dirigiéndome a Mark—, porque nunca me acompaña cuando voy a ver a los niños.

—¿No? —Mark mira con sorpresa a Karin, que rehúye sus ojos.

—Supongo que yo también debo acostumbrarme primero —responde en voz baja.

—Seguro que todo saldrá bien —dice él, y vuelve a estrecharle la mano.

—¿Cuándo has quedado con Gerd Brühling? —pregunto.

—Bueno, creo que lo antes posible. Cuando hablamos aún no podía decirle en qué vuelo iba a llegar, así que todavía no sabe que estoy en Alemania. Pero mañana temprano le llamaré.

—¿Nos mantendrás al corriente?

—Sí, por supuesto, Matthias. No hace falta ni decirlo.

El padre de la juerguista desaparecida en Múnich es procesado por agresión

Múnich. Matthias Beck, el padre de la juerguista desaparecida en Múnich el pasado enero, Lena Beck (23), ha sido declarado culpable de agresión. El juzgado de primera instancia de Múnich ha condenado al hombre, de 48 años, a una multa de 70 días de sueldo después de agredir violentamente al exnovio de su hija, Mark S. (26), joven promesa de la interpretación. Matthias Beck, según algunas informaciones, estaba convencido de que S. era el responsable de la desaparición de su hija. La pena ha tenido en cuenta el estado mental en que se encontraba Matthias Beck en el momento de la agresión, según la valoración de un perito consultado por el tribunal. La sentencia es firme. La víctima, Mark S., se ha mostrado satisfecho con el resultado del juicio. «El señor Beck se me echó encima como una fiera, temí por mi vida. Me alegro de que el tribunal no se lo haya tolerado. A pesar de que comprendo muy bien su dolor, hay que poner freno a la conducta violenta del señor Beck, no solo para protegerme a mí, sino a cualquiera.»

Jasmin

Cómoda de la ropa interior, segundo cajón desde arriba. Sigo sentada en el colchón y miro a Kirsten, que primero palpa el par de calcetines correcto y luego lo desenrolla. Observo su rostro. Sus ojos empañados, que normalmente miran con claridad; sus labios, que parecen finos y torcidos. Del ovillo de calcetines ha sacado con dedos temblorosos un añico de cristal que todavía tiene pegadas estrías de sangre marrón y seca.

—¿Esto es...?

—El trozo de la bola de nieve que la policía no encontró.

—¿Cómo es que lo sacaste de la cabaña? ¿No querrías un *souvenir?*

Sacudo la cabeza.

—Me lo dio Hannah, en el hospital. El médico que me trataba me había inyectado un tranquilizante y yo estaba bastante ida. Hannah entró en la habitación y me puso el añico en la mano. «Me acuerdo perfectamente de todo», dijo. Cuando desperté, al principio pensé que lo había soñado, pero entonces noté que aferraba ese añico.

—¿Y cómo es que te lo dio?

—En un primer momento no supe explicármelo. Ahora, sin embargo, después de esa carta, creo que quería hacerme sentir culpable.

Me recuerdo en la ambulancia, recuerdo la extraña sensación que me sobrevino al oír su voz. «Se llama Lena», dijo esa voz que, según creí entonces, no podía ser real, sino que salía del tranquilizante o de la conmoción. Esa extraña sensación reforzada más adelante, cuando por Cham y Múnich me enteré de que Hannah *sí* me había acompañado en la ambulancia, y de que en esos momentos estaba en el hospital, tal vez a solo un par de habitaciones de distancia, o a una planta como mucho. La extraña sensación de que algo de todo aquello no encajaba. Hannah nunca habría abandonado la cabaña, y eso que unas horas antes yo se lo había pedido a gritos. Les grité a los dos que me siguieran. «¡Venga, niños! ¡Vamos!», pero no vinieron. Jonathan se arrodilló gimoteando en voz baja junto al cuerpo inmóvil que yacía en el suelo. Hannah estaba de pie a su lado, mirándome con incredulidad. Yo acababa de matar a su padre, con toda la violencia posible, con un grito arcaico, con la bola de nieve.

—Me culpan de la muerte de su padre.

—Jassy, son niños pequeños.

—Hannah ya tiene trece años, Jonathan once.

—Son niños.

—El añico es una señal.

—Por favor...

—Y la carta quiere ser un recordatorio. No debo olvidar lo que les he hecho. Querían que fuese su madre para siempre y siempre jamás, y yo lo he estropeado todo. Para siempre y siempre jamás. —Bajo la voz hasta convertirla en un susurro—: Se acuerda de todo perfectamente.

—Jassy, la carta ni siquiera lleva remitente. Debe de haberla dejado alguien en tu buzón. ¿No creerás en serio que dos niños que están internados en una institución psiquiátrica han conseguido salir de allí para recorrerse todo Regensburg repartiendo cartas? —Le da vueltas al añico sangriento entre sus dedos—. ¿Por qué no se lo has entregado a la policía?

—No lo sé. Creo que no quería tener que explicarlo, así que escondí el cristal en la ranura entre mi cama y el colchón, y luego lo metí en la

bolsa de viaje que mi madre me llevó al hospital.

Me detengo para interpretar la expresión del rostro de Kirsten. Un rostro que una vez me fue tan familiar, en el que un temblor de pestañas contenía una respuesta, y unos labios fruncidos, toda una discusión. Ese rostro que ahora me es extraño, igual que a ella el mío debe de resultarle desconocido. Como todo en mí le resultará extraño.

—No lo entiendes —afirmo.

Kirsten guarda silencio.

—No pasa nada. Tampoco tienes por qué.

—¡Pero me gustaría entenderte, Jassy! Es solo que me resulta endemoniadamente complicado seguirte.

Sonrío con debilidad. Él tenía razón.

«No tienes a nadie más, solo a nosotros. Te irá mejor si entiendes eso.»

Hannah

Al principio esto me gustó más. El hospital de niños, quiero decir. No estaba del todo bien, pero sí mejor que ahora. Jonathan y yo podíamos dormir en la misma habitación. Nos dejaban comer allí juntos, los dos solos, y no teníamos que ir a la sala grande con los demás niños para las comidas. La señora Hamstedt y sus ayudantes nos dejaban en paz. A menudo pasaban a ver cómo estábamos y si todo iba bien. Podíamos ir puntualmente al baño y siempre nos preguntaban si necesitábamos o queríamos algo. Yo quería a la Señorita Tinky, pero la señora Hamstedt dijo que la policía no la había encontrado. Yo creo que se escapó cuando mamá y yo salimos corriendo de la cabaña por la noche. Seguro que no cerramos bien la puerta. Supongo que la Señorita Tinky se asustó con todos esos policías extraños y corrió al bosque. Ahora debe de estar por ahí, en algún sitio de la oscura maleza, y estará asustada porque tiene hambre y ya no encuentra el camino para volver a casa. O puede ser, y creo que eso me parecería peor aún, que sí encontrara el camino para volver a casa, pero que ahora esté muchísimo más asustada porque ninguno de nosotros está ahí.

—Lo siento mucho, Hannah —dijo la señora Hamstedt cuando me puse triste y lloré—. Sé que tu gata es muy importante para ti. Seguro que estará bien.

Después dijo que en el hospital de niños, de todas formas, no se admiten animales. Esa fue la primera vez que pensé que este sitio no podía ser tan bonito.

Y al cabo de unos días comprobé que tenía razón.

Dijeron que era mejor que Jonathan y yo estuviésemos en

habitaciones separadas y comiésemos con los demás niños en la sala grande. Tampoco volvieron a preguntarnos si queríamos algo y cerraron el baño con llave. Yo pude aguantarlo más o menos bien, pero Jonathan se hacía pis tres veces al día. A partir de entonces empezaron a darle las pastillas amarillas, que aún le fueron bien. Por lo menos seguía esforzándose en dibujar y hablaba conmigo. Con los demás no, pero conmigo sí. Una vez me dijo que cree que ahora tenemos que estar aquí porque deben castigarnos. «Eso no es verdad», contesté, y que no tenía que preocuparse porque pronto vendrían a buscarnos. Nos lo habían prometido y lo prometido es deuda. Pero no me creyó.

Poco después empezó a golpearse la cabeza con la mesa durante las comidas, y entonces le cambiaron las pastillas por las azules. Ahora ya no habla, y en la hora de dibujo solo pinta garabatos. Yo le digo que tiene que esforzarse más, pero él no me hace caso. Pintarrajea cosas tan feas que ya ni siquiera nos dejan estar juntos en las comidas. Va a dibujo una hora antes que yo. Casi nunca lo veo, solo cuando sale de pintar en el despacho de la señora Hamstedt y yo espero en el pasillo para entrar. Igual que hoy.

No me gustan sus ojos bobos. Aunque sé que solo mira con esos ojos de embobado por culpa de las pastillas azules, cada vez me cuesta más tenerle cariño. Además, ni siquiera dice «hola» cuando me ve. Siempre hay que ser educado y decir «hola». La señora Hamstedt lo empuja fuera de su despacho y le hace dar un par de pasos por el pasillo, donde ya lo está esperando el ayudante que me ha acompañado a mí.

—¿Se ocupa del joven, Peter?

—*Efectiviguonder* —responde el ayudante, lo cual no es una palabra de verdad, y luego le dice a Jonathan—: Bueno, pequeñajo, ¿cómo estás hoy? ¿Has hecho dibujos bonitos con la doctora Hamstedt?

Jonathan arrastra los pies a su lado sin responder.

—Genial —añade el ayudante de todas formas—. Pues entonces te llevaremos a tu habitación, colega.

Los sigo con la mirada mientras se alejan por el pasillo. Aparte de los ojos bobos, Jonathan también está diferente en todo lo demás. Incluso me he fijado en que va sin peinar por detrás. En el centro de la nuca, donde por la noche apoya la cabeza en la almohada, se le ha formado una raya y tiene los rizos aplastados a derecha y a izquierda. El extraño pantalón gris que le han dado le cuelga casi hasta las rodillas. A mí también me han dado un pantalón así, solo que en rosa. Habría preferido tener mis cosas de casa.

—Bueno, Hannah —dice la señora Hamstedt cuando Jonathan y el ayudante ya han pasado la puerta de cristal que da a la escalera—. Ahora nos toca a nosotras, ¿eh?

Al principio no digo nada y tampoco la miro, porque quiero esperar como todos los días para ver si Jonathan y el ayudante tuercen a la derecha o a la izquierda después de la puerta de cristal. A la izquierda está el ascensor, a la derecha la escalera. Ya no nos dejan ir en el ascensor, y eso también es por culpa de Jonathan. La primera vez gritó tanto que pude sentir su chillido en el estómago. La barriga me vibró de verdad. Y todo porque el pequeño idiota no entendía el sistema. La señora Hamstedt dijo que se debía a que la cabina del ascensor es muy pequeña y estrecha, y a que las puertas se cierran durante el viaje. Yo le expliqué que un ascensor funciona gracias a un sistema de cuerdas y que las puertas tienen que estar cerradas, por supuesto, porque si no podrías caerte. Pero Jonathan no quiso prestarme atención. Cada día que no sube en el ascensor, sé que no está «mucho mejor», como afirman todos. No quiere esforzarse y volver a ser mi hermano.

Tuercen a la derecha; lo sabía.

—¿Vienes, Hannah?

Digo que sí y paso por delante de la señora Hamstedt para entrar en su despacho.

La ventana está abierta. La señora Hamstedt siempre airea entre las sesiones de dibujo. A mí me gusta que la ventana esté abierta, porque entonces la persiana también está levantada y se puede ver el cielo. A veces incluso es muy azul, a veces gris, pero nunca marrón, porque ya no vengo al despacho con gafas de sol. El cielo marrón no me gusta nada de nada. Aguardo a que cierre la ventana y baje la persiana, y entonces me dice que me siente. Mi sitio está en la mesa de niños, donde ya hay preparados un bloc de pintura y muchos lápices afilados. Al fondo de la sala está el gran escritorio de la señora Hamstedt, que tiene dos sillas delante, pero ahí todavía no me he sentado nunca.

—Hoy sucederán dos cosas diferentes, Hannah —dice la señora Hamstedt cuando se sienta conmigo a la mesa de niños.

Me tiro del labio porque no quiero reírme de ella por sus piernas largas, que no caben bien en esa mesa tan baja. No hay que reírse de la gente, aunque se sienten de una forma tan graciosa.

—¿Quieres saber el qué?

Digo que sí con la cabeza.

—En primer lugar, tengo una buena noticia para ti. ¿Quieres oírla?

Vuelvo a asentir.

—Tu abuelo vendrá a buscarte.

El corazón me late más deprisa.

—¿Para ir a casa?

Ahora es ella la que asiente.

—¿Estás contenta?

Quiero volver a decir que sí con la cabeza, pero al final no lo hago porque me parece tonto que las dos estemos asintiendo por turnos. Además, su pregunta también es muy tonta, porque ya le he dicho cien veces que quiero irme a casa. Así que es obvio que estoy contenta.

—¿Ahora mismo? —pregunto, en cambio.

—Más tarde. Ahora todavía te necesito un rato —dice la señora Hamstedt, y parece que se trata de algo muy importante.

—¿Para qué?

—Esa es la segunda cosa diferente que sucederá hoy.

Se levanta de la sillita poco a poco, por culpa de sus piernas largas, y va al gran escritorio. Solo le veo la espalda, pero oigo un susurro de papeles. Cuando se vuelve otra vez hacia mí, tiene un dibujo en las manos. Enseguida sé que es de Jonathan; garabatos negros. La señora Hamstedt regresa a la mesa y se esfuerza por sentarse otra vez en la sillita con sus piernas largas. Me acerca el dibujo de Jonathan. Ahora es cuando veo que, debajo de los garabatos negros, en realidad había pintado otra cosa.

—Cógelo si quieres —dice la señora Hamstedt, y mueve el papel.

Lo atrapo y lo dejo en la mesa. Desde que no pintamos juntos, la señora Hamstedt nunca me había enseñado ninguno de los dibujos de Jonathan.

—Necesito tu ayuda, Hannah, para entender exactamente qué es lo que ha dibujado tu hermano.

Paso el dedo por lo que ha quedado de una cara bajo los garabatos negros. Le ha salido muy bien, por una vez se ha esforzado mucho.

—Esa es vuestra mamá, ¿verdad?

Le ha puesto un vestido largo, pero seguro que tiene los pies fríos, porque al pequeño idiota se le ha olvidado dibujarle zapatos.

—¿Hannah?

—Sí, creo que sí.

—¿Y es tu mamá de verdad? ¿O sea, la mujer que os dio a luz a Jonathan y a ti? ¿O la mujer que llegó después de ella para estar con vosotros en la cabaña?

—Papá dijo que eso no es importante.

—¿No es importante?

Niego con la cabeza.

—No se trata de quién nos ha dado a luz. Lo principal es que se porte bien y nos quiera.

—¿Eso dijo tu papá? ¿Y tú crees que tenía razón?

Me encojo de hombros.

La señora Hamstedt me mira como si ahora yo tuviera que decir algo más, pero no hago nada hasta que ella se cansa de esperar una respuesta y vuelve a hablar.

—Mira bien el dibujo otra vez, Hannah.

Lo miro. Mamá tiene algo en brazos, un paquetito con una cara.

—¿Ese es Jonathan?

Niego con la cabeza.

—¿O tú, Hannah? ¿Eres tú?

—Debe de ser Sara. Pero Jonathan no la ha dibujado muy bien, ¿lo ve? —Le señalo la boca—. Aquí está sonriendo, pero en realidad siempre chillaba.

Cuando levanto la mirada, la señora Hamstedt tiene manchas rojas en el cuello y la cara.

—¿Y quién es Sara?

—Nuestra hermana. —Me rasco el cuello, que ha empezado a picarme como si la señora Hamstedt me hubiese contagiado sus manchas—. Pero no la tuvimos mucho tiempo porque no hacía más que dar problemas.

Matthias

A raíz del examen exhaustivo ordenado por la policía en el hospital de Cham, los niños fueron trasladados a Regensburg. En Cham también hay un centro psiquiátrico, de hecho, solo que no está especializado en menores. Yo habría preferido que los ingresaran en una institución de Múnich, pero, como sin pruebas genéticas todavía no soy su abuelo, no me hicieron caso. Así que, desde hace dos semanas, voy en coche de Múnich a Regensburg todos los días. Hora y media, si no hay mucho tráfico. Karin lo considera desmedido. Todo ese tiempo podría aprovecharlo de otra manera. Me pregunta constantemente cuándo pienso volver a abrir la asesoría, incluso comenta que me sentaría bien ocuparme de los impuestos de la gente. Y eso que, de todas formas, ambos sabemos que desde la desaparición de Lena y la posterior trifulca con la prensa apenas me quedan clientes. Desde la noche del accidente, hace más de dos semanas, en la puerta de la asesoría cuelga un cartel: «Cerrado por asuntos familiares». Karin se acerca de vez en cuando por allí para escuchar los mensajes del contestador automático y regar las plantas. Antes podía permitirme dos empleados; antes, cuando mis clientes solo veían en mí al meticuloso asesor fiscal, y no a un peligroso condenado que le dio tal paliza a un simpático actor promesa que lo envió al hospital. Karin todavía no sabe que estoy sopesando no volver a abrir más. Al fin y al cabo, ya he cumplido los sesenta y dos. Tenemos la casa pagada y también unos ahorros. Podría jubilarme y ser abuelo. *Grand-père*...

—No, mejor no —le he dicho antes, en el desayuno, cuando ella se ha ofrecido a acompañarme hoy para ir a Regensburg a buscar a

Hannah—. El trayecto es muy pesado, tienes mucha razón. En el tramo de la A9 suele haber bastante tráfico. Ya sabes lo mucho que tardo siempre.

Por eso se me ha enfriado varias veces la cena estas últimas dos semanas.

En realidad me alegro de poder ir a buscar yo solo a Hannah hoy. La idea de traérmela a casa conmigo me resulta solemne. A Lena, de pequeña, le gustaba ir en coche. De vez en cuando me obligaba a parar en mitad de un trayecto largo. Un día fue en un prado, un campo entero lleno de girasoles que la hizo salir disparada hacia delante para agarrarse al cabezal de mi asiento con sus pequeñas manitas y darle sacudidas hasta que cedí. En cuanto hubo ocasión, paramos a coger girasoles y contemplar las formas de las nubes. Otras veces me pedía parar en un área de descanso, solo por la perspectiva de un helado. Creo que se lo contó a Hannah, le habló de todo eso puede que incluso con mucho detalle. Hannah sabe, por ejemplo, cómo era nuestro jardín, como si ella misma hubiese estado allí cientos de veces. La parcela queda algo apartada de la zona residencial de Múnich-Germering, donde se encuentra nuestra casa. Es un lugar idílico que linda directamente con el monte. Lo heredé de mi madre, la abuela de Lena, Hannah. Antes pasábamos allí fines de semana enteros. A Lena le encantaban las hortensias. Tengo pensado llevar a Hannah a ese jardín dentro de unos días, cuando se haya habituado a nosotros, a poder ser pronto, antes de que las hortensias pierdan la flor.

Así que ahora voy sentado en nuestro viejo Volvo. El asiento de atrás aún está vacío, todavía faltan doce kilómetros para Regensburg. En el bolsillo de la chaqueta me vibra el móvil. No contesto, no porque no se deba hablar por teléfono mientras se conduce, sino porque enseguida me viene a la cabeza la idea de que la doctora Hamstedt podría estar al otro lado de la línea para decirme que ha cambiado de opinión. Que no puedo llevarme a Hannah. O Karin. Karin podría decirme lo mismo, solo que por otros motivos. Así que subo el volumen de la radio. El parte meteorológico promete un precioso día de finales de verano. No quiero que nadie me lo estropee.

Son casi las once y media cuando maniobro en una de las plazas de aparcamiento para visitantes de detrás del gran edificio. He llegado temprano, habíamos quedado a las doce. Apago el motor y saco el móvil del bolsillo. Tengo un total de cuatro llamadas perdidas. De Karin. También me ha escrito un mensaje de texto, pero no lo abro por precaución. No hay vuelta atrás. Es lo más normal del mundo, Hannah tiene que estar con nosotros. Vuelvo a guardar el móvil y salgo del coche.

El centro clínico regional está compuesto por varios edificios independientes que se reparten por su campus sanitario como si fuera un pequeño pueblo. Todos los días paso junto al inmenso cartel que señala el camino hacia el «Hospital de psiquiatría infantil y juvenil, medicina psicosomática y psicoterapia» y miro al suelo. «Psiquiatría» es una palabra fea. Para Hannah es el «hospital de niños»; para mí, un «centro de traumatizados».

Entro en el edificio, que me recuerda a una versión gigantesca y de varias plantas de la antigua escuela elemental de Lena; mucho cristal y puntales de acero pintados de colores. La recepcionista que está de turno ya me conoce y levanta la mano.

—¡Buenos días, señor Beck!

—Buenos días, señora Sommer. Llego un poco pronto.

—No importa. Suba si quiere. De todas formas ya le están esperando.

Avanzo por el pasillo de la segunda planta en dirección al despacho de la doctora Hamstedt y reconozco a Frank Giesner al instante, aunque me da la espalda. Parece que solo tenga ese traje, uno gris marengo con los hombros demasiado holgados que le hace la espalda más ancha de lo que seguramente es en realidad. Junto a él veo a la doctora Hamstedt y a un agente uniformado. Hablan en voz baja hasta que la doctora se percata de mi presencia, se interrumpe y, un segundo después, las tres cabezas se vuelven hacia mí.

—Ah, señor Beck, qué bien que ya esté aquí —dice Giesner.

Empiezo a arrastrar un poco los pies. Por un momento pienso que de pronto la doctora Hamstedt, por algún motivo, quiere impedir que me lleve a Hannah y ha solicitado la intervención de la policía. Tenso los hombros y levanto la barbilla. Hannah es mi nieta, yo soy su *grand-père* y me la llevaré a casa.

—Señora Hamstedt, señor Giesner —digo, sucinto. Al agente de uniforme solo le saludo con una cabezada.

—Señor Beck —contesta la doctora con una sonrisa—. Me alegro de que haya llegado.

—¿Qué ocurre con Hannah? ¿Dónde está?

—No se preocupe, señor Beck. La niña espera en mi despacho con un auxiliar.

—¿Hay algún problema?

Giesner me toca el hombro y suspira.

—Hay novedades —dice entonces—. La doctora Hamstedt me ha llamado hace un rato y me ha informado de una conversación que ha tenido con Hannah en terapia. Señor Beck, parece que hay una tercera niña.

—Sara —añade la doctora Hamstedt.

—Sara... —repito como un bobo.

La doctora asiente.

—Vamos a necesitarlo, señor Beck. Ayúdenos a hablar con Hannah.

Hannah

El grito de mamá me preocupó. Preocupar no es del todo asustar, pero tampoco es muy bueno. Salté del borde de la cama y me apreté contra papá, que estaba de pie ahí al lado. Fue una suerte que estuviera en casa. Así, teníamos la estufa encendida y él cocinaba para nosotros. En ese momento me estrechó con mucha fuerza. Puso su mano grande y cálida sobre mi oreja derecha, de manera que podía oír el mar. La oreja izquierda la tenía apretada contra su barriga. En un lado rugía el mar, en el otro le rugía el estómago.

—No tengas miedo, cariño —dijo, y me acarició el pelo—. Los dolores son buenos. Significan que el bebé nacerá pronto.

Volví la cabeza hacia mamá, que se revolcaba en la cama. Tenía la cara muy fea. La sábana hacía olas a causa de sus contracciones. Su gruesa esposa plateada repiqueteaba contra el poste de la cama, y tenía las piernas enredadas en la manta.

—Estoy bien, Hannah, todo va bien —consiguió decirme entre dos gritos.

—¿Ayudamos a mamá y le damos la mano? —propuso papá.

Al principio no estaba muy segura, luego asentí. Todo iba bien. Los dolores eran buenos. El bebé nacería pronto.

Solo que no era verdad. Se habían equivocado. El bebé no nacía.

Y eso que mamá llevaba gritando desde el día anterior.

Hacía tiempo que se me habían quitado las ganas de darle la mano, igual que a todos. Estábamos cansados, nadie podía dormir con tanto grito y nos poníamos nerviosos. Incluso la Señorita Tinky, que esa mañana me tiró la taza y todo el cacao se vertió por la mesa y cayó al suelo. Ella sabía muy bien que no se le había perdido nada encima de la mesa. Vino papá, que seguramente me había oído reñir a la Señorita Tinky, y me dio la razón; a los gatos no se les ha perdido nada en la mesa. La Señorita Tinky intentó esconderse debajo del sofá, pero él la encontró, la agarró por el pescuezo y la echó fuera, delante de la puerta. A mí al principio me pareció bien, porque al fin y al cabo tenía que aprender, pero en cuanto papá volvió a cerrar la puerta, me dio miedo. Fuera era peligroso. ¿Y si la Señorita Tinky se perdía y nunca encontraba la forma de volver? ¿Y si se asustaba? ¿Y si pensaba que ya no la queríamos? Mamá soltó entonces un grito más que horrible. Papá quiso ir a verla y luego fue a por un cubo y una bayeta para que yo pudiera limpiar el desastre que había organizado la Señorita Tinky.

—Papá —dije enseguida, antes de que pudiera salir del comedor.

Se volvió hacia mí.

—¿Quieres decirme algo, Hannah? —preguntó sonriendo.

Se arrodilló y extendió los brazos hacia mí. Nuestros ojos se encontraron a la misma altura. Mi papá siempre dice: «Si alguien no te mira a los ojos, es que tiene algo que esconder».

—Hay que dejar entrar otra vez a la Señorita Tinky. Fuera hace demasiado frío para ella.

—Solo así aprenderá la lección, Hannah —dijo él, y me dio un beso en la frente—. Ahora tengo que ir con mamá, tesoro. Me necesita.

Asentí con la cabeza.

Oía a mamá, que gritaba. Y a la Señorita Tinky, que arañaba la puerta por fuera y maullaba de una forma muy lastimera...

—¿Hannah? —El abuelo.

Seguro que se ha dado cuenta de que estaba ensimismada.

Lo miro primero a él, luego a la señora Hamstedt y luego al policía del traje gris. Están sentados conmigo en el despacho de la señora Hamstedt y esperan a que les cuente algo de Sara, pero yo no quiero hablar más de ella. Esta mañana ya se lo he contado todo a la señora Hamstedt y con eso debería bastar. Le he dicho que Sara era nuestra hermana y que no nos la quedamos mucho tiempo. Pero la señora Hamstedt quería saber más cosas. «¿Qué quieres decir, Hannah?», «¿Eso qué significa?», «¿Quieres dibujar algo sobre ello?».

«¡No!», he dicho con mi voz de león, y que prefería volver a mi cuarto. Solo quería descansar un rato, porque siempre hay que descansar lo suficiente antes de hacer algo especial. Y hoy voy a hacer algo especial.

Mi abuelo me lleva a casa. Soy su nieta preferida, eso lo sé hace tiempo. A Jonathan no lo acompaña a las citas médicas, pero eso no es culpa del abuelo. Jonathan no quiere salir del hospital. Por eso no ha ido al dentista y tampoco le han regalado una pegatina de estrellita.

—Hannita —me dice ahora el abuelo—. Nos lo puedes contar con toda tranquilidad. Yo también estoy aquí, no debes tener miedo.

No tengo miedo. Es solo que no me apetece hablar más de Sara. Todo gira siempre en torno a ella. Hay cosas más importantes.

—¿Ha encontrado alguien por fin a la Señorita Tinky? —pregunto —. Seguro que me echa mucho de menos.

Matthias

Giesner y yo, por deseo suyo, vamos a dar un pequeño paseo por el recinto del hospital. Yo, por mi parte, habría preferido llevarme a

Hannah directamente después de la conversación en el despacho de la doctora Hamstedt. Ya podríamos estar en la autopista hace rato, pero Giesner ha dicho: «La doctora Hamstedt me ha informado de sus planes», y le ha lanzado una mirada dudosa a Hannah. Por lo menos ha tenido la decencia de no ponerse a discutir mis intenciones delante de la pequeña. Ha señalado hacia la puerta.

—Salgamos a dar una vuelta, señor Beck.

Hannah se ha quedado con la doctora Hamstedt mientras tanto. Le he prometido que no tardaría mucho y he creído ver una sonrisa fugaz en su rostro. Tiene una sonrisa de lo más encantadora.

—Puedo entender que quiera llevarse a la niña a casa, señor Beck —dice Giesner en cuanto salimos por la gran puerta de cristal y pisamos el camino de grava que rodea el edificio del hospital.

—La doctora Hamstedt respalda la idea —señalo, por si acaso.

Si Hannah y yo saliéramos en la próxima media hora, podríamos parar una o dos veces por el camino. Si no, seguramente se nos hará demasiado tarde, en eso Karin tiene razón. Opina que es mejor que la niña conozca su nuevo hogar de día. Aunque ella lo ha argumentado diciendo que, si Hannah no se encontrara a gusto con nosotros, siempre podría llevarla de vuelta al hospital antes de la cena. «Así lo haremos, cielo», le he dicho, y he sonreído.

—Estoy al corriente, sí. —Giesner enciende un cigarrillo. No sabía que fumara—. ¿Quiere uno?

Me doy unos golpecitos en la solapa izquierda de la americana, a la altura del corazón.

—Mi médico me haría picadillo. Ya me he salvado dos veces por los pelos.

No tengo ni idea de por qué le cuento lo de mi corazón fastidiado. Quizá para que se compadezca de mí... «Dale ya a su nieta al pobre viejo enfermo, que de todas formas no le queda mucho.» Y, de hecho, Giesner sí parece algo afectado.

—Lo siento mucho —dice, y sopla el humo de su primera calada por encima del hombro, lejos del pobre viejo enfermo—. ¿Prefiere que lo...?

—No, qué va. No me molesta. ¿Iba a hablarme de algo?

—Sí, como le he dicho, puedo entender que quiera llevarse a Hannah. La pregunta, y también se la he hecho a la doctora, es: ¿no podríamos aprovechar esta circunstancia para nuestra investigación? La doctora Hamstedt ve una buena oportunidad.

—No lo entiendo.

Giesner señala un banco que está a unos pasos, al borde del camino de grava.

—Sentémonos un momento ahí.

Caminamos en silencio. La grava cruje bajo nuestros pies.

—Señor Beck —retoma el comisario cuando nos hemos sentado—. Hannah es una testigo importante, pero también muy complicada. Yo no entiendo mucho de psicología, pero la doctora me parece convincente cuando nos advierte de que no la presionemos. Por otro lado, hasta el momento no ha sido especialmente útil en la resolución del caso.

—Pero ¿los niños no son siempre testigos difíciles?

—Hmmm... Cierto. —Giesner da una calada—. Cuando interrogamos a niños, solemos encontrarnos con dos tipos de reacciones. Algunos necesitan mucho tiempo antes de empezar a hablar, porque son tímidos, y entonces cuentan solo lo más imprescindible. Otros, por el contrario, enseguida se muestran muy comunicativos y hablan casi por los codos, como si hubiesen estado esperando a que alguien les preguntara. Entonces, además de darnos la descripción del presunto culpable, nos explican también lo que había ese día para comer y lo que dijo Epi en el último episodio de *Barrio Sésamo*. —Sonríe satisfecho; yo no. Cuando ve mi rostro impasible, carraspea—. En fin, bueno, lo que quiero decir es lo siguiente: esos niños, algunos incluso un poco más pequeños que Hannah, comprenden al menos por qué necesitamos su ayuda y se esfuerzan por contribuir a resolver el caso, dentro de sus posibilidades.

—Si le digo la verdad, todavía no sé adónde quiere llegar.

Giesner se inclina hacia el lateral del banco para apagar el cigarrillo.

—Hannah, por lo visto, no pertenece a ninguna de esas dos categorías, lo cual complica aún más el asunto. —Cuando vuelve a enderezarse, veo una expresión extraña en su rostro—. Tiene mucho interés por toda clase de conocimientos, ¿no le parece? —comenta arrugando la frente y con los ojos medio entornados—. Sin que yo se lo pidiera, me ha explicado cómo funciona la luz azul de un coche patrulla, por ejemplo. En cambio, cuando le pregunto por el nombre de su padre, lo único que consigo como respuesta es «papá», o nada de nada. Eso, naturalmente, hace que me pregunte cómo es posible. ¿Una niña que busca respuestas para todo lo demás? ¿Nunca le sorprendió que, en lugar de Lena, de pronto estuviera en la cabaña la señora Grass, sustituyéndola? ¿Aceptó la desaparición de su madre así como así?

—Bueno, por favor. —Agito la mano en el aire, soliviantado—. ¿No pensará en serio que Hannah podría estar ocultando información de manera consciente? —Suelto una carcajada—. Eso se llama «trauma», señor Giesner. Quién sabe lo que ese monstruo habría hecho con ella si se hubiese atrevido a preguntar más de la cuenta.

El comisario mira al suelo y empieza a amontonar grava con la

punta del zapato.

—Pero ahora el monstruo está muerto —dice al cabo de un rato, y levanta la mirada, directa a mis ojos—. En las últimas dos semanas he interrogado a Hannah nueve veces, señor Beck. Nueve. —Se encoje de hombros—. Por lo menos ahora sé cuánto mide la torre Eiffel, que dice haber visitado con su madre. Trescientos veinte metros.

—Trescientos veinticuatro —corrijo, y empiezo a removerme inquieto en mi sitio. La dura madera del banco empieza a hacérseme muy incómoda—. Con permiso, señor Giesner. No creo que ni usted ni yo estemos en situación de comprender lo que sucede en la psique humana en esas situaciones extremas, pero al menos tienen la cabaña, un cadáver y esos cachivaches suyos para el ADN con los que alucinan tanto. Así que resuelvan el caso de una vez sin la ayuda de Hannah. Encuentren el cuerpo de mi hija.

—¡Eso es justo lo que intentamos, señor Beck! Y creo que Hannah podría sernos muy útil para conseguirlo. Solo que parece querer ocultarnos algo. ¿Qué podría ser, señor Beck?

—¿Por qué no dejan a mi nieta en paz de una vez y, en lugar de eso, acuden a la señora Grass? Lo que usted pretende es que también yo interrogue a Hannah, ¿verdad? A eso se refería al principio con lo de «¿No podríamos aprovechar la circunstancia para nuestra investigación?». Dice que no quiere presionarla. Claro, ¡porque eso pretende dejármelo a mí! Que sea yo quien resuelva el caso, eso es lo que quiere, nada menos.

—Por el amor de Dios, señor Beck, nadie ha dicho eso. Solo he pensado que, puesto que ha desarrollado usted un fuerte vínculo con Hannah, tal vez exista la posibilidad de que se abra con usted y le cuente cosas que después puedan sernos útiles en la investigación.

—La investigación... —mascullo.

—Solo le estoy pidiendo su colaboración. Quiere encontrar a su hija, nosotros también.

—Aquí tiene mi colaboración: la señora Grass es una mentirosa, de nada.

—¿Tiene algo más concreto que ofrecerme en ese sentido? ¿Qué le hace pensar eso? ¿Acaso ha insinuado Hannah algo que...?

—¿Que qué me hace pensar eso? ¡Pues el sentido común puro y duro, señor Giesner! A nadie lo secuestran y luego vive durante meses con una familia jugando a ser madre y esposa... —Giesner abre la boca para interrumpirme, pero yo levanto las manos para impedírselo—. Ya, ya lo sé, la obligaron. Pero, aun así, ¿nunca intentó descubrir qué había ocurrido? ¿Qué había pasado con la mujer que tuvo que estar allí antes que ella? ¿Nunca intentó hablar con su supuesto secuestrador? ¡No creerá de verdad todo eso, señor Giesner!

—Señor Beck, la señora Grass es una víctima, igual que su hija.

—Pero, al contrario que mi hija, ella consiguió salir viva de la cabaña.

—Comprendo que esté furioso, pero no debería dirigir su ira contra la señora Grass. Es injusto, ¿no le parece?

Suspiro.

—Además, usted mismo acaba de decirlo, señor Beck: ni usted ni yo estamos en situación de comprender lo que ocurre en la psique humana en esas situaciones extremas.

Mis latidos, que en los últimos minutos se han acelerado considerablemente, me provocan un tirón en el pecho que conozco desde hace tiempo. A eso se le suma la dura madera bajo mis posaderas. Me vuelvo hacia otro lado y miro por encima del respaldo del banco, hacia el gran edificio en el que me está esperando Hannah. Intento pensar en ella, en que dentro de nada saldremos paseando juntos, que nos iremos de aquí, lejos, a casa. Solo que mis pensamientos vuelven a quedarse atascados una y otra vez en Jasmin Grass. Esa mujer. Cómo me habría gustado poder hablar con ella una vez y tomarle el pulso. Agarrarla del cuello, si hubiese hecho falta, y sacarle las respuestas como fuese. «¿Dónde demonios está mi hija? ¿Qué sabes? ¿Cómo es que tú has conseguido volver a casa pero mi hija no?» Sin embargo, no tuve ocasión. Después de no identificarla como Lena la noche del accidente, no me han dejado volver a hablar con ella. «Por tu propio bien», según lo formuló Gerd. Pusieron vigilancia en la puerta de su habitación.

—Solo se trata de una sensación, señor Giesner —digo todo lo sereno que puedo, para que mis latidos bajen a un ritmo más saludable—. En esa mujer hay algo que no me cuadra. No dice todo lo que sabe.

Giesner masculla algo, ausente, y luego saca un papel doblado del bolsillo interior de su americana. Alisa la hoja y me la da.

—¿Conoce a este hombre?

Mis dedos entresacan las gafas de leer de la chaqueta.

—No —respondo después—. ¿Quién es?

—Según la reconstrucción realizada por los forenses, el varón de la cabaña.

—¿El hombre que secuestró a mi hija?

—Eso suponemos, sí.

Normal, es lo primero que pienso. Parece un tipo del todo normal. Eso es lo que más me espanta. Intento empaparme de su cara, tal vez constatar incluso alguna anomalía que pueda consolarme de una forma extraña. Así, Lena habría sido víctima de una bestia, de una criatura a la que se le ve la crueldad a kilómetros de distancia. Contra *algo* así no habría tenido ninguna oportunidad. Sin embargo, la imagen que tengo en las manos no muestra *algo,* sino a *alguien,* una

persona. Un hombre que podría vivir en nuestro vecindario. Que podría ser uno de mis clientes. Uno que podría trabajar de abogado o de mecánico de coches. Un hombre que podría haberse presentado en la puerta de casa para venir a buscar a Lena y tener una cita con ella, y yo les habría deseado una bonita velada. Tal vez incluso me habría causado una buena primera impresión. Mejor que Mark Sutthoff, en cuya sonrisa enseguida creí reconocer una especie de hipocresía. Por un momento no sé si me decepciona que la reconstrucción no muestre su rostro. O quizá sea un alivio, porque ayer por la noche, cuando me dio la razón en cuanto a Hannah, por primera vez pensé que tal vez me había equivocado con él. Es posible que sí fuera injusto con Mark.

—¿Está seguro, señor Beck? —pregunta la voz de Giesner, entrometiéndose en mis pensamientos—. Mire bien al hombre. Tómese su tiempo.

Asiento. El hombre que secuestró y mató a mi hija. Ese hombre tan normal y poco llamativo.

Niego con la cabeza sin apartar la mirada del dibujo.

—No lo conozco, no.

Giesner suspira, yo levanto la vista.

—¿Se lo han enseñado a Hannah?

—Sí, esta mañana, antes de que llegara usted. Lo ha mirado y me ha felicitado por lo bien que dibujo. —El comisario vuelve a suspirar.

—¡Tiene que hacer pública esa imagen en los medios! ¡Tiene que salir en todos los periódicos y todos los programas de noticias! —Mis manos, que sostienen el papel, empiezan a temblar de agitación—. Alguien reconocerá a ese cerdo.

Giesner vuelve a mascullar algo.

—Nos lo pensaremos, señor Beck —dice después—. Por experiencia sé que, tras hacer público el retrato robot, medio mundo creerá conocer a ese hombre. La gente llamará y dirá: es mi vecino, el profesor de mis hijos, mi dentista. Tendríamos una avalancha de pistas y nos llevaría muchísimo tiempo cribarlas, sin garantía alguna de resultados.

—¿En serio me está diciendo que le representa demasiado esfuerzo, señor Giesner? ¡Es su trabajo!

El comisario no dice nada.

Mi corazón vuelve a acelerarse.

—¿O sea que ya está? ¿Van a dejar que la cosa muera por sí sola?

—No, no, señor Beck, de ninguna manera. —Me quita el papel de la mano, vuelve a doblarlo y se lo guarda otra vez en el bolsillo interior de la americana—. Primero interrogaremos al entorno personal.

—¡Pero el entorno personal de Lena soy yo! ¡Y le digo que no conozco a ese hombre!

—Señor Beck, sé que tenía una relación estrecha con su hija, pero...

—Se interrumpe.

Sospecho lo que va a decir mientras él todavía mastica las palabras para no alterar demasiado al pobre viejo enfermo. Por supuesto que ha leído los informes de aquel entonces. Por supuesto que ha comentado con Gerd las investigaciones en torno a la desaparición de Lena. Por supuesto que conoce los artículos de periódico. Las mentiras que seguramente considera ciertas, porque impresas en letra tan gruesa parecen ganar importancia. Unos padres que por lo visto no conocían tan bien a su propia hija. Recuerdo cada uno de los artículos, cada una de las palabras...

Amiga de la universitaria (23) desaparecida en Múnich: Lena tenía problemas

Múnich. Jana W. (nombre modificado por la redacción) está sentada en el antepecho de la ventana de su salón, en una cuarta planta, y pasea la mirada sobre la ciudad. «¿Dónde estás, Lena?», es la pregunta que no deja de hacerse la amiga de la estudiante Lena Beck (23), desaparecida desde hace una semana exacta. W. fue la última que estuvo en contacto con ella antes de su desaparición. «Me llamó cuando volvía a casa de la fiesta —recuerda W., que intenta no venirse abajo—. Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien, pero solo estaba enfadada porque me había levantado de la cama a esas horas.» En cuanto al contenido de esa conversación, W. declara: «Lena me dijo que por fin quería cambiar de vida, que no podía seguir así». Sin embargo, su amiga no lo interpretó como una llamada de socorro. «Sonaba como si hubiera bebido mucho. Además, a Lena a menudo le daba el arrebato de querer cambiar las cosas. Ya se había planteado dejar los estudios, lo cual habría sido muy sensato. Nunca se había interesado mucho por ellos, era más fácil encontrarla en una fiesta que en las aulas. Probablemente habría suspendido los exámenes de este cuatrimestre.» W. estudia con Beck el cuarto cuatrimestre de Magisterio en la Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich. «Pero creo que le daba miedo decepcionar a sus padres. La Lena que ellos conocen es una persona muy diferente.»

¿Estaría la joven de 23 años tan desesperada como para pensar en suicidarse y saltar al Isar la noche de su desaparición? Jana W. no lo descarta. «Aunque también me creería que se hubiera largado con cualquier tipo. Siempre estaba hablándome de algún nuevo ligue. En el peor de los casos, puede que esta vez haya topado con el hombre equivocado.» A pesar de todo, W. sostiene que aún no ha perdido la esperanza de volver a abrazar pronto a su amiga, y en-

tre lágrimas hace un llamamiento: «Lena, si estás ahí fuera, en alguna parte, vuelve a casa. Te echamos de menos».

Poco antes del mediodía de hoy ha tenido lugar una búsqueda por parte de buzos de la policía. «Hasta ahora no hemos obtenido resultados que puedan relacionarse con el caso de la desaparición», ha declarado el comisario jefe Gerd Brühling, que no ha querido dar ningún dato sobre el estado psicológico reciente de Lena Beck. Brühling también ha afirmado no poder comentar por el momento la declaración de una mujer que dice haber visto a la estudiante en un área de descanso de la autopista cerca de la frontera austríaca acompañada de un hombre. «Por supuesto, nos tomamos muy en serio todas las pistas e investigamos en todas direcciones», asegura de todos modos.

Múnich. Jana W. (nombre modificado por la redacción) está sentada en el antepecho de la ventana de su salón, en una cuarta planta, y pasea la mirada sobre la ciudad. «¿Dónde estás, Lena?», es la pregunta que no deja de hacerse la amiga de la estudiante Lena Beck (23), desaparecida desde hace una semana exacta. W. fue la última que estuvo en contacto con ella antes de su desaparición. «Me llamó cuando volvía a casa de la fiesta —recuerda W., que intenta no venirse abajo—. Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien, pero solo estaba enfadada porque me había levantado de la cama a esas horas.» En cuanto al contenido de esa conversación, W. declara: «Lena me dijo que por fin quería cambiar de vida, que no podía seguir así». Sin embargo, su amiga no lo interpretó como una llamada de socorro. «Sonaba como si hubiera bebido mucho. Además, a Lena a menudo le daba el arrebato de querer cambiar las cosas. Ya se había planteado dejar los estudios, lo cual habría sido muy sensato. Nunca se había interesado mucho por ellos, era más fácil encontrarla en una fiesta que en las aulas. Probablemente habría suspendido los exámenes de este cuatrimestre.» W. estudia con Beck el cuarto cuatrimestre de Magisterio en la Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich. «Pero creo que le daba miedo decepcionar a sus padres. La Lena que ellos conocen es una persona muy diferente.»

¿Estaría la joven de 23 años tan desesperada como para pensar en suicidarse y saltar al Isar la noche de su desaparición? Jana W. no lo descarta. «Aunque también me creería que se hubiera largado con cualquier tipo. Siempre estaba hablándome de algún nuevo ligue. En el peor de los casos, puede que esta vez haya topado con el hombre equivocado.» A pesar de todo, W. sostiene que aún no ha perdido la

esperanza de volver a abrazar pronto a su amiga, y entre lágrimas hace un llamamiento: «Lena, si estás ahí fuera, en alguna parte, vuelve a casa. Te echamos de menos».

Poco antes del mediodía de hoy ha tenido lugar una búsqueda por parte de buzos de la policía. «Hasta ahora no hemos obtenido resultados que puedan relacionarse con el caso de la desaparición», ha declarado el comisario jefe Gerd Brühling, que no ha querido dar ningún dato sobre el estado psicológico reciente de Lena Beck. Brühling también ha afirmado no poder comentar por el momento la declaración de una mujer que dice haber visto a la estudiante en un área de descanso de la autopista cerca de la frontera austríaca acompañada de un hombre. «Por supuesto, nos tomamos muy en serio todas las pistas e investigamos en todas direcciones», asegura de todos modos.

—¿Señor Beck? —Giesner.

Múnich. Jana W. (nombre modificado por la redacción) está sentada en el antepecho de la ventana de su salón, en una cuarta planta, y pasea la mirada sobre la ciudad. «¿Dónde estás, Lena?», es la pregunta que no deja de hacerse la amiga de la estudiante Lena Beck (23), desaparecida desde hace una semana exacta. W. fue la última que estuvo en contacto con ella antes de su desaparición. «Me llamó cuando volvía a casa de la fiesta —recuerda W., que intenta no venirse abajo—. Tendría que haberme dado cuenta de que algo no iba bien, pero solo estaba enfadada porque me había levantado de la cama a esas horas.» En cuanto al contenido de esa conversación, W. declara: «Lena me dijo que por fin quería cambiar de vida, que no podía seguir así». Sin embargo, su amiga no lo interpretó como una llamada de socorro. «Sonaba como si hubiera bebido mucho. Además, a Lena a menudo le daba el arrebato de querer cambiar las cosas. Ya se había planteado dejar los estudios, lo cual habría sido muy sensato. Nunca se había interesado mucho por ellos, era más fácil encontrarla en una fiesta que en las aulas. Probablemente habría suspendido los exámenes de este cuatrimestre.» W. estudia con Beck el cuarto cuatrimestre de Magisterio en la Ludwig-Maximilians-Universität de Múnich. «Pero creo que le daba miedo decepcionar a sus padres. La Lena que ellos conocen es una persona muy diferente.»

—Muy bien —digo, escueto—. Interrogue al... —dibujo unas comillas invisibles en el aire—, «entorno personal». Esos amigos que supuestamente conocían a Lena mucho mejor que yo. Pregúnteles si ese tipo podía encontrarse entre los ligues supuestamente innumerables de mi hija. Tómeles bien el pulso. —Aferro el respaldo del banco en busca de apoyo y me levanto con un gemido—. Tal vez usted, a diferencia del señor Brühling, comprenderá cuántas personas

se dedicaron a difundir mentiras sobre Lena en su momento para darse aires de importancia. Solo por destapar eso ya merece la pena. Ah, sí, y no se olvide de la señora Grass, por favor.

Giesner, que también se ha levantado del banco, me mira con insistencia.

—No tiene ningún motivo para dudar de usted como padre, señor Beck. Los padres quieren proteger a sus hijos, eso es del todo normal. Solo que, por desgracia, a veces olvidan que sus hijos son personas independientes...

—Ya, ya, muy bien —mascullo, y señalo con vaguedad su americana, en cuyo bolsillo interior ha guardado el papel con el resultado de la reconstrucción facial—. ¿Podría llevarme ese documento a Múnich para enseñárselo a mi mujer? Ella también pertenece al «entorno personal».

—Puede enseñárselo el comisario Brühling, que está allí.

—Señor Giesner, no quiero agobiar a mi mujer. —Me aprieto el pecho—. Estas situaciones de interrogatorio son muy angustiantes para nosotros.

—No puedo darle esta reconstrucción a nadie, señor Beck, de verdad que no. Lo siento.

La mano que tengo plana sobre el pecho se encoge formando un puño mientras tuerzo el gesto.

—También podría hacerle una foto con el móvil y ya, si no mira usted un momento —jadeo. Me estoy quedando sin aire—. Así, se la enseñaría a mi mujer y le llamaríamos enseguida en caso de que el hombre le resulte familiar. Al fin y al cabo, acabamos de decidir que vamos a esforzarnos por colaborar, ¿cierto?

Giesner niega con la cabeza en un gesto apenas perceptible.

—Aunque no me crea, señor Beck, le entiendo. Solo que en esta ocasión no le estaría haciendo ningún favor con esto. Déjeme hacer mi trabajo y usted ocúpese de su nieta. Así es como más nos ayudará a todos, se lo aseguro.

Hannah

Mi abuelo ha salido con el policía, pero me ha prometido que no tardará mucho. Eso también quiere decir que no tardaré mucho en volver a estar en casa.

La señora Hamstedt ha propuesto que, mientras tanto, dibujáramos algo. Yo le he hecho ver que es mentira cuando dice que vamos a dibujar algo, porque en realidad soy solo yo quien dibuja. Además, de todas formas no me apetece pintar. Me parece que haría mejor aprovechando el tiempo para despedirme de Jonathan. Siempre hay

que despedirse antes de marcharse. No despedirse es de mala educación. La señora Hamstedt me ha dado permiso.

Salimos de su despacho y vamos por el pasillo hasta la puerta de cristal. A la izquierda está el ascensor, a la derecha la escalera. Le pregunto a la señora Hamstedt si podemos ir en ascensor. Me mira igual que me miraba mamá a veces en las horas de estudio, cuando mi respuesta no acababa de gustarle. Como si no lo hubiera pensado del todo bien.

—Solo es un sistema de cuerdas —explico después de poner cara de exasperación un instante, por descuido. A la señora Hamstedt no puedo decirle que es idiota, no vaya a ser que no me deje ir a casa—. Y las puertas deben estar cerradas, porque si no podrías caerte de la cabina.

—Jonathan también lo sabe, y aun así le da miedo montar en ascensor —dice ella—, pero ¿sabes qué, Hannah? Eso también está bien. No tiene por qué fingir que es muy valiente si en realidad no se siente así. Es del todo normal tener miedo de las cosas que no se conocen.

—Un ascensor, también llamado elevador o montacargas, es una cabina que se desplaza arriba y abajo por un hueco vertical y cuya finalidad es transportar de una planta a otra, fin —recito de memoria el fragmento correspondiente del libro gordo y aprieto el botón que tiene una flecha hacia arriba, que entonces se ilumina de amarillo. Así es como se llama al ascensor—. Yo ya he subido tres veces sin tener miedo. No olvide que estuve con mi mamá en la torre Eiffel. Allí hay que subir casi trescientos metros en ascensor para llegar al mirador más alto.

Al principio la señora Hamstedt no dice nada. El ascensor emite un pequeño timbre al llegar. Montamos. Las puertas plateadas se deslizan detrás de nosotras. La señora Hamstedt aprieta al botón redondo con el número dos. En total hay tres botones redondos puestos en vertical, como un semáforo. Con eso se indica a qué planta tiene que ir el ascensor.

—¿Por qué no os llevabais nunca a Jonathan cuando salíais de excursión?

Las comisuras de mis labios sonríen porque siento que se me encoge el estómago. Esa sensación de encogimiento es lo que más me gusta del ascensor.

—¿Hannah?

Vuelvo a poner cara de exasperación.

—Pues porque yo soy la hija preferida.

No sé cuántas veces tendré que decirlo hasta que por fin lo entienda. Hasta que todo el mundo lo entienda de una vez. Siempre tiene que haber un hijo preferido, en el que se pueda confiar.

La habitación de Jonathan está oscura porque las persianas están bajadas. El problema de retina es cosa de familia. En su habitación huele mal, además, a aire de pedo, lo cual no es de extrañar porque nadie ha instalado un aparato de circulación. En mi habitación pasa lo mismo, solo entreabren la ventana cuando he ido a comer o a dibujar, o cuando he salido a una cita médica con el abuelo. Una vez pregunté por qué, pero nadie me contestó. Creo que es porque las manivelas de las ventanas tienen un pequeño candado y siempre hay que abrirlo primero para poder manipularlas. Es posible que solo haya una llave para todos los candados y que los ayudantes de la señora Hamstedt tengan que buscarla cada vez. Ya les he dicho que podrían hacer como nosotros en casa y punto. Nunca teníamos que pensar dónde podían estar las llaves ni buscarlas mucho rato, porque papá siempre se encargaba de ellas. Le dije a la señora Hamstedt que también ella podría buscarse un encargado de las llaves. Pero no me han hecho caso, claro. Por lo visto creen que solo soy una niña y que por eso no soy muy inteligente. Y eso que soy mucho más lista que ellos.

Jonathan está sentado en el rincón del fondo, en el suelo, con las rodillas dobladas contra el cuerpo.

—Hola, Jonathan —dice la señora Hamstedt.

Ha cerrado la puerta de la habitación cuidando de hacer el menor ruido posible para que no se asuste, pero yo creo que Jonathan toma tantas pastillas azules que le da lo mismo que alguien entre en su habitación. Ni siquiera levanta la cabeza de las rodillas.

—¿Quieres que espere fuera? —me pregunta la señora Hamstedt, y le digo que sí con la cabeza.

«Fuera», sin embargo, significa que se queda de pie en la puerta abierta, de espaldas a la habitación. Doy pasitos de ratón para acercarme a Jonathan, aunque no creo que sea peligroso. Ya no es nada. Me siento muy cerca de él para que pueda oírme bien cuando le susurre. Si es que puede oír algo de lo que digo.

—¿Por qué has dibujado a Sara?

Me parece que se estremece un poquito.

—¿Has olvidado los gritos terribles que soltó mamá por su culpa? ¿De verdad lo has olvidado todo?

Yo todavía me acuerdo perfectamente. Los gritos espantosos. La cara fea que ponía mamá. Cómo pataleaba y se revolvía, hasta que la esposa le hizo cortes en la muñeca y le corrió sangre por el antebrazo. Y luego más sangre y más gritos aún que no dejaban dormir a nadie, y aquello de la Señorita Tinky. Si mamá no hubiese gritado tanto por culpa de Sara, la Señorita Tinky nunca habría tirado la taza de cacao del susto y papá no la habría sacado fuera de la puerta como castigo. No dejó que volviera a entrar hasta la noche. Para entonces se había quedado muy fría y rígida, y tardó una eternidad en tener otra vez el

pelaje cálido junto a la estufa de leña. Todo por culpa de Sara.

Tenía un color muy raro. Estaba lila y viscosa, embadurnada de rojo y amarillo. Yo me negué a sostenerla antes de que mamá la limpiara. Todo estaba asqueroso: Sara, mamá, la cama entera. Tiré de la sábana para quitarla del colchón. Papá dijo que mamá había perdido mucha más sangre que en el parto de Jonathan y el mío. Las manchas eran grandes de verdad. Papá también dijo que no tenía sentido lavar las sábanas y llevó un rollo de bolsas de basura grandes de color azul al dormitorio antes de irse con ellas dos al baño. Yo estaba desabotonando las fundas de almohada cuando mamá regresó con Sara en brazos. Se movía de una forma muy rara, despacio, como si a cada paso tuviera miedo de que pudieran rompérsele los huesos. Se sentó en el borde de la cama. La niña ya tenía mejor aspecto, limpia. Mamá dijo que era perfecta. Que ella era perfecta, Sara. Ese nombre significa «princesa». «Perfecto» significa «completo». O sea que no había nada mejor que Sara. Yo estaba cansadísima... Primero los gritos de mamá, después los chillidos de Sara. Metí las sábanas en dos bolsas de basura, tal como me había ordenado papá.

—¿Cuándo volveremos a ir de viaje, mamá?

Al principio no me oyó, así que tuve que volver a preguntar.

—No podremos en una temporada, Hannah —dijo entonces sin apartar la mirada de Sara, que seguía en sus brazos.

Esos chillidos terribles... Ni siquiera habría podido decir si el aparato de circulación funcionaba correctamente.

—Pero ella también podría venir —propuse, aunque en realidad no me apetecía mucho—. Podría venir con nosotras —volví a decir. Mamá tenía que mirarme, estaba hablando con ella—. ¿Mamá? —Era de mala educación no mirarme—. ¡Mamá!

—Basta, Hannah —siseó.

Entonces sí que me miró, aunque solo un momentito, porque enseguida Sara empezó a chillar otra vez con fuerza.

—Chsss... —hizo mamá, y le acarició la cabeza—. Todavía es demasiado pequeña, Hannah. Con un bebé como ella no se puede ir de viaje. Sería demasiado esfuerzo.

—Pero, mamá...

—Ahora no, Hannah —dijo, y nada más.

—¿Ahora no qué? —Papá estaba en el vano de la puerta.

Yo acababa de tomar aire para contestar, pero entonces mamá dijo: «Bah, nada», como si nuestras excursiones no importaran, como si de repente no hubiesen existido. Porque de pronto tenía a Sara.

—Creo que mamá quiere más a Sara que a nosotros —le dije después a Jonathan.

Le había encargado que se quedara junto a la puerta de la cabaña por la Señorita Tinky, que en esos momentos todavía tenía que estar

fuera. Quería que oyera una voz conocida, aunque solo fuese a través de la puerta cerrada, para que no tuviera más miedo aún y echara a correr por el bosque. Jonathan se había sentado en el suelo de madera con la espalda apoyada en la puerta. Me senté junto a él. La Señorita Tinky arañaba desde el exterior. El sonido me angustiaba tanto que hasta se me saltaron las lágrimas.

—¿Qué quieres decir, Hannah?

—Mamá no me lo ha dicho claramente, pero creo que ya no nos quieren. Ahora tienen a Sara y dicen que es perfecta. Perfecta quiere decir completa.

—¿Y a nosotros ya no nos quieren?

Negué con la cabeza.

No puede ser que Jonathan se haya olvidado de eso. Y no lo ha hecho, porque aunque no me dé ninguna respuesta, se ha estremecido. Incluso creo que está llorando, pero no estoy segura porque no le veo la cara.

—Has dibujado a Sara para que yo tenga problemas, ¿verdad? Porque dije que no la soportaba.

Ahora Jonathan hace un ruido que suena como un gruñido.

—¿Va todo bien? —pregunta la señora Hamstedt desde la puerta. Ha vuelto la cabeza hacia nosotros.

Contestó que sí y luego sigo susurrando:

—Ya dije muchas veces que lo sentía. ¿No te acuerdas? Cuando papá lloró tanto. Enseguida supe que también había sido culpa mía que mamá se fuera con Sara. Tú solo te quedaste mirándome y no quisiste hablar conmigo durante varios días, hasta que te recordé que tampoco soportabas mucho a Sara. Eso fue así, Jonathan.

Vuelve a gruñir.

—Ha sido bastante tonto por tu parte dibujarla, pero de todas formas sigues siendo mi hermano, aunque seas idiota. Por eso ahora te contaré algo bonito. Nuestro abuelo es muy simpático. Hoy va a llevarme a casa. Así que todo ha salido bien. Nos lo habían prometido y lo prometido es deuda.

Jonathan vuelve la cabeza hacia mí, solo un poquito, sin levantarla de las rodillas. Le veo solo un ojo bobo, pero está muy abierto por la sorpresa.

—Tienes que esforzarte para volver a estar normal. ¿Me has entendido, Jonathan? Si no estás normal, no podremos venir a buscarte. Y entonces tendrás que quedarte aquí tú solo.

Vuelve la cabeza otra vez sobre las rodillas, pero asiente. Es un asentimiento claro.

Jasmin

La primera vez que he despertado eran las siete menos diez, como siempre. La voz de mi cabeza me apremiaba a levantarme para preparar el desayuno de los niños. A las siete y media en punto tenía que estar en la mesa. Me he vuelto hacia Kirsten, cuyo rostro recibía la poca luz de las farolas que conseguía entrar en el dormitorio a través del palmo escaso que estaban levantadas las persianas. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta. He escuchado su respiración tranquila; dentro, fuera. La voz de mi cabeza ha subido de volumen. Los niños tenían que desayunar, ya. Siete y media: desayuno. ¿Qué era tan difícil de entender? Los niños necesitaban un día a día ordenado. Los niños necesitaban un desayuno equilibrado. Me he puesto a imitar la respiración de Kirsten; dentro, fuera. Contra la coacción de la voz de mi cabeza, simplemente he respirado a su mismo ritmo; dentro, fuera. Y, de hecho, debo de haberme quedado dormida. Por primera vez me ha funcionado eso de no moverme de la cama.

Es la voz apagada de Kirsten la que me despierta ahora, su voz y una claridad olvidada, desacostumbrada. Parpadeo. El polvo danza en un rayo de sol. Me siento. Kirsten ha levantado las persianas. El final del verano entra a raudales en el dormitorio. Mi corazón late, salvaje. Sonrío. Desde las paredes me sonríes tú, Lena. Paseo la mirada por los artículos de periódico y me sorprendo de lo diferente que me parece esa fotografía tuya que tan bien he llegado a conocer. Tardo un momento en volver la atención hacia Kirsten, que está hablando por teléfono en otra habitación, quizá en la cocina. Oigo cómo cancela su turno habitual de hoy, un asunto personal, explica, una emergencia en la familia. Su jefe parece comprensivo, ya que le da las gracias encarecidamente. Es el mismo jefe de antes de la agresión en el patio trasero, Kirsten trabaja tras la barra del mismo club, con los mismos horarios, la misma clientela. Después de su violación, no tardó ni una semana en volver allí y pasar página, obstinada y decidida. Al principio, cuando salía del trabajo a esa hora indeterminada, gris y peligrosa, todavía regresaba a casa en taxi, pero poco después ya hizo el trayecto a pie, el mismo camino, pasando por el mismo patio trasero. Todavía hoy sigo sin saber cómo encaja todo eso. Por un lado esa fortaleza, esa obstinación, el pasar página. Por otro, nuestro final. Esa noche, después de la agresión, le pregunté por qué no se había defendido, lo cual fue tonto y por supuesto insensible.

—Que me preguntaras eso fue como un bofetón, Jasmin. En ese momento algo se rompió entre nosotras.

Le aseguré mil veces que solo estaba cansada y sobrepasada por la situación, pero Kirsten no me creyó, ni siquiera pese a sonreírme y decir «Está bien».

Lo alargamos aún unos meses más, pero al final se fue de casa.

—No puedo seguir viviendo contigo, Jasmin. Lo he intentado, pero no lo consigo. —Y—: Podemos seguir siendo amigas.

La última vez que oí eso fue la noche de mi desaparición. «Podemos seguir siendo amigas.» Pero a juzgar por su mirada, lo que en realidad le habría gustado hacer esa tarde al verme ahí plantada, con pan y sal y una bolsa de viaje, era cerrarme la puerta en las narices. Pan y sal como regalo por el traslado a su nuevo piso, a pesar de que ya llevaba un par de semanas viviendo allí y yo todavía esperaba en vano a que me invitara a verlo. Esa tarde me presenté sin avisar. Con lo imprescindible metido en una bolsa de viaje. Habría podido quedarme a dormir. O, si nos peleábamos, habría cogido el primer tren para pasar un par de días fuera y poner distancia. Habría apagado el móvil y habría intentado «superarlo», como deseaba ella.

—¡Tienes que superarlo, Jasmin! No quiero más llamadas ni más mensajes. Y menos aún que te presentes así en mi puerta, ¿vale? En estos momentos necesito estar sola. Entiéndelo, por favor.

Sacudo la cabeza intentando ahuyentar el recuerdo de esa horrible tarde. Esa tarde ya no cuenta. Lo que cuenta es que ahora está aquí. Ha vuelto conmigo y es mejor no pensar en las circunstancias. Está aquí.

Oigo ruido de cacharros en la cocina, y por la puerta abierta del dormitorio llega un tenue olor a café, un tenue olor a normalidad. Me dejo caer en la almohada y cierro los ojos. Seguramente solo me quedo traspuesta, porque enseguida oigo los golpes irregulares en la puerta. Kirsten, en cambio, no interrumpe su sonoro trajín hasta que la llamada se vuelve insistente. Oigo sus pasos sobre el laminado del pasillo, el chasquido de la cerradura cuando gira la llave, y luego el sorprendido «Ah, hola, buenos días» de una voz masculina que reconozco al instante.

—Frank Giesner, de la policía de Cham —confirma la voz.

—Kirsten Thieme —dice Kirsten, que tampoco parece pasar por alto la extrañeza de Cham al ver que ha abierto la puerta una desconocida —. Soy una amiga de la señora Grass —aclara sin que se lo haya preguntado.

—La señora Thieme, exacto. Su nombre me suena de los informes de la investigación. Fue usted quien denunció la desaparición de la señora Grass.

—Sí, así es.

—Bueno, me gustaría hablar con ella.

Por si acaso, me atrinchero bajo las almohadas y vuelvo a cerrar los ojos. No quiero hablar con Cham ahora, y menos aún en presencia de Kirsten.

—Lo siento, todavía está durmiendo.

—Tal vez podría decirle que es muy importante.

—Lo entiendo, desde luego, pero no se encuentra demasiado bien. Ha pasado una noche complicada y necesita descansar un poco. ¿Podría llamar más tarde, quizá?

La respuesta de Cham es dubitativa.

—Por supuesto, pero tal vez usted sí que podría dedicarme un minuto. Está muy unida a la señora Grass.

Me paralizo. Todo en mí se paraliza.

—Sí... —Ahora es Kirsten quien parece sorprendida—. Pase, por favor, señor...

—Giesner. Gracias.

Siento un mareo momentáneo. Cham en mi piso. Cham, que quiere hablar con Kirsten. Kirsten, que en estos tomentos acciona el tirador chirriante para cerrar la puerta del dormitorio. Porque la pobre mujer de la cabaña necesita descansar, o porque el comisario no debe vislumbrar la habitación cuyas paredes, por algún motivo enfermizo, están empapeladas con artículos de periódico sobre Lena Beck. Sé que debería levantarme, pero en lugar de eso me tapo la cabeza con las mantas, aprieto los ojos y respiro; dentro, fuera.

Debo de haberme quedado dormida otra vez. Seguro que Kirsten tiene razón, me falta sueño y descanso. Me parece que sobre todo todavía acuso la noche de anteayer, cuando estuve buscando los artículos e imprimiéndolos. Me sobresalto y aguzo el oído. No se oye nada, ni a Kirsten ni a Cham. Me levanto de la cama con parsimonia y voy de puntillas hasta la puerta del dormitorio. Antes de accionar el tirador, que con su chirrido daría una pista clara de que he despertado, pego la oreja con cuidado contra la madera de la puerta, pero sigo sin oír nada. El apartamento está en silencio.

Encuentro a Kirsten sentada a la mesa de la cocina porque se está pintando las uñas de un tono frutos del bosque.

—Vaya, ya te has despertado, Bella Durmiente —dice sonriendo al levantar la mirada hacia mí—. ¿Quieres café? Todavía queda un poco en la cafetera. Tendrás que servírtelo tú misma.

Como explicación, levanta la mano izquierda, en cuyas uñas brilla el esmalte fresco.

Cruzo la cocina hacia el armario y saco una taza.

—¿Qué era tan urgente?

—¿De qué hablas?

Mi mano, que un segundo antes se había desplazado hacia la cafetera, se queda paralizada en el aire.

—He oído que llamaban a la puerta, pero luego he vuelto a quedarme dormida.

Me vuelvo hacia Kirsten y la interrogo con la mirada.

—Ah, sí. Tu vecina. Maja, creo. De la segunda planta. Una chica

simpática. —Kirsten señala hacia los fogones antes de volver a concentrarse en sus uñas—. Ha traído comida.

Me vuelvo de golpe hacia los fogones, donde hay una pequeña cazuela.

—Sopa de pollo con fideos —explica Kirsten—. Le he dicho que no hace falta que traiga nada más ahora que estoy yo aquí y puedo ocuparme de ti. De todas formas ha dejado su número de móvil, por si necesitamos algo. Está en la nevera. —En efecto, veo una nota adhesiva de color rosa con el nombre de Maja, una combinación numérica y una carita sonriente dibujada debajo—. Ah, también te ha subido el correo. Está fuera, en la cómoda.

Dejo la cafetera en la encimera porque ha empezado a pesarme en la mano.

—No, Kirsten. Me refiero a Frank Giesner. Ha estado aquí. Lo he oído.

De nuevo alza la mirada y suspira. Solo pueden haber sido unos segundos, pero se alargan interminablemente mientras algo empieza a arder dentro de mi cabeza. El calor sale por mis poros, recubre mi cara con una película húmeda y abrasadora, las sospechas me provocan ampollas. Enseguida Kirsten me dirá que he imaginado la visita de Giesner, su voz, que solo han sido imaginaciones mías. Que es Maja la que ha llamado a la puerta. La pequeña cazuela en los fogones y el número de teléfono en la nevera lo demuestran.

—Sí. Quería hablar contigo sobre el resultado de la reconstrucción facial —dice entonces.

Río de alivio antes de comprenderlo. Ahora mi secuestrador vuelve a tener cara y quieren que la contemple. Que lo identifique. Que reviva las imágenes de mi cabeza. Que mire a unos ojos acusadores. «¿Qué clase de monstruo eres?»

—¿Y por qué no me lo has dicho enseguida? —pregunto para contener los demás pensamientos.

—Porque no quería inquietarte tan pronto, caray. Primero bébete el café y despiértate del todo.

No se me escapa que suena algo molesta. Acerco la taza y me sirvo café.

—¿Te lo ha enseñado?

—¿El retrato? Sí, pero no estoy segura de haber visto nunca a ese hombre. Antes siempre teníamos a mucha gente por aquí, ¿te acuerdas?

Sí, me acuerdo. Personas que venían con otras personas a quienes les gustaba la fiesta tanto como a nosotras. Con menos de doce no es una fiesta.

Reprimo la nostalgia que se aviva y asiento con la cabeza.

—Supongo que deberías echarle un vistazo, Jassy. No cambiará

nada. —Kirsten parece preocupada—. ¿Crees que lo conseguirás?

Consigo por lo menos una sonrisa, aunque me queda un poco forzada.

—No tengo alternativa, ¿verdad?

Doy un par de sorbos de café, me cuesta tragar. Kirsten cierra el frasquito del pintauñas con las puntas de los dedos y suspira varias veces. Me pregunto si lamenta haber regresado para ocuparse de mí. Si me soporta.

—Giesner espera que lo llames para quedar por lo de la identificación. Ha dicho que no tienes por qué desplazarte necesariamente a la jefatura. Él estaría dispuesto a acercarse otra vez. A cualquier hora, incluso fuera de la jornada laboral si hiciera falta.

—Muy amable por su parte —digo con voz ronca.

—He estado pensando si no sería bueno concertar también una cita con tu terapeuta. Quién sabe lo que puede desencadenarse en ti cuando te pongan delante el retrato de tu secuestrador.

—Tampoco ella podrá ayudarme.

—Bueno... Hay que estar dispuesto a dejarse ayudar.

—O sea que eso crees —digo en voz baja, y dejo la taza de café en la encimera—. Si soy demasiado para ti, puedes decirlo con total tranquilidad. Lo entendería.

Kirsten pone los ojos en blanco.

—Venga ya, Jassy. No es eso. De verdad.

—No me debes nada.

—Déjalo, ¿vale? Ahora no se trata de nosotras, sino de que tienes que empezar a superarlo.

—Superarlo.

—Aprender a vivir con lo que te ha ocurrido, sí. No lo conseguirás si sigues como hasta ahora. Necesitas ayuda profesional.

—Estoy mejor desde que has venido.

Kirsten chasquea con la lengua. Veo que se muerde un momento el labio inferior sin decir nada, hasta que por fin se decide a proseguir la conversación.

—Te lo has hecho en la cama.

Al principio creo haber oído mal, puede que incluso me haya reído.

—¿Que me lo he...?

Kirsten desliza la silla hacia atrás para levantarse. Entonces se planta delante de mí con los ojos empañados y la cabeza vuelta hacia un lado.

—Te lo has hecho en la cama —repite despacio—. Esta noche. Seguramente estabas soñando. Has empezado a patalear y a dar golpes con los brazos. También gritabas. «¡Esto no es una pulsera, Hannah! ¡Son esposas! ¡Desátame, joder!» He intentado despertarte, pero estabas del todo ida.

Niego con la cabeza. Esta noche no ha soñado nada.

—Sí, Jassy, eso es lo que ha pasado. Cuando me he dado cuenta de que la sábana estaba mojada, te he sacado de la cama. En realidad quería llevarte al salón, al sofá, para que pudieras seguir durmiendo mientras yo cambiaba las sábanas, pero te has aferrado a mí y has empezado a gritar que no te dejara sola y que tenías miedo de que no sé qué aparato volviera a estropearse.

—No me acuerdo de nada.

—Porque estabas dormida.

Sacudo la cabeza de nuevo mientras los ojos llorosos de Kirsten se abren con preocupación y ella asiente sin parar, como hipnotizada.

—Es lo que ha pasado, Jassy. Justo así ha sido, y es un indicio de que no estás precisamente mejor. ¿Es que no lo entiendes? Yo puedo estar aquí, puedo ir a hacerte la compra y cambiarte las sábanas. Puedo abrazarte y escucharte cuando lo necesites. Pero no soy terapeuta.

Paso a su lado sin decir nada y salgo de la cocina, lejos de su mirada preocupada y de su cercanía, que ahora me duele. Mi objetivo es el salón, estar sola aunque sea un momento, reflexionar, intentar compatibilizar la plácida sensación con la que me he despertado antes y esa noche terrible que por lo visto he pasado.

—No te lo digo de mala fe —oigo a mi espalda, y me vuelvo.

Kirsten me ha seguido por el pasillo y ahora está frente a mí, con las dos manos levantadas. Sus dedos se menean en el aire; el pintaúñas húmedo, que todavía no se ha secado.

—Pero solas no vamos a conseguirlo. —Alarga un brazo para tocarme el hombro, aunque cambia de opinión, seguro que por el esmalte, que no debe estropearse—. Por favor, llamemos a tu terapeuta.

Me aparto con brusquedad.

—De verdad, Jassy. ¿Por qué te lo pones tan difícil en lugar de dejarte ayudar?

Mi mirada queda atrapada en la pila de correo que hay en la cómoda del pasillo. Lo veo al instante.

—¿Crees que mereces sufrir así?

Un sobre blanco y sencillo, sin sello.

—Nadie merece esto.

Aunque está medio tapado por el periódico de ayer y solo se ve una parte de la dirección, la letra es la misma. Estoy segura.

—Muy bien. Ahora la llamo —digo con una voz plana—. ¿Puedes ir a ver dónde he dejado el móvil? Creo que está en el salón.

Oigo que Kirsten suelta un suspiro de alivio detrás de mí antes de que sus pasos se alejen por el pasillo.

—¡Voy un momento al baño! —exclamo, y me hago con la carta.

Corro al cuarto de baño, cierro y me apoyo contra la puerta. Mis dedos temblorosos y llenos de sudor frío rasgan la lengüeta adhesiva del sobre, pero entonces me distrae el ruido traqueteante de la lavadora. Cuando comprendo que deben de ser las sábanas sucias de esta noche las que giran monótonamente ahí dentro, en mi pecho se forma un nudo. Saco la hoja que contiene el sobre.

Las mismas letras mayúsculas grandes, gruesas, negras, acusadoras. Otras palabras; tres, esta vez.

«DI LA VERDAD.»

Matthias

Podría haber tenido con Gerd la misma conversación que con Giesner, solo que nos habríamos tuteado y, en la despedida, él me habría llamado «burro» y yo a él, «idiota». Policías; son todos iguales, intercambiables, cortados por un mismo patrón. Todos dicen lo mismo. «El entorno personal.» No hay forma de escapar de eso. Esa expresión nos acompaña a Hannah y a mí mientras regresamos a casa, se ha extendido en el coche como si fuera un aire pegajoso, viciado, pesado, que me provoca una presión en el cráneo. Todos creen que yo no conocía a Lena. Que cerraba los ojos. Que vegetaba arrullado por el amor hacia mi única hija, tanto hace catorce años como todavía hoy. Pero sí conozco a mi hija. La conocía muy bien.

Levanto la barbilla al tiempo que inspiro y lanzo una mirada por el espejo retrovisor. De Hannah solo alcanzo a ver los ojos y el nacimiento del pelo; podrían ser los ojos y el pelo de Lena. Ahora mismo podría estar llevando a mi Lenita a clase de gimnasia o a casa de una amiga.

—Papá —oiría decir a una voz aguda desde el asiento de atrás—. ¿Por qué no paramos un momento a comprar helado?

—Suena bien. ¿Quién paga?

—¡Tienes que invitarme tú, claro, papá! Yo todavía soy pequeña y no trabajo.

—Vaya, se me había olvidado. Está bien, Lenita. Haré una excepción, porque eres tú.

Puede que algún día Hannah también me pregunte algo así: «Abuelo, ¿vamos un momento a comprar helado?». Qué no daría yo por que llegara ese día...

—¿Te apetece que hagamos una pequeña parada en la siguiente área de descanso, Hannah? —pregunto sonriente y esperanzado hacia el retrovisor—. Todavía queda media hora larga de camino, a lo mejor estaría bien parar un rato, ¿qué me dices?

Hannah mira por la ventanilla sin darme una respuesta. Árboles y

campos en barbecho pasan a toda velocidad a izquierda y derecha de la autopista. El pronóstico del tiempo se equivocaba; el cielo, que hace unas horas todavía estaba azul, se ha cubierto de unos jirones de nubes grisáceas. Ojalá pudiera ver el interior de la cabeza de Hannah. Atreverme a preguntarle qué siente en este momento, mientras avanzamos por la autopista a 130 kilómetros por hora. Si tiene miedo o está emocionada. Si se alegra de ir a casa. Pero todo es como siempre que estamos los dos solos. Algo me impide preguntar las cosas que son importantes de verdad, sin duda por miedo a estropear no sé muy bien el qué.

Un BMW me adelanta impertinentemente cerca y me devuelve a la realidad. El cartel indicativo del arcén derecho informa de que hay un área para camiones a cinco kilómetros de distancia.

—Bueno, Hannah —intento de nuevo—, ¿qué me dices? ¿Una pequeña parada?

—Prefiero llegar a casa sin parar en ningún sitio, abuelo.

—Está bien. Claro. No pasa nada —digo, esforzándome por sonar alegre y disimular mi decepción, y luego sigo murmurando para mí sin darme cuenta—: De todas formas seguro que era mala idea. Alguien habría acabado sacando el móvil para hacer la siguiente foto de la niña zombi.

—¿Qué has dicho, abuelo?

—Que tienes toda la razón, Hannah —respondo en voz alta, y de nuevo le sonrío al retrovisor—. Será mejor que nos demos prisa en llegar a casa.

Alargo el cuello para ver toda la cara de mi nieta por el espejo. Ahora también ella sonríe. Mi Lenita...

Germering queda al oeste de Múnich y es capital de distrito; un pueblucho, como decía siempre Lena poniendo cara de fastidio. Nunca hablamos sobre si de verdad era eso lo que le hacía tan insoportable la media hora en tren que tenía para ir de Germering a la universidad, en el centro de Múnich, o si era el ambiente general del barrio, que a pesar de sus cuarenta mil habitantes sigue teniendo algo de abarcable y acogedor. En todo caso, justo después de matricularse en la Ludwig-Maximilians-Universität se buscó un pequeño apartamento en el barrio de Haidhausen, a orillas del Isar. Así ya solo tardaba un cuarto de hora en llegar a clase y era feliz. Yo me hacía cargo del alquiler, por supuesto, aunque a Karin le parecía cada vez más apremiante que Lena contribuyera también, para lo cual habría tenido que buscarse un trabajo a media jornada. O que por lo menos alquilara una habitación más barata en un piso compartido. Pero para mí ambas cosas estaban descartadas. Yo quería que mi hija tuviera tiempo y tranquilidad suficientes para concentrarse en sus estudios. Karin y yo íbamos a

Múnich a visitarla de vez en cuando. La ciudad nos gusta, pero nunca se nos habría ocurrido vivir allí. Germering nos ofrecía justo lo que necesitábamos, algo abarcable, acogedor. Guarderías, escuelas, parques infantiles, tiendas donde encontrar todo lo cotidiano, y médicos, todo a un par de pasos. Ideal para una familia. Eso fue lo que pensamos en los años ochenta, cuando compramos el solar en los terrenos recién urbanizados. El entorno perfecto para criar a un hijo.

—No olvides que en realidad Hannah ya no es una niña —me ha advertido Karin esta mañana, en el desayuno.

Estaba tan emocionado por salir enseguida hacia Regensburg y sacar a Hannah del centro de traumatizados que me temblaban las manos y apenas lograba manejar el cuchillo. Karin me ha quitado el plato en el que yo ya tenía una rebanada de pan blanco medio untada con mantequilla. Le había hecho agujeros al pan de lo torpe que estaba por culpa del nerviosismo. Me la he quedado mirando mientras ella ha acabado de prepararme la rebanada, le ha puesto una loncha de fiambre, la ha cortado en dos y por fin ha empujado el plato hacia mí con una mirada de complicidad.

—Ya lo sé —he dicho, y he empezado a comer.

Karin ha apartado un poco su propio plato de pan con mermelada para tener donde apoyar los codos en la mesa. Ha unido las manos ante la barbilla como si rezara.

—No importa dónde ni cómo haya crecido hasta ahora, tarde o temprano le llegara la pubertad, Matthias. Tú la ves y, como es tan pequeña para su edad, se te olvida que en realidad estás tratando con una chica de trece años.

No he mencionado que los médicos a los que he ido a ver con Hannah no están tan seguros de eso. Hannah, al contrario que su hermano, padece una grave deficiencia de vitamina D que hasta ahora ha frenado su desarrollo físico. Los médicos imaginan que Lena sufrió una falta de vitaminas durante el embarazo de Hannah, mientras que con el niño tomó desde el principio complementos vitamínicos especiales para embarazadas. Nadie se atreve a afirmar que el cuerpo de Hannah llegará a recuperarse del todo algún día, incluso dicen que es improbable. Cosa que Karin, por cierto, también sabría si me hubiera acompañado a esos médicos. Tampoco he mencionado que me da absolutamente igual cómo siga desarrollándose Hannah, si es que lo hace. Lo que me queda de vida seré lo bastante generoso para aceptarla tal y como sea. Tanto si es una niña pequeña para siempre como si se convierte en una mujer.

—Ya sobrevivimos a la pubertad de Lena —he bromeado con cansancio entre dos mordiscos de pan.

Karin ha asentido sin dejarse impresionar.

—Sí, pero entonces aún éramos jóvenes, Matthias. Ahora los dos

pasamos de los sesenta, tenemos los huesos débiles y los nervios delicados. Y, para colmo, tu corazón. —Ha sacudido la cabeza—. Hannah y Jonathan tienen necesidades más especiales que otros niños en edad de crecer. Es posible que incluso necesiten asistencia psicológica durante toda su vida.

Trago un bocado de pan con fiambre.

—Creo que encontraremos soluciones para muchas cosas, Karin. Por ejemplo, podríamos informarnos sobre si por aquí cerca hay algún centro de día para pacientes traumatizados donde también puedan darle clase. Así, no tendríamos que seguir pensando en el tema del colegio.

—*Darles,* Matthias. A los dos, en plural. Donde puedan *darles* clase. Son dos niños, y aquí siempre hablamos solo de Hannah...

—Sí, sí. —La he interrumpido con un gesto de la mano—. Eso también vale para el niño.

—Se llama Jonathan.

—Sí, Jonathan.

Karin ha ladeado la cabeza y ha entornado los ojos.

—O sea que ya tienes planes para más adelante. No se trata solo de traernos a Hannah unos días a casa para reforzar su terapia, ¿verdad?

—Como he dicho, creo que habría soluciones...

—¿Y cuándo volverás a abrir la asesoría? —ha insistido con un tono cortante.

He levantado mi taza y he bebido un trago de café para ganar tiempo.

—Ya hablaremos de eso en otro momento. Ahora tengo que irme.

Me he levantado de la mesa y he salido del comedor al vestíbulo.

—¿Qué te parece si te acompaño? —la he oído preguntar justo cuando descolgaba la chaqueta del perchero.

Me he vuelto hacia su voz. Mi mujer estaba en el vano de la puerta con los brazos cruzados y una mirada recelosa.

—No, mejor no —he dicho sonriendo, y me he acercado para despedirme de ella con un beso en la mejilla—. El trayecto es muy pesado...

El corazón me palpita con fuerza ahora que entro en nuestra calle con el viejo Volvo. A ambos lados de la calzada de zona residencial se alinean, separados por setos bien podados, hogares unifamiliares cuidados con cariño y en cuyas puertas cuelgan placas de arcilla con mensajes de bienvenida y los nombres de cada familia. Todos ellos cuentan con un pequeño jardín delantero en el que hay estructuras de barras para que los niños jueguen, o rosales como pequeñas islas en mitad del césped. «El entorno perfecto para criar a un hijo.»

Sigo la curva que forma la calle al final, tomo aire para anunciarle

a Hannah que ya hemos llegado a nuestro destino, y entonces es cuando los veo. Son un grupo de unas doce personas, calculo, aguardando en la calle, frente a nuestra casa. Y como la mitad de coches bordeando la acera.

—¿Qué demonios...? —se me escapa, y freno en seco.

Hannah alarga el cuello en su asiento, se desliza hacia delante y se agarra al cabezal del pasajero.

—¿Qué pasa, abuelo?

La jauría ha descubierto nuestro coche, sus cabezas se vuelven sincronizadas hacia el vehículo, que ha quedado detenido en mitad de la calle, a unos veinte metros. Se me tensa la mandíbula. Mis hombros están rígidos. Toda mi postura se torna dolorosamente torpe. Mis manos aferran el volante con tal fuerza que los nudillos sobresalen blancos bajo la piel. Contengo la respiración.

—¿Abuelo? ¿Quién es toda esa gente?

El pie derecho me tiembla sobre el acelerador. Una idea destella en mi cabeza: pisarlo hasta el fondo y llevarme por delante el pelotón, paz al fin.

—¿Abuelo? —La voz de Hannah ha perdido algo de su monotonía, casi suena algo llorosa.

«¡¿Es que no os dais cuenta de que estáis asustando a la niña?!», quiero vociferar, pero pienso en mi nieta, que no debe alarmarse más aún. Es evidente que todas esas personas son periodistas. Veo libretas y cámaras fotográficas, incluso una cámara de televisión y un micrófono de pértiga. Una pelirroja con abrigo azul claro se aparta de la multitud y avanza un par de pasos dubitativos hacia nuestro coche.

—Ese maldito Rogner —mascullo, aunque Lars Rogner no parece estar entre ellos.

No en persona, al menos, pero me apostaría lo que fuera a que ha enviado a alguien. Tal vez a la mujer del abrigo azul claro, que sí, se acerca al coche despacio pero sin parar. Varios más la siguen. Ya están aproximadamente a unos diez metros.

—Hannah —digo con toda la tranquilidad que puedo. Sin apartar los ojos de los periodistas, en cuestión de segundos he cogido mi chaqueta y la he lanzado hacia atrás—. Túmbate en el asiento y escóndete debajo de la chaqueta.

Mi nieta no dice una palabra. En lugar de eso, oigo el chasquido que hace su cinturón de seguridad al desabrocharse. Aun así, por si acaso, miro un instante al asiento de atrás. En efecto, la niña se ha hecho un ovillo debajo de mi chaqueta. Alargo la mano y tiro de la prenda hacia arriba para tapar un par de rizos rubios que sobresalen de su cabeza. Después vuelvo a colocarme bien, pongo las manos en el volante y arranco con cuidado. Siento los latidos del corazón en la garganta. Casi doy por hecho que la jauría, que ya está a solo cinco

metros como mucho, se lanzará sobre el coche desde todos los lados. Mi imaginación ve cómo la mujer del abrigo azul claro salta sobre el capó mientras sus compañeros dan tirones a las puertas, golpean las ventanillas y gritan. Pero estoy equivocado. El grupo me abre paso e incluso se mantiene a una distancia prudencial cuando el coche avanza entre ellos a velocidad de peatón. Consigo torcer sin problema por el camino de entrada mientras con la mano derecha alcanzo el pequeño mando a distancia de la consola central para abrir la puerta automática del garaje.

—Quédate escondida, Hannah —digo, y espero a que la puerta haya vuelto a bajar del todo tras nosotros antes de apagar el motor y volver a respirar con normalidad por primera vez en minutos—. Todo va bien —anuncio para tranquilizarla, y retiro la chaqueta de su delicado cuerpecillo—. Ya hemos llegado.

Hannah se incorpora y parpadea.

Abro mi puerta, me apeo y la ayudo a ella a bajar del coche. Saco del maletero la pequeña bolsa de viaje que nos han preparado en el centro de traumatizados para su visita con prendas donadas del fondo del hospital. Tendremos que ir de compras, mañana mismo a poder ser. No quiero ver a mi nieta con la ropa usada de personas desconocidas.

Desde el garaje, una pesada puerta metálica se abre a una pequeña escalera que sube hasta la parte de atrás del recibidor. Allí nos espera Karin, que está blanca como la pared.

—Gracias a Dios —dice con alivio mientras hago pasar a la niña.

Una desacostumbrada penumbra me dice que Karin ha bajado todas las persianas de la casa para protegernos de esas miradas ávidas de sensacionalismo. Le suenan las rodillas cuando se acuclilla delante de Hannah un instante después y la mira a los ojos, pero enseguida me mira también a mí.

—¡He intentado localizarte en el móvil unas seis veces! ¿Cómo ha podido pasar esto? —Tiene la voz chillona de pura agitación—. ¿Qué hace aquí toda esa gente? ¿Cómo han podido enterarse de que hoy ibas a buscar a Hannah? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Primero, mantener la calma —digo, y levanto las manos, apaciguador.

—¿Que mantengamos la calma? ¡Ya has visto la que se ha montado ahí fuera!

—Yo me encargo.

—¿Y cómo, si puede saberse? ¡Ni siquiera podemos avisar a la policía para que nos quite de encima a esa gente! ¡Ninguno de ellos ha pisado nuestra propiedad! Ya conoces la reglamentación de cuando estuvieron aquí por Lena. Mientras se queden en la calle, no se puede hacer nada con ellos. Es espacio público. —Alarga una mano y blande

un dedo índice en el aire en dirección a la puerta—. ¡Pueden quedarse ahí durante días sin que nadie los moleste!

—Karin... —Señalo a Hannah, que sigue callada y rígida ante ella.

Mi mujer suspira, después dirige por fin la atención hacia nuestra nieta.

—Hola, Hannah —dice sonriendo—. Me alegro de que por fin estés con nosotros.

Como la pequeña no reacciona, Karin vuelve a mirarme a mí, algo desconcertada. Yo voy a decir algo para romper el hielo, pero entonces Hannah me mira. Parece decepcionada.

—Abuelo, no íbamos a hacer ninguna parada.

—No, ya... —Balbuceo—. Ya hemos llegado, Hannah. Estamos en casa.

Hannah tuerce el gesto.

—Pero si esta no es mi casa, abuelo.

Jasmin

—Disculpe que no haya podido recibirla hasta ahora, señora Grass —dice la doctora Hamstedt cuando cierra la puerta de su despacho.

Teníamos cita a las ocho y media de la tarde, pero he estado un buen rato sola en su despacho, esperándola.

—Ha sido un día ajetreado —añade sonriendo.

El hospital psiquiátrico de Regensburg, dirigido por Maria Hamstedt, es el único de los alrededores que está especializado en niños y jóvenes. No quiero pensar en lo que significa aquí el concepto de «ajetreo», porque enseguida veo imágenes de adolescentes con ataques epilépticos que patalean y cuyos brazos acaban sujetos alrededor del torso por camisas de fuerza. También oigo gritos que resuenan por los pasillos y me ponen los pelos de punta.

Me arranco un «No pasa nada» e incluso consigo sonreír también. Aunque sí pasa. Toda esta situación, el asunto de las cartas. Mi pequeña excursión al hospital psiquiátrico, el volver a salir de casa, y además a estas horas, cuando ya está oscuro y las farolas proyectan sus conos de luz amarillenta, que a su vez lo convierten todo en sombras alargadas y fantasmagóricas. Todo eso me presiona el plexo solar y hace que las extremidades me pesen como si estuviera incubando un fuerte resfriado.

La doctora Hamstedt me lanza una mirada breve y desconfiada antes de rodear su escritorio y sentarse tras él.

—Para ser sincera, me ha sorprendido que me llamara y me pidiera esta reunión, señora Grass.

Igual que le ha sorprendido a Kirsten que no me haya resistido a

llamar a mi terapeuta peleando y dando gritos. Que, al contrario, casi tuviera prisa por marcar su número, y repetidas veces, porque la mitad del día comunicaba, hasta conseguir tenerla al otro lado de la línea y convencerla para que, a pesar de todo el «ajetreo», me recibiera hoy mismo.

—Sobre todo —añade la doctora Hamstedt, que entrelaza las manos sobre la mesa y se inclina un poco hacia mí— porque ya no la trato yo, sino mi compañera Brenner, en Schützenstrasse.

Miro la puerta de soslayo para asegurarme una vez más de que sí, está cerrada. Ahí fuera, en el pasillo, está sentada Kirsten, de hecho, que me ha acompañado aquí. A ver a «mi» terapeuta, cree ella. En realidad solo tuve una sesión con la doctora Hamstedt. Para que elaborara mi historia clínica psicológica en el hospital de Cham, poco después de mi huida de la cabaña.

—Sí, ya lo imagino. Que le haya sorprendido, quiero decir —comento en voz baja, aunque en realidad no creo que Kirsten pueda oír nada desde el otro lado de la puerta.

Incluso supongo que se habrá puesto los auriculares del iPod, o estará concentrada con una revista. Kirsten no es una persona que aguante demasiado bien el no hacer nada y el aburrimiento.

La doctora Hamstedt parece esperar algo más, una explicación de por qué no he acudido a su compañera Brenner sino a ella, y de la urgencia que he dado a entender por teléfono. Antes, de camino aquí, lo he preparado todo y he ensayado mentalmente las palabras. Sin embargo, de pronto las he perdido.

La doctora Hamstedt se inclina algo más sobre su escritorio.

—¿Es que no se entiende bien con la doctora Brenner?

Niego moviendo la cabeza con vehemencia.

—No, no, no es eso. Es muy simpática. Creo.

—¿No acude a sus sesiones con regularidad?

—No demasiado, no.

—Pues debería, señora Grass. Es importante.

—Lo sé. Es solo que...

Echo la cabeza hacia atrás y me quedo mirando el techo. Los deslavazados contornos marronosos de una filtración de agua se extienden y se vuelven más difusos cada vez. «No lloriquees», me advierto en silencio. Nada de ponerse a lloriquear otra vez. Ahora no, aquí no. Al fin y al cabo no he venido a dejar que Maria Hamstedt escarbe en mis heridas. He venido porque necesito información. Y su valoración.

—Le cuesta hablar de lo que le ocurrió —oigo que dice la voz comprensiva de la doctora.

—Sí.

—Cree incluso que tiene motivos para estar avergonzada.

—Puede.

Un sonido siseante hace que me estremezca un segundo. Aparto la mirada del techo y miro a la doctora Hamstedt, que acaba de sacar un pañuelo de papel de la caja que hay en su escritorio, quizá con demasiado ímpetu, y me lo acerca. Lo acepto y me seco los ojos antes de cuadrar los hombros y aclararme la garganta.

—Gracias.

—Conozco a la doctora Brenner desde hace muchos años, señora Grass. Se le da muy bien escuchar, de veras. Y en cuanto a usted: no tiene absolutamente ningún motivo para avergonzarse. Es una víctima. Eso no se escoge.

—Sí, todo el mundo dice lo mismo —replico con una sonrisa algo boba mientras pienso en cómo conseguir cambiar de tema.

—Porque así es, señora Grass —añade la doctora Hamstedt con una sonrisa de ánimo por su parte—. De todos modos, si no se sintiera a gusto como paciente de la doctora Brenner, estaré encantada de ayudarla a encontrar otro terapeuta, por supuesto.

—No, no es eso —me apresuro a decir cuando comprendo que debe de creer que ese es el motivo de mi visita—. No necesito un terapeuta nuevo. Hay otra cosa de la que quería hablarle con urgencia.

—Ah, está bien. Usted dirá. ¿En qué puedo ayudarla, señora Grass? Si se trata del progreso terapéutico de los niños, por favor, tenga en cuenta que mi deber de confidencialidad como médico me impide compartir nada con usted, que no es de la familia...

Niego con la cabeza.

—Tengo que saber si los niños pueden salir.

—¿Salir? ¿Quiere decir si han abandonado alguna vez las instalaciones?

—Exacto.

La doctora parece algo molesta.

—Sí, claro. Somos una institución psiquiátrica, como ya sabe. Nuestra capacidad para realizar las pruebas médicas generales necesarias es limitada, naturalmente. Así que, sí. Hannah ha acudido a otros médicos.

—¿Hannah ha salido?

—Ha ido al dentista y varias veces al hospital regional, sí. Su estado físico, sin embargo, es bueno dadas las circunstancias. Por si eso le preocupa.

—Hannah ha estado fuera —repito casi para mí mientras mi imaginación forma la imagen de la niña, sola y espectral, recorriendo la ciudad y avanzando por mi calle hasta el edificio donde vivo.

La veo descalza y con un camisón blanco, con la Señorita Tinky en brazos. «Me acuerdo perfectamente de todo», susurra. Y luego: «Para siempre y siempre jamás».

—No sola, desde luego, sino acompañada por nuestro personal, y desde hace un tiempo también muchas veces con su abuelo, sí —añade la doctora Hamstedt, destruyendo mi visión, como si me hubiese leído el pensamiento—. ¿Por qué lo pregunta, señora Grass?

No digo nada. Empiezo a rasgar el pañuelo de papel en mi regazo.

—¿Señora Grass?

El abuelo de Hannah. Tu padre, Lena. El hombre que gritaba junto a mi cama en el hospital.

—¿Señora Grass?

—¿Y sola? Bueno, me refiero a si aquí tienen una política de libertad y dejan que los pacientes salgan también sin supervisión.

—Como le he dicho, señora Grass, somos una institución psiquiátrica. A la mayoría de los pacientes que tenemos ingresados no podemos hacernos responsables de dejarlos pasear por ahí sin supervisión, por supuesto.

—¿Ni siquiera en el recinto del hospital?

—No, claro que no —responde ella con firmeza.

—¿Y tampoco es posible que alguien consiga salir a escondidas sin que nadie lo note?

La doctora Hamstedt suspira y dice con toda claridad:

—No, señora Grass, eso es del todo imposible. ¿Puedo saber ya de qué se trata?

Tenía pensado explicarle lo de las cartas. Incluso las he traído conmigo, las tengo en el bolso, en el suelo, junto a la silla. Solo que de repente ya no estoy tan segura de que sea buena idea. ¿Y si reacciona de forma parecida a Kirsten? «No estás bien. Necesitas ayuda.» Pienso en habitaciones en las que el tirador de la puerta puede extraerse con una pequeña maniobra. «Es por su propia seguridad, señora Grass.» Trago saliva con esfuerzo, tengo la garganta tomada. Seguro que nadie firmaría más deprisa la petición de hospitalización forzosa que la directora del hospital psiquiátrico que en estos momentos me mira llena de expectación.

—¿Señora Grass?

—Es que...

De repente me siento tonta a más no poder por no haberme peinado siquiera, y qué decir de no haberme cambiado los pantalones de chándal y la sudadera llena de manchas antes de presentarme aquí. Toda yo debo gritar: «¡Estado preocupante!». Ni hecho adrede, un mechón de pelo grasiento me cae sobre la frente. Lo aparto enseguida.

—Escuche, señora Grass. Mi deber de confidencialidad afecta también a esta conversación, por supuesto —dice la doctora Hamstedt, y yo siento debilidad por su voz profunda y aterciopelada y su mirada directa—. Así que, si hay algo que la inquieta... —El resto de la frase es una invitación que queda pendiendo en el aire.

Inhalo profundamente.

—Alguien me ha enviado cartas —empiezo a decir con cuidado mientras observo las facciones de la mujer en busca de la mínima reacción. Unos labios que se vuelven más finos, unas cejas que se levantan o una nariz que se arruga—. Y, bueno, sé que sonará raro, sin duda, pero me preguntaba si no podrían ser de los niños.

—¿Cartas?

Asiento.

—¿Y qué dice en ellas?

Hasta ahora no he detectado nada en su rostro que deba alarmarme, así que me agacho hacia mi bolso y saco los dos sobres del compartimento lateral.

—«Para Lena» —lee la doctora Hamstedt un momento después, y luego—: «Di la verdad.» ¿Qué significa esto, señora Grass? ¿Y cómo ha llegado a pensar que podrían ser de los niños?

—Porque deben de odiarme después de todo lo que he hecho. No puede ser de otra forma, tienen que odiarme. Sobre todo Jonathan.

Ahora sí noto un cambio en el rostro de la doctora Hamstedt. Sus cejas, que de repente se han arqueado. Sin embargo, por suerte no veo en ese gesto dudas hacia mí, sino más bien una sorpresa sincera.

—¿Jonathan?

Asiento angustiada.

—Le he hecho mucho daño.

—No lo entiendo.

Vuelvo a asentir, pero esta vez evito mirarla.

—El día que hui de la cabaña...

Jasmin

A esas alturas ya conocía la rutina del reducido espacio de la cabaña, había encontrado mi lugar y me resignaba dentro de lo posible. Esa mañana, cuando tu marido se despidió para ir a trabajar y me dio un beso en la boca, ni siquiera sentí náuseas, Lena. Pero entonces dijo:

—Esta noche traeré un test.

Y sonrió con alegría.

Los días pasaban y yo seguramente había preferido no reconocer el hecho de que la regla se me estaba retrasando bastante. Podía deberse al estrés, que me había revuelto todo el cuerpo. Podía ser por la pérdida de peso, que notaba con claridad en lo mucho que me sobresalían los huesos de los hombros y las caderas. Sin embargo, hasta que él dijo esas palabras, que en efecto pudiera estar embarazada no había sido una posibilidad real para mí. «Esta noche traeré un test.» Con eso todo se vino abajo, la cabaña se derrumbó y abrió en el suelo un agujero enorme, profundo y oscuro, que se me tragó. Cuando él salió por la puerta, me arrastré hasta el sofá con las pocas fuerzas que me quedaban y me desplomé en él.

Por una conversación anterior, sabía que él siempre había querido tres hijos. Un hermanito para Hannah y Jonathan. Incluso habíamos brindado por que me quedara embarazada lo antes posible. Todos los días me tomaba obedientemente las pastillas que me daba y que se suponía que iban bien para la fertilidad, e incluso asentía con complacencia mientras él elegía nombres. Matthias si era niño y Sara si era niña. Matthias, me explicó, significa «regalo de Dios», y Sara, «princesa».

No había ninguna razón para dudar de que hablaba en serio. No, él

nunca bromeaba. De repente todo había acabado, todo se volvió negro, morí por dentro al comprender que gestaría a su tercer hijo. Y si el test de ese día no daba positivo, pues el del día siguiente, o el de la semana siguiente, o el de dentro de un mes. Yo tendría la culpa de que otro niño más tuviera que vivir ese horror. Traería al mundo a un prisionero, a una persona que estaría muerta nada más nacer. Lloré con tanta amargura que sentí como si la cara se me hiciera añicos.

Los niños estaban acostumbrados a que tuviera días malos, o por lo menos unas horas en las que mi estado de ánimo se zarandeaba con fuerza, en las que les chillaba o pisoteaba sus ilusiones de alguna forma, todo por pura ira. Hannah había querido convencerme para hacer una excursión que de todas formas nunca tendría lugar, y yo le había gritado. Le había dado una patada a la Señorita Tinky. Y a Jonathan, a quien tanto le gustaba imaginar que volaba, le había soltado que nunca, pero nunca jamás en la vida, se subiría a un avión de verdad. «¡No soy vuestra madre!», vociferaba, y gritaba más fuerte aún si fingían que no me oían. Solo que mis arrebatos de maldad nunca duraban mucho. Casi siempre me avergonzaba nada más terminar, o por lo menos temía que pudieran contárselo a su padre, así que me disculpaba con ellos.

Ese día no los estaba tratando mal, no estaba furiosa; simplemente no estaba. Sentada en el sofá con los brazos apretados alrededor del torso, me balanceaba con apatía adelante y atrás. Llevaba horas así. Tanto Hannah como Jonathan habían hecho un par de intentos de llegar hasta mí. Me preguntaron cuándo empezaría la hora de estudio. Me aconsejaron que participara por lo menos en la actividad física y me recordaron lo que podía pasarte si no ejercitabas los músculos con regularidad. Me ofrecieron algo de beber y un trozo de barrita energética. Cada uno me hizo un dibujo para animarme, pero ni siquiera los miré. Eran unos garabatos estúpidos y sin sentido. En algún momento, como desde lejos, me percaté de que Hannah le leía a Jonathan algo del libro gordo.

—Una depresión —explicaba con su típica voz monótona— es un trastorno psicológico. Sus indicios son abatimiento, pensamientos negativos y apatía. A menudo se pierde también la alegría, la capacidad de rendimiento, la empatía y el interés general por la vida, fin.

—¿Eso quiere decir que ahora le damos igual? —preguntó Jonathan.

—Idiota —respondió Hannah—. Eso quiere decir que todo le da igual.

—O sea, que nosotros también —insistió él, y acto seguido empezó a proferir unos sonidos extraños.

Quizá esa fue la única razón por la que atendí. Nunca había oído

esos ruidos, ni viniendo de él ni de Hannah. Y aun así, a pesar de su extrañeza, al mismo tiempo me resultaron familiares. Me recordaron el dolor tras la muerte de mi padre, cuando me encerré en mi cuarto a llorar durante días. Me recordaron la sensación de pena que me invadía cada vez que Kirsten insistía en que iba en serio con lo de la separación y que no había vuelta atrás.

Jonathan sollozaba.

Parpadeé para enjugar mis propias lágrimas. En efecto, el niño había empezado a llorar y lo hacía con tal fuerza que su torso se movía como accionado por corrientes eléctricas. Miré su cara delicada y pálida, transida de dolor, hasta que no soporté más verlo así y alargué una mano hacia él. El niño no la tomó, en lugar de eso se lanzó sobre mí y casi logró tirarme del sofá. Al principio me quedé muy rígida bajo su abrazo atenazador. Hasta entonces no había visto llorar a ninguno de los dos, nunca. Creo que incluso daba por hecho que no eran capaces de expresar sentimientos, ni de tenerlos siquiera. Sí, también estuvo aquel día que falló el aparato de circulación y nos tumbamos todos juntos en la cama grande y los abracé a los dos. «Te quiero mucho, mamá —dijo Hannah—. Para siempre y siempre jamás.» Y yo: «Yo también os quiero mucho. Buenas noches». Ahora veo otro sentimiento ahí detrás, pero entonces pensé que la niña solo lo había dicho para hacer algo más llevadero ese horrible momento. Para mitigar un poco el miedo. Al menos yo lo hice por eso. Claro que sentía algo por los niños, pero ¿alguna vez fue algo más que compasión? Me estremecí al pensar que ellos podían haber empezado a quererme de verdad, y que yo ni me había dado cuenta ni les había correspondido. Que todo lo que había hecho nunca por los dos era solo parte de mi papel. Que lo había hecho por miedo a que su padre me castigara si no cumplía con mi parte, y nada más.

Puse una mano en la espalda de Jonathan, tímida, mientras con la otra empecé a acariciarle la nuca. Sentí sus suaves ricitos bajo mis dedos. Sentí su respiración agitada y cálida en mi cuello, también los temblores que sacudían su cuerpecillo con cada sollozo. Sentí sus latidos de pajarillo contra mi pecho, sentí que le dolía tanto como me habían dolido a mí la muerte de mi padre y la separación de Kirsten. El niño experimentaba el peor dolor posible, el causado por el amor.

Miré entonces a Hannah, que estaba algo apartada, junto a la librería, todavía con el libro gordo en las manos. Esperaba que me mirase fijamente con sus penetrantes ojos azul hielo, pero mantenía la mirada gacha y parecía cohibida por la situación. También aquello era un sentimiento que yo conocía. Hasta entonces, Hannah no había tenido ningún problema en mirarme a la cara cuando me salía un nuevo hematoma por los ataques de su padre. A veces incluso sonreía y decía: «No es tan terrible, mamá. Solo ha sido un descuido tonto».

Con eso, sin embargo, no pretendía disculpar la pérdida de control de su padre, sino, al contrario, mi comportamiento. Era yo la que había hecho o dicho algo tonto por descuido, y por eso su padre me había pegado. Una simple consecuencia de mi propia necedad.

—¡Ya sé! —exclamó Jonathan, y un momento después saltó de mi regazo y desapareció corriendo por el pasillo.

Cuando regresó, todavía tenía la cara enrojecida por el llanto, pero estaba radiante. Llevaba algo escondido a la espalda.

—Tengo un regalo para ti —dijo con alegría, y lo sacó.

La bola de nieve.

En su interior vi una casita con una puerta marrón, postigos rojos y un tejado en punta. A derecha e izquierda tenía dos pequeños abetos.

—Mira, mamá. —Jonathan agitó la bola y un sinfín de minúsculos copitos de nieve artificiales salieron volando y giraron sin parar antes de que una parte se posara en el tejado de la casita y en lo alto de los abetos, y el resto cubriera el suelo—. ¡Mira cómo bailan los copos de nieve! Ahí dentro estamos nosotros. —Jonathan sonrió y señaló la casita.

—¿Me la dejas?

El niño alargó la mano hacia mí.

—Pero ten cuidado. Es de cristal de verdad y pesa mucho.

—Pesa mucho —repetí, embobada.

Y era cierto. La bola de nieve tenía un peso considerable. Un peso maravilloso.

—¿De dónde la has sacado?

—Me la regaló papá. A Hannah le regaló a la Señorita Tinky y a mí la bola de nieve. Es mi mayor tesoro.

—Pero ¿dónde la tenías escondida?

—En nuestro cuarto. Debajo de la cama hay un tablón suelto que tiene un hueco debajo. —Sonrió mucho—. La Señorita Tinky también se esconde a veces ahí abajo, cuando ha vuelto a comerse algo que no debía. —Se volvió hacia Hannah, que no le devolvió la sonrisa.

—En vuestro cuarto —repetí mientras seguía sopesando la contundente bola de nieve en mis manos.

El cuarto en el que había estado mil veces haciendo las camas o contando cuentos antes de dormir.

—Sí —dijo Jonathan, y se sentó a mi lado en el sofá—, pero ahora quiero regalártela.

—¿Quieres...?

—Sí, porque estás muy triste, mamá. —Alcanzó la bola y volvió a agitarla. Los copos se arremolinaron alrededor de la casita. Jonathan sonreía ensimismado—. Esa es nuestra cabaña. Ahí dentro estamos nosotros, bien calentitos. —Me la devolvió—. ¿Ves lo bien que vivimos?

—Sí, cielo, vivimos muy bien.

—Y si otra vez te pones triste, solo tienes que agitarla.

—Sí, cielo, así lo haré.

Se me saltaron las lágrimas cuando estreché a Jonathan en un fuerte abrazo. Ese niño maravilloso que quería alegrarme y para ello me cedía su mayor posesión, la única que tenía.

—¿Y ahora no podríamos estudiar un poco? —comentó de mala gana Hannah desde el fondo. Hasta entonces se había mantenido extrañamente callada.

Posé un beso en la frente de Jonathan y le di las gracias. Después miré el reloj de la cocina; faltaba poco para las cuatro de la tarde, me levanté del sofá.

—Muy bien, niños. Sacad los cuadernos y los lápices de cera. Hoy vamos a hacer un dictado...

Al final se nos echó el tiempo encima y se hicieron casi las ocho. Ya no contaba con que él viniera, así que iba a mandar a los niños al baño para que se prepararan para acostarse. Durante el estudio, la bola de nieve había quedado sobre la mesa del comedor. Mi mirada recaía de vez en cuando en ella, y entonces no podía contener una sonrisa. También Jonathan sonreía cuando me pillaba. Sin duda se sentía muy feliz y orgulloso, con la sensación de haber conseguido algo extraordinario. Había curado a su mamá de la enfermedad de la tristeza. No tenía ni idea...

Entonces se oyeron unos pasos en el exterior, pasos pesados sobre la madera de los escalones que subían hasta la puerta de la cabaña. Los niños saltaron a sus posiciones, en mitad de la sala, bien visibles y con las manos extendidas hacia delante. Yo los seguí después de colocar la bola de nieve en el asiento de mi silla para que no llamara la atención a primera vista cuando él entrara por la puerta. Me uní a los niños y extendí las manos también. En ese mismo instante, la llave giró en la cerradura.

Contemplé su espalda mientras volvía a cerrar la puerta de la cabaña con llave desde dentro, y el movimiento de su mano cuando sacó el llavero de la cerradura y se lo guardó tintineando en el bolsillo del pantalón. Todo era como siempre. Solo que mi corazón palpitaba, y mi cuerpo entero, toda yo latía mientras él comprobaba que tuviera las uñas limpias. Al hacerlo se acercó tanto que incluso pude notar aún el frío de fuera en él. Había hecho la compra para cenar algo especial y celebrar la ocasión. También había traído el test de embarazo que debía darnos el motivo de celebración. Incluso los niños podrían quedarse levantados hasta más tarde y unirse a la fiesta. Parecía estar muy seguro del resultado de ese test.

—¿Va todo bien, Lena? —preguntó al pasar por delante de mí para

dejar las bolsas de la compra en la encimera de la cocina.

—Sí, sí —me apresuré a decir, y me coloqué entre la silla y él para ocultar con mi cuerpo la bola de nieve del asiento.

De ese día no pasaba. Sería libre o moriría; lo intuía, lo notaba con cada latido. Y tuve miedo, un miedo enorme que envolvió todo mi cuerpo igual que una película, una lámina impenetrable que me apretaba y me entumecía.

A partir de ese instante todo sucedió como en automático. Juro que no recuerdo en qué momento exactamente alcancé la bola de nieve. ¿Está sacando la compra de las bolsas, o retira la ceniza de la estufa de leña? Lo veo delante de mí, vuelto de espaldas, en una posición inclinada. Me acerco desde atrás. La bola de nieve pesa una tonelada en mi mano, apenas logro sostenerla, y aun así consigo tomar impulso en un gran arco.

¿Dónde están los niños en este momento? ¿Es Hannah la que tengo a menos de un metro de mí y suelta un grito de aviso que no oigo porque nada atraviesa la película que me envuelve? Sí, la veo de reojo, pero tiene la boca cerrada. Sin hacer ni decir nada, Hannah mira cómo avanza la bola de nieve por el aire en su amplio y peligroso arco.

¿Y Jonathan? Jonathan también tiene que estar por aquí. Estoy segura de que no ha salido del comedor. Tal vez sigue parloteando con emoción mientras corre alrededor del sofá. Papá ha llegado y él está contento. Papá encenderá la estufa y hará que en la cabaña se esté calentito. Papá cocinará algo rico para nosotros. Qué suerte que haya llegado papá.

En ese instante tu marido hace amago de volverse... Solo que ya es tarde, se oye el impacto, que hace «¡Plaf!», como cuando tiras una sandía al suelo. ¿Profiere él algún sonido? ¿Se queja de dolor o grita, quizá? No oigo nada, solo el zumbido de la sangre en mis oídos y ese «¡Plaf!» sordo que lo sacude todo. Le he golpeado, le he dado una vez y con fuerza, con la potencia suficiente para que su cuerpo se pliegue igual que una marioneta a la que le han cortado los hilos. Con eso ha bastado, ahora está tirado en el suelo, pero por lo visto no me detengo. Golpeo y golpeo y vuelvo a golpear una y otra vez hasta que la bola de nieve se rompe contra su cráneo. Debo de estar arrodillada sobre él, ensañándome con la bola ya rota, y los bordes afilados del cristal le destrozan la cara. Sangre, debe de haber sangre por todas partes.

Me tambaleo hacia atrás, el arma homicida en la mano. Los niños aparecen en mi campo de visión. Están ahí de pie, se han quedado de una pieza.

Hannah tiene el semblante impertérrito y vacío. Jonathan está horrorizado. Le corren lágrimas por la cara, su boca está abierta con

desconcierto. Los brazos cuelgan lacios junto a su cuerpecillo. Sus ojos, su mirada. La bola de nieve era su regalo para mí, su mayor hazaña y la más importante, su más orgullosa posesión. Su bola de nieve ha matado a su padre. Él ha matado a su padre porque me la ha regalado. Sus labios forman un mudo «mamá».

Suelto la bola. En mi cabeza, repiquetea al caer al suelo. En mi cabeza, es ahora cuando se rompe. El sonido consigue atravesar la película y me alarma. Caigo de rodillas junto al cuerpo inmóvil y mis dedos sacan el llavero del bolsillo de su pantalón. Ay, Dios, ¿se ha movido? No puede ser, es imposible, está muerto, tal como la policía constatará más adelante. Vuelvo a tambalearme hacia atrás. Las llaves tintinean en mi mano. Corro a la puerta de la cabaña, mis dedos temblorosos van probando una llave tras otra en la cerradura hasta que por fin una encaja. ¡Encaja! ¡La puerta se abre!

—¡Venga, niños! —grito—. ¡Vamos!

Pero los niños no se mueven. Están paralizados junto al cuerpo inerte de su padre.

—¡Venid ya! ¡Tenemos que irnos!

Veo a Jonathan arrodillarse junto a su padre como a cámara lenta. Su torso se inclina hacia delante, estremeciéndose. Solloza en voz baja, de dolor, de amor.

Sacudo la cabeza con incredulidad. Miro a Hannah, que sigue ahí de pie, paralizada y con el rostro inexpresivo.

Jadeo. Ya no pienso, y si lo hago, solo es una cosa: «¡Vete de aquí!». Mis piernas empiezan a moverse. Tropiezan al bajar los escalones de madera que dan a una veranda estrecha. Me envuelve la oscuridad, y un aire helado. Por un momento olvido respirar, mis pulmones parecen bloqueados por la extrañeza de ese aire, verdadero aire fresco.

Echo a correr. Paso el perímetro de hierba crecida que rodea la cabaña y me interno en el bosque colindante. Las ramas me arañan la piel, apenas veo nada en la oscuridad, bajo mis pies se oyen chasquidos fuertes y secos. Muevo los brazos a mi alrededor, aparto ramas, a veces me encuentro con el vacío, tropiezo, caigo, dolor. Vuelvo a incorporarme... «Sigue, no pares, lejos de aquí.»

Entonces, de repente, detrás de mí. ¿Ha sido un crujido? ¿Ha vuelto a levantarse, me persigue?

«¡Más deprisa, corre!»

Corro, doy un traspié, resbalo, choco contra el tronco de un árbol.

«¡Sigue, no te pares!»

Sí, oigo otro crujido por detrás.

Hacia delante, a cierta distancia entre los árboles, ¿es eso una luz?

Dos luces, diminutas, pero ahí están. Se mueven. ¿Los faros de un coche?

Corro hacia allí. «¡Sigue! ¡No te pares!» Una carretera, ¡ahí hay una

carretera! Extiendo los brazos y hago señales. ¡Un coche, sí, de verdad es un coche! Corro hacia él, le hago señales, el coche se acerca más... y entonces... Un impacto ensordecedor. Ante mis ojos estallan colores intensos. Parpadeo deprisa y sin parar. Estoy tumbada sobre algo rígido y frío. Hace un frío espantoso. Percibo un movimiento por encima de mí. Ahí hay alguien. Se inclina sobre mi cuerpo. El conductor del coche. Su voz no encaja con su cara cuando dice:

—¿Señora Grass? ¡Señora Grass! ¡Tranquilícese, señora Grass!

Matthias

Esta noche no consigo descansar, y eso que no hay nada que desee más que quedarme dormido enseguida para que pronto sea mañana; un día nuevo y mejor. Tumbada a mi lado en la cama está Karin, que hace un poco de ruido con la nariz al respirar, dormida, y de vez en cuando se mueve de aquí para allá, inquieta también. Aunque por lo menos ella tiene suerte y duerme.

Había esperado algo muy diferente, claro está. Ha sido como si un hacha invisible me abriera el pecho y alguien me arrancara el corazón estando plenamente consciente cuando Hannah, nada más llegar, ha dicho: «Pero si esta no es mi casa, abuelo».

Qué decepcionada se la veía. Resulta que había creído que iba a llevarla otra vez a la cabaña. A mí al principio me han faltado las palabras, pero Karin ha conseguido improvisar.

—Tienes razón, Hannah —ha dicho con mucha naturalidad—. Esta es nuestra casa, la casa de tu abuelo y mía. Tu mamá vivió aquí muchos años con nosotros, por eso hemos pensado que te gustaría venir a visitarnos. ¿Quieres ver cómo era su antigua habitación?

—Sí —ha respondido la niña, y ha dejado que Karin la llevara de la mano a la planta de arriba.

Yo las he seguido a ambas arrastrando los pies a cierta distancia.

La habitación, para ser exactos, ya no es más que el esqueleto del viejo cuarto de Lena. La cama de madera de pino, el armario, el voluminoso equipo de música que fue un regalo de Navidad de cuando Lena acababa de descubrir la música, el escritorio con su silla giratoria, todo sigue en su sitio de siempre. Y en el techo, encima de la cama, todavía están pegadas las estrellas adhesivas que brillan en la oscuridad, una reliquia sentimental de los días de primaria de nuestra hija. Ella misma creó su propio cielo estrellado por aquel entonces.

—Es una tontería que las estrellas solo puedan verse cuando se está fuera de noche, ¿verdad, papá? Es mucho más bonito quedarse dormido bajo ellas, ¿a que sí?

—Sí, Lenita, es verdad —dije, y mientras me daba instrucciones

desde abajo, la ayudé a pegar las estrellas donde ella no llegaba.

Los numerosos pósteres que antes empapelaban las paredes, en cambio, hace tiempo que acabaron en el contenedor del papel. Las fotografías y el tablón con su colorido caos de polaroids y entradas de conciertos, descolgados. La ropa que antes contenía el armario, repartida. La cómoda y la alfombrilla de la cama son nuevas, fruto del esfuerzo de Karin por convertir esto en una habitación de invitados, o por lo menos en una habitación sin fantasmas. Igual que las cortinas y la orquídea blanca en su maceta, sobre el alféizar, que Karin cuida con cariño.

Hannah se ha adentrado con pasos inseguros hasta el centro de la habitación y ha paseado la mirada a su alrededor.

—Es muy grande —ha dicho. Ha regresado a la puerta y se ha puesto a medir el cuarto poniendo un pie delante del otro, talón con punta, una y otra vez—. Veintiocho pasos —ha contado al llegar a la pared contraria.

—¿Te gusta? —he preguntado con ilusión, pero ella solo se ha encogido de hombros.

Al presentarle el escritorio he debido de parecerle tan desesperado como un vendedor de muebles que no ha hecho ninguna venta en todo el día.

—¡Mira! Este es el sitio perfecto para estudiar. Y la silla es comodísima. ¿No quieres probarla? Ven, siéntate. ¡Y esto también, mira! Hemos comprado un bloc de dibujo y lápices de colores especialmente para ti. Si te apetece, mañana o uno de estos días podemos comprar también algunos libros. O Karin, bueno, tu abuela, podría ir a mirar al sótano, por si todavía guardamos libros de texto de tu madre en alguna caja, y entonces...

—Matthias —me ha interrumpido Karin desde la puerta, y me ha indicado que me acercara—. Déjala un momento tranquila, para que se habitúe.

He seguido su consejo con un suspiro y me he colocado junto a ella.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —me ha siseado de medio lado.

Se refería a haberle dicho a Hannah que la llevaría a casa. Aunque nadie estaba más decepcionado que yo mismo con ese malentendido.

—Las estrellas —ha dicho Hannah de repente.

Estaba delante de la cama de Lena mirando hacia arriba y sonriendo. Esa sonrisa me ha inspirado valentía.

—Sí. Tu mamá deseaba tener su propio firmamento, así que lo construimos con pegatinas. Karin, apaga la luz.

Como también las persianas del cuarto de Lena estaban bajadas para protegernos de los periodistas de fuera, las estrellas han brillado en cuanto ha accionado el interruptor; un mar de estrellas verde neón sobre nosotros, estrellas grandes y pequeñas, estrellas con cola y sin.

—Mamá también me hizo un firmamento en casa, pero los colores de los lápices de cera no brillan.

—¿Te dibujó las estrellas?

Un sentimiento de calidez se ha extendido en mi pecho abierto en canal, que por un momento parecía que iba a cerrarse. Qué madre más cariñosa y maravillosa debió de ser mi Lenita.

—Sí, en la parte de abajo del somier de Jonathan. Cuando me tumbo en la cama, solo tengo que alargar la mano hacia arriba y casi puedo tocar las estrellas. También son muy bonitas, de verdad, aunque no brillen. Pero, a cambio, son azules y verdes y rojas. Las amarillas no se ven bien en la madera del somier, pero yo de todas formas sé que están ahí.

—Dime, ¿te gustaría dormir hoy en esta habitación? ¿Debajo de las estrellas brillantes de tu mamá?

Hannah no ha dicho nada, pero en la penumbra que entraba desde el pasillo por el resquicio de la puerta he visto que asentía. Enseguida he pensado que ese era el momento, el instante de conexión en que los cabos sueltos se atan. Las estrellas del techo que su madre había dejado a modo de una señal. Las estrellas que le demostrarían a Hannah de una manera especial y silenciosa que ese era su sitio a partir de ahora.

Pero me equivocaba. Ha sido en la cena cuando ha preguntado:

—¿Y cuánto tiempo tengo que quedarme aquí hasta que por fin volvamos a casa?

Esperaba que de nuevo Karin dijera algo, pero ni siquiera a ella se le ha ocurrido nada esta vez.

—Hannah —he empezado a explicar al cabo de unos segundos—. La policía ha clausurado la cabaña. Han pegado algo en la puerta para indicar que ya no se puede entrar en ella.

La niña ha dejado caer la rebanada de pan a la que acababa de dar un par de mordiscos.

—¿Nunca más?

—No, creo que no.

—Pero ¿eso por qué?

—Hannah... —he empezado responder sin saber exactamente qué iba a decir.

Sin embargo, Karin me ha interrumpido.

—Porque allí han pasado cosas malas.

Me he encogido por dentro y le he lanzado una mirada de advertencia a mi mujer. Mientras Hannah no comprendiera por sí misma lo que de verdad había ocurrido en la cabaña, en mi opinión era mejor dejar que los especialistas fueran abriéndole los ojos con cautela. Y que incluso ellos siguieran divididos al respecto, me demostraba con mucha claridad lo sensibles que debíamos ser con ese

tema. Pero a Karin no podía argumentarle nada en ese sentido, por supuesto, porque ella enseguida me recordaría la cantidad de veces que yo había calificado de idiotas a esos mismos especialistas.

Sin embargo, para mi sorpresa, Hannah ha asentido enseguida.

—De todas formas no creo que Jonathan consiguiera quitar todas las manchas de la alfombra.

Karin ha inspirado una brusca bocanada de aire.

—Aun así, tenemos que ir allí, abuelo. Por la Señorita Tinky. Ella no sabe que la cabaña ya no puede ser nuestra casa.

—Lo haremos, Hannah. No hay problema —he dicho, y esta vez he sido yo quien se ha ganado una mirada de advertencia por parte de Karin.

No quiero poner en duda que Hannah se encontrará a gusto con nosotros. Que al final todo irá bien. Y aun así, esta noche no hay manera de conciliar el sueño. No deseo prestarle atención a esa pequeña incertidumbre que me reconcome. Karin no puede tener razón cuando cree que no conseguiremos convertirnos en una familia. Volver a ser una familia, igual que antes... Debo de haberme quedado dormido por fin pensando eso.

Ya estoy acostumbrado a que Karin no duerma de un tirón. Hace años que no lo consigue, desde la desaparición de Lena. En algún momento, en mitad de la noche, se levanta de la cama y va al baño, baja a la cocina a beber un vaso de agua o a prepararse una infusión, o al salón a leer un poco hasta que le pesan los párpados otra vez. Para mí, después de todos estos años, los pasos en la escalera y el rumor del grifo ya solo son ruidos de fondo. Apenas abro un ojo cuando los oigo, o como mucho me doy una vuelta perezosa para cambiar de postura.

Esta noche, sin embargo, me sobresalto.

Gritos.

Mi mano alcanza el interruptor de la mesilla de noche.

Gritos, la voz de Karin.

Mi cuerpo se incorpora al instante, la presión sanguínea casi no da abasto. Mis pies buscan el suelo a tientas.

Gritos, vienen de abajo. Algo produce un estrépito, quizá una silla. En el comedor, pienso.

Llego a la puerta del dormitorio con las piernas temblorosas. Alguien ha entrado en la casa, pienso. Alguien tiene a Karin. Un arma, pienso, necesito un arma y no tengo ninguna. Lo único que se me ocurre es el atizador, que está en su soporte junto a la chimenea, pero la chimenea está en el comedor, donde imagino también a Karin.

Tropiezo en el pasillo, por un momento me siento tentado de entrar en el viejo cuarto de Lena, porque la idea de defender a mi mujer queda desbancada por la pequeña Hannah. A ella no debe ocurrirle

nada.

Entonces vuelvo a oír a Karin y me quedo quieto.

—¿Qué demonios es todo esto? —grita.

Y recibe una respuesta a media voz:

—Es de mala educación no responder a un saludo.

¡Hannah! La que ha contestado es Hannah.

Echo a correr por el pasillo hasta llegar a la escalera, bajo los peldaños a toda prisa, cruzo el vestíbulo y entro en el comedor iluminado, donde Karin tiene a la niña agarrada del brazo.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunto, y miro alrededor sin creer lo que veo.

No hay ningún ladrón, ninguna pelea; solo Hannah y Karin.

—¡La he pillado en la ventana!

Cuando me percato de cómo retuerce mi nieta la cara por lo mucho que aprieta Karin, salto hacia ellas y separo los dedos rígidos de mi mujer del fino bracito de Hannah.

—No sabía que no puedo acercarme a la ventana. Lo siento.

—Por supuesto que puedes acercarte a la ventana, Hannah —la tranquilizo, e intento poner distancia entre ambas apartando a Karin por los hombros—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—He bajado a por un vaso de agua y la he oído aquí dentro toqueteando las persianas. Pensaba que era un ladrón —empieza a explicar Karin sin aliento. La llevo a la mesa y la siento con cuidado en una silla. Está temblando—. Dice que alguien ha tirado piedritas a la ventana de su habitación.

—Y es verdad. Yo no digo mentiras —interviene Hannah—. Solo que no he podido ver quién era, así que he bajado. Desde aquí se ve mejor el exterior.

—Entonces hemos tenido suerte de que solo hayas mirado por la ventana y no hayas ido directa a abrir la puerta —dice Karin con tono sarcástico. Apoya los codos en la mesa y entrelaza las manos ante la frente.

—¿Hay alguien ahí fuera?

Automáticamente, mi cuerpo da un salto en dirección a la chimenea, hacia el atizador.

—No, no hay nadie —dice Karin interrumpiendo mi movimiento—. Hannah debe de haberlos espantado al saludar con tanta amabilidad...

—Karin, déjalo ya, por favor —contesto, y señalo a la niña con un gesto de cabeza.

Tiene un aspecto bastante deplorable con su camisón de beneficencia, que le va grande y además es demasiado fino para el otoño. Por si eso fuera poco, la cabeza le cuelga pesada y abatida sobre los hombros delgados y débiles.

—Hannah. —Me acerco a ella y me dejo caer con esfuerzo sobre

mis viejas rodillas—. ¿Me cuentas lo que ha pasado? ¿Quieres?

—Había alguien en el jardín y ha tirado algo a mi ventana. Al principio pensaba que había empezado a llover. Sonaba muy parecido, como un pequeño tintineo tenue, pero entonces he pensado que sería mejor ir a ver, aunque solo he podido distinguir una sombra y por eso he bajado a esta otra habitación.

—¿Y había alguien bajo la ventana?

Asiente.

—Nos hemos saludado.

—¿Has visto quién era?

—Fuera todavía está muy oscuro.

Le acaricio los brazos para tranquilizarla.

—No tengas miedo. Voy ahora mismo a ver. Sube a tu cuarto y túmbate otra vez, ¿quieres?

Hannah vuelve a asentir y, medio por encima del hombro, vuelta hacia Karin, dice:

—Lo siento. Prometo que no volveré a acercarme a las ventanas sin permiso.

Cuando Karin suspira, contesto yo por ella:

—No pasa nada, Hannah. No has hecho nada malo. Todo va bien. Y ahora, vuelve a la cama. Nosotros subiremos enseguida.

Mantengo los ojos fijos en mi mujer mientras escucho los pequeños pasos cuidadosos de la niña, que se alejan escalera arriba.

—¿Cómo has podido? —le espeto a Karin cuando creo que ya no puede oírnos.

—Por favor... —refunfuña, y baja las manos entrelazadas.

—A lo mejor solo ha tenido una pesadilla. ¿Y te pones así con ella?

—O es justo lo que yo temía... —la palma de su mano cae sobre la mesa con un golpe sordo y sin fuerza—, y alguno de los buitres de la prensa ha acampado ahí fuera a pasar la noche.

—Qué disparate. Se han ido todos poco antes de las nueve. Hemos oído cómo se marchaban los coches, y cuando he mirado poco después, ya no quedaba nadie. Han entendido que aquí no tienen nada que rascar.

Karin pasa por alto mi objeción.

—¡Y encima Hannah los anima ofreciéndoles una foto en la que saluda con alegría! ¡Te lo dije, Matthias! Te dije desde el principio que no quiero volver a pasar por eso. No quiero salir todos los días en los periódicos.

Se levanta con tal brusquedad que su silla amenaza con caer hacia atrás. La sujeta por el respaldo justo a tiempo y vuelve a arrimarla a la mesa.

—Iré a ver, por seguridad —anuncio. Me vuelvo hacia la chimenea y saco el atizador del soporte—. Voy a aclarar esto, si es que hay algo

que aclarar. Y tú sube un momento con Hannah. Pero sé amable, Karin, ¿de acuerdo?

Fuera está todo tranquilo, salvo por los pájaros, que ya han empezado con sus estridentes cantos del alba. Me quedo en el último de los cuatro peldaños que suben hasta nuestra puerta. Tengo el atizador en la mano. Mi mirada recorre el jardín delantero. La cancela está cerrada, no se ve señal alguna de que alguien haya entrado en nuestra propiedad unos minutos antes. Aparte de los rosales, no tenemos arbustos ni árboles de troncos gruesos, así que tampoco hay posibles escondites para un intruso. El pequeño césped se extiende apacible bajo la tenue luz del amanecer. Justo lo que había supuesto: Hannah solo ha tenido una pesadilla.

Matthias

No sé qué le pasa a Karin. Ha empezado ya en el desayuno. Hannah solo quería comer una rebanada de pan con mantequilla, igual que anoche... ¿Y qué? Sí, había creído que se la metería en el bolsillo, que la compraría, cuando ha sacado el bote de Nutella de la cocina y lo ha dejado en la mesa del comedor.

—Por lo que yo sé, a todos los niños les encanta la Nutella —ha dicho, y le ha guiñado un ojo a Hannah con complicidad.

Sin embargo, la pequeña ha apartado el bote después de estudiar los ingredientes.

—No hay que ingerir demasiado azúcar. El consumo excesivo de azúcar y alimentos dulces puede desencadenar los siguientes síntomas: cansancio, apatía, estados de ansiedad, problemas estomacales e intestinales, gases, diarrea o estreñimiento, nerviosismo, trastornos del sueño y la concentración, así como daños dentales, fin.

Los labios de Karin han formado una sonrisa a medio hacer, después se ha llevado el bote y lo ha devuelto a la cocina, donde lo ha escondido en la despensa, junto a las tabletas de chocolate, las bolsas de ositos de goma y los paquetes de galletas que compró especialmente para Hannah cuando supimos que vendría. Comprendo su decepción. Su intención era buena, pero ¿no podría haber guardado el bote y ya?

Pues no, también se ha puesto a lloriquear. Se la oye hasta desde el comedor. Ya tengo las manos plantadas en la mesa para levantarme y seguirla a la cocina, pero entonces decido no hacerlo. Hannah está sentada ante mí y me mira. En su plato hay una triste rebanada de pan que no ha vuelto a tocar desde que Karin ha salido corriendo.

—¿Solo mantequilla? —pregunto.

La niña asiente.

Alargo el brazo y me acerco su plato para untarle el pan.

—Gracias —dice con educación cuando se lo devuelvo.

—Empieza a comer, Hannah. Voy un momento a ver cómo está la abuela.

—¿No podemos desayunar tranquilamente, por favor?

Intento susurrar para que Hannah no se entere, pero, incluso bajando la voz, en mi tono se percibe cierta dureza que nos sorprende tanto a Karin como a mí mismo.

—No puedo con esto, Matthias.

Señala hacia arriba con vaguedad. La lámpara del techo arroja una luz fría y blanca que no resulta natural a esta hora en esta habitación. En todas las habitaciones, para ser exactos, porque las persianas siguen bajadas en toda la casa.

—Hoy no son ni la mitad que ayer, Karin —digo, y con ello me refiero a los periodistas que hacen guardia sentados en la acera.

Esta mañana, cuando he sacado el periódico del buzón a las seis y media, todavía no había nadie y casi he creído que no vendrían. El primer coche no ha aparcado hasta las ocho y pocos minutos.

—Claro —ríe Karin con burla—. Anoche ya consiguieron su foto de Hannah.

—Otra vez no, por favor. Nadie estuvo aquí anoche. Hannah tuvo una pesadilla. Y ni siquiera has visto el periódico de hoy. No hay ninguna foto de la niña saludando, solo... —Me detengo al comprender que sí lo ha visto, pero ahora mismo no quiero discutir si el artículo del *Bayerisches Tagblatt* que denuncia la conducta actual de las autoridades policiales está justificado o no—. Escucha, Karin —digo, en cambio—. Esto tampoco es fácil para mí, pero lo único que cuenta ahora es que descubramos quién era ese tipo y qué hizo con nuestra hija. —Se me seca la garganta—. Dónde la ocultó.

—Eso es lo que único que importa, ¿verdad?

Los ojos de Karin siguen brillando por las lágrimas, pero al mismo tiempo han adoptado una expresión extrañamente sombría.

—Sí, por supuesto. ¿Qué creías?

—Ni siquiera has llamado a Mark para preguntarle si se ha reunido ya con Gerd.

—Gerd me lo habría dicho.

Karin levanta las manos.

—¡Ni de eso te das cuenta!

—No levantes la voz —siseo, y señalo hacia la esquina del pasillo abierto, donde se ve a Hannah.

La niña mira al frente mientras mastica ensimismada su pan con mantequilla. Por suerte está sentada de lado con respecto a nosotros,

así que su mirada no nos enfoca, como mucho llega a la chimenea, en el comedor.

—¿De qué no me doy cuenta? —le pregunto entonces a Karin.

—Gerd ya no habla contigo a menos que no tenga más remedio, y me temo que el artículo del periódico de hoy le dará toda la razón.

—¿Que Gerd no habla conmigo? ¿Ah, no? Pues entonces tal vez me falle la memoria. Me habré inventado que llamó enseguida la noche que esa tal señora Grass llegó al hospital.

—Nos llamó a nosotros, Matthias, a los dos. Y seguro que se arrepintió. No quería que fuésemos al hospital de Cham, eso lo decidiste tu solo.

—¡No, lo decidimos los dos! —Sacudo la cabeza sin entender nada —. ¿Cómo es que estamos hablando de Gerd? Te he preguntado por qué has montado semejante numerito por un bote de Nutella.

A mi mujer empieza a temblarle la barbilla.

—Porque dices que lo que te importa es Lena, pero no es verdad. Ya no. Ahora solo te importa Hannah.

No puedo creer lo que estoy oyendo. No comprendo cómo se atreve. Mi Lenita, mi todo... Solo el hecho de que es Karin la que está delante de mí, Karin, la mujer con quien llevo casi cuarenta años casado, impide que me ponga violento. A Gerd, a Giesner o a Mark Sutthoff los habría agarrado del cuello por soltar semejante desfachatez.

—Pero es que Hannah es todo lo que nos queda —digo en lugar de eso, y sin tomar aire siquiera añado—: Y Jonathan. —Para que no tenga un punto más que añadir a esta conversación atroz.

Pero Karin, por lo visto, no quiere dejarlo correr.

—¿Y eso cómo lo sabes? —vocifera sin contener el tono.

Yo siseo un «chsss» y vuelvo a mirar hacia el rincón de Hannah por si acaso.

—¡Siguen sin encontrar el cadáver de Lena! ¿Y si no...?

—Karin. Sabemos que está muerta —la interrumpo después de comprobar que la niña sigue sentada a la mesa, obediente y ajena a nosotros, comiéndose su pan.

—Pero ¿cómo lo sabemos? ¡Cuando Gerd nos llamó la noche del accidente, hace dos semanas, ni siquiera dudamos de que Lena pudiera estar viva todavía!

—Karin, por favor...

—¡Y tú no haces nada por colaborar!

—¿Qué?

—¡Hace tiempo que podrías haberle preguntado a Hannah por ella!

—¡No soy psicólogo, Karin! ¿Quién sabe lo que podríamos provocar si...?

—¿No eras tú el que decía que esos supuestos profesionales no

tienen ni idea? De todos modos, sí pareces lo bastante entendido en psicología para traértela a casa con nosotros —espeta además.

—Está bien, Karin. —Doy un paso hacia ella y le pongo las manos en los hombros—. Te prometo que luego llamaré a Mark. Y también a Gerd. Pero tú, por favor, siéntate a la mesa a desayunar con Hannah y conmigo. ¿De acuerdo?

Abre la boca, pero parece cambiar de opinión y se limita a asentir con debilidad. Le tomo la mano y tiro de ella para llevarla al comedor, solo que Hannah ya no está sentada en su sitio.

—¿Dónde está?

—Seguro que ha ido al baño —dice Karin, pero yo sé que eso no puede ser.

—¡Hannah!

Cruzo corriendo el comedor en dirección al recibidor.

—Iré a ver arriba —dice Karin, que me ha seguido y sube la escalera a todo correr.

El baño de las visitas que hay al fondo del recibidor está vacío. Cierro la puerta un segundo después de haberla abierto. Por supuesto que no ha ido al baño. Ni es la hora de Hannah ni es su forma de ir, sin pedir permiso. Tal vez se ha asustado al oír la pelea entre Karin y yo. Enseguida recuerdo a Lenita, que también detestaba que discutiéramos. Entonces solía esconderse, casi siempre en el armario grande del recibidor. Se quedaba allí sentada con las rodillas encogidas y esperaba a que la buscáramos y la encontráramos al fin. Era como si con su desaparición quisiera impedir que nos peleáramos. Por los impuestos de la casa, que en aquel entonces nos costaba sacar todos los meses de donde fuera; por la asesoría, que todavía no marchaba demasiado bien; por la educación de nuestra hija; por los platos que se habían quedado sin fregar aunque yo había prometido encargarme de ellos, y por todas esas pequeñeces que en ocasiones van cobrando importancia.

Me acerco con cuidado al antiguo armario de abeto de debajo de la escalera donde Karin guarda las chaquetas y los abrigos que no se usan todos los días. Un recuerdo...

«Por fin te he encontrado.»

«¿Estabas preocupado por mí, papá?»

«¡Ya lo creo, cielo!»

«Eso está bien...»

Estoy a punto de abrir la puerta del armario cuando Karin se asoma desde arriba.

—¡Está en su cuarto! —exclama.

Mi corazón regresa a su sitio al instante, en mis labios tiembla una sonrisa que es de alivio y al mismo tiempo de ligera decepción. Me parece que me habría encantado encontrar a Hannah en ese armario.

«¿Estabas preocupado por mí, abuelo?»

«Ya lo creo, cielo...»

—¿Subes un momento, Matthias, por favor? —Karin.

Ya he puesto un pie en el primer escalón cuando percibo de soslayo un movimiento, como una sombra al otro lado del cristal de la puerta de entrada. No lo pienso. Doy un paso hacia allí y abro de golpe, justo cuando una mujer deja en nuestro felpudo una gran caja de cartón cerrada con cinta de embalar.

—Señor Beck... Hola —tartamudea.

Parece igual de perpleja que yo y retrocede un paso, sobresaltada.

En ese momento, el pequeño pelotón que tenemos plantado ante la cancela del jardín cobra vida y empiezan a sacar fotografías, sus chasquidos suenan como las teclas de una máquina de escribir, las preguntas vuelan como proyectiles, directas a mí.

—¿Cómo está la niña, señor Beck?

—¿Qué se sabe del niño, señor Beck?

—¿Alguna novedad sobre el paradero de su hija, señor Beck?

—¿Es cierto que se sienten abandonados por la policía?

Mi mirada va y viene entre la caja marrón que hay a mis pies, la mujer que retrocede con pasos inseguros y baja los peldaños hasta mi jardín delantero, y la jauría que ruge ante la valla del jardín.

—¿Vivirá Hannah con ustedes a partir de ahora, señor Beck?

—¿Se traerán también a Jonathan?

—¡Señor Beck! ¡Señor Beck!

Y entonces toda mi frustración se vuelca en una erupción fulminante de tosca desesperación que me hace gritar:

—¡Largaos de una vez, cerdos, o llamaré a la policía y os denunciaré a todos por acoso!

Le doy una patada a la pesada caja de cartón de nuestro felpudo, lanzo otra en dirección a la mujer, que ya ha bajado el último de los cuatro escalones y prosigue su cautelosa retirada por la superficie llana del camino enlosado. La conozco. La he reconocido por el pelo rojo y el abrigo azul claro. Ayer estaba aquí cuando llegué con Hannah del centro de traumatizados.

—Déjenos en paz de una vez —le suelto antes de desaparecer en el interior de la casa y cerrar la puerta con un sonoro portazo.

—O sea que ese será el titular de mañana. —La voz furiosa de Karin llega desde el descansillo de arriba.

Vuelvo la cabeza hacia ella sin fuerza.

—Lo siento.

Mi mujer hace un gesto de exasperación.

—Eso dices siempre. Por cierto, Hannah se ha encerrado en su cuarto. Tal vez deberías intentarlo tú.

—¿Que se ha...?

—Encerrado. Voluntariamente.

Jasmin

Despierto, y no a las siete menos diez, tampoco con su voz en mi cabeza, pero en cambio tengo una sensación como de resaca que enseguida me hace pensar en la noche anterior. Alargo una mano a mi lado, donde debería estar tumbada Kirsten, pero entonces recuerdo que esta mañana tenía pensado ir a su casa para dar de comer a Ignaz y luego hacer algo de compra para las dos. Debe de haberse marchado ya, porque no oigo ruido en el baño ni en la cocina. Tal vez incluso me venga de perlas estar sola; como una especie de plazo de gracia. Cuando regrese, llamaremos a Cham. Tengo que ver la imagen de la reconstrucción facial. No hay más remedio, por supuesto. Sobre todo porque después de anoche ha surgido otro motivo imperioso para reunirme con él.

—Esa podría ser una información relevante, Jasmin —dijo la doctora Hamstedt—. Es posible que incluso ayude a descubrir la identidad del secuestrador y su móvil. En cierto sentido suena a algo muy personal, ¿no le parece?

—O quizá alguien ha seguido la cobertura informativa de los periódicos y ha querido divertirse con ello.

—Puede ser. Aun así, me parece que debería hablar lo antes posible con el comisario Giesner.

Solo con pensarlo, lo que más me apetece es volver a hundirme en la almohada y seguir durmiendo. Pero ¿cómo podría hacer eso, Lena, cuando cien versiones de ti me devuelven la mirada desde la pared? Me sonríes para animarme —para obligarme— desde las numerosas fotos de los incontables artículos de periódico que he colgado. Así que me doy por vencida y me levanto.

En efecto, el apartamento está vacío, Kirsten ya se ha marchado. Entro en la cocina con pasos silenciosos, perezosa aún, lleno un vaso con agua del grifo y me tomo los analgésicos, media pastilla más de las necesarias, como siempre. La noche pasada sigue dando vueltas en mi cabeza. Mi encuentro con la doctora Hamstedt. Dios sabe que no había planeado que nuestra conversación discurriera como lo hizo. Solo quería explicarle cómo había surgido esa idea, que en un principio sonaba del todo absurda, de que las cartas podían ser de los niños. No pretendía parecerle tan desequilibrada, alguien a quien estaría justificado meter en una habitación sin tirador en la puerta. En realidad, lo único que quería explicarle era que los niños, sobre todo Jonathan, podían tener una muy buena razón para estar enfadados conmigo. Para odiarme. Para enviarme cartas que me recordaran mi

culpa. Había abusado del gesto cariñoso de Jonathan, de su gran hazaña, de su regalo y de su confianza, para matar a su padre. Después había echado a correr hacia la libertad sin mirar atrás y me había cruzado con un coche, cierto, pero de todos modos había huido. Primero se lo había quitado todo a esos niños —a su padre, a la madre como la que me habían aceptado, su hogar— y luego los había dejado tirados.

Mientras le hablaba a la doctora Hamstedt de mi huida, sin embargo, cada vez iba perdiendo más el rumbo y me dejé llevar tanto por mi propio relato que creí revivirlo todo de nuevo. Corría por el bosque. Sentía bajo mis pies el suelo irregular, que me hacía tropezar, las ramas que me azotaban en la cara y me arañaban la piel. Podía oír los crujidos de la maleza, mis propios jadeos a causa del esfuerzo; todo era muy real. El momento en que salí del bosque y llegué a la carretera. El coche que me atropelló. Los destellos de colores que estallaron ante mis ojos. El golpe sordo y fuerte de mi cuerpo al aterrizar en el asfalto. Parpadeé al oír la voz del conductor que se inclinaba sobre mí.

—Señora Grass —le oí decir varias veces, como desde debajo de una campana de cristal, antes de comprender que algo extraño pasaba con esa voz.

Tampoco podía estar dirigiéndose a mí por mi nombre, desde luego. Quien realmente me estaba hablando en ese momento era la doctora Hamstedt, que intentaba llevarme de vuelta a la realidad.

—¡Señora Grass! ¡Tranquilícese, señora Grass! —oí que decía con insistencia, y noté que sus manos me sostenían de los hombros. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había levantado de su sitio tras el escritorio mientras yo hablaba—. ¿Se encuentra mejor, señora Grass?

—Sí —jadeé—. Sí, me... —Me toqué la cabeza y comprobé que me ardía—. Perdone. No sé lo que me ha pasado.

—No tiene que disculparse. ¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

—No, gracias. Ya estoy mejor.

Apenas me atrevía a mirarla a la cara, así que mis ojos buscaron otro objetivo, algo de apariencia más inofensiva. La libreta que había en el escritorio de la mujer, junto a las cartas. Pero entonces comprendí qué era lo que estaba mirando en realidad. La doctora Hamstedt había tomado notas.

—¿Lo ha estado escribiendo?

—Sí —respondió, aunque con una sonrisa—. Y ha estado usted increíble, Jasmin. Había visto algo similar en terapias que trabajan con técnicas especiales de hipnosis. Usted, sin embargo, ha experimentado una regresión por sus propios medios, sin intervención alguna por mi parte, y ha revivido el día de su huida. —Alcanzó la

libreta y señaló con el dedo un lugar en concreto—. Aquí —dijo, y se acercó entusiasmada—. Ha dicho que su secuestrador quería que su hijo se llamara Sara o Matthias. ¿Sabe que el padre de Lena Beck se llama Matthias?

—Sí —respondí, pero me guardé para mí el hecho de que ese detalle se lo debía a la exhaustiva investigación que empapelaba las paredes de mi dormitorio.

La doctora Hamstedt no parecía tomarme por loca, y así debía seguir siendo.

—Esa podría ser una información relevante, Jasmin. Es posible que incluso ayude a descubrir la identidad del secuestrador y su móvil. En cierto sentido suena a algo muy personal, ¿no le parece?

—O quizá había seguido la cobertura informativa de los periódicos y quiso divertirse con ello.

—Puede ser. Aun así, me parece que debería hablar lo antes posible con el comisario Giesner.

—¿De verdad cree que podría ser tan importante?

La doctora Hamstedt asintió con insistencia.

—¿Por qué iba querer el secuestrador ponerle el nombre del padre de su víctima a su hijo en común?

—No lo sé. ¿Porque era un cerdo muy enfermo?

Busqué con la punta de la lengua el agujero de mi encía inferior, que seguía ahí a pesar de estar ya más que cerrado—. Usted es la especialista. Dígame, ¿qué era? ¿Un sádico?

La mujer balanceó la cabeza un par de veces hacia atrás y hacia delante.

—Para Lena Beck, Matthias habría tenido un significado, sí. Sin duda la habría torturado tener que llamar a su hijo siempre por el nombre de su padre y, con ello, recordar constantemente su vida anterior. Sin embargo, para usted, Jasmin, ese nombre no significaba nada durante el tiempo que pasó en la cabaña. Que el padre de Lena se llama así lo descubrió después de escapar. Creo que eso denota algo del todo personal. Si no la torturaba a usted con ello, al menos debía de satisfacerlo a él de alguna manera.

—Bueno, me tomaba por Lena.

—Intentó convertirla en Lena. Es diferente. —Frunció los labios, pensativa—. Tal vez él lo conocía.

—¿A quién?

—Al padre de Lena. Aunque... —Se detuvo a reflexionar—. Por lo que yo sé, el señor Beck no ha reconocido la reconstrucción facial del secuestrador. Pero... —hizo un gesto despreciativo con la mano— de esas cosas será mejor que hable directamente con el comisario Giesner.

La reconstrucción facial. Se me revolvió el estómago al instante, la

misma sensación que regresa ahora. Me digo que solo se trata de una imagen, una hoja de papel, pero no sirve de nada. Se me encoge el estómago, las mejillas se me contraen hacia dentro a causa del sabor agrio que me sube a la boca. Dejo el vaso de agua en la mesa de la cocina con brusquedad y corro al cuarto de baño. Un momento después me arrodillo ante la taza del váter con los dedos bien sujetos al borde. Las náuseas no desaparecen ni al cabo de un buen rato, pero tengo el estómago vacío y solo consigo sacar unos sonidos profundos y huecos.

—Se lo ruego, Jasmin —dijo la doctora Hamstedt, que cogió las dos cartas de su escritorio, las dobló y volvió a meterlas en los sobres—. Llame al comisario Giesner. Hable con él. Cuéntele también lo de las cartas. —Las levantó en alto con vehemencia—. Es cierto que me parece imposible que los niños tengan nada que ver con esto, pero considero que, aun así, el comisario Giesner debería examinarlas.

Asiento con la cabeza.

—Vale, sí. Lo llamaré mañana, se lo prometo.

Me levanté de la silla y le ofrecí la mano para despedirme, pero percibí una duda en la psicóloga que me inquietó al instante.

—Hay algo más —afirmé.

—Sí, hoy he dejado a Hannah temporalmente con sus abuelos.

—¿Está... fuera?

Se me aceleró el corazón. A la doctora Hamstedt no le pasó por alto lo mucho que me afectaba esa información.

—Por favor, dele una oportunidad a la doctora Brenner, Jasmin. Estoy segura de que la ayudará.

Hannah está fuera... Me arrastro hasta el lavamanos y me apoyo en él para levantarme casi sin fuerzas. Mi estómago sigue encogido, intento respirar. Abro el grifo y me lavo la cara. La mujer del espejo parece enferma. Tiene la tez grisácea, unas sombras oscuras le rodean los ojos. Aun así, me dice que sí con la cabeza, decidida. «Tendrías que llamar a Cham.» Ya lo sé. «Él puede buscar huellas dactilares en las cartas, así lo sabrás con certeza.» Pero también aprovechará la oportunidad para enseñarme el resultado de la reconstrucción facial, y no estoy segura de poder aguantarlo. ¿Y si, como ayer por la tarde en la consulta de la doctora Hamstedt, pierdo el control? ¿Lo poco que me queda? ¿Y si veo el retrato robot y me viene todo otra vez y empiezo a contar sin más, a contarlo todo, y ya no puedo parar? Sacudo la cabeza. Llamaré a Cham, pero más tarde y en presencia de Kirsten. «Kirsten, que cree que estás enferma.» Y tiene razón. «Para quien eres una carga.» Golpeo el borde del lavamanos con la palma de la mano y expulso el aire por entre los dientes apretados para librarme del dolor posterior. De repente la mujer del espejo presta atención.

«Ahí hay alguien.»

Jasmin

Salgo a hurtadillas del cuarto de baño al pasillo. Enseguida sé que no es Kirsten. Debe de haberse llevado la llave, porque no está en la cerradura. Además, los golpes en la puerta no se corresponden con nuestra señal. Ya casi pienso que será Cham, que no quiere dejarme decidir si quiero hablar con él, y cuándo, pero entonces oigo una voz que se intercala con los golpes.

—¿Señora Grass? Soy Maja. ¡Hoy vengo algo más temprano con la comida!

Me paralizo.

—¿Señora Grass?

Me acerco a la entrada del piso sin hacer ruido mientras Maja vuelve a golpear la puerta.

—¡Señora Grass, soy Maja!

Fuera se oyen varios crujidos del tablón del suelo; es Maja, que se impacienta. Respiro hondo y abro.

—¿La he despertado, señora Grass?

—No, no pasa nada —aseguro con un suspiro.

Maja me acerca una fiambrera con tapa verde. Parece que no trae correo.

—Lo siento, pero hoy no he podido calentarle la comida —se disculpa—. Se me ha estropeado el microondas.

—Da igual, gracias.

Acepto la fiambrera y voy a girarme hacia la cómoda para dejarla allí cuando Maja empuja la puerta y de repente está en mi recibidor.

—No, no puede ser, señora Grass —dice con tal seguridad que me estremezco—. Le prometí por activa y por pasiva a la señora Bar-Lev que cuidaría de usted, y ahora le traigo la comida fría. Como se entere, me matará.

—Yo no le diré nada —contesto mientras todavía intento asimilar que Maja acaba de entrar en mi piso y cierra la puerta con toda naturalidad.

—De ninguna manera. —Me quita la fiambrera que aún sostengo con dedos espantados y pasa de largo a toda prisa—. Le calentaré la comida en un momento. Tiene usted microondas, ¿verdad?

Mi ojos se aferran con incredulidad al marco de la puerta de la cocina, por donde Maja acaba de desaparecer. Un segundo después, la oigo exclamar:

—Aquí está, ¡lo que yo decía!

Cuando llego a la cocina, está girando el temporizador del

microondas. El aparato empieza a zumbar.

—Espero que tenga hambre, señora Grass. Hoy hay gratinado de verduras. Lo he escogido sin preguntar, espero que le vaya bien. —Se vuelve y me ofrece una sonrisa exageradamente amable—. En mi congelador queda todavía un plato de pasta y algo con carne picada. Eso creo, al menos. No es fácil descifrar la letra de la señora Bar-Lev. Puede pensarse con calma qué es lo que prefiere para mañana.

—Gracias, Maja. Creo que me las apañaré yo sola.

—También puedo lavarle los platos, si quiere.

—No es necesario, gracias. De eso se encargará más tarde mi amiga.

—Ah, sí. Kerstin. Ayer la conocí. Espero que le gustara la sopa de pollo.

—Kirsten, se llama Kirsten. Seguro que ayer le dijo que se ha venido a vivir aquí una temporada. Y cocina muy bien, por cierto, así que no pasaré hambre. —Me vuelvo hacia el pasillo, invitándola a salir—. Bueno, pues..., de verdad que no quiero echarla, pero me gustaría tumbarme a descansar un rato más. Hoy no me encuentro muy bien.

Maja sigue sonriendo, solo que su expresión se ha vuelto algo rígida, poco natural. Como si fuera una escultura cuyo creador no hubiera visto nunca una sonrisa de verdad y solo la hubiera cincelado en su rostro guiándose por relatos y por su propia y limitada imaginación. Como si Hannah hubiese creado esa sonrisa.

—Pero antes tiene que comer algo, señora Grass. —El microondas suena, ni hecho aposta—. ¡Pling! —Maja imita el sonido—. ¿Lo ve? Ya está listo.

Me da la espalda y veo cómo va abriendo uno tras otro mis armarios y los cajones de la cocina en busca de un plato y cubiertos. Está demasiado cerca, pienso un instante. Demasiado cerca del taco de cuchillos. Solo tendría que alargar la mano. Doy un paso hacia atrás con cuidado.

—Por cierto, ¿cómo es que desapareció tan deprisa la última vez, Maja? Cuando regresé de la cocina con los cacharros, ya no estaba.

La mujer cambia entonces de dirección, apartándose de los cuchillos y de vuelta al microondas.

—Bueno, pues sí que huele bastante rico —entona con voz alegre.

Yo me aparto un paso más, pero me doy contra la puerta.

—¿Maja?

—Ah, sí, lo de la última vez. Me acordé de que tenía una pizza en el horno. No hay nada peor que una pizza quemada. Aunque, sí, sí hay cosas mucho peores, ¿verdad, señora Grass?

Me llevo una mano a la garganta, que de repente siento como si se me hubiera cerrado.

—Por cierto, mi amiga llegará a casa enseguida.

Imperturbable, Maja pasa el contenido de la fiambrera al plato.

—Siéntese cuando quiera, señora Grass.

Noto la puerta de la cocina firme contra mi espalda. Tendría que dar una zancada a un lado para salir al pasillo marcha atrás, solo que el cuerpo no me funciona, ya no parece acoplado a las sinapsis de mi cerebro, se queda inmóvil sin más, mirando fijamente.

—Solo ha ido un momento a buscar cuatro cosas a su casa —consigo decir con voz ronca—. Volverá en cualquier instante.

—Lo siento, Jasmin. —Maja se vuelve hacia mí con el plato preparado en una mano y cuchillo y tenedor en la otra—. Por desgracia solo hay comida para una.

Hannah

Hay cosas que no están bien. El jardín, por ejemplo. No es ni mucho menos gigantesco, no tiene quinientos pasos en todas direcciones. Y tampoco hay hortensias grandes como coles. Eso lo sé porque he espiado por entre los resquicios de las persianas. Fuera, en el jardín, solo hay un par de rosales finos y retorcidos y gente con cámaras de fotografiar.

La abuela tampoco es como debería. No es tan simpática, y todavía no me ha contado ningún cuento para dormir.

Solo el abuelo es como tiene que ser. Llama a la puerta del cuarto de mamá con mucha educación.

—Hannah, ábreme, por favor —dice.

Siempre hay que pedir las cosas por favor y decir gracias. Siempre hay que ser educado.

Giro la llave y él entra.

—¿Por qué te has encerrado, Hannah?

Parece muy asustado.

—Pues porque a vosotros se os ha olvidado —contesto—. Los adultos siempre tienen que encerrar a los niños antes de pelear.

—Ah —dice el abuelo. Me pone una mano en la espalda y me lleva hasta la cama de mamá—. Siéntate, Hannah.

Me siento, aunque preferiría hacerlo en la silla giratoria. La verdad es que el abuelo tenía razón, es muy cómoda, y con ella se puede ir rodando de punta a punta de la habitación.

—Escucha, Hannah —dice el abuelo. El colchón se hunde cuando se sienta a mi lado—. Tu abuela y yo no nos hemos peleado de verdad. Solo hemos comentado algo sobre lo que tenemos opiniones diferentes. Eso es muy normal y no es nada malo. No debes tener miedo.

Levanto la mirada hacia el firmamento del techo. Cada vez que lo veo, recuerdo cómo me tumbaba por las noches en mi cama de casa, con mamá a mi lado, que llevaba mi dedo índice por el somier de Jonathan de una estrella pintada a la siguiente, hasta que quedaban unidas por líneas invisibles. Cómo se reía al hacerlo. «Esta es una constelación muy famosa, Hannah: el Carro», decía, y yo le sonreía también, aunque en el libro gordo que siempre lo sabe todo había leído hacía tiempo que en realidad el Carro no es una constelación en sí, sino que está compuesto por las siete estrellas más brillantes de la Osa Mayor.

Pero ahora no pienso en mamá, sino en la enfermera Ruth y en cuando quiso contarme la historia de la pequeña estrella en el hospital. No habría tenido que gritarle solo porque es idiota y contó mal la historia.

—Lo siento —digo, aunque la enfermera Ruth ya no está aquí y no puede oírme.

—Por el amor de Dios —dice el abuelo, y me mira más asustado todavía—. No tienes que disculparte por nada, Hannita. Eso de antes no tenía nada que ver contigo. Tu abuela y yo estamos locos de alegría por que estés aquí con nosotros. La abuela solo se ha inquietado un poco porque hay mucha gente delante de la casa.

—Pero si no son tanta gente. Solo hay seis personas. Ayer eran muchas más.

El abuelo tose, aunque creo que en realidad es una risa.

—Eso digo yo.

—Creo que la enfermera Ruth sería una buena abuela para mí —le digo al abuelo cuando termina de reírse—. Es verdad que a veces es un poco idiota y no sabe restar bien, pero, en cambio, siempre es simpática.

Ahora el abuelo me mira como si hubiera dicho algo malo.

—¡Es verdad! —añado enseguida—. ¡No miento! No hay que mentir. Ni siquiera sabe cuánto son trece menos dos.

—Hannah... —dice él, pero entonces se calla hasta que saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se suena la nariz—. Uno no puede elegir a su familia, y tampoco se puede sustituir a las personas. O intercambiarlas sin más, solo porque a veces haya problemas. —Arruga el pañuelo de una forma muy descuidada y vuelve a guardárselo en el bolsillo—. Pero créeme cuando te digo una cosa: tu abuela, Karin, es la mejor abuela que nadie podría desear. Solo que primero tiene que acostumbrarse a esto.

—Mi papá también decía eso siempre —comento con una sonrisa, aunque enseguida me pongo un poco triste, porque por culpa del abuelo he tenido que pensar en papá.

El abuelo también parece triste, aprieta los labios con tanta fuerza

que en lugar de la boca ya solo se le ve una raya fina.

—¿Sabes qué, Hannah? —dice al cabo de un rato—. ¿Qué te parece si ahora bajamos los dos a ver a la abuela? Seguro que hace ya rato que está más tranquila y se preguntará dónde nos hemos metido. Podríamos ver todos juntos unas cuantas fotografías de cuando tu mamá era pequeña.

Asiento con la cabeza.

—Solo una cosa más, Hannita. Por favor, no cierres la puerta del todo. Lo mejor es que la dejes siempre entreabierta, para que yo sepa que estás bien. ¿Sí? ¿Me lo prometes, Hannah?

Vuelvo a asentir.

El abuelo sonríe, primero a mí, luego hacia arriba, al firmamento de mamá.

—Tú también tienes una pegatina de estrella, la que te dio el dentista. Podrías pensarte si quieres pegarla con las demás.

Digo que no con la cabeza.

—Eso no puede ser, abuelo. Si no, el firmamento ya no estará bien.

—Ah, vaya —dice—. Bueno, de todas formas solo era una idea.

Cuando el abuelo y yo bajamos la escalera, en el recibidor hay un paquete grande y la abuela está cerrando la puerta de casa.

—Se han marchado —dice, y suena contenta. En su mano sostiene una carta—. Esto estaba delante de la puerta.

—Sí —contesta el abuelo, y le quita la carta—. Lo ha dejado antes esa periodista, pero pensaba que habría vuelto a llevarse la caja, porque se la he lanzado de una patada.

—¿Y qué hay dentro? —pregunta la abuela.

—Ni idea.

Suena un rasgón cuando el abuelo abre el sobre.

—Ajá —dice al leer por encima la nota de dentro—. Son cosas para Hannah y Jonathan. Aquí pone: «Muchos de nuestros lectores se compadecen del destino de sus nietos y quieren ayudar. Nos hemos tomado la libertad de hacerles llegar los objetos que han enviado o han venido a dejar a nuestra redacción estos últimos días. Atentamente, el equipo de redacción del *Bayerisches Tagblatt*».

—Qué detalle —comenta la abuela, y arranca un trozo largo de cinta adhesiva de la caja de cartón—. Ven aquí, Hannah. Miraremos a ver qué hay.

Me acerco.

La abuela va sacando de la caja una prenda de ropa tras otra.

—Mira —dice con un jersey de lana azul oscuro en la mano—. ¿Crees que podría gustarle a Jonathan?

—El azul le gusta. Sus pantalones preferidos son azules.

—Bueno, entonces seguro que se alegrará de tener este jersey.

—Vaya, más ropa de beneficencia —comenta el abuelo mientras arruga la carta en la mano. Y justo después—: Estupendo... —Aunque no suena ni mucho menos como si le pareciera estupendo de verdad.

—Matthias —dice la abuela, que sigue sacando cosas de la caja, las mira y luego las coloca en dos montones diferentes en el suelo. Uno para mí, otro para Jonathan—. Son muy amables, ¿no te parece? Y las cosas están en muy buen estado... ¡Ay, Hannah, mira! Aquí hay algo para ti. —Levanta un vestido, blanco con florecitas—. ¡Este sí que es tu vestido!

Quiero preguntarle cómo sabe ella eso, pero entonces exclama:

—¡Ay, y mira! ¡Si también hay juguetes!

Primero saca una excavadora de plástico naranja con una pala negra, pero justo después... Suelto el vestido enseguida y alargo las manos. La abuela sonríe y me acerca el pequeño fardito de manchas rojizas y blancas, después se vuelve hacia el abuelo y repite lo amables que le parecen los lectores del *Bayerisches Tagblatt* mientras yo aprieto a la Señorita Tinky contra mi pecho con todas mis fuerzas. Al instante empieza a ronronear.

—Yo también te he echado de menos, bonita —murmuro, y aprieto la nariz contra su suave pelaje.

Jasmin

El estómago me da un vuelco, como si al bajar la escalera me hubiera saltado un escalón. La llave que rasca la cerradura, el tirador que alguien acciona varias veces, los insistentes empujones de la madera contra mi espalda. Cuando oigo unos reniegos masculllados al otro lado de la puerta, por fin me levanto de donde estoy acuclillada y dejo libre la entrada del piso. Me había sentado con la espalda apoyada en la puerta, las rodillas encogidas, todo el peso de mi cuerpo haciendo de tope para defender mi apartamento contra posibles intrusos.

—Pero ¿qué pasa? —pregunta Kirsten un momento después, cuando abro de golpe, le arrebato la llave de la mano y cierro con dos vueltas desde dentro—. ¿Jassy?

—¡Ha estado aquí!

—¿Quién?

—Esa tal Maja. Ya sabes, la que se ha mudado a la segunda planta, al piso de los Hildner. Ha sido espeluznante.

Kirsten suelta un largo suspiro y luego se quita el abrigo.

—Bueno, ya he vuelto —dice solamente, sin preguntarme nada más, y me recuerda a mí misma.

A la yo de antes, de cuando aún vivía con mi madre. Cuando también yo creía que debía estar allí, aunque cada instante sentía

como si me vertieran plomo fundido en las entrañas.

—Me las he apañado bien en tu ausencia —le explico a Kirsten, que está colgando el abrigo en el armario. No quiero ser una carga para ella, como mi madre lo era para mí—. De verdad. Si prefieres volver a tu casa, está bien. También deberías volver a trabajar. En el club te necesitan, y más en fin de semana.

—Ya te he entendido, Jassy —masculla antes de volverse—. ¿Y bien? ¿Qué ha pasado con Maja, la del segundo?

Dudo un instante.

—¿Jassy? —Kirsten me acaricia la mejilla—. Tía, vuelves a estar ardiendo. —Su mirada denota sincera preocupación—. ¿Te has asustado?

Asiento.

—Maja. Ha venido y ha traído comida.

Le hablo a Kirsten del extraño comportamiento de la vecina, de su desagradable intrusión. Del momento en que ha dicho: «Lo siento, Jasmin. Por desgracia solo hay comida para una», y cómo después de eso yo solo quería irme, alejarme de esa mujer. He salido de la cocina tambaleándome hacia atrás mientras ella dejaba el plato con la comida en la mesa y venía tras de mí. Tampoco es que se me echara encima, sus pasos eran lentos y prudentes, y ha levantado las manos como para tranquilizarme.

—No tenga miedo, Jasmin. Sé que ha pasado por algo espantoso. Cosas que nadie parece comprender. ¿No es así, Jasmin?

Al llegar al pasillo me ha tocado escoger: hacia la derecha, al salón, donde tenía el móvil para pedir ayuda; o hacia la izquierda, al dormitorio, donde podría encerrarme.

—Se puede sentir una muy sola cuando nadie la comprende, ¿verdad?

Hacia la izquierda, he decidido.

—¿Qué quiere de mí, Maja? ¿Qué es todo esto?

—Me gustaría escucharla, Jasmin.

He chocado de espaldas contra el zapatero.

—Hablar ayuda, Jasmin. Confíe en mí.

Kirsten sacude la cabeza sin poder creerlo.

—¿Y después?

—He corrido al dormitorio y me he encerrado dentro. Ella ha llamado un par de veces a la puerta y ha intentado convencerme para que saliera. He gritado que desapareciera o que llamaría a la policía. Ella solo ha dicho: «Eso no servirá de nada, Jasmin». Y entonces he oído la puerta del piso. Se había marchado.

—Se había marchado —repite Kirsten sin inflexión alguna en la voz, y entorna los ojos hasta convertirlos en dos grietas—. ¿Estás

segura de que es así como ha pasado todo eso?

—¡Sí! ¡Claro que estoy segura! —resoplo, pero Kirsten solo levanta las cejas—. No estoy loca —intento convencerla, más calmada—. Tal vez fue absurdo por mi parte pensar que los niños podían haberme escrito esas cartas. Tenías razón, seguro que solo fue un chalado que quería acojonarme. Pero esto de Maja...

Kirsten presta atención.

—¿Cómo que «esas cartas»? Si solo había una.

—No —digo a media voz—. Ayer llegó otra.

Rescato mi bolso del armario y saco los dos sobres del compartimento lateral para dárselos a Kirsten. El primero, el que abre, contiene la carta que ya conoce.

—«Di la verdad» —lee en la segunda, y con las cejas enarcadas comenta—: Qué oportuno. —Me devuelve la carta junto con el sobre —. ¿Por qué no me la habías enseñado?

No digo nada.

Kirsten suelta una risotada algo amarga.

—La verdad es que esperas muchísimo de mí, ¿no te das cuenta?

—No quería que te preocuparas más, por eso pensé que quizá sería mejor hablarlo antes con la doctora Hamstedt, y ella me ha asegurado que es del todo imposible que las hayan escrito los niños.

Kirsten suspira.

—Y eso lo sabe a ciencia cierta porque es su terapeuta, y no la tuya, como me dijiste a mí.

—Sí —confieso, vacilante.

—Ayer por la tarde te acompañé allí porque creía que estabas al borde de una crisis nerviosa. —Kirsten sacude la cabeza con incredulidad. Guarda silencio un momento y después añade—: Jassy, esto no puede ser. Si no confías en mí, no puedo quedarme.

—Pero eso no es verdad. Sí que confío en ti.

Vuelve a reír.

—¡No, no lo haces! Las cosas incómodas te las guardas para ti, pero no soy tonta, Jassy. No me subestimes.

Doy un paso atrás de forma instintiva.

—Recuerdo perfectamente el momento de tu desaparición. Daba la casualidad de que acabábamos de discutir. Y tú llevabas una bolsa de viaje, no lo he olvidado. Esa bolsa negra con los cierres plateados. A la policía no le dije nada de todo eso cuando fui a denunciar tu desaparición dos días después, porque quería que se tomaran en serio tu búsqueda. Porque pensé que incluso podía ser muy terapéutico que te localizaran en alguna habitación de hotel, la policía en lugar de yo, tal como sin duda habías imaginado.

—¿Qué quieres decirme con eso, Kirsten? ¿Insinúas que planeé mi desaparición? —Se me seca la boca. «Venga, preocúpate por mí,

búscame, encuéntrame, llévame de vuelta a casa»—. ¡Te aseguro que no tenía planeado dejar que un psicópata me encerrara en una cabaña y me torturara durante cuatro meses!

—Eso no es lo que he dicho.

—¿Y qué es lo que dices, Kirsten? ¿Que miento?

—Que tu tendencia a dramatizar siempre te trae problemas, eso es lo que digo. Y que no te das cuenta de lo absurda que resultas entonces. Primero acusas a dos niños pequeños y enfermos de amenazarte, y ahora es la vecina del segundo quien te acosa.

—¡Pero es que ha sido justo así! Maja ha estado aquí y me ha acosado. Como lo oyes, me ha acosado.

Kirsten mueve la cabeza en un gesto vago. Después da media vuelta, gira la llave en la cerradura con brusquedad y un segundo después abre la puerta con tal fuerza que golpea contra la cómoda. Sale corriendo de casa.

A mí se me para el corazón.

—No... Por favor... No te vayas —balbuceo casi sin aliento.

El miedo se ha tragado mi voz y, cuando oigo los pasos de Kirsten golpetear a intervalos breves y decididos por el primer tramo de la escalera, sé que lo que pensaba antes no es cierto. No me las apañaré sin ella; la necesito.

También yo me pongo en marcha y la sigo. El dolor en la zona de las costillas estalla con cada escalón que bajo. Jadeo.

«Eres una desagradecida, Lena.»

—Kirsten, espera... ¡Sé que lo has dicho con buena intención! ¡Lo siento! ¡Siento mucho todo esto!

En la segunda planta la alcanzo y comprendo que no tenía intención de marcharse. Está delante del piso de Maja y me hace una señal resuelta con la cabeza antes de poner el dedo en el timbre.

—Le preguntaremos de qué iba toda esa mierda.

El timbre suena. Al otro lado de la puerta, en el recibidor, se oye movimiento.

—¡Señora Grass, señora Thieme! ¡Hacía una eternidad que no las veía a las dos! —No es Maja quien lo dice, sino la señora Hildner, que nunca se ha marchado de su piso de la segunda planta.

Jasmin

Prácticamente puedo ver cómo los engranajes del cerebro de Kirsten se ponen en movimiento y giran hasta ir a toda velocidad, cómo de repente Kirsten abre los ojos de par en par. Sin hacer caso de la sorprendida señora Hildner, que sigue en su puerta abierta, da media vuelta y un instante después echa a correr otra vez escalera arriba sin

ofrecer ninguna explicación. La señora Hildner da un paso fuera de su piso para seguir a Kirsten con una mirada molesta, después vuelve dentro y me mira llena de expectación.

—Pensábamos... Pensaba... —empiezo a balbucear.

—¿Mami? ¿Quién es? —pregunta una vocecilla delicada desde el fondo. El hijo pequeño de los Hildner, que ahora también se asoma al vano de la puerta y se aferra a la rodilla de su madre.

Estoy a punto de preguntar por Maja, pero sin Kirsten a mi lado me da vergüenza estar ahí plantada y enseguida vuelvo a sentirme incapacitada, como una enferma mental. ¿Qué pensará de mí la señora Hildner si le pregunto por Maja? Aquí no vive ninguna Maja, eso está claro. Rebusco en mi cabeza para encontrar una excusa, algo que tenga que ver con mi lavadora, que podría haberse estropeado, y mi intención de que la señora Hildner me deje utilizar la suya en los próximos días, quizá.

—Solo quería preguntarle...

Las facciones de la vecina se iluminan de repente, como si por fin hubiera atado cabos.

—¿Es por lo de esa tal König que últimamente se pasea tanto por aquí?

—¿Esa tal...?

—¡Pregúnteme con toda tranquilidad, señora Grass! —Ahora el tono de Sonja Hildner es casi agresivo—. ¡Pregúnteme si he hablado con ella! ¡Por supuesto que no! ¡Y mi marido tampoco! ¡Nunca haríamos algo así! A nosotros no nos ha sacado una palabra, por mucho que ha insistido. —Sonríe con cierto orgullo, o eso me parece —. Incluso nos ofreció dinero, ¡pero con nosotros que no cuente! Usted ya ha tenido que pasar lo suyo, señora Grass. —El orgullo de su sonrisa queda ahora relevado por un asomo de compasión.

—¿Mami? ¿De qué estáis hablando? —interrumpe su hijo, que le tira de la pernera del pantalón.

—Déjame, Lenny. Mami está hablando con la señora Grass.

Lenny masculla algo incomprensible antes de separarse de su madre y regresar dando pasitos al interior de su casa. La señora Hildner lo sigue con la mirada y le indica que recoja sus juguetes.

—No acabo de entenderla... —digo, para recuperar su atención.

—¡Sí, esa tal König! Con nosotros pinchó en hueso, pero seguro que después buscaría otras víctimas. —Tuerce el gesto—. Lo siento, «víctima» no es la palabra adecuada. En cualquier caso...

—¡Kirsten! —exclamo dos minutos después, y el eco de su nombre resuena por la escalera. La sangre afluye a mi cabeza mientras subo corriendo los escalones—. ¡Kirsten! —Con una mano me agarro a la barandilla, con la otra me aferro el costado, las costillas rotas que

laten dolorosamente a causa del esfuerzo—. ¡Espera!

Sé muy bien lo que está ocurriendo en estos instantes dos plantas por encima de mí. Veo a Kirsten irrumpir en el apartamento en pleno arrebato de ira, con pasos furiosos y crudos insultos en los labios, al principio actúa sin pies ni cabeza, pero después recuerda la nota adhesiva de la nevera.

Y, en efecto, cuando llego, está marcando el número de la pequeña nota rosa en su móvil.

—¡No, Kirsten, no!

Voy corriendo hasta ella y le arranco la nota de la mano.

—¿Qué haces, Jassy? Dame ese número. ¡Pienso llamarla y se va a enterar!

Intenta alcanzarme y recuperar la nota que oculto a la espalda, arrugada en mi puño.

—¡Espera, Kirsten! —jadeo—. ¡Ahora ya sé lo que significa todo esto! ¡Primero escúchame!

—¿La señora Bar-Lev?

Los ojos de Kirsten parecen a punto de salirse de sus cuencas. Tiene la boca abierta. Su expresión pone cara a mis sentimientos, una cara asustada y perpleja. Y aun así... ¿No lo había pensado yo misma ya hace tiempo? La señora Bar-Lev, que le sirve café en su salón a una periodista. Que con su dentadura postiza muerde una galletita mientras va describiendo lo que ha visto, la pobre mujer de la cuarta planta, que está demasiado flaca, ya no se lava el pelo y siempre lleva manchas en la ropa. Se le nota lo que ha vivido, se le nota todo. La señora Bar-Lev, que de pronto ve la oportunidad de complementar su pequeña pensión con un ingreso extra.

—Entonces, ¿Maja es periodista?

Asiento.

Sonja Hildner me ha hablado de una mujer que, por su descripción, no puede ser otra que Maja. De unos treinta y tantos años, con el pelo teñido de rojo y un flequillo que le cae torcido por la cara. Parece ser que llamó a todos los timbres del edificio en busca de un buen vecino al que entrevistar, y en la segunda planta se topó primero con la reacia señora Hildner y luego acabó conociendo a la receptiva señora Bar-Lev.

Kirsten vuelve a sacar su móvil, pero esta vez para buscar a Maja por internet. Está casi febril; aunque esa fiebre parece haber evaporado de repente mi supuesta tendencia a dramatizar, según compruebo con alivio.

—Aquí está —dice, y agita el teléfono en su mano, exaltada—. Maja König, del Bayerisches Tagblatt, redacción de Múnich. ¡De Múnich, Jassy! ¿No habrá viajado en serio todos los días desde

Múnich hasta Regensburg para traerte la comida? ¡Debe de estar completamente obsesionada contigo! —Me pasa el teléfono y en la pantalla veo la foto de Maja—. Primero deberíamos ir a cantarle las cuarenta a la señora Bar-Lev y luego informar a la policía.

—Según Sonja, parece que la señora Bar-Lev sí está pasando unos días con su hijo en estos momentos —digo distraída mientras observo la foto de Maja. Maja König, una mujer que mira coqueta a cámara, con una blusa blanca y el cuello levantado—. «2004, Prácticas; 2005-2008, Voluntariado; 2008-2011, Redactora juvenil; desde 2011, Redactora de "Gente y Actualidad"» —le leo a Kirsten del reducido currículo que aparece bajo la imagen.

—Bueno, pues entonces directas a la policía —dice ella—. Seguro que es delito mentirle a la gente para conseguir entrar en su piso. Además, ¿los periodistas no tienen también una especie de código ético de la profesión?

—No lo sé, Kirsten, pero hasta ahora tampoco ha escrito ningún artículo. En cambio, si le echamos a la policía encima... —Con el dedo índice dibujo un titular invisible en el aire—. «La víctima impide el trabajo periodístico mediante la fuerza policial. ¿Tiene Jasmin G. algo que ocultar?»

—¡Pero no podemos tolerar esto! Seguro que no lo ha hecho solo contigo...

Las palabras de Kirsten se convierten en murmullos apagados cuando una idea muy concreta se ilumina en mi cabeza y me sacude por dentro.

—¡Las cartas! —exclamo.

—¿Qué?

—¡Eran de Maja! La primera carta llegó el mismo día que Maja se presentó en la puerta con comida. Incluso me la subió ella, supuestamente rescatada del buzón. —Me tapo la boca con la mano—. ¿Qué quiere de mí?

—¡Pues una entrevista!

—¿Y para eso todo este despliegue?

Kirsten se encoge de hombros.

—No sabes lo que vale ahora mismo una entrevista en exclusiva contigo. Tal vez estaba intentando ablandarte para que le dieras el bombazo. —Sacude la cabeza—. En serio, Jassy, llamemos a Giesner. —Me toma de la mano—. De todas formas tenemos que hacerlo, y lo sabes.

Asiento con la cabeza.

—La reconstrucción facial.

Kirsten también asiente.

—Cuanto más lo retrases, más difícil te resultará.

—No, lo haremos de otra forma. Llamaremos a Maja y

descubriremos qué quiere.

—Jassy... —suspira Kirsten.

—Y después llamaremos a Giesner, ¿contenta?

Maja contesta después de solo dos tonos de llamada.

—¿Diga? —Muy simpática.

—¿Maja? Hola, soy Jasmin Grass.

—¡Señora Grass! ¡Menuda sorpresa! ¿Va todo bien? ¿Se encuentra algo mejor? Me parece que debo disculparme por lo de esta mañana, quizá la he espantado...

—No pasa nada —la interrumpo—. No ha sido culpa suya. Usted solo quería ser amable y yo he exagerado con mi reacción. Soy yo quien debe disculparse.

Kirsten, que está sentada a mi lado en el sofá con las piernas cruzadas, pone los ojos en blanco.

—Ya sabe que ahora mismo no me encuentro demasiado bien.

—Sí —dice Maja, que suena afectada—. Mi ofrecimiento sigue en pie, por supuesto, Jasmin. Si necesita alguien con quien hablar...

—Sí, Maja. Necesito alguien con quien hablar.

—Sí que ha sido rápido —comenta Kirsten cuando cuelgo, poco después—. ¿Qué te ha dicho?

—Que ahora todavía está en el trabajo, pero que cuando termine podría pasarse. Así que vendrá sobre las nueve o nueve y media.

—Eso quiere decir que en estos momentos está paseándose por el despacho de su jefe, pavoneándose por haber conseguido la exclusiva —dice Kirsten, y su sonrisa delata que la idea le resulta incluso placentera.

De ser por ella, habría bastado con llamar a Maja y decirle cuatro cosas bien dichas. También sé que le habría encantado ocuparse de ello por mí. Que le habría sentado de maravilla como válvula de escape para soltar la presión de estos últimos días y de toda esta situación. Pero yo no quería darle a Maja la oportunidad de colgar sin más. No después de lo lejos que ha llegado ella, que incluso se ha metido en mi apartamento con falsos pretextos. No después de que, sabiendo que no tengo ningún otro lugar en el mundo al que ir, se haya colado en los últimos metros cuadrados que aún me transmiten cierta sensación de protección y control. Kirsten tiene que entenderlo.

—Seguramente —digo, y le devuelvo la sonrisa, aunque en realidad no me apetece sonreír.

Ella me toma de la mano.

—Y ahora...

Y ahora.

Respiro hondo una vez.

El abuelo está abajo, en el sótano. Ha ido a buscar los viejos álbumes de fotos.

La abuela y él han vuelto a discutir. No les ha importado en absoluto que yo estuviera allí delante y lo oyera todo. El abuelo se ha enfadado porque la abuela había bajado los álbumes al sótano. Le parece que las fotos de cuando mi mamá era pequeña no tendrían que estar metidas en unas cajas, y menos aún en el sótano, porque es un sitio un poco húmedo y las fotografías podrían estropearse. La abuela ha dicho entonces que mejor haría en llamar primero por teléfono, tal como le había prometido.

—Ya llamaré a Mark después —ha masculllado el abuelo, y ha desaparecido en el sótano.

La abuela está en el cuarto de la lavadora.

Me ha explicado que la ropa de otra gente siempre hay que lavarla primero antes de ponérsela, y que ahora mismo va a lavar las cosas de la caja de donaciones para que tal vez mañana pueda ponérmelas ya. También quería llevarse mi vestido, pero yo lo he agarrado con muchísima fuerza. Al principio me ha mirado raro, así que casi le he dicho que el vestido no es de ningún desconocido y que por eso no tiene que lavarlo, pero después ha cambiado de opinión.

—Está bien, puedes probártelo primero, ya lo lavaremos más adelante —ha dicho.

Seguro que porque no quería seguir discutiendo con el abuelo. Ahora él sabe que, en caso de necesidad, la enfermera Ruth también podría ser mi abuela, así que a la abuela Karin más le vale reflexionar y portarse bien. A mí me parece que sospecha algo, porque me ha bastado con gritar solo un poco cuando también quería llevarse a la Señorita Tinky a la lavadora.

—Si ese bicho está todo sobado y sucio...

Pero ya no ha dicho nada más; mi voz de león ha salvado a la Señorita Tinky. La verdad es que creo que la abuela tiene un poco de razón, pero la Señorita Tinky está demasiado débil para la lavadora, así que tenía que protegerla y salir en su ayuda. Igual que la Señorita Tinky salió en mi ayuda todas esas veces que soportó el castigo por mí cuando algo se caía en casa, o se volcaba, o pasaba alguna otra cosa tonta. Por mi culpa ya tuvo que estar fuera toda una noche ante la puerta de la cabaña.

El abuelo está en el sótano, la abuela en el cuarto de la lavadora, y yo estoy en la habitación de mamá. La puerta está un poquito abierta, como me ha dicho el abuelo que la deje.

Ya me he cambiado y estoy guapa. Doy vueltas delante del espejo del armario. Detrás de mí, en la cama de mamá, está la Señorita

Tinky.

—Mira, Señorita Tinky —digo, y doy una vuelta muy muy rápido para ella.

La falda del vestido vuela muchísimo, pero la Señorita Tinky solo balancea la cabeza con cansancio. Me siento con ella y me la pongo en el regazo.

—Así nos sentábamos siempre en casa, delante de la estufa de leña. ¿Te acuerdas, Señorita Tinky? —Le acaricio la cabecita. Todavía está muy fría y rígida, pero no es de extrañar. Quizá ha tenido que pasarse muchas horas fuera, en la caja de las donaciones, hasta que la abuela por fin la ha metido en casa—. ¿Has visto las estrellas tan bonitas de ahí arriba? —Señalo el techo—. Mamá las hizo para nosotras. Sabía que vendríamos aquí. —Entorno los ojos y dibujo líneas invisibles con el dedo estirado para unir el Carro en el aire—. Si quieres, puedo contarte una historia, Señorita Tinky.

La Señorita Tinky maúlla muy bajito.

—Está bien, presta atención. Siempre hay que prestar mucha atención. No prestar atención es de mala educación, pero eso ya lo sabes, ¿verdad, Señorita Tinky? Bueno: había una vez dos estrellas. Una grande, brillante y roja, y otra pequeña, cuya luz era un poco turbia. Y eran muy buenas amigas. De día dormían, para descansar, pero en cuanto llegaba la noche las dos saltaban juntas por el cielo. La pequeña estrella admiraba mucho a su gran amiga roja y hermosa, y se esforzaba por brillar con una luz tan bonita como ella. Un atardecer, cuando el día estaba oscureciendo y la noche se tomaba su tiempo aún, un enorme estallido despertó de pronto a la pequeña estrella. Sobresaltada, miró a su alrededor, pero no encontró el motivo de ese sonido tan ensordecedor. A su lado solo oyó a su gran amiga roja decir con voz tranquila: «Todo va bien, estrellita. No tengas miedo y duerme un poco más. Te prometo que esta noche brillaré con más fuerza que nunca, solo para ti».

»Y justo así sucedió: a partir de esa noche, su gran amiga brilló con más fuerza que nunca antes, con más fuerza que todas las demás estrellas de toda la galaxia entera, y la pequeña estrella la admiró y la quiso todavía más por ello. Sin embargo, una noche la pequeña estrella se despertó y comprobó que su amiga había desaparecido. La buscó por todas partes, asustada, pero su amiga no estaba por ningún lado. La pequeña estrella sintió un miedo atroz, y más miedo aún al darse cuenta de que la rodeaba una niebla tenebrosa. Empezó a llorar muchísimo porque echaba de menos a su amiga y se sentía muy sola. Las demás estrellas estaban demasiado lejos para poder encontrar a otra amiga entre ellas, y de todas formas ninguna otra podría sustituir jamás a su querida amiga grande y roja. Entonces, de pronto, en la niebla retumbó una voz que sonaba igual que la de su amiga: “Mi hora

había llegado, estrellita. Había consumido toda mi energía y me he extinguido".

»"¡Pero eso no puede ser!", exclamó la pequeña estrella. "¡Justo en las últimas noches has brillado más que nunca!"

»"Sí", dijo la voz. "Así sucede con la muerte. Cuando las estrellas hemos agotado nuestro combustible, nos convertimos en una gran gigante roja y brillamos con esplendor. Después se produce una explosión y estallamos."

»La pequeña estrella se asustó con esas terribles palabras.

»"Entonces yo también quiero estallar", dijo con su voz de león, la muy cabezota. "¡Ahora mismo! Prefiero estar muerta a tener que pasar toda la vida sola sin ti."

»"Pero si no estarás sola", respondió la voz de su amiga. "¿No ves la niebla que te rodea? Es mi espíritu, y de él nacerán muchas nuevas estrellas. Te necesitarán para que seas su amiga mayor, para que las protejas y les des ejemplo."

»"Pero ¿cómo voy a hacer eso?", preguntó la pequeña estrella sin poderlo creer. "Soy muy pequeña y mi luz es débil. ¿Cómo voy a ser una amiga mayor y un ejemplo?"

»"¡Mira a tu alrededor! Las nuevas estrellas son solo diminutas motas de polvo en la niebla. ¿No crees que, en comparación, tú debes de parecerles enorme, grandísima y brillantísima?"

»La pequeña estrella pensó que la voz tenía razón. Las nuevas estrellas eran aún más diminutas que motas de polvo, tan minúsculas que casi ni las veía.

»"Ahora yo soy la amiga mayor", repitió, conmovida, y miró la niebla que un momento antes le había dado miedo pero que de pronto prometía algo maravilloso. "Y seré una buena amiga mayor", decidió la pequeña estrella, que brilló como nunca antes, fortalecida por su nueva responsabilidad y con la seguridad de estar para siempre rodeada por el espíritu de su mejor amiga. Responsabilidad, por cierto, significa que hay que asegurarse de que hacer lo correcto, por si no lo sabes, Señorita Tinky. —Sonrío y digo—: Fin.

Seguramente la enfermera Ruth pensó que no conocía la historia, pero la conozco desde hace mucho, por mamá, y sin Dios. Es mucho mejor sin que Dios se entrometa en la historia.

Subo las piernas a la cama y me hago un ovillo con la Señorita Tinky en brazos.

—No tengas miedo —le susurro al oído—. Ya no falta mucho.

Jasmin

Son casi las siete. No abro hasta que los golpes en la puerta son

constantes y oigo la voz de Cham, que grita desde el otro lado:

—Señora Grass, soy el comisario jefe Frank Giesner.

Ha venido con el agente que la semana pasada me acompañó a casa con mi madre. Los invito a entrar.

—Hola, señor Giesner —dice Kirsten, que acaba de salir del baño, y les da la mano a Cham y al otro policía.

Cham saluda a Kirsten y me da las gracias por haberlo llamado y estar dispuesta a recibirlo hoy mismo. Yo me disculpo por no haber podido estar a su disposición ayer, y me siento agradecida al ver que no menciona delante de Kirsten que ya intentó ponerse en contacto conmigo un par de veces en el móvil a lo largo del día. Al fin y al cabo, también ese es uno de los motivos por los que me he decidido a reunirme hoy con él. He supuesto que, si seguía evitándolo, solo era cuestión de tiempo que se presentase ante mi puerta sin avisar. Igual que también podía ser solo cuestión de tiempo que Kirsten me pillase toqueteando el móvil para borrar sus llamadas. Después de haber hablado con Maja hace un rato, seguramente no habría entendido cómo podía mostrarme tan decidida por un lado como para invitar a Maja a mi piso y pararle los pies, mientras que por otro seguía resistiéndome a colaborar en la investigación del caso. No hay que olvidar que el caso soy yo; lo somos las dos, Lena. Ojalá fuese solo cosa tuya. Quiero ayudar a que encuentres la paz. Ayudar a encontrarte. Sé que cuentas conmigo, y por eso ahora intento reunir fuerzas. Pienso en tu risa, la de tu foto, la despreocupación captada en esa instantánea, ese momento en el que eras feliz y no imaginabas siquiera lo que tendríamos que sufrir ambas.

—¿Por qué no nos sentamos? —propone Kirsten, y nos conduce al salón.

Cuando Cham pasa por delante de mí para seguirla, veo la fina carpeta de cartón verde que lleva bajo la manga izquierda. Debe de estar ahí: la hoja con el resultado de la reconstrucción facial.

—Será muy rápido, ya verás —me ha asegurado Kirsten antes para darme un último empujón, el poquito de valor que me faltaba para marcar el número de Cham—. Será una pura formalidad. Mirarás esa imagen e identificarás al hombre. Así de sencillo: «Sí, es él». Y listo. No tendrás que decir nada más. Soportaste esa cara durante cuatro meses, Jassy, y has sobrevivido. También soportarás los dos segundos que Giesner necesita ahora para su expediente.

Yo quería creerla, de verdad que sí, pero no debía de parecerle demasiado convencida, porque ha añadido:

—Confía en mí, después te sentirás mucho mejor. Es el primer paso para que sigamos adelante con nuestra vida.

«Nuestra vida» es lo que he oído con más claridad.

—Seguro que esto no le resulta fácil, señora Grass —dice Cham

cuando toma asiento en el sofá junto a Kirsten.

Deja la carpeta de cartón delante, en la mesita auxiliar. Intento no fijarme en cómo analiza mi aspecto descuidado: la misma sudadera con manchas y los pantalones de chándal con las rodillas dadas de sí que llevaba en mi reunión con la doctora Hamstedt y que parecen confirmar sin lugar a dudas que en estos momentos no me apetece hacer demasiados esfuerzos.

—Pero espero que comprenda que, por desgracia, no podemos evitárselo.

—No pasa nada. —Reprimo un gemido de dolor cuando me siento en el sillón de lectura—. Acabemos ya con esto —digo mirando a Kirsten, que asiente para darme ánimos.

Cham asiente también, después saca la hoja de la carpeta y me la acerca. Inspiro hondo, respiro para controlar el ritmo cardíaco, que se me acelera, el corazón, que late y presiona, que aumenta su energía hasta que ya no solo lo siento en el pecho, sino en todo el cuerpo. Entonces cojo la hoja con las manos y estudio ese rostro, esas facciones, asombrada y asustada a partes iguales. Mi dedo índice repasa las líneas. Su imagen aparece en mi cabeza, se superpone de una forma casi inquietante con el retrato en DIN-A4 y se difumina ante mis ojos. La reconstrucción se mezcla con una realidad plástica, con retazos de recuerdos que rebotan en mi mente como proyectiles y me dejan sin habla. Es un remolino que me arrastra, se me lleva, cierro los ojos, los aprieto y, cuando vuelvo a abrirlos, estoy otra vez en el bosque.

El accidente. Ante mí estallan colores intensos. Dolor. Estoy tumbada sobre algo duro y frío. Alguien se inclina sobre mí. Su voz:

—Mierda, ¿está herida? ¿Puede oírme?

Parpadeo con debilidad, tengo sangre en un ojo. Su rostro no deja de emborronarse.

—¿Me oye? Voy a llamar a una ambulancia, ¿de acuerdo? Todo irá bien.

Quiero asentir pero no puedo. Me tiemblan los párpados.

—Tiene que mantenerse despierta, ¿de acuerdo? ¿Hola? ¿Me oye?

—¿Señora Grass? —pregunta desde lejos una voz de otra realidad. Es Cham.

—Dele un momento, por favor —pide otra voz, la de Kirsten.

Los faros del coche me ciegan, el dolor me deja como ebria. El hombre, el conductor del coche, se arrodilla junto a mí. Percibo un movimiento borroso mientras busca dentro de su chaqueta.

—Voy a pedir ayuda, ¿me oye? La ambulancia llegará enseguida.

Por un segundo puedo relajarme. Si muero ahora, moriré en libertad, ese hombre me habrá salvado. Venero el rostro de mi salvador...

—¿Es él, señora Grass?

Pero de repente aparece algo más. Un ruido, como un siseo que corta el aire. Conozco ese ruido. Ya lo he oído antes, lo he provocado yo misma al tomar impulso con la bola de nieve y acelerarla por el aire. También conozco el sonido que sigue. Como si tirases una sandía al suelo: «¡Plaf! Así suena cuando le abres la cabeza a alguien». Parpadeo sobresaltada. Al principio el conductor sigue arrodillado sobre mí, parpadeo otra vez y se viene abajo. Su rostro está ahora muy cerca del mío, tan cerca que debería notar su respiración en la piel. Solo que no noto nada porque no respira. Sus ojos están muy abiertos y atónitos. Quiero gritar pero no puedo. No aquí, en este momento; pero sí en otro lugar. Mi grito resuena por todo mi salón y desgarra esas imágenes. Me encojo en el sillón de lectura, me contorsiono como si tuviera un ataque epiléptico, todo son convulsiones. Kirsten salta del sofá. Me abraza, yo pataleo y me golpeo, tengo la cara caliente y húmeda, me arde la piel.

—¡Jassy! Todo va bien, estás a salvo. Estás en casa, estoy contigo. ¿Me oyes, Jassy?

—¿Lo reconoce, señora Grass?

Sí, lo reconozco. Y grito... de miedo. Y lloro... por mi salvador. Y pataleo... para ahuyentar lo que eso significa. Kirsten me abraza con más fuerza.

—¡Déjela en paz, señor Giesner! ¿No ve cómo está?

«No estás bien. Necesitas ayuda.»

Otra vez. Corro. Cruzo el perímetro de hierba crecida que rodea la cabaña y me interno en el bosque colindante. Las ramas me arañan la piel, apenas veo nada en la oscuridad. Ahí, de repente, detrás de mí. ¿Ha sido un crujido?

—¿Es este el hombre que la secuestró, señora Grass?

«Habría jurado que olía a estofado.»

«Habría jurado que solo le golpeé una vez.»

«Su rostro, jirones, rojo, todo rojo.»

Una habitación sin tirador. «Es por su propia seguridad, señora Grass.»

—Respira, Jassy, despacio. Estoy aquí, todo va bien. Intenta respirar.

«Será una pura formalidad. Mirarás esa imagen e identificarás al hombre. Así de sencillo: “Sí, es él”. Y listo. No tendrás que decir nada más.»

—Estoy contigo, Jassy. No tienes nada que temer. Ya ha pasado.

Parpadeo. Siento los latidos de Kirsten, que son fuertes y seguros. Sus brazos, que me estrechan. Su calidez. Y entonces oigo mi voz, que dice:

—Sí, es él.

Hannah está tumbada en su cama, durmiendo. Parece un ángel, como mi Lenita. Solo me molesta la visión del viejo peluche donado por los lectores del *Tagblatt,* igual que el vestido desgastado que lleva puesto. Hoy no hemos conseguido ir de compras, pero mañana me he propuesto acercarme a la ciudad con ella para comprarle ropa por estrenar y un muñeco nuevo. O, bueno, tal vez vaya sin Hannah, para evitar hacer una aparición en el centro comercial. Sin embargo, si voy a dejarlas solas en casa durante una o dos horas, debo poder confiar en que Karin lo tiene todo controlado. Extiendo con cuidado la colcha sobre el cuerpecillo frágil de Hannah y susurro:

—Buenas noches, cielo.

Lanzo una última mirada a mi pequeño ángel dormido, luego cierro la puerta solo hasta dejarla entornada. Karin se ha ido al barrio vecino de Gilching a ver a una amiga de clase de yoga, seguro que para ponerme de vuelta y media.

Estoy bajando la escalera cuando el tono de mi móvil, que suena desde el salón, me recuerda que tal vez mi mujer tenga incluso un buen motivo para estar de mal humor. He olvidado llamar a Mark. Bajo los últimos peldaños más deprisa para que el penetrante sonido no despierte a Hannah.

«Gerd Brühling, trabajo», pone en la pantalla.

—¿Diga? —contesto, escueto.

Es lo único que me da tiempo a decir antes de que Gerd dispare sin parar. No sé qué de que me falta un tornillo, que si soy un cabrón, que no estoy bien de la cabeza, que en cambio soy un burro viejo y tonto, rabioso, inútil y hasta peligroso. Entiendo las palabras, pero no cuál es el problema de Gerd.

—Veo que la parte en la que me insultas ya la tenemos lista —digo, aprovechando una pausa que parece necesitar para respirar en mitad de su perorata—. ¿Tienes ahora la amabilidad de decirme de qué va todo esto?

—¡De que has estado despotricando contra nuestro trabajo en el periódico! —jadea Gerd, cuyos insultos lo han dejado sin aliento.

Lo veo ante mí, sentado tras su escritorio con esa barriga redonda que le sobresale bajo la camisa mal abotonada, la cara gorda y roja.

—¡El artículo que ha salido en el *Bayerisches Tagblatt* de hoy!

—¿Qué pasa?

—¡Cómo que qué pasa! —gruñe Gerd con calma antes de empezar a leer de la edición del día—. «Puesto que la infructífera colaboración de hasta dos cuerpos policiales», paréntesis: «Cham y Múnich», «sigue dando palos de ciego casi tres semanas después de la espectacular huida de la víctima de secuestro Jasmin G., consideramos obligación

nuestra, como medio de investigación y conscientes de nuestra responsabilidad, informar al público de que ya existe un retrato robot que podría ayudar a identificar al supuesto culpable. Sin embargo, la policía lo ha ocultado, probablemente para evitar la carga de trabajo que sin duda se les vendría encima si la población contribuyera a dilucidar la identidad del hombre, hasta ahora desconocida. Un testigo que ha preferido permanecer en el anonimato recuerda ante esta redacción las palabras que le dirigió uno de los agentes investigadores en ese sentido: "Habría una avalancha de pistas y nos llevaría muchísimo tiempo cribarlas". Por eso en estos momentos se niegan a permitir que la población colabore, si bien esto podría retrasar la resolución definitiva del caso, que ha resultado ser uno de los más espectaculares de la última década, en perjuicio de las víctimas y sus familiares.»

»"El hombre al que Jasmin G. abatió durante su huida, de identidad desconocida hasta la fecha, parece estar relacionado también con la desaparición en enero de 2004 de la juerguista de Múnich Lena Beck", paréntesis: "de 23 años entonces", cierra paréntesis. "El *Bayerisches Tagblatt* condena la decisión de las autoridades policiales de ocultar información relevante a la población, puesto que con su colaboración, estimados/as lectores/as, podrían ayudar en última instancia a dar con el paradero de Lena Beck." ... ¿Puedes imaginarte cómo está esto? Ahora nuestros teléfonos no dejan de sonar, y no porque algún tarado crea haber reconocido a ese tipo, ¡sino porque quieren quejarse de nosotros! ¡Llevamos todo el día igual! ¿Acaso crees que no tengo nada mejor que hacer? ¿No debería estar buscando a tu hija? ¿No era eso lo que querías de mí? ¡Ahora, en lugar de eso, tengo que ocuparme de esta mierda! ¡Mira bien el reloj! ¿Ves qué hora es? ¡Pues todavía estoy sentado aquí en la oficina, contestando llamadas absurdas!

—Alguien tendrá que hacer algo, supongo... —mascullo, pero por lo visto Gerd no ha terminado.

—¡Lo hacemos todo, Matthias! ¡Lo hacemos todo para encontrar a Lena! ¡Pero no lo conseguiremos si te dedicas a boicotear nuestra investigación poniéndonos en contra a esos sensacionalistas y, con ellos, a Baviera entera!

—¿Qué quieres que te diga, Gerd? ¿Que siento que, por una vez, tengas que quedarte a hacer un par de horas extras? ¡Pues no, no lo siento! ¡Ya iba siendo hora de que os metieran un poco de prisa! ¡Ahora sí tendréis que conseguir resultados para que la gente no acabe por perder la fe en vosotros y en todo el sistema!

—Dime, ¿a ti esto te sigue importando por tu hija, o ya es solo una cuestión de tus principios de mierda?

—¿Cómo te atreves? —vocifero al teléfono—. ¿No habrías tenido que pasarte hace tiempo por aquí para enseñarle a Karin el retrato

robot, como dijo Giesner? ¿No habrías tenido que presentarte esta mañana aquí, en nuestro felpudo, a las ocho como muy tarde, para interrogar al —resoplo con desprecio— «entorno personal»? ¿Dónde estabas, eh? Ya que por lo visto te tomas tan en serio la investigación... ¿Y si Karin hubiera reconocido a ese hombre? ¡Puede que por fin supiéramos dónde hay que buscar a Lena!

Gerd refunfuña.

—Dime solo una cosa más, Matthias, por favor. Para que pueda ponerme con ello justo después: ¿también has ido ya a esa maldita redacción con la noticia de última hora de que Mark Sutthoff ha estado aquí para hacerse pruebas de ADN?

—Que ha... ¿Qué?

Me desplomo en uno de los sofás de dos plazas de nuestro salón, casualmente justo en el sitio en el que se sentó Mark la noche del miércoles, cuando mi mujer le sirvió un té.

—Está bien —suspira Gerd con alivio, y quiere despedirse ya de mí.

—¡Gerd, no, espera, no cuelgues! ¡Siento mucho haberme quejado a Rogner de vosotros, pero tienes que decirme por qué le habéis hecho pruebas de ADN a Mark Sutthoff!

—Y qué más... —espeta Gerd con una risotada seca.

—¡No, Gerd, en serio! ¡Te juro por la vida de mi nieta que no lo comentaré con nadie!

Gerd no dice nada, por un momento solo se oye el suave susurro de la conexión telefónica.

—De todas formas hace tiempo que me arrepentí de haber vuelto a confiar en ese Rogner. Para agradecérmelo, me lanzó al cuello a una horda de periodistas cuando me traje a Hannah a casa desde el centro de traumatizados.

Gerd sigue callado, la conexión zumba.

—Por favor —vuelvo a intentarlo—. Mark vino a vernos por sorpresa hace dos días, y la verdad es que nos dijo que le habíais pedido ayuda, pero no que tuviera que someterse a pruebas de ADN.

—En fin, eso de «pedirle» es relativo —dice Gerd, y luego, tras otra breve pausa—: Júralo, Matthias. Ni una palabra a nadie.

—¡Sí! Digo, no. —Asiento deprisa—. Ni una palabra, prometido. Habla de una vez.

Gerd suelta varios suspiros, por unos segundos temo que esta vez no vaya a ceder, ya que mi credibilidad tras la publicación del artículo debe de parecerle más o menos igual de sólida que la tinta negra de las letras de un periódico cuando se toca con los dedos húmedos, sudados de ira. Sí, es cierto. Justo después de hablar con Giesner en el centro de traumatizados, no se me ocurrió nada mejor que llamar a la redacción del *Bayerisches Tagblatt* y desahogarme con la ayudante de Rogner en cuanto al deficiente trabajo policial. Pero es que hay

demasiadas cosas que han salido mal. Tanto en estos catorce años en los que habrían tenido que buscar a Lena con total perseverancia como especialmente ahora, cuando todas las piezas del puzle están sobre la mesa. En cambio, da la sensación de que nadie quiera tomarse la molestia de ordenarlas, y eso es algo que no puedo aceptar. ¿Cómo es posible que tengan a un culpable y un lugar de los hechos, y que aun así sigan sin encontrar a la víctima? ¿Cómo puede ser que no interroguen a la testigo principal, que es esa tal señora Grass, para que por fin diga lo que sabe? ¿Por qué no han encontrado aún al conductor a la fuga del accidente, y por qué no han cavado alrededor de la cabaña, en ese escuchimizado perímetro de metro y medio, buscando a Lena? ¡Habrían tenido que excavar todo el maldito bosque! De hecho, ya doy por hecho que Gerd va a dejarme en la estacada. Algo ha aprendido de su terco compañero Giesner, que ni siquiera me permitió fotografiar el retrato robot para mi mujer cuando se suponía que yo mismo estaba al borde de un ataque cardíaco. Aunque, lo reconozco, tampoco habría servido de mucho, porque de todas formas me habría puesto en contacto con la redacción del periódico. La única diferencia habría sido que les habría enviado la fotografía del retrato robot, en lugar de limitarme a despotricar por teléfono. La habrían publicado en la edición de hoy, y tal vez habrían llegado ya valiosos indicios por parte de la población. Para suerte mía, sin embargo, Gerd no es el terco de Giesner. Para suerte mía, Gerd sigue siendo Gerd, el que una vez fuera mi mejor amigo, mi compañero de pesca, el padrino de mi hija. Y por eso ahora vuelve a balbucear y dice:

—Está bien. Como sabes, en el marco de nuestras investigaciones estamos obligados a comprobar los parentescos, aunque en principio todo parezca claro. Igual que hemos tenido que comprobar el parentesco entre Lena y los niños. Sin embargo, hemos encontrado una incoherencia.

Se me encoge el pecho; una idea absurda. Que Hannah no sea mi nieta. Que todo esto no haya sido más que una gran equivocación. Noto cómo niego con la cabeza. «No es posible, no te preocupes, Hannah es tu nieta. Es igual que tu Lenita.»

—La cosa es como sigue, Matthias.

«Es igual que tu Lenita.»

—No hemos podido establecer ningún parentesco entre el cadáver de la cabaña y los niños.

El corazón se me desploma hacia el estómago con alivio. Por supuesto que Hannah es mi nieta, todo va bien.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que el hombre de la cabaña no es el padre biológico de los niños. Las pruebas lo descartan.

—Mark Sutthoff —jadeo al teléfono sin acabar de entender lo que significa eso.

—Al comisario jefe Giesner se le ocurrió la idea de hacerle las pruebas al señor Sutthoff porque Lena estuvo con él poco antes de su desaparición. Oficialmente, en el momento exacto de su secuestro ya habían roto, pero, si lo recuerdas, el análisis de los mensajes de texto del móvil de ella reveló que volvieron a estar en contacto cuando Mark regresó de su viaje a Francia.

—Sigue —digo apretando los dientes.

—Bueno, ¡pues nos hemos limitado a contar! No tenemos fechas de nacimiento exactas de ninguno de los pequeños, así que hemos recurrido a sus declaraciones y a las valoraciones de los médicos que los han tratado. Si de verdad Hannah tiene trece años y Lena desapareció hace trece años y nueve meses, entonces solo hay dos posibilidades. O bien quedó embarazada justo después de que la secuestraran y Hannah, por consiguiente, fue algo prematura; o bien Lena ya estaba embarazada en el momento del secuestro.

—De Mark Sutthoff —digo, y me tapo la boca con la mano.

—Sí —confirma Gerd, aunque no suena demasiado convencido—. Solo que el ADN del cadáver tampoco concuerda con el de Jonathan, y él tiene aproximadamente dos años menos que Hannah.

—Sí, ¿y qué? ¿El ADN de Mark coincide?

—Todavía no lo sabemos. El laboratorio nos dará los resultados este lunes como muy pronto.

—¡Maldita sea, Gerd! Si Mark es el padre, entonces...

Me quedo sin palabras mientras el significado de lo que acabo de oír se me echa encima, me aplasta y me entierra bajo un peso de toneladas, de manera que ya casi no puedo respirar.

Dios santo, lo tuve en mi poder. Lo tuve de verdad.

Mis manos en su cuello. Su espalda contra la pared. Su rostro congestionado.

«¿Dónde está, cerdo?»

Lo tuve en un momento en el que Lena aún estaba viva con toda seguridad.

—Sí —se limita a decir Gerd.

—Pero, entonces, ¿quién es el hombre de la cabaña?

—*Sería,* Matthias, ¿de acuerdo? ¿Quién *sería* el hombre de la cabaña? Mientras no tengamos ningún resultado del laboratorio, todo esto no es más que una teoría, ¿entendido? Mientras no haya resultados, Mark Sutthoff es un testigo que tiene la amabilidad de ayudarnos a excluir una posibilidad en concreto. Y, para serte sincero, personalmente tampoco creo que la prueba del laboratorio vaya a dar positiva. Él quería mucho a Lena, y la verdad es que es un tipo bastante simpático, ¿o no? Incluso me pidió la dirección de Jasmin

Grass para enviarle una tarjeta y desearle una pronta recuperación. No pude dársela, claro, pero el hecho de que la pidiera ya te dice qué clase de persona es.

—Pero cuando...

—Si... —me corrige Gerd—. Si se confirma, el muerto de la cabaña sería el hombre equivocado. O hubo más de un secuestrador...

—Y uno de ellos habría sido Mark Sutthoff.

Vuelvo a sentir sobre la ceja ese insoportable latido que empezó hace ya dos días, cuando Mark vino a vernos.

—Pronto lo sabremos. Pero... —Gerd se interrumpe.

—¿Pero?

—Escucha, Matthias. Quiero que ahora me pongas a Karin al teléfono.

—No puede ser. Está con una amiga.

—Muy bien, pues llámala, ¿de acuerdo? Dile que vaya a casa. No quiero que te quedes solo y cometas algún acto irreflexivo que al final no haga más que traernos problemas a todos. Me lo has jurado por la vida de tu nieta...

Gerd sigue hablándome: que nada de tonterías, que espere, que llame a Karin para que vuelva a casa. Yo miro al vacío y sus palabras pasan de largo. Aunque estoy sentado de espaldas a la puerta del recibidor, lo percibo con el rabillo del ojo. Una sombra que en ese momento se desliza en dirección a la entrada de la casa.

Jasmin

Una parte de mí se ha aislado y está acuclillada y encogida en una sala estrecha y negra con gruesas paredes inexpugnables, mientras que el resto sigue sentado en mi salón, con Giesner y Kirsten, a quienes acabo de mentir. El papel de Giesner no muestra a mi secuestrador, sino al conductor del coche del accidente. Y despacio, muy despacio, gota a gota, el significado de eso va calando en mi consciencia.

—Hay algo más sobre lo que me gustaría hablar con usted, señora Grass —dice Cham, y con un chasquido guarda la mina en el interior de su bolígrafo.

Acaba de anotar que, con el otro policía como testigo, he identificado sin ninguna duda a mi secuestrador.

Mi secuestrador, que no está muerto. Comprendo que, efectivamente, todo fue como yo pensaba cuando me llevaron al hospital. Que solo le golpeé una vez, y no varias y con tanta fuerza que la bola de nieve quedó destrozada, como cree la policía. Una única vez, e insuficiente.

—Un momento —interviene Kirsten—. Con todo mi respeto por su

trabajo, señor Giesner, creo que Jassy ya ha hecho su parte por hoy. Me parece que ahora debería descansar.

La bola no se rompió hasta que la dejé caer al suelo después de golpearle con ella.

«¡Venga, niños! ¡Vamos!»

—No pasa nada, Kirsten.

—¿Estás segura, Jassy?

Ahora sí lo estoy. No imaginé los crujidos en la maleza mientras corría por el bosque. Él me siguió, atacó al conductor del accidente y luego lo llevó a la cabaña para que ocupara su lugar. Así debió de ser. Después le destrozó la cara hasta dejarlo irreconocible mientras Hannah venía conmigo al hospital.

—Sí, estoy segura.

De nuevo aletea esa extraña sensación que tuve ya en la ambulancia al oír la voz de Hannah. Hannah, que no debía estar ahí. Y me pregunto por qué. ¿Por qué permitió él que la ambulancia se me llevara? ¿Por qué no me mató a mí también, como al conductor? Seguro que a sus ojos lo tenía más que merecido, después de haberlo atacado y huir.

—Bien, señora Grass.

Pero no, no me arrastró de vuelta a la cabaña ni al bosque para acabar conmigo allí. Incluso envió a Hannah para que estuviera conmigo.

—Cuando necesite descansar, díganoslo.

Asiento, distraída.

¿Por qué? ¿Por qué no se llevó a los niños y desapareció? Debía de tener muy claro que la policía investigaría, daba igual si yo moría a causa de las heridas o si las superaba y declaraba. Debía de tener muy claro que la policía encontraría la cabaña. Lo tenía claro, en efecto, porque de otro modo no habría dejado allí al conductor en su lugar. Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Bueno, muy bien. Pues continuamos, señora Grass. Ya casi lo ha conseguido. —Creo que Cham sonríe, pero no puedo corresponderle porque tengo la cara entumecida—. ¿Le dice algo el nombre de Sara?

De modo que ya había existido una Sara. Ese tercer hijo que tu marido siempre había deseado. Se lo habías dado hacía tiempo, Lena. Suponen que está muerta. Él quería remplazar a su niña muerta, igual que a ti. Una parte de mí, la que está agazapada en esa sala estrecha y negra, empieza a tener flashes. La otra, la que está sentada con Cham y Kirsten, se ha quedado del todo vacía, ya solo es una carcasa, un maniquí que me representa, que responde a las preguntas sin ninguna entonación, incapaz de expresar nada. Y sé por qué, desde luego. En realidad tampoco es tan difícil. Tu marido está vivo. Tu marido me ha

dejado vivir. Tu marido tiene un plan. Cham empieza a hablar de las últimas pruebas de ADN, que en el fondo demuestran que tienen al hombre equivocado. Solo que aún no han llegado a esa conclusión, no pueden hacerlo porque yo sigo callada. Incluso es posible que Cham crea que ha habido un error, una muestra contaminada que ha provocado un falso resultado en el laboratorio. Sus frases se convierten en una palabrería que me envuelve y me oprime más a cada segundo. Empiezo a respirar superficialmente, cada vez más superficialmente. Como si solo con jadear pudiera alejar de mí esa certeza que es tan terrible. Por un momento lo consigo, pero después vuelve a subirme el calor, un calor despiadado y abrasador, me ahogo.

Tienes que decirlo. Abre la boca. La policía puede ayudarte.

«Nadie vendrá a ayudarte. Ahora ya solo nos tienes a nosotros.»

«Para siempre y siempre jamás.»

Tu marido está vivo. Tu marido me ha dejado vivir. Tu marido tiene un plan. Vendrá a por mí. En ese momento el maniquí se derrumba en el sillón de lectura.

«¡Papá! ¡Mamá ha vuelto a tener un ataque!»

Matthias

Una sombra que se desliza por nuestro recibidor.

Vuelvo la cabeza como a cámara lenta, pero entonces oigo que la puerta ya se cierra. El móvil se me resbala de la mano y aterriza en la alfombra del salón con un ruido amortiguado. Salto del sofá. Mis pasos, que deberían ser rápidos, resultan pesados. Eso significa algo. Mi corazón. Mi mano busca el tirador, abro de golpe la puerta de la casa. Fuera ya está oscuro, solo las farolas proyectan islas solitarias de luz amarillenta sobre el negro asfalto. Mi mirada sale disparada. Todavía la veo. Es Hannah, que se sube a un coche a unos trescientos metros de distancia. Una gran figura negra cierra la puerta del pasajero tras ella. Me quedo paralizado mirando a ese hombre que rodea el coche y se apresura al asiento del conductor.

—Hannah —digo con una voz ronca que casi no se oye.

El motor se pone en marcha. El coche empieza a moverse. Ya avanza. Se aleja. Es entonces cuando consigo salir de mi estupor, bajo los escalones tropezando, cruzo la cancela abierta del jardín, salgo a la calle y grito:

—¡Mark! ¡No!

Pero Mark y Hannah ya solo son dos pequeños puntos de luz roja en la noche.

Jasmin

Está oscuro. Desde que me dieron el alta en el hospital, siempre tengo que ver una luz encendida en algún sitio. Kirsten lo sabe. Todo lo que está a oscuras es el almacén de la cabaña, es la sensación de tener los brazos dolorosamente extendidos hacia un lado y las muñecas atadas a una cañería, es la terrorífica esfera negra en la que mis pensamientos no encuentran anclaje, es el miedo y la espera a que él regrese y me mate. Parpadeo; todo sigue siendo negro. Intento comprender a toda velocidad qué ha ocurrido. Cham estaba aquí. Me ha enseñado la imagen de la reconstrucción facial. Le he mentido y he identificado al hombre que no es. Cham ha dicho que el ADN de los niños no se corresponde con el del cadáver que han encontrado en la cabaña. Me ha preguntado si puedo explicármelo. A mí misma sí que podía explicármelo, desde luego, pero a él no. El miedo a que me tomara por loca era demasiado grande. Un miedo descomunal a que, después de todo lo que me ha pasado, sí que pudiera estarlo. ¿Y qué ocurriría con Kirsten si le salía con otra historia dramática? ¿Hasta cuándo podría seguir poniéndola a prueba? Debo de haberme desmayado, algo en mi interior se habrá bloqueado de repente y habrá buscado el camino más corto mediante una inconsciencia temporal. Igual que entonces, en la cabaña. ¿Cuántas veces se me vino encima el techo, se onduló el suelo y la habitación giró cuando me sentía desbordada? Qué gratitud siento por haber caído en esa negrura liberadora, por haber sufrido cada uno de mis «ataques», como los llamaba Hannah.

Palpo una almohada a mi lado. Kirsten debe de haberme traído a la cama después de que derrumbara delante de Cham y de ella. O sea que a esto he llegado... Poco más hay que añadir. A nadie se le ha ocurrido llamar a un médico, ni siquiera a una ambulancia. Porque ya no pueden tomarme en serio. Porque ya no estoy enferma; solo soy una histérica, en el mejor de los casos. Me imagino a Kirsten jadeando del esfuerzo mientras me levantaba del suelo del salón y le aseguraba a Cham que no había motivo para preocuparse, que solo era la agitación. No había que olvidar que llevaba dos días temiendo el momento en que tendría que enfrentarme al retrato de mi secuestrador. Además, me hacía falta dormir y descansar. «No está bien. Últimamente hasta se orina en la cama, ¿sabe?» También imagino la reacción de Cham, ofreciendo las inevitables opiniones sobre lo importante que es ir al psicólogo con regularidad; la panacea para alguien en mi situación, es evidente.

Ya lo estoy haciendo otra vez, ¿verdad? Qué ridícula soy si de verdad en este preciso instante mi cabeza busca una lamentable escapatoria imaginando lo que otros pensarán de mí. Vuelvo a hacerlo, intento negarlo, no quiero admitir lo que está pasando aquí,

que el pánico toca un redoble de tambor en mi pecho, ese pánico a la negrura que me rodea.

Parpadeo de nuevo y el negro sigue siendo negro, un negro absoluto y sin contornos. Alargo la mano hacia un lado en busca del interruptor de la lamparita de noche. Lo encuentro y aprieto. Chasquea, pero todo sigue a oscuras. De mi garganta sale un sonido extraño, nada potente y sonoro, sino más bien contenido, como cuando aguantas la respiración unos instantes y luego tienes que recuperarla. Me siento. Miro hacia las ranuras de la persiana, por donde tendría que entrar un resto de luz de las farolas en la habitación. No hay ningún resto de luz, solo negrura y los fuertes latidos de mi corazón.

—¿Kirsten? —llamo, y espero a oír una respuesta.

No llega. Aguzo el oído para percibir cualquier ruido. No los hay. Silencio, oscuridad y mi corazón palpitante. Entonces pienso que estoy soñando; lo sé, estoy soñando. Y, a pesar de eso, me cuesta tranquilizarme. Asimilar esta negrura abrumadora, esta desorientación total que me recuerda al almacén. Al día de mi secuestro. Primero me dejo caer hacia atrás, cierro los ojos, inhalo el conocido olor de mi casa, un dejo del perfume de Kirsten, las fresias cuyo aroma todavía se percibe en la almohada. Puedo soportar este sueño.

No, no lo soporto. Abro los ojos, de nuevo con esperanza, de nuevo en vano; todo está negro. Me siento otra vez. Busco a tientas el borde del colchón, me arrastro a gatas con un brazo alargado hacia la puerta de la habitación. Me levanto con cuidado, sigo palpando, esta vez en busca del tirador. Lo empujo hacia abajo. Rechina, igual que siempre. Una vez, otra, muchas veces más y en intervalos cada vez más cortos, hasta que comprendo que la puerta no puede abrirse. Estoy encerrada. Tanteo la pared junto al marco, buscando el interruptor de la luz del techo. Chasquea; todo sigue a oscuras. Chasquea otra vez, oscuridad. Golpeo la puerta con el puño.

—¡Kirsten! ¿Qué pasa aquí? ¡Déjame salir! —grito.

Aporreo, grito perpleja, un sueño, una pesadilla. Mi respiración se vuelve entrecortada, jadeo. Entonces oigo una risa tenue en el otro extremo de la habitación. La risa de él.

Y su pregunta:

—¿Cómo estás, Lena?

Matthias

Acelera más. Acelera, acelera, acelera.

El velocímetro se pone a 180. Esta vieja tartana no corre más.

¿Adónde se la ha llevado?

¡Gerd!, me viene a la cabeza. Las palabras de Gerd, antes, al teléfono.

«Incluso me pidió la dirección de Jasmin Grass para enviarle una tarjeta y desearle una pronta recuperación. No pude dársela, claro, pero el hecho de que la pidiera ya te dice qué clase de persona es.»

Una persona que, incluso sin la ayuda de Gerd, seguro que se las arreglaría para conseguir la dirección de Jasmin Grass. Cualquiera podría, solo hacen falta un par de clics en internet. Entorno los ojos para ver mejor a lo lejos, pero la autopista está vacía y negra. No se ven faros traseros por ninguna parte.

¿Y si se la ha llevado a algún otro sitio?

He perdido un tiempo valiosísimo al regresar corriendo a la casa para buscar las llaves del coche. He desaprovechado años mientras la puerta del garaje se levantaba, y más años aún al sacar el coche del garaje marcha atrás y llevarlo hasta la calle. Casi catorce años.

No puedo alcanzar a Mark con la ventaja que me lleva.

No he perdido un segundo en ponerme la chaqueta o calzarme los zapatos. Piso los pedales con mis zapatillas de estar por casa.

En cambio, sí habría tenido que perder un poco de tiempo en buscar mi móvil, que ahora ha quedado inútil sobre la alfombra del salón.

Sin móvil. Sin posibilidad de llamar para pedir ayuda. Sin refuerzos.

Estoy solo.

Lo tuve en mi poder.

Mis manos en su cuello. Su espalda contra la pared. Su rostro congestionado.

«¿Dónde está, cerdo?»

Y lo dejé escapar.

En mi cabeza lo oigo hablar del valle del Marne, «una zona preciosa con una naturaleza de ensueño». Mentiroso. Se rio de nosotros. Incluso reconoció tener una hija. Hannah. ¿Cómo no me di cuenta?

«Papá», oigo una voz aguda desde el asiento de atrás. Por el retrovisor solo alcanzo a ver el nacimiento de su pelo claro y el brillo de sus ojos, que destacan en la oscuridad del fondo. «Tienes que ayudarme, papá.»

—Lo sé, cielo —respondo con la voz ahogada.

«Esta vez tienes que ayudarme de verdad.»

—Sí, Lenita, lo sé. —Me paso el dorso de la mano por los ojos cuando la autopista amenaza con desaparecer delante de mí—. Ahora mismo voy a ayudarte. Esta vez no te fallaré, te lo prometo.

«Pero tienes que darte prisa, papá.»

La aguja del velocímetro tiembla sobre los 200, la vieja tartana se estremece.

—¿Dónde está Kirsten? —pregunto con voz ronca.

—No va a venir —responde—. Nadie va a venir.

Golpeo la puerta con la mano abierta.

—¡Kirsten! —vocifero—: ¡Socorro!

—Para —sisea su voz—. ¿No querrás preocupar a los vecinos?

Golpeo y aporreo más, grito más fuerte, zarandeo y maltrato el tirador, que chirría y chirría y chirría. Un momento después llega su mano, que primero yerra un par de veces —igual de desorientada que yo en esta negrura sin contornos— y por fin encuentra lo que busca. Se coloca sobre mi nariz y mi boca, firme, demasiado firme, no me deja respirar. Su cuerpo ofrece resistencia a mi espalda, su mano en mi rostro. Empiezo a patalear, golpeo con las piernas hacia delante, contra la puerta, y él tira de mí hacia atrás. Caigo, aterrizo sobre el suelo duro, me ha derribado. Gimo con fuerza, de miedo y dolor y perplejidad.

—Abre la puerta, por favor.

Silencio.

—Enciende la luz, por favor.

Desde algún lugar de la oscuridad, la voz dice:

—Por desgracia no es tan fácil, Lena. He bajado los diferenciales.

Retrocedo a gatas hasta sentir una pared a mi espalda. Me levanto con cuidado apoyándome en ella y palpo la superficie con la mano. Susurros de papel, uno de los artículos que he colgado. Alargo la otra mano hacia el vacío. ¿Él dónde está?

—¿Cómo lo has hecho? ¿Quién te ha ayudado a prepararlo todo?

—¿Ayudarme? ¿A mí? —Suelta una risotada que procede de mi derecha—. Nadie, Lena. Soy Dios, no necesito la ayuda de nadie. —Unos pasos se acercan lentamente—. Incluso puedo levantarme de entre los muertos —sisea.

Me desplazo a lo largo de la pared para alejarme de él, los artículos impresos susurran cuando me muevo.

—No es que no me dieras un buen golpe con la bola de nieve, si eso te consuela. Tuve un traumatismo e incluso me dieron la baja.

Tiemblo; él ríe.

—Pero veamos la parte positiva. Así por lo menos he tenido algo de tiempo para preparar todo lo demás.

—Mataste al conductor del coche —jadeo en la oscuridad.

—¿Y tú? Tú quisiste matarme, así que no debes de ser mejor que yo, ¿verdad? Aunque, para serte sincero, me maravilla que no hayas atado cabos hasta ahora. Te tenía por más inteligente, la verdad.

—Hannah... —susurro. No tengo fuerza en las piernas, «contrólate», sigo a lo largo de la pared, podrían faltar solo un par de pasos—.

Enviaste a Hannah para que me siguiera.

—No, en realidad te siguió ella sola. E incluso me sacasteis una buena ventaja. Sobre todo porque con el golpe en la cabeza, por desgracia, tampoco estaba en condiciones óptimas para atraparte. Por suerte te lanzaste delante de ese coche. —Se hace un breve silencio en la negrura, después lo oigo reír satisfecho—. Pero ya veo que esperas una explicación. Como en las películas, ¿no? En el cine, los sucesos tras el accidente aparecerían en forma de *flashback* desde el punto de vista del malo. Se vería cómo le destroza la cara a su sustituto, mete lo imprescindible en una bolsa, le da instrucciones a su hijo para que espere y limpie todas las superficies mientras él cruza la frontera checa con el coche del accidente y se esconde. Cómo sonríe con autocomplacencia, porque sabe perfectamente que estará muy lejos cuando la policía encuentre la cabaña. —Ríe otra vez desde la derecha, demasiado cerca, golpeo con la mano y no encuentro nada—. Pero tú también habrías podido imaginar que haría algo parecido a eso. No nos queda demasiado tiempo, cariño.

—Porque ahora el malo ha venido para acabar con todo y matar a la protagonista.

—¿La protagonista?

Justo delante de mí. Me quedo de piedra. Su respiración en mi cara.

—Qué segura de ti misma... Eso me gusta. Tanto si lo crees como si no, siempre me ha gustado que te resistieras. Pero no, no tengas miedo. Habría podido matarte hace tiempo si hubiera querido. Incluso en el lugar del accidente. ¿Por qué crees que avisé a emergencias? Sobreviviste porque yo lo quise así.

Mi mano busca a la derecha, encuentra la cinta de la persiana y tira una vez con fuerza. Un resquicio, tal vez de un palmo, y su sonrisa a la luz de las farolas.

—O, mejor dicho, porque tu hija lo quiso así.

Hannah

Papá me ha dicho que dibuje algo. Para que no me aburra mientras él va a despertar a mamá. Incluso me ha traído un bloc y unos lápices de cera en una cajita metálica del todo nueva. Todavía son muy largos, más largos que mi dedo índice, y hay hasta tres rojos diferentes: carmín, bermellón y burdeos. También me ha dado una barrita energética cuando estábamos aún en el coche, y por primera vez me he alegrado muchísimo de verla. Tanto, que la barrita casi me ha sabido más rica que nunca. Aunque la verdad es que tenía mucha hambre. En casa de mis abuelos no he comido más que pan con mantequilla. Papá me ha felicitado porque me he acordado muy bien

de todo. Mejor aún de lo que él esperaba, en realidad. Me ha dicho que le parece asombroso. Me gusta que me feliciten, así que seguramente ahora puedo estar orgullosa, creo yo. Por otra parte, me pregunto si papá habrá dudado de mí en algún momento, porque «asombroso» no solo significa «impresionante», sino también «inesperado». Y eso me parecería mal, porque al fin y al cabo fue todo idea mía. Él solo no podría haber tenido ninguna idea cuando estaba tirado en el suelo como muerto, manchando la alfombra de sangre después de la gran tontería de mamá. Mamá abrió la puerta de la cabaña y dijo con su voz de león: «¡Venga, niños! ¡Vamos!», pero Jonathan y yo nos lo pensamos un poco. «¡Venid ya! ¡Tenemos que irnos!» Jonathan cayó de rodillas junto a papá, en la alfombra toda ensangrentada, y mamá salió corriendo.

Entonces le dije a Jonathan que teníamos que dividirnos. Por un lado, la alfombra estaba sucia y había que limpiarla. La limpieza es importante. Por otro, mamá había dicho que teníamos que ir con ella, y siempre hay que hacer lo que dicen los adultos.

—Pero mira lo que ha hecho, Hannah —aulló Jonathan interrumpiendo mis reflexiones.

No sabía si se refería a lo de papá, que seguía inmóvil en el suelo, o a lo de la bola de nieve rota, de la que sostenía un añico en la mano.

—¡Dame eso!

Le quité el trozo de cristal y me lo guardé en el bolsillo del vestido para que no se hiciera daño. Los objetos afilados pueden ser muy peligrosos, y ya había suficientes manchas en la alfombra. Después le dije que había terminado de reflexionar, que él tenía que limpiar la alfombra y que yo seguiría a mamá.

Aunque fui muy rápida, no la alcancé hasta después del gran estrépito. Estaba tumbada en mitad de la carretera, con los ojos cerrados, y había un desconocido arrodillado junto a ella. Oí cómo le hablaba.

De repente oí también unos crujidos detrás de mí. Era papá, que tenía una mancha roja a un lado de la cabeza. Había cogido nuestro atizador. Se llevó el dedo índice a los labios fruncidos e hizo «chsss». Después me agarró del hombro y me susurró al oído por el embudo de secretos:

—Siéntate aquí y cierra los ojos, Hannah.

Así que me senté entre la maleza con los ojos cerrados, tal como papá me había dicho. Solo parpadeé alguna vez con disimulo. Parpadeé después del ¡plaf!, y también cuando oí unos susurros y unos crujidos a mi lado, y era papá, que arrastraba al desconocido hasta la vegetación. Pero entonces volví a abrir los ojos de verdad, porque no quería perderme nada de lo que pasara con mamá.

Papá la había agarrado de las axilas, la cabeza le colgaba torcida y

se le balanceaba del cuello, sus piernas se arrastraban por el asfalto mientras papá la llevaba a ella también hacia la maleza. Entonces salí enseguida de mi escondite y dije con mi voz de león:

—¡La ambulancia!

Papá se sobresaltó y casi dejó caer a mamá.

—El hombre ha dicho que iba a llamar a una ambulancia. ¡La ambulancia no la encontrará si te la llevas!

—Hannah.

Papá dejó a mamá otra vez en el carretera y volvió junto a mí. Se acuclilló y me acarició la cara. La suya estaba muy mojada, le caían regueros de sudor rojo desde la frente hasta la barbilla, e incluso se le había teñido el cuello de la camisa.

—Cielo, no sabes lo que estás diciendo.

—¡Que sí! —dije con mi voz de león—. Una ambulancia es un vehículo especialmente equipado para casos de emergencia y se utiliza para dar primeros auxilios a heridos o enfermos y para transportarlos al hospital, fin.

—Sí, Hannah, así es, pero...

—¡Y un hospital es un edificio en el que se tratan enfermedades o heridas mediante cuidados médicos!

—Todo eso no es tan sencillo, cariño...

—¡Tiene que venir la ambulancia!

—Hannah, ya has visto lo que ha hecho. —Se refería al sudor rojo que le caía por la cara y a lo de la bola de nieve.

—Solo ha sido un descuido tonto. Por favor, papá. —Siempre hay que pedir las cosas por favor y decir gracias.

Entonces papá se puso a caminar de aquí para allá frotándose la frente, así que se manchó toda la cara con el sudor rojo.

—De acuerdo —dijo de pronto—. Dejaremos que se la lleven al hospital.

El desconocido tenía un móvil en el bolsillo de la chaqueta. Un móvil es un teléfono sin cables que funciona casi en todas partes.

—Voy a hacer ahora la llamada de emergencia, pero después tenemos que volver muy deprisa a la cabaña y recoger nuestras cosas.

Solo que yo no quería recoger mis cosas. Y menos aún marcharme, como dijo papá. Le expliqué que entonces no tenía sentido que el hospital curara a mamá, porque, si nos marchábamos, no tendríamos a nuestra mamá curada. Casi pensaba ya que papá era un poco idiota, porque todavía no había entendido que lo que yo quería era que nos quedáramos con mamá. Y eso que yo nunca habría pensado que querría quedarme justamente con esa mamá. Cuando llegó a la cabaña, me preocupaba que fuera otra de esas que no funcionaban de ninguna manera. La verdad es que sí parecía una buena mamá, porque tenía la cicatriz, el pelo rubio y largo, muy bonito, y una cara muy

blanca. Papá se había esforzado mucho con ella, porque siempre hay que esforzarse mucho, sobre todo por los hijos. Puede que a esas alturas ya estuviera también un poco harto, porque Jonathan y yo no parábamos de decirle siempre que queríamos una mamá nueva, para no sentirnos tan solos en casa cuando él se iba a trabajar. Estar un poco harto no es lo mismo que estar enfadado de verdad y ponerse a gritar y a castigar a los demás, pero por otra parte tampoco le hacía mucha gracia que no quisiéramos hablar con él. Sobre todo porque hacía tiempo que nos merecíamos una mamá nueva. Habíamos sido muy obedientes, Jonathan y yo. Siempre hacíamos todos los deberes, y yo fui muy sincera cuando juré que había aprendido algo de lo de Sara. Pero cuando papá por fin accedió y la nueva mamá llegó y la tuvimos tumbada en nuestro sofá, no parecía alegrarse de que la hubiera escogido a ella. Y eso que los hijos son el mayor regalo que te puede dar la vida y hay que sentirse agradecido de tenerlos. Creo que mamá no lo entendió hasta un día que el aparato de circulación dejó de funcionar y casi nos asfixiamos por culpa de eso. Pero no importa, porque al menos lo entendió. Algunas personas tardan algo más, lo cual no las convierte en malas personas, solo en un poco tontas, como mucho. Tardan más en aprender, igual que Jonathan, que no aprendió a leer bien hasta que tuvo cuatro años.

—Está bien —dijo papá cuando por fin lo entendió—. Pero necesitaré tu ayuda. Concéntrate, Hannah. ¿Podrás hacerlo? Podrás, ¿a que sí? Que ya eres una niña mayor. Bueno, escúchame con mucha atención…

Le quitó la chaqueta al desconocido y me la puso sobre los hombros para que no me helara en esa noche tan fría. Cuando tienes frío no puedes concentrarte bien. Después hablamos de lo que tendría que hacer, y yo me he esforzado al máximo, lo cual no siempre ha sido fácil. Al fin y al cabo, no hay que mentir. Pero tampoco se puede hacer como Jonathan y no decir nada de nada, porque entonces la gente cree que estás muy enfermo, y te dan pastillas. O creen que tienes algo que ocultar, empiezan a desconfiar y al final estropean todo el plan. Aunque yo sabía que lo estaba haciendo todo bien, a veces me preocupaba que papá hubiese podido cambiar de opinión. Entonces pensé que sí había cambiado el plan sin que yo lo supiera y que había metido al abuelo en él, porque de repente el abuelo no hablaba más que de llevarme a casa. Si embargo, por desgracia en eso me equivoqué. Y me quedé a cuadros. Anoche ni siquiera estaba segura de que de verdad fuese papá el que entró en el jardín delantero de los abuelos y empezó a lanzar piedritas contra la ventana de la antigua habitación de mamá. También podría haber sido alguna de esas personas que estaban ahí fuera con sus cámaras de fotos desde que habíamos llegado por la mañana, «acechando», como dijo la

abuela. Pero justo al día siguiente, hoy, ha aparecido la caja con mi vestido y con la Señorita Tinky dentro, y entonces he sabido que de verdad había llegado el momento. Que por fin volveríamos a ser una familia y tendríamos una nueva casa. Papá ha dicho que mamá ya nos está esperando. Aunque parece que se ha cansado, de esperar, quiero decir, y ha tenido que echarse un ratito. Pero por eso no pasa nada, porque siempre hay que descansar lo suficiente antes de hacer algo especial. Así que papá me ha dejado en la cocina del piso de mamá, ha puesto una vela en el alféizar y la ha encendido para que yo tenga luz y dibuje mientras él despierta mamá. Me ha dicho que primero bajaría los diferenciales de la luz eléctrica, para que no hubiera problemas con la claridad cuando se despertara. El problema de retina es cosa de familia. Por desgracia, ahora la cocina está muy oscura y el resto del piso está del todo negro. Habría sido mejor que mamá pusiera bombillas menos potentes en las lámparas. Al menos la luz de la vela me basta para distinguir entre los tres tonos de rojo de mi caja de ceras, porque justo ahora estoy dibujando a la mujer que está tumbada en el suelo de la cocina, y para eso necesito claramente el rojo carmín. No es para nada verdad que ese color esté hecho con sangre de piojos. En realidad se trata de un ácido que producen los piojos para defenderse de sus depredadores. Para extraer el tinte, lo piojos se secan y se hierven en agua añadiendo ácido sulfúrico. Aun así, sigue siendo el mejor color cuando se quiere dibujar sangre fresca. Para la sangre más seca también vale el burdeos, y para la reseca del todo el que mejor va es el marrón.

Jasmin

Es una capa asombrosa, como de cemento, pero hecha de espanto y de emoción, lo que cubre mi cara y la vuelve rígida.

Él lo nota.

—Después de todo lo que has hecho, los niños te siguen queriendo.

Asiento. Comprendo. El añico de cristal que Hannah me dio en el hospital y que, según entiendo ahora, no pretendía ser una amenaza, sino un consuelo. Su afirmación de que se acordaba perfectamente de todo. De lo que papá le había encargado hacer, quería decir.

—¿Por qué no desapareciste con los niños? ¿Por qué los has expuesto a este mundo que no están en situación de comprender?

Pienso en Hannah, la niña zombi, cuya sonrisa nadie entiende. En las historias terroríficas que aparecen en los periódicos, en la verdad y en las mentiras. En esas miradas penetrantes a las que también se han visto expuestos los pequeños. Otras dos trágicas sensaciones del momento. Y se me saltan las lágrimas. De vergüenza, de compasión,

de todos los sentimientos que en este momento afloran a la superficie. Lloro, por todos nosotros.

Él alarga la mano hacia mi rostro, me acaricia con el pulgar y enjuga las lágrimas. Lo soporto.

—Sé que no ha sido ideal, pero alguien debía ocuparse de ellos mientras tanto, ¿o no? Yo tengo una vida fuera de la cabaña. ¿Cómo iba a explicar de repente la existencia de dos niños? Además, necesitaba tiempo para preparar todo lo demás. Dejar mi trabajo y mi piso. Buscarnos una nueva casa. ¿Qué habría pasado si hubiera desaparecido de un día para otro? ¿Qué habría pensado la gente?

Intento imaginarlo viviendo esa segunda vida, formando parte de la sociedad normal, un hombre que compra vasos de colores para los cepillos de dientes en una droguería sin llamar la atención. Y no lo consigo, todavía no.

—¿Y ahora? ¿Qué haremos ahora? ¿Iremos a por los niños y desapareceremos?

—A Hannah ya la tengo conmigo. Solo tenemos que ir a buscar a Jonathan.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Es posible que no te hayas enterado de la conmovedora campaña de donaciones del *Bayerisches Tagblatt*. Dos grandes cajas con ropa, libros y juguetes que han donado los lectores. Una de ellas fue al psiquiátrico infantil. Jonathan habrá reconocido sus pantalones preferidos y la camiseta roja. Sabe que vamos para allá.

—Pero no puedes entrar en el psiquiátrico como si tal cosa y llevarte al niño.

—Tampoco he tenido que entrar en casa de los Beck. Hannah ha salido.

—Hannah —jadeo—. ¿Dónde está? Quiero verla.

Él ladea la cabeza; esa mirada.

—Por favor —añado cuando creo comprender la exigencia que hay en ella. Siempre hay que pedir las cosas por favor y decir gracias—. Por favor, llévame con mi hija.

Un momento más en el que solo me mira, me observa con la cabeza ladeada, con esos ojos. Entonces se echa a reír con una risa que es terrible y punto, una risa que ya le conozco. Un segundo después, alarga la mano a mi lado y agarra la cinta de la persiana, se oye un ruido parecido a un estallido y la negrura regresa a la habitación. Negro absoluto. Me toma del brazo y me lanza hacia el centro del dormitorio, directa a la oscuridad.

—Qué miserable eres —sisea su voz—. De repente finges que te preocupan los niños.

Pasos, oigo unos pasos lentos que cruzan la habitación y luego algo metálico que cae al suelo. La llave.

—Pero en realidad te importan una mierda.

Me arrodillo y, presa del pánico, busco a tientas con pequeños movimientos por todo el suelo.

—Permitiste que los periódicos escribieran esas mentiras. Permitiste que dijeran que Hannah está contrahecha. Habrías podido conceder una entrevista para aclarar las cosas. Por lo menos habrías tenido que quejarte a la redacción.

La llave, la tengo. Sigo arrastrándome con ella bien agarrada en la mano.

—«Abusos sexuales.» ¡Esa expresión en relación con los niños! ¡La sola idea...! ¡Jamás los he tocado! ¡Lo sabes muy bien! ¡Jamás habría hecho eso!

Su voz, que atruena por encima de mí; sus pasos, que parecen venir desde todas direcciones. Llego a una pared, pero no sé cuál.

—¿Qué clase de madre eres que permites que se publique algo así? ¿Qué clase de madre eres que no luchas por tus hijos? ¡No has ido a verlos ni una sola vez!

El armario, toco el armario de la ropa. Ahora ya sé dónde estoy y adónde tengo que ir.

—¡Ni una! —grita la voz.

La puerta, la cerradura. Consigo meter la llave, se me resbala, cae al suelo.

—¡Eres una mujer para la que nada de eso tiene valor!

Mientras mi mente registra de forma fragmentaria lo que está ocurriendo aquí —ha bajado los diferenciales, el círculo se cierra, he despertado expuesta a la oscuridad y a él, igual que aquella otra vez en el almacén de la cabaña, la negrura como advertencia, como demostración de su poder absoluto, que todavía lo convierte en Dios, que todavía le permite decidir sobre mi vida, sobre el día y la noche, incluso aquí, en mi propio piso, en el mundo real, en una realidad que solo puede ser aparente mientras exista él, Dios—, consigo recuperar la llave y lo intento una segunda vez. La meto en la cerradura, la giro, acciono el tirador, que chirría... La puerta se abre, salgo tambaleándome al pasillo oscuro, cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella mientras intento meter la llave en la cerradura por fuera. Él ofrece resistencia desde el otro lado, la llave cae otra vez al suelo a causa del forcejeo. La dejo ahí; da igual, tengo que salir del piso a la escalera salvadora. Casi he llegado a la entrada, solo me faltan un par de pasos... Y entonces una voz dice a mi espalda:

—¿Estás segura de que quieres irte sin tu amiga?

Matthias

Mi tartana se sube a la acera frente a la casa de Jasmin Grass. Con una mano acciono el tirador mientras con la otra apago el motor. Salto del coche y corro hacia el portal. Una señora mayor acaba de entrar por la puerta y suelta un gritito, sobresaltada, cuando me meto en el vestíbulo del edificio tras ella. Mis siguientes pasos casi me hacen tropezar con la maleta que ha dejado en el suelo, justo detrás de la puerta.

—¡Llame a la policía! —le pido zarandeándola de los hombros.

La mujer tiembla.

—¿Me oye? ¡Tiene que avisar enseguida a la policía!

La suelto y subo la escalera corriendo. Jasmin vive en la tercera o la cuarta planta, como sé desde hace tiempo porque vine y lo vi en el cuadro del interfono.

¿Y si te has equivocado?

¿Y si no la ha traído aquí?

Entonces lo habría dejado escapar de nuevo.

Reprimo todas las dudas y en lugar de eso me concentro en los escalones.

En la tercera planta no hay ningún timbre con el nombre de Jasmin Grass, tengo que seguir un tramo más hacia arriba. El sudor me corre por el cuello, mi cuerpo viejo y rígido protesta a causa del esfuerzo. Llego a la cuarta planta. Los dos primeros carteles que leo junto a los timbres resultan no ser correctos. Por fin encuentro su piso y me quedo completamente paralizado durante un segundo. La puerta. Está entreabierta. Hannah, pienso al instante.

«Por favor, no cierres la puerta del todo», le he pedido esta mañana por primera vez, después de que se encerrara en la antigua habitación de Lena. «Lo mejor es que la dejes siempre entreabierta, para que yo sepa que estás bien.» Hannah, la niña buena y obediente que siempre hace lo que le mandan. Respiro hondo una vez, después empujo la puerta con cuidado y entro en el piso.

El recibidor está a oscuras, pero en una de las habitaciones veo luz. Oigo unas voces ahogadas. Sigo avanzando a hurtadillas, todo yo soy una palpitación. Esta vez pillaré a Mark. El dolor que estalla justo ahora en mi pecho me dice que podría ser lo último que haga, pero no me importa. Esta vez no te fallaré, Lenita. Intento mantenerme todo lo pegado que puedo a la pared durante los últimos pasos para no proyectar ninguna sombra delatora que pueda advertir a Mark de mi presencia. Las voces se hacen más claras.

—Podemos seguir siendo una familia. —Esa debe de ser Jasmin Grass.

Alguien suelta un largo suspiro, un hombre, Mark.

A eso le sigue de nuevo un silencio absoluto. Después, sin previo aviso, tan de repente que casi me fallan las piernas del susto, se oye

una silla que se arrastra y algo que traquetea, un grito agudo se mezcla con un ruido estrepitoso... y yo salgo de mi escondite, dispuesto a darle por fin su merecido a Mark.

Jasmin

Esto es el fin, todos lo tenemos claro.

Mi cocina, nuestra cocina, que antes fue un lugar de risas, de compañía, el corazón de nuestro hogar, se ha convertido en una sala de dolor, en una esfera llena de ira y miedo, desesperación y tristeza. Ya no hay salida, ni siquiera la que Dios había previsto cuando se ha colado esta noche en mi piso para sacarme de aquí. Es como si este momento se hubiera desacoplado del transcurso normal del tiempo, como si el mundo se hubiera detenido en esta habitación.

Todo acaba de precipitarse.

Él me ha empujado por el pasillo oscuro y me ha metido en la cocina, donde Hannah estaba sentada a la mesa, dibujando a la luz de una vela. Dibujaba una naturaleza muerta: Kirsten, callada, retorcida y quieta sobre las baldosas del suelo. Con una mordaza hecha con un trapo de cuadros en la boca y sangre en la cara. Sangre que le resbalaba desde la sien hasta los párpados cerrados. Podía estar muerta o inconsciente. A veces no se distingue a simple vista, desde hoy lo sé por experiencia.

Hannah parecía alegre, para como es ella, y me ha saludado:

—Hola, mamá.

Yo me he quedado paralizada en el marco de la puerta de la cocina, con todo el cuerpo temblando, tiritando como si hiciera un frío enorme; un frío que no me dejaba respirar, que primero me ha atenazado y luego me ha zarandeado.

—Siéntate —ha dicho él antes de volver a desaparecer en el pasillo.

He oído que hacía algo en la caja de los diferenciales y han sonado varios chasquidos a medida que iba dejando las palanquitas otra vez en su posición inicial.

—Kirsten —he susurrado.

Kirsten no reaccionaba.

—He dicho que te sientes.

Ha vuelto a entrar en la cocina, ha felicitado a Hannah por su dibujo y ha encendido la luz de encima de los fogones.

—No lo diré una tercera vez.

Me he acercado a la mesa con miedo y me he sentado. A mi izquierda, como mucho a medio metro de mí, Kirsten estaba tirada en el suelo, retorcida, inmóvil, ensangrentada.

—Así me gusta —ha dicho él con una sonrisa de satisfacción.

He intentado sostenerle la mirada y no dejarme distraer por el taco de cuchillos que había tras él, en la encimera. No dejarme distraer por Kirsten, a quien debería estar buscándole el pulso, a quien debería estar salvando o llorando. La pobre le habría abierto la puerta del apartamento sin sospechar nada mientras yo estaba durmiendo en la cama. Y él la había abatido.

—Nadie tendría que haber salido herido —ha dicho, leyéndome el pensamiento.

—Lo sé. Es culpa mía.

—Exacto.

—No pasa nada, mamá —me ha tranquilizado Hannah, que ha levantado la mirada de su bloc de dibujo. He visto el arco de sus labios apenas perceptiblemente tensado hacia arriba; la forma que tiene de sonreír—. Solo ha sido un descuido tonto.

He alzado la barbilla.

—Sí, Hannah, eso ha sido.

Un leve quejido, Kirsten.

—Mira. —También él la ha oído—. Qué criatura tan delicada, y todavía vive.

—Déjala en paz, por favor —he conseguido pedir a duras penas—. Esto es cosa nuestra. He cometido un error, muchos errores.

Entonces he percibido un movimiento de soslayo. Kirsten, que estaba a solo un brazo del umbral de la puerta, más o menos. Me he recolocado en la silla para tapársela a él.

—Os he decepcionado. Lo siento.

—¿De verdad?

—Tal vez pueda compensároslo. Todavía podemos ser una familia.

No sé en qué momento se ha dado cuenta de que Kirsten intentaba salir de la cocina arrastrándose. Quizá llevaba todo el tiempo viendo su lamentable intento e incluso le divertía en secreto. Tal vez solo estaba esperando el momento oportuno, cuando los temblorosos dedos de ella alcanzaran el umbral de la puerta. O tal vez lo ha comprendido de repente, no tanto porque estuviera atento a Kirsten sino más bien por mis visibles esfuerzos para ganar tiempo. No ha pasado ni una fracción de segundo desde el instante en que se ha lanzado en plancha junto a la mesa, encima de Kirsten, y la ha arrastrado del pelo otra vez al centro de la cocina. Apenas una fracción de segundo y yo he saltado de mi silla y he empezado a golpearle con los puños en la espalda, a darle patadas en las piernas, a gritar. Apenas una fracción de segundo y Kirsten volvía a estar en el suelo, resollando. Apenas una fracción de segundo y yo estaba tirada a su lado, rechazada como un mero insecto molesto. Ha sido entonces cuando he visto al segundo hombre, que en ese momento ha caído de rodillas en el vano de la puerta, apretándose el pecho con la mano, los ojos desorbitados, la cara pálida como la

cera y los rasgos muy marcados y desfigurados con espanto. A él no lo ha atacado, no le ha hecho falta. Lo que ha acabado con ese hombre ha sido reconocerlo.

—¿Rogner? —ha jadeado.

Una extraña sensación ha inundado la sala y me ha arrastrado como una gigantesca hola gélida. Conocía ese nombre, solo que no recordaba de dónde.

—Señor Beck —ha dicho Rogner, y luego—: Estupendo.

Esto es el fin, todos lo tenemos claro.

Seguramente incluso el propio Rogner, que ahora se desabrocha el botón superior de la camisa, como si de pronto el cuello le quedara estrecho. Matthias Beck, Kirsten y yo estamos sentados en fila contra la pared izquierda de la cocina, impotentes, incapaces, débiles los tres. Rogner ni siquiera tiene un arma para mantenernos inmovilizados. No le hace falta. Matthias Beck ha sufrido un desvanecimiento, yo he temido que fuera el corazón. Su rostro sigue torcido y blanco como la pared, tiene la mano derecha apretada en un puño contra la parte izquierda del pecho. Kirsten, a la que Rogner ha abatido de un golpe, tiene una herida en la cabeza que no deja de sangrar. Se la presiono con el paño de cocina que antes le hacía de mordaza mientras ella apoya la cabeza cansada en mi hombro. Y yo, la causa de todo esto, el motivo de todo este dolor, tampoco estoy en situación de levantarme y abalanzarme sobre él, hacer algo, o por lo menos intentarlo. Después de que Rogner me tirara al suelo primero en el dormitorio y luego en la cocina, las costillas me duelen tanto y de una forma tan punzante como justo después del accidente. Siento una puñalada cada vez que respiro, y me odio por ello. Yo debería ser nuestra salvación, aunque solo fuera por compensarles, aunque yo misma perdiera la vida en el intento.

Rogner camina de un lado a otro delante de nosotros. Está pensando, se lo noto. Reflexiona sobre el final. Tendrá que matar a Matthias Beck y a Kirsten, no hay alternativa. En cuanto a mí, no estoy tan segura. Quizá todavía quiera llevarme con él, por Hannah. Debería haberlo sabido. No puedo dejar de pensar que debería haberlo sabido. Que he perdido un tiempo valiosísimo compadeciéndome de mí misma y sospechando de los niños. Debería haberlo sabido, todo. Lo conozco muy bien.

—Escucha —intento convencerlo de nuevo—. Iré con vosotros, ¿vale? Puedo ser tu mujer y una buena madre. A cambio, solo tienes que dejar marchar a Kirsten y al señor Beck.

Rogner da media vuelta, suelta una carcajada seca y sin alegría.

—No seas ridícula. Por supuesto que vendrás con nosotros, si yo quiero. —Me da una patada y me mira directamente a los ojos—. La cuestión es si de verdad aún lo quiero, «Jasmin».

Trago saliva un par de veces con esfuerzo mientras Rogner retoma su reflexivo paseo por la cocina. De izquierda a derecha y vuelta a empezar, como un tigre enjaulado, una fiera salvaje e imprevisible. Mi mirada no se aparta del reloj del microondas. Maja, me viene a la cabeza. Maja, lo había olvidado por completo. Maja, que iba a pasarse después del trabajo. Que vendrá, sin duda, porque no sospecha que al llamarla solo pretendía traerla a mi piso para cantarle las cuarenta. Debe de pensar que voy a desahogarme con ella y darle material para el artículo de su vida. Lo cierto es que ya se está retrasando, me dijo que vendría hacia las nueve o nueve y media, y son casi las once, pero bueno, sí, vendrá, seguro, tiene que venir. Maja, que podría ser nuestra salvación. La agitación hace que respire superficialmente. Tendré que gritar, chillar todo lo que pueda en cuanto la oiga en la puerta. Sé muy bien que solo dispondré de unos segundos antes de que él me golpee o me haga callar de alguna otra forma, tal vez alargando el brazo hacia un lado, hacia el taco de cuchillos, sacando uno y clavándomelo. Pero esos pocos segundos los aprovecharé. Pondré todas mis energías en ese grito de socorro y esperaré que Maja reaccione de la forma correcta y avise de inmediato a la policía. Regreso sobresaltada a la realidad cuando la mano de Rogner me agarra de pronto de la barbilla y aparta mi mirada fija del reloj.

—Lo siento, Jasmin —dice, y sonríe—, pero ella no vendrá.

Intento comprender el sentido de sus palabras; no lo consigo. La expresión desconcertada de mi rostro parece divertirle. Me suelta la barbilla y me da unas palmadas en la cabeza como si fuera un cachorrito tonto.

—Sé que habías quedado con Maja. Por desgracia, a partir de ahora tendrás que contentarte conmigo.

—No entiendo qué...

—Ay, sí, menuda decepción, ¿verdad? Una vez más, te había creído más lista. Pero, por si te sirve de consuelo, al principio Maja tampoco lo ha entendido. Al fin y al cabo, tenía permiso para sustituirme mientras yo estaba de baja. Salvo por algunos artículos, que por cierto apruebo tan poco como usted, señor Beck, y que por desgracia han conseguido publicarse durante mi ausencia, debo decir que ha hecho muy buen trabajo. Bajo mi tutela, desde luego. Primero se hizo amiga de tu vecina. Esa vieja... ¿Cómo se llama? En fin, da igual. Es muy parlanchina y enseguida le explicó que cocinaba para ti porque no tenías a nadie más. Cuando supo que tendría que irse a casa de su hijo, empezó a preocuparse por ti. ¿Quién seguiría cocinándote? Por supuesto, Maja estuvo encantada de hacerse cargo de la labor.

Es como un cubo de agua fría directo a la cara. Él me envió a Maja. Ha sabido en todo momento cómo me encontraba, desde la distancia. Se ha divertido conmigo.

—Eso significa...

—Lars Rogner —dice con mucha formalidad, aunque no sin una pizca de decepción—. Redactor jefe del *Bayerisches Tagblatt*. Veo que tienes que leer más los periódicos, Jasmin.

Vuelve a sonreír, y ahora comprendo de qué me sonaba su nombre. Escribió muchos artículos sobre ti, Lena. Puede que la mayoría, incluso. Qué cruel diversión debió de ser para él.

—En descargo de Maja debo decir —prosigue— que todo este tiempo pensaba que se trataba de conseguir una entrevista. Su tarea era la de trabar cierta amistad contigo para ganarse tu confianza y tenerte controlada. Hoy estaba emocionadísima cuando la has llamado para quedar con ella, pobre ratoncillo. Al final, sin embargo, ha comprendido que a partir de ahora era mejor dejárselo al jefe.

Imagino una gran oficina con personas sentadas tras cubículos grises divididos por finos separadores, todas hablando exaltadas por teléfono. Puedo oír el ruido de muchos dedos repiqueteando en los teclados. Veo a Maja con esa camisa blanca almidonada y el cuello levantado que lucía en la foto de la página web de la redacción, y me cuesta creer que Kirsten y yo solo hubiésemos tenido que seguir haciendo clic un poco más para muy probablemente encontrar también una foto de Lars Rogner. Habríamos informado a la policía y Rogner ya estaría esposado en comisaría. Después lo imagino a él paseándose por los pasillos de la redacción en busca de alguien a quien enviarme, veo cómo su elección recae en Maja porque está muy entregada y quiere labrarse una carrera, y para colmo puede que incluso haya sucumbido a sus encantos. La chica no sospecha siquiera que con eso no está escalando puestos, sino participando en su juego. Y me temo que incluso se alegra, que se siente honrada. Él la ha escogido.

—¿La has...?

—Ay, por favor. —Rogner levanta las manos a la defensiva—. Maja está en la oficina, haciendo horas extras. Por desgracia, ayer no fue la única que estaba en casa de los Beck cuando Hannah sali*ó* del psiquiátrico infantil. Y cuando uno pierde la exclusiva de una historia, después tiene que esforzarse un poco más para diferenciarse de la competencia. Le he sugerido que se pusiera en contacto con tu antiguo jefe de la agencia de publicidad. Se han reunido esta tarde. Según he oído, tres semanas antes de tu desaparición te despidió porque de la noche a la mañana dejaste de presentarte a trabajar. Ha declarado que tal vez no superaste la separación de tu novia. O puede que las cosas no te fueran bien desde mucho antes. No tuviste una infancia fácil, ¿verdad? Tras la muerte de tu padre viviste unos años en un orfanato, hasta que tu madre te llevó otra vez a casa. Una mujer simpática, por cierto, tu madre. Simpática y bastante afectada. Tal vez porque fuiste

una niña muy... ¿Cómo lo dijo? «Difícil.» —Rogner chasquea la lengua con desprecio mientras yo inhalo un par de veces para conseguir aire —. Educar bien a los hijos es importantísimo, ¿verdad? Bueno, de todos modos el artículo saldrá en la edición de la mañana, así que Maja todavía tiene mucho que hacer. Digamos que te envía sus disculpas.

—Yo que tú me largaría ahora mismo —oigo decir a Kirsten con timidez. Herida como está, sigue mostrándose fuerte y terca, eso no hay quien lo cambie. Ni siquiera un Dios iracundo—. Porque si Maja sabe que estás aquí...

Rogner, malhumorado, agita una mano en el aire.

—¿Y qué? ¿Quién dice que he realizado la entrevista con Jasmin esta noche? A lo mejor en la versión oficial vengo mañana por la mañana y me encuentro con un par de cadáveres. Tengo muchas posibilidades.

—No irá usted a ninguna parte sin haberme dicho antes qué pasó con mi hija —advierte Matthias Beck con voz ronca.

Es lo primero que dice desde que ha reconocido a Rogner y acto seguido se ha desplomado sin fuerzas, resbalando por la pared. Tu padre, Lena. No soy capaz de imaginar cómo le habrá destrozado el corazón enterarse de esto. Sale citado en muchos de los artículos de Rogner, debe de haber estado constantemente en contacto con él, con el secuestrador de su hija, sin saber nada, sin sospechar nada, albergando esperanza.

—¡Silencio! —vocifera Rogner, pero enseguida se controla. Suspira y se acerca una silla, se sienta justo delante de nosotros como un sanguinario general que ha hecho tres prisioneros. La expresión de su cara es expectante—. A usted siempre lo he respetado, señor Beck. Lo he respetado muchísimo. Casi diría que lo he admirado. Cómo ha luchado por Lena y por su familia, igual que un león. Ha fracasado, desde luego, y a menudo sus acciones no fueron más que locuras. — Suelta una risotada—. Pero nunca se ha rendido. Cómo me gustaba leer sus correos electrónicos, la rabia que contenían, esa decisión. Cientos de veces amenazaba con no volver a hablar conmigo, y luego no podía usted evitarlo. Una y otra vez acudía a mí, con quejas, con información, con pistas, siempre con la esperanza de mover algo. Es usted un padre, señor Beck, un padre de verdad. Lo cierto es que debe de entenderme, ¿o no? Un padre de verdad no puede evitarlo.

—Es un degenerado —jadea Beck, y vuelve a agarrarse el pecho.

—¡Y usted está aquí, señor Beck! ¿Qué dice eso de su persona? Sabe muy bien que no recuperará a Lena, pero de todos modos hace tiempo que la ha sustituido por Hannah. —Rogner hace un gesto de salutación—. No somos tan diferentes, señor Beck.

—¡Dígame lo que hizo con mi hija, monstruo!

Una sonrisa de medio lado asoma al rostro de Rogner en ese momento.

—No tiene ni idea, señor Beck. La hija a la que ha defendido durante años nunca existió. Teníamos un aventura. Así era su hija. Tenía una aventura con un hombre casado. —Su sonrisa se hace mayor, más desafiante—. ¿Qué me dice de eso, señor Beck?

—¡Mentira!

—No es mentira —replica Rogner—. Es cierto. ¿No lo soporta, señor Beck? —Ladea la cabeza con fingida compasión—. ¿A su corazón enfermo no le gusta?

Veo de soslayo cómo roe la mandíbula de Beck.

—¿No? —Rogner enseña los dientes. Después, como si alguien hubiera apretado un interruptor, su rostro se oscurece.

Conozco esa expresión. Es lo último que ves antes de que su puño caiga sobre ti y su pie tome impulso para dar una patada sin piedad, lo último que ves antes de que el dolor estalle y todo se vuelva negro.

—Una mocosa malcriada y mentirosa, cebada como un ganso gordo de Navidad con el dinero de papá. Sin responsabilidades, caprichosa, sin ninguna clase de respeto. Así era la hija cuyas notas falsificó y por la que casi envió a un hombre al hospital de una paliza. —Inclina la cabeza hacia el otro lado para comprobar el efecto de sus palabras—. ¿Recuerda nuestro primer encuentro, señor Beck? Con qué orgullo me enseñó las notas de Lena esa vez. ¡Una estudiante de sobresaliente! Mi fotógrafo incluso sacó unas instantáneas. No dudé ni un instante de los resultados de Lena, hasta que entrevisté a su tutora. Su hija tenía una nota media de suficiente, pero eso usted ya lo sabía, ¿verdad? —Rogner sacude la cabeza con una sonrisa de satisfacción—. Mintió por su hija desde el principio. Entonces sospeché que los dos lo pasaríamos muy bien juntos. Y así ha sido, ¿o no, señor Beck? Bueno, yo por mi parte sí que me he divertido una barbaridad.

—Siga —gruñe Beck—. Quiero saberlo. Todo.

Rogner murmura algo. Contempla al hombre. Parece pensárselo.

Por un instante albergo esperanza. Rezo por su siguiente reacción. Quien quiere huir no tiene tiempo para una larga historia. Quien tiene algo que perder se guarda para sí las cosas inconfesables.

—Usted tuvo la culpa, señor Beck —lo oigo decir, y cierro los ojos.

Esto es el fin.

—Nos conocimos cuando Lena estaba en el segundo cuatrimestre. Seguramente fue por el fugaz deseo de independizarse y mantenerse ella sola, o de acallar al menos los molestos comentarios de su madre, pero el caso es que se presentó en nuestra redacción y solicitó unas prácticas. En esa primera entrevista yo ya sospechaba que no tenía madera de periodista. Alrededor de Lena Beck no había ningún mundo; Lena Beck era el mundo. O por lo menos eso creía ella. Aun

así, le di una oportunidad. Tenía una semana de plazo para entregarme un artículo de prueba sobre un tema concreto. —Ríe—. No lo hizo, por supuesto. Cuando la llamé para preguntarle por ello, me dijo que había cambiado de opinión y prefería concentrarse en sus estudios. Qué chica más odiosa, pensé, y aun así no me la podía quitar de la cabeza. Esa gracilidad, como la de un delicado pajarillo, esa irreflexión que me fascinaba y me repugnaba a partes iguales. —Rogner sacude de nuevo la cabeza, esta vez perdido en sus recuerdos —. Una cosa llevó a la otra. Solo que debíamos ser precavidos, porque yo estaba casado. Con Simone, desde hacía doce años. Nunca le había sido infiel. Le había entregado mi vida a Simone y lo había hecho con sinceridad. Hasta que llegó Lena. Al principio siempre quedábamos solo unas horas, pero poco después ya no nos bastó con eso, así que empezamos a pasar fines de semana juntos. A Simone le decía que estaba de viaje de trabajo. Los periodistas se mueven mucho, mi mujer no tenía motivos para dudar. Llevaba a Lena a la cabaña, que ya existía cuando yo todavía era niño. Soy de los alrededores de Cham. Esa cabaña... Era un sitio al que iba a jugar de pequeño. Fingía que vivía allí. La verdad es que aquello es precioso. Por desgracia tú nunca pudiste verlo de día —dice dirigiéndose a mí con un tono de ligera nostalgia que no me trago—. La cabaña está toda rodeada de vegetación, es un lugar aislado del espacio y del tiempo. No se puede llegar a ella en coche. Por lo menos así era antes de que la policía abriera caminos que la naturaleza no había previsto nunca. Había que aparcar a más de medio kilómetro de distancia, cerca de un sendero, y recorrer el resto del camino a pie por el bosque. Para mí eso siempre tuvo algo de primigenio. Incluso era romántico cuando iba allí con Lena, los dos dados de la mano, y juntos abríamos un sendero hacia ese lugar secreto y escondido que solo nos pertenecía a ambos. Allí solo nos teníamos el uno al otro, estábamos seguros y apartados del mundo. La cabaña se encontraba bastante deteriorada por aquel entonces. Juntos la restauramos y la equipamos. —Me mira. Sonríe—. Lena escogió la alfombra del salón.

Tú misma ayudaste a construir tu propia cárcel, Lena.

Miro hacia Matthias Beck, en cuya frente sobresale una vena. Está muy quieto, paralizado, pero intuyo que solo es cuestión de tiempo. No lo aguantará, no mucho más.

—Yo ya solo vivía para nuestros fines de semana en la cabaña. Y ella también, o eso creía yo. —Rogner se pasa las manos con torpeza por el pelo oscuro. Donde antes aún lo tenía bien peinado, ahora lo deja alborotado al devolver las manos a su posición inicial—. Pero me equivocaba. Al cabo de un tiempo empezó a buscar excusas para no quedar conmigo. Que no tenía tiempo porque debía estudiar para los exámenes. Que tenía que ir a un cumpleaños. Su padre, su madre, su

abuela, de repente siempre había alguien que cumplía años. Tampoco me contestaba al móvil que le había regalado. Compré uno para cada uno, porque a fin de cuentas no quería que Simone nos descubriera. —Resopla, suena desdeñoso y perplejo a la vez. Siento que cada vez está más metido en su relato, la historia se convierte en una experiencia que está reviviendo en estos momentos—. ¿Quién se ha creído que es? —resuena su voz por toda la cocina—. ¿Por quién me ha tomado? Soy el mejor periodista de Baviera, me doy cuenta de cuando me mienten. Me está mintiendo. Así que la sigo. Y tengo razón. Vuelve a verse con su exnovio, y eso que yo acabo de contarle lo nuestro a mi mujer. Por fin se lo he confesado, tal como quería Lena. Siempre me pedía que me decidiera, así que le dije a Simone que iba a abandonarla. Que quería vivir con Lena. —Se interrumpe.

Algo ocurre en ese momento, puedo sentirlo. De repente se le ve infinitamente viejo. Pueden ser imaginaciones mías o que la escasa luz de los fogones cae sobre sus facciones en un ángulo poco favorecedor y las desfigura.

—Fue por eso —dice Matthias Beck, que por lo visto ha comprendido algo.

Rogner asiente.

—No pude impedir que algunos periódicos se hicieran eco de ello. Por suerte, cuando se trata de suicidios, nuestra profesión se contiene bastante para no incitar a todavía más pobres almas desesperadas. —Se rasca la frente, cansado, tal vez también con la esperanza de ahuyentar así las imágenes que pueblan su cabeza. Pero no lo consigue—. Intoxicación por monóxido de carbono. Simone arrastró la barbacoa hasta el cuarto de baño, lo impermeabilizó todo y después quemó carbón. Fui yo quien la encontró al llegar a casa después del trabajo. Estaba en la bañera, con Pascal en brazos, casi como si estuvieran dormidos. Solo que no dormían. Estaban muertos. —Baja la mano. Por un instante, su rostro reacciona como si acabara de ocurrírselo algo—. Lena es todo lo que me queda ahora, todo. No volveré a perder el control. No volverá a ocurrir una desgracia como esta, te lo prometo, Pascal. Papá tendrá mucho cuidado a partir de ahora.

Durante un momento se hace un silencio absoluto, y ese silencio contiene una tensión que casi resulta insoportable. Es como si también en esta habitación siseara un gas invisible y mortal, igual que en el baño de Rogner. Entonces Rogner carraspea. Parece que ha regresado del pasado y está de vuelta con nosotros en esta cocina donde se desarrolla el inevitable final.

—Lena ni siquiera se asustó cuando fui a por ella mientras volvía a casa de una fiesta universitaria. «Eh, Lars», dijo riendo. Apestaba a alcohol y maría. «Hacía una eternidad que no te veía.» Habían pasado

exactamente trece días. Trece días en los que yo había enterrado a mi familia y había transformado la cabaña. Cuando la llevé allí, al principio pensó que quería gastarle una broma. Le pareció un juego, puede que incluso algo sexual. Un jueguecito de despedida. Hasta que le conté lo de Simone y Pascal. Entonces lo supo. Jamás volvería a salir de la cabaña. Por primera vez en su vida tendría que hacerse responsable de algo, yo me encargaría de ello.

—Usted... escribió artículos sobre ella —dice Matthias Beck sin poder creerlo.

Rogner lo mira y yo compruebo que todo el dolor ha desaparecido de su rostro, como si hubiera apretado un interruptor. Incluso vuelve a sonreír.

—Era mi forma de hacer que se diera usted cuenta de quién era su hija en realidad. Además, así podía estar siempre cerca de la investigación. Eso es importante cuando cometes un delito y no estás demasiado interesado en que todo se descubra.

Noto que Matthias Beck se debate consigo mismo. La vena de la frente le palpita, mueve los labios sin emitir ningún sonido. No obstante, la pregunta, esa pregunta, consigue salir al fin..., aunque probablemente todos sospechamos ya que será la última.

—¿Por qué tuvo que morir Lena?

Suspirando, Rogner se reclina en la silla y echa la cabeza hacia atrás.

—Cree que maté a Lena —empieza a decir, pensativo—, pero eso no es cierto. Fue un accidente, no mucho después de que naciera Sara. Nuestra pequeña. Al principio solo gritaba...

Hannah

Siempre hay que prestar mucha atención, sobre todo cuando habla papá. Ya hace un buen rato que he dejado el lápiz rojo, pero eso también es porque mi modelo se ha movido. La mujer ya no está tumbada en el suelo, ahora está sentada contra la pared entre el abuelo y mamá. Para las manchas de su cara necesitaría ahora el lápiz color burdeos, el rojo carmín ya no me sirve. La verdad es que papá le ha golpeado la cabeza muy fuerte contra la pared del pasillo después de que nos abriera la puerta del piso, hace un rato. Tan fuerte que incluso ha sonado un buen ¡plaf! Pero no importa lo grande que sea la herida, en general la sangre se seca muy deprisa. Es algo que se ha desarrollado así con la evolución. Una rápida coagulación de la sangre aumenta la probabilidad de sobrevivir cuando uno está herido. Una vez tuvimos en casa a una mamá que tenía problemas de coagulación. Estuvo casi tres días seguidos sangrando rojo carmín, pero fuimos

listos y la pusimos encima de un plástico grande, porque, si no, seguro que nos lo habría ensuciado todo. El caso es que papá acaba de explicar la historia triste del niño en la bañera. Era mi hermano, igual que Jonathan es mi hermano. Yo he prestado mucha atención, aunque esa historia ya me la sabía. Papá me la contó después de que pasara lo de mamá y Sara. Entonces lloró y dijo que siempre hay que saber valorar a la familia porque, si no, la pierdes. Seguro que lo dijo porque yo no podía soportar a Sara, y sentí mucha vergüenza. Ahora les explica lo de Sara al abuelo, a mamá y a la mujer, y también que después de nacer no hacía más que gritar. Y que luego, poco después, empezó con la tos. Por suerte eso no duró mucho. Todavía me acuerdo de cómo me alegré la primera vez que se quedó callada, porque pensé que al fin podríamos volver a dormir toda la noche. Mamá dijo: «Eso no es bueno», pero no era verdad. El sueño es muy bueno, y sobre todo importante para que el cuerpo pueda regenerarse. «¡Tiene que ir a un hospital!» Eso llevaba un par de días diciéndole a papá, pero papá le contestaba: «No es nada, solo un resfriado. Se recuperará enseguida». Normalmente mamá se contentaba con eso, pero aquella noche en concreto no. Insistía en que Sara tenía una pulmonía. Una pulmonía, también llamada neumonía, es una inflamación aguda o crónica del tejido pulmonar, causada por infecciones provocadas por bacterias, virus u hongos. Papá dijo que ella no era médico, y tampoco una buena madre si no conseguía que Sara se curara. Mamá lloró, con ruido.

En realidad, los adultos siempre deberían encerrar a los niños antes de discutir, pero yo creo que ellos no pretendían discutir, y además papá ya había dicho «¡Basta ya!» hacía rato. Aun así, mamá lloraba y hacía cada vez más ruido.

—Pero ¿qué es lo que pasa? —susurró Jonathan, que también estaba escondido detrás de la puerta del dormitorio.

Acabábamos de lavarnos los dientes cuando oímos las voces agitadas en la habitación de mamá y papá.

—Sara vuelve a dar problemas —contesté también en susurros.

—¡He dicho que basta! —La voz de león de papá.

Jonathan se encogió.

—Por favor, ni siquiera tengo por qué ir yo también —suplicó mamá—. Me quedaré aquí, pero a ella llévala a un hospital.

Papá la agarró del brazo.

—Como no pares de una vez... —siseó.

—¡Tiene fiebre!

—Se pondrá bien.

El escupitajo de mamá le dio a papá en la cara. También ella puso voz de león:

—¡Eres mezquino! ¡Dejarás morir a tu propia hija! ¡No sobrevivirá

a esta noche!

Papá quiso tranquilizar a mamá. Nunca había tenido un ataque tan fuerte como ese. La agarró del cuello con fuerza. Otras veces le había ido muy bien cuando le daba un ataque.

Me volví hacia Jonathan y susurré:

—Vámonos ya a la cama.

En realidad queríamos quedarnos despiertos hasta que mamá viniera a contarnos el cuento, pero nos dormimos nada más acostarnos. Eso fue porque teníamos falta de sueño por culpa de las muchas noches que Sara no había hecho más que gritar, y en cambio esa noche todo estaba tranquilo de verdad.

Justo eso dice papá ahora:

—Pero esa noche...

Jasmin

—... hubo un silencio terrible. —Rogner suspira con tristeza, después calla un momento—. Sé que no habría tenido que ocurrir —prosigue después—. Otra vez no. Otra vez no fui lo bastante cuidadoso. Fallé. Igual que falló usted, señor Beck. Igual que todos los buenos padres de familia fallan alguna vez.

—No se atreva —protesta Matthias Beck, me parece que con mucho dolor.

Rogner se encoge de hombros, no con indiferencia, sino más bien como un hombre que ha llegado al final de su historia y se pregunta qué más puede quedarle por decir.

El silencio se extiende por la cocina, un silencio que vuelve a romperse a causa de un sonido tenue y molesto. Todos los ojos se vuelven hacia Hannah, que ha empezado a sollozar con pequeños ruiditos como de hipo.

—Ella todavía cree que fue culpa suya —explica Rogner, y se levanta de la silla—. Porque no podía soportar a la niña. Pero solo era porque todavía no se había acostumbrado a la nueva situación.

Veo cómo se acerca a Hannah y le posa un beso en la cabeza.

—No fue culpa tuya que Sara enfermara. Nada de todo eso fue culpa tuya, cielo.

Matthias Beck respira con esfuerzo. Resulta difícil de soportar, pero seguramente así son las cosas. Así es el amor. Por muy enfermizo, retorcido y mal entendido que sea, sigue siendo amor. El amor que nos impulsa. Que nos convierte en monstruos, a cada uno a su manera.

—Lars —digo, y reprimo una arcada instintiva.

Así se llama, Lars. Ese es su nombre, y es la primera vez que lo

pronuncio.

Kirsten intenta retenerme. Me agarra del brazo.

—Jassy, no —susurra.

La aparto. Me pongo de pie. Lars Rogner está aquí por amor. Por amor a su familia. Ahora que me he levantado, me tiemblan las rodillas, pero sigo en pie. No me lo ha impedido. No ha hecho amago de moverse. Me mira. Doy un primer paso titubeante hacia él. Me lo permite. Doy un segundo paso.

—Quiero ir a casa —digo.

—No te molestes, Jasmin —replica con burla—. Sabes que eso se acabó.

Niego con la cabeza.

—Si de verdad se hubiera acabado, no habrías venido aquí. Y menos aún habrías traído a Hannah. Has dicho que querías que Lena por fin se hiciera responsable de algo, pero también tú cargas con una responsabilidad, Lars. Para con tus hijos, para conmigo. Hannah quiere que volvamos a ser una familia. ¿Verdad, Hannah?

Su mirada se vuelve hacia su hija, que asiente titubeante.

Mi cadera roza la encimera. Dos o tres pasos más y estaré justo frente a él.

—También yo quiero que seamos una familia.

Entorna los ojos.

—Qué estrategia más lamentable, Jasmin —dice, pero no hace ningún intento de atacarme.

Entonces sé que tengo razón. Es amor.

Solo un paso más.

Y alargar el brazo.

—En el hospital me dijeron que estoy embarazada.

Lars Rogner ladea la cabeza y me evalúa con la mirada. Es el mejor periodista de Baviera, sabe cuándo le estás mintiendo. Lo sabe. Sin embargo, cuando abre la boca para echármelo en cara, solo le sale un jadeo ahogado.

Mi cadera roza la encimera.

Alargar el brazo hasta el taco de cuchillos.

Y esperar que su mirada esté fija en la mía. Que en este momento no vea nada más, que siga así.

Sus labios se vuelven finos. Sus pupilas centellean. Sus ojos dicen que no puede creerlo. Ese dolor penetrante y ardiente en su vientre. Lars Rogner ya no es un genio, no es Dios. Solo es una persona como todos nosotros, con ese ápice de esperanza que tenemos todos y que nos hace caer en los engaños más lamentables.

Al fondo estalla el caos. Kirsten chilla. Matthias Beck vocifera.

Para nosotros se desvanecen.

Solos él y yo, y el momento en que le clavo el cuchillo en el vientre.

Lo corta todo, hasta la carne.

Matthias

—¡No! ¡Eso no!

Me arrastro hasta Rogner, que ha caído al suelo. Sigue respirando, aunque muy despacio.

—¡Dígame dónde está Lena! —Aprieto con las manos el punto donde una mancha roja devora la tela blanca de su camisa y se agranda a ojos vista—. Por favor —suplico.

La respiración de Rogner suena metálica.

—¡Llame a una ambulancia! —le grito a Jasmin Grass, que se ha quedado paralizada junto al cuerpo inmóvil con el cuchillo en la mano y lo mira desde lo alto—. Le prometí a su madre que la llevaría a casa —sigo rogando.

En el semblante pálido de Rogner aparece una leve sonrisa.

—De padre a padre. Por favor.

La respiración de Rogner es cada vez más superficial. Sus párpados empiezan a temblar.

Aparto las manos de su barriga.

Tiene razón, he fallado.

Alguien me toca en el hombro. La amiga de Jasmin Grass.

—¡Déjeme! —grito.

—El bosquecillo —susurra Rogner con voz ronca—. Detrás de su jardín. A ella le encantaba ese jardín.

—¿El jardín? ¿Se refiere a nuestro jardín de las afueras de Germering? El jardín de la abuela Hannah, ¿no?

Rogner mueve la cabeza apenas y yo lo interpreto como un asentimiento.

Asiento también, deprisa.

—Detrás de nuestro jardín empieza el bosque de Germering. Allí, ¿no?

—En la linde del bosque —jadea Rogner para confirmarlo—. Así siempre podrá ver las hortensias.

—Las enterró allí, ¿no? A Lena y a Sara, ¿las encontraré allí?

—Le encantaban las hortensias —dice Rogner con los párpados cerrados y trémulos—. Yo la amaba.

—Lo sé —murmuro por alguna razón.

Justo entonces vuelve a aparecer una sonrisa en el rostro de Rogner, claramente esta vez. Su cabeza cae hacia un lado, sus ojos miran al vacío. Me siento junto a él, con su sangre en las manos, con su sangre en la camisa.

4842 días después.

«¡Adiós, papá! ¡Hasta otro día!»

Es una ola que me alcanza y recorre todo mi cuerpo de golpe, me estremezco y sollozo y me echo a llorar por mi niña. Como a través de un velo veo a Hannah, que se ha levantado de la mesa de la cocina y se agacha al otro lado de Rogner. Le estira el brazo izquierdo inerte y lo deja extendido. Se tumba en el suelo, sobre su brazo, posa una mano en su pecho y la cabeza en su hombro.

—Buenas noches, papá —susurra, y cierra los ojos.

Terrible hallazgo de restos mortales en Germering

Germering. Ayer por la tarde se encontraron en una zona forestal de los alrededores de Germering los cadáveres de tres mujeres adultas y un bebé en una fosa común. Según el comisario jefe Gerd Brühling, dos de los cadáveres pertenecerían a la universitaria Lena Beck, desaparecida en Múnich en enero de 2004, y a su hija recién nacida.

Sobre la identidad de las otras dos mujeres no se sabe nada todavía. Un primer examen forense en el lugar del hallazgo ha determinado, según Brühling, que probablemente ambas desconocidas perdieron la vida en condiciones muy violentas. La causa de la muerte de Lena Beck y su hija tampoco se ha determinado aún con exactitud. Todos los cadáveres fueron trasladados ayer mismo al Instituto de Medicina Forense de Múnich, donde serán objeto de más exámenes en los próximos días.

«Nuestra intención es la de poder identificar cuanto antes a las dos desconocidas —ha declarado Brühling—. Debemos suponer que sus familias denunciaron su desaparición. Los allegados merecen saber qué fue de ellas.»

Jasmin

—Una redacción muy correcta, ¿no te parece?

Kirsten deja la edición de hoy del *Bayerisches Tagblatt* y alarga la mano hacia la cesta del pan. Ya se le ha desinflamado la mitad inferior izquierda de la cara, solo le queda algún resto de hematoma que se ve un poco bajo la piel. La herida que Rogner le abrió con su agresión va cicatrizando. Ignaz se arrima a mi pierna y ronronea con fuerza, como

impulsado por un pequeño motor. La policía todavía no ha dejado libre mi apartamento, «el lugar de los hechos», así que ahora vivo en casa de Kirsten, decimos que «temporalmente».

—¿Qué quieres que escriban? ¿Que el antiguo periodista estrella de la casa era un asesino?

La idea de que hubiera dos mujeres más me da escalofríos. Aunque la policía sin duda pronto descubrirá quiénes eran, tal vez nunca llegue a saberse por qué tuvieron que morir. Tal vez se resistieron con más fuerza, lucharon por su vida más que yo. Se enfrentaron al Dios colérico con tal violencia que no tuvo más remedio que echar mano del último recurso para demostrarles a sus hijos, y a sí mismo, quién ostentaba el poder absoluto. O quizá murieron solo porque a sus ojos no resultaban lo suficiente convincentes en el papel de Lena. Cuando lo pienso, me recuerdo tumbada en el sofá de la cabaña el primer día, recién despertada, después de haber perdido el conocimiento en el almacén.

«¿Sabes cómo suena el cráneo de alguien cuando se lo partes, Lena? Como cuando tiras una sandía al suelo. ¡Plaf!»

Cómo me encogí al oír esas palabras, porque no dudé ni un segundo de que sus amenazas no eran vacías. Él ya había oído ese terrible sonido de verdad. Y varias veces, según se ha descubierto. No dejo de pensar en las familias de las dos mujeres, que tendrán que aprender a vivir con esas lagunas. Con no llegar a saber nunca hasta el fondo. Sé lo difícil, lo casi inhumano que es eso. A menos, claro está, que Hannah y Jonathan consigan hablar de ello algún día. Pero para eso antes tendrían que ser capaces de comprender los acontecimientos de una forma diferente. La doctora Hamstedt ve alguna posibilidad. Compara la visión que tenían los niños del mundo en la cabaña con el que mira a través de una cerradura. Ahora la puerta está abierta, al principio solo un resquicio, para no abrumarlos. Sin embargo, cuanto más les abran la puerta con el tiempo, más amplia será la visión que tengan de las cosas. Un día, opina, conseguirán enfocarlo todo desde la perspectiva correcta, aunque para eso puede faltar mucho y, además, significará que acepten que su padre fue un asesino.

Yo no tengo que preguntarme si disfrutaba de lo que hacía. Lo disfrutaba, por supuesto. Le encantaba ser el gran Dios que tenía poder sobre la vida y las personas. Le encantaba torturar. Tal vez no siempre fuera así. Tal vez la pérdida de su mujer y su hijo le trastocara la cabeza. Después de eso ya solo le quedabas tú, Lena, la mujer a la que amaba y al mismo tiempo odiaba por lo que había provocado. Las cosas se le fueron de las manos... ¿No es eso lo que dice la gente? Las cosas se le fueron muchísimo de las manos.

—Pues sí —responde Kirsten, y me devuelve a la realidad—, porque es lo que era. ¿O acaso no les deben la verdad a sus lectores?

Lo hizo precisamente su periodista estrella, el que incluso informaba sobre el caso. Así de perverso era. Y ninguno de sus tan perspicaces colegas se dio cuenta de nada.

—No creo que escribir eso fuera muy bueno para el negocio.

—Los demás periódicos lo hacen —señala Kirsten encogiéndose de hombros, y le da un mordisco a su cruasán.

Tiene razón, Lena. Los medios nunca se cansan de nuestra historia. Y es posible que siga siendo así durante una larga temporada. Hasta el próximo crimen «más espectacular de la última década». Así nos califican, de hecho. He recibido solicitudes de entrevistas e incluso una oferta para una película. Nuestros papeles los interpretarían actores de primera categoría, y desde luego nos programarían en *prime time*. Tal vez te tranquilice saber que poco a poco van dejando en paz a tus hijos y, en cambio, es en ti en quien más se centran. A ti, al fin y al cabo, ya no te hacen ningún daño. Salvo el *Bayerisches Tagblatt*, que discretamente ha vuelto a describirte como «universitaria», ahora apareces en todas partes como la amante loca que contribuyó de manera decisiva al terrible destino que acabó encontrando. Se trata de un asunto moral, desde luego. No hay que liarse con hombres casados.

Todo el mundo dice que Lena Beck no era quienes los demás creían, y la mayoría lo dice levantando las cejas. Pero no tienen ni idea, Lena. Fuiste una madre que lo dio todo por sus hijos. Fuiste fuerte. Fuerte y valiente por amor a tus hijos, hasta la muerte. Y yo te admiro por ello. Te prometo que me ocuparé de los niños. Todavía no, porque todos necesitamos algo más de tiempo, pero sé que les irá bien. Tienen a los mejores terapeutas. Tus padres están con ellos, y también yo estaré ahí, pronto.

—¿Jassy? ¿Estás llorando?

Kirsten deja el cruasán en el plato.

—No pasa nada —respondo, y levanto la barbilla.

—Se acabó —me dice sonriendo—. Esta vez de verdad.

Busca mi mano y entrelazamos los dedos.

—Sí —contesto, también con una sonrisa—. Se acabó.

Lars Rogner está muerto.

Apenas habían pasado dos minutos desde que le clavé el cuchillo en el vientre cuando la policía irrumpió en mi apartamento. La señora Bar-Lev los había llamado por el desconocido de aspecto perturbado y horrible que se le había cruzado en la escalera al llegar esa tarde a casa de su viaje.

Tu padre, Lena.

A pesar de todo lo que pueda decirse o escribirse sobre Lars Rogner, por lo menos tuvo la decencia de contarle tu historia. De no llevársela a la tumba y dejar que siguiera sufriendo.

En cambio, hubo una segunda historia que sí se llevó consigo. Y

también eso, aunque suene extraño, fue muy decente por su parte.

Es la historia de otra mujer joven y veleidosa que se había peleado con su exnovia y planeaba una desaparición espectacular. Se iría a la estación y, en plena noche y sin decirle nada a nadie, tomaría el primer tren, no importaba hacia dónde. Solo quería marcharse, apagar el móvil, asustar a su ex para darle una lección. Ese era su plan aquella noche de mayo, cuando de camino a la estación acabó en un bar para reunir el poco valor que le faltaba a base de tragos. Y en ese bar también estaba él. Y fue ella quien lo invitó a una copa. Fue ella quien no solo bebió con él, sino que también se sentó en su regazo. Fue ella quien le susurró al oído: «¿Por qué no vamos a tu casa?».

—¿Hay algo más? —pregunta Kirsten, y entorna los ojos con una mirada inquisitiva.

—No —respondo—. Nada más.

Nada más que importe.

Lars Rogner está muerto y yo desayuno con la mujer que amo.

—¿Crees que después podríamos pasarnos por la droguería?

—Claro—dice Kirsten—. ¿Qué es lo que necesitas?

Sonrío.

—Un tinte de pelo. Ya va siendo hora de que me olvide del rubio.

En una cosa están de acuerdo todos los periódicos, Lena: Jasmin G. ha sobrevivido. Y así, poco a poco, empiezo a creer que es verdad. Una buena verdad.

Matthias

Hace un día de finales de octubre de postal. El aire es templado. Los árboles despliegan toda su energía y hacen alarde de su más hermosa y colorida vestimenta de hojas antes del invierno. La luz tiene algo dorado. Eso dice Karin. Una tarde perfecta para dar un paseo, añade, porque no está dispuesta a rendirse.

Y eso que ambos sabemos que hoy tampoco saldré de casa. Estoy en la mesa del comedor, sentado frente a ella, y tengo ante mí un trozo de pastel en un plato, pero no me sabe bien. Llevo el pijama debajo del grueso albornoz azul oscuro, y las zapatillas de estar por casa. Voy sin afeitar, sin peinar. Como ayer. Como anteayer. Como todos los días de la semana pasada en los que no he hecho más que rondar por la casa. A veces, para descansar, me siento a dar un par de bocados insípidos en la mesa. O echo una cabezada en el sofá. O subo a reflexionar a la antigua habitación de Lena, que ya está vacía. Igual que yo. Hannah no está. Ha vuelto al centro de traumatizados. La doctora Hamstedt dice que su terapia va algo mejor ahora que todo se ha explicado y se conoce su historia, y pueden empezar a trabajar de

verdad. También Jonathan hace progresos. Karin me ha dicho que en su última visita lo ha visto alegre de verdad. Ya la llama «abuela».

—¿Quieres otro té? —pregunta, y sonríe para animarme desde el otro lado de la mesa.

Contesto que no con la cabeza. Aparto el plato del pastel. Le digo que me voy arriba, que estaré allí, en la habitación de Lena. Karin deja que me levante sin hacer ningún comentario.

Ayer llamó Gerd. Han analizado las huellas dactilares de las dos cartas que Jasmin Grass entregó a la policía; y son mías, por supuesto. Gerd ha dicho que mirará a ver qué puede hacer. No hay que olvidar que sería la segunda denuncia en mi contra. Aunque Jasmin Grass no quiera denunciarme —y no quiere—, sigo habiendo entorpecido las investigaciones. A partir de noventa días de sueldo de condena queda uno con antecedentes penales, añadió Gerd.

—¿Por qué lo hiciste, Matthias? —dijo luego suspirando.

También yo suspiré. Solo suspiré, nada más. No me salían las palabras. Pensaba que Jasmin Grass tenía algo que ocultar. Pensaba que las cartas ayudarían a hacerle hablar. A asustarla un poco. A recordarle que Lena merecía la verdad. Aunque tal vez no pensaba, y punto. Volvía a estar furioso, a ser un inútil y un burro, como siempre. Dejé las cartas en casa de Jasmin Grass de camino a mis visitas al centro de traumatizados. Gerd quiso saber de dónde había sacado la dirección. Mascullé algo en el auricular. Ay, Gerd, el bueno e ingenuo de Gerd. Cualquiera puede conseguir una dirección, solo hacen falta un par de clics en internet.

—No se lo has puesto fácil a nadie, Matthias.

No, soy un caso perdido, hasta yo lo sé.

—Bueno, todo ha acabado por fin —dijo Gerd al final de la conversación—. Quizá algún día podríamos ir a pescar juntos otra vez. ¿Te acuerdas? Como antes.

—Sí, quizá —contesté, y añadí un—: Que vaya bien, Gerd.

«Todo ha acabado por fin.»

Entro en el viejo cuarto de Lena. La cama está hecha, la silla de oficina está bien arrimada al escritorio. En el alféizar crecen las dos orquídeas que Karin cuida con cariño.

Todo ha acabado, y tendría que haber paz.

Me siento en la cama de Lena, con su firmamento sobre mí.

4842 días.

Todo ese tiempo he buscado a mi hija, he buscado respuestas, y estaba seguro de que cuando me dieran una encontraría la paz.

4842 días que en última instancia han cabido en diez minutos de explicación. Rogner no necesitó más que eso.

Y ahora ¿ya está?

Pues sí, parece que ya está, pero siento que algo falla. No hay paz.

¿Quién soy yo ahora? ¿Qué ha quedado de mí? ¿Qué me queda si Lena está muerta y se han llevado a Hannah?

La doctora Hamstedt dijo que podíamos visitar a los niños si queríamos, dos veces por semana, martes y viernes, de tres a cuatro de la tarde. Con el tiempo, las visitas podrán ampliarse, desde luego, pero en estos momentos, y sobre todo después de los últimos acontecimientos, los niños deben concentrarse antes que nada en su terapia. Karin dice que es «lo más sensato».

Me tumbo bajo el firmamento.

Pienso en Hannah.

Hannita...

Imagino cómo sería que la vida volviera a correr de pronto por mis venas. Que pudiera tener esperanza, algo en perspectiva. Imagino que de repente me levanto porque sé lo que tengo que hacer y es como una revelación. Entro en el dormitorio y saco ropa limpia del armario. Luego voy al baño para ducharme después de días sin hacerlo. Y afeitarme. Hacerme la raya en el pelo. Bajo a la cocina, donde mi mujer está ocupada fregando los platos y se alegra de verme vestido, arreglado, como una persona de verdad. También a ella se le despierta la esperanza al verme. La esperanza de salir a dar un paseo esa resplandeciente tarde otoñal. Le doy un beso en la mejilla y le digo: «Cojo el coche un momento para ir a la asesoría a escuchar los mensajes del contestador», y Karin siente más esperanza aún. Lo conseguiremos. Todavía nos quedan unos cuantos años buenos juntos. Será diferente, claro, pero seguimos teniéndonos el uno al otro, y por fin sabemos lo que ocurrió. Le sonrío una vez más antes de salir de la cocina, cruzar el recibidor hacia el garaje, subir al coche. Lo pongo en marcha. No voy a la asesoría.

Voy a Regensburg, al centro de traumatizados. A ver a Hannah.

Imagino que la tomo de la mano, la saco del edificio y me la llevo al aparcamiento. Le pongo el cinturón en el asiento de atrás. Me siento delante. Pongo el coche en marcha.

«Vámonos muy lejos, abuelo», pide con voz alegre desde atrás. Y yo sonrío en el espejo retrovisor y digo: «Sí, cielo, vámonos».

Sigo tumbado bajo el firmamento.

Podría...

«No somos tan diferentes, señor Beck.»

Epílogo

Lena, septiembre de 2013

Nuestro mundo tiene paredes infranqueables. Sin ventanas, sin puertas. Nuestro mundo es pequeño. Veinticuatro pasos, poniendo el talón de un pie delante de los dedos del otro, desde la librería hasta la unidad de cocina. En nuestro mundo hay reglas y castigos, y un tiempo propio.

Es una cuestión de poder.

Tú piensas que nos has encerrado. Que somos tus prisioneros. Aislados de todo, del exterior y de las personas. Solo te pertenecemos a ti.

Sí, es una cuestión de poder.

El tuyo comprende cuatro paredes infranqueables y veinticuatro pasos.

Sé lo mucho que te gustaría que pronunciase tu nombre. Incluso me suplicas que lo haga, igual que antes, cuando salía de mis labios con amor, excitación, admiración, o por lo menos con educación. Pero no pienso darte el gusto. Me da igual cuántas veces quieras hacerme recordar nuestra buena época. Me da igual que me pegues o me des patadas, que me insultes o me hagas daño de todas las formas imaginables. Para mí te has convertido en un extraño, y pienso hacértelo notar hasta el final. Eso también es poder. Mi poder, y es inagotable.

¿Crees que nos has encerrado?

Eres un pobre hombre enfermo si en todo esto solo puedes ver una prisión, desconocido. Cada vez que me das la espalda, hago crecer una flor ahí detrás, todo un campo lleno de brillantes girasoles amarillos. Puedo crear montones de flores de hortensia grandes como coles, si quiero.

Y quiero. Cada vez que nos dejas aquí solos, me adueño del mundo de entre nuestras cuatro paredes infranqueables. Creo secretos y esferas privadas. Salgo de excursión con nuestra hija mientras nuestro hijo se ha quedado profunda y placenteramente dormido después de su taza de leche con miel y sueña que vuela. Me llevo a Hannah a nuestro jardín, a ver las hortensias. Le presento a sus abuelos y hago que le correteen mariquitas por el dorso de la mano. Tú crees que

estamos aquí, encerrados y presos. Cuando en realidad estamos en París, o junto al mar, o en todos esos sitios que creías habernos quitado cuando cerraste la puerta con llave y clausuraste las ventanas.

Eso es poder, desconocido.

Puedo insuflarle vida al gato de peluche. Puedo inundar la habitación con la luz del sol. Puedo traer aquí las estrellas del firmamento. Y un día, estoy convencida, mis hijos verán todo eso no solo a través de mis ojos y mis historias. Un día saldrán por esa puerta, saldrán al mundo.

Eso es esperanza, y está en mi poder no dejar que se marchite nunca.

No nos tienes, no de verdad.

Esta es tu prisión. No la nuestra.

Agradecimientos

Siento una inmensa gratitud hacia mi agente, Caterina Kirsten, sin la cual este libro sencillamente no existiría. Querida Caterina, jamás olvidaré cómo has luchado conmigo y por mí. Espero que nuestro viaje conjunto dure todavía muchos, muchos años y también muchos, muchos libros más.

Asimismo quisiera dar las gracias de todo corazón a Georg Simader, Vanessa Gutenkunst, Lisa Volpp y Felix Rudloff, por vuestro respaldo, por la inolvidable experiencia de poder leer por primera vez ante un público y por las copas en el momento perfecto.

«Érase una vez una pequeña autora que al recibir la llamada de su agente vertió auténticos ríos de lágrimas, de alegría, felicidad e incredulidad...» Vosotras también sois corresponsables de ello, Claudia Baumhöver y Bianca Dombrowa. A vosotras —y con vosotras a todas las personas estupendas, entregadas y entusiastas de la editorial dtv— quisiera recordaros aquí lo mucho que aprecio vuestro esfuerzo y vuestro trabajo, y lo muy agradecida que me siento con vosotras por esta época tan especial de mi vida.

Y por último, a mi familia: espero haberos dicho suficientes veces algo con lo que ahora podría llenar una cantidad enfermiza de páginas. Espero que lo sepáis, todos los días. Sois el sentido y la razón de todo para mí.

Título original: *Liebes Kind*
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

Edidión digital: 2021

© 2019 by DTV VERLAGSGESELLSCHAFT GMBH & CO. KG, München
© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2021
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-808-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com